B
7-256

L61

SEVILLA INTELECTUAL

SUS ESCRITORES Y ARTISTAS CONTEMPORÁNEOS

SETENTA Y CINCO BIOGRAFÍAS
DE LOS MEJORES INGENIOS HISPALENSES, Y UN APÉNDICE
CON ESTUDIOS BIBLIOGRÁFICOS Y CRÍTICOS
ACERCA DE LAS OBRAS DE ALGUNOS MÁS QUE NO HAN
SIDO BIOGRAFIADOS

POR

JOSÉ CASCALES Y MUÑOZ
(MATHEFILO)

CON UNA CARTA DEL EXCMO. SEÑOR

D. Marcelino Menéndez y Pelayo

MADRID
Lib. de VICTORIANO SUÁREZ, Preciados, 48
1896

SEVILLA INTELECTUAL

BIBLIOTECA PUBLICA DE JAEN

Devuelva este libro antes de los 15 días concedidos para su lectura en préstamo.

CUIDELO, FORRELO, NO LO MANCHE, NO RAYE SUS PAGINAS.

B
CAS
ser
D

José Cascales y Muñoz

B - 3085

SEVILLA INTELECTUAL

SUS ESCRITORES Y ARTISTAS CONTEMPORANEOS

SETENTA Y CINCO BIOGRAFIAS
DE LOS MEJORES INGENIOS HISPALENSES, Y UN APÉNDICE
CON ESTUDIOS BIBLIOGRÁFICOS Y CRÍTICOS
ACERCA DE LAS OBRAS DE ALGUNOS MAS QUE NO HAN
SIDO BIOGRAFIADOS

POR

José Cascales y Muñoz
(MATHEFILO)

CON UNA CARTA DEL EXCMO. SEÑOR

D. Marcelino Menéndez y Pelayo

Bca Pública
Sevilla

Reg.º 9140

MADRID
Lib. de Victoriano Suárez, Preciados, 48
1898

SEVILLA
Imp. de C. Salas, San Eloy 16

DEDICATORIA

Á la muy noble y leal ciudad de Sevilla, eminentísima é indiscutible Atenas de España y á cuantos pueblos comprende su provincia, dedica las primicias de su pluma el más entusiasta admirador de sus ingenios, en prueba de gratitud por los innumerables favores recibidos de aquellos que le honraron con su trato durante los quince años en que, pigmeo entre gigantes, tuvo la gloria de vivir en la tierra de María Santísima.

El cariño hacia la hermosa Hispalis era ya tradicional en mi familia, mucho antes de que yo lo sintiese; mis abuelos y mis padres se habían educado en ella, pasando en las márgenes del Betis los mejores años de la juventud; y cuando me creyeron en edad de consagrarme al estudio para adquirir una carrera, fácil es comprender que no vacilarían en la elección de centros de enseñanza.

No cruzando entonces por mi pueblo el actual ferrocarril, sino la legendaria é incómoda diligencia, en ésta hube de trasladarme desde Villafranca de los Barros á la ciudad de la Giralda, en los últimos dias de Septiembre de 1880.

Primero en los colegios de San Fernando, de San Leandro y de San Alberto, y después en el Instituto y en la no menos ilustre que famosa Universidad, comenzaron á desaparecer las lobregueces de mi inteligencia; y las sabias doctrinas de maestros tan eximios como el Sr. D. Manuel Sales y Ferré y el R. P. Gago (á quienes nunca agradeceré bastante lo mucho que en tal sentido les debo), dieron el primer aliento á mi razón, sustituyendo con la divina luz de las verdades científicas las tinieblas de la ignorancia que antes y en absoluto la inundaban.

Entre tanto, se educaba mi corazón con el exquisito trato de los hidalgos sevillanos, admirando en todos ellos las dotes de una raza superior; y aunque en Sevilla he sufrido los mayores disgustos y contrariedades de mi vida, en Sevilla, también, he recibido los mayores consuelos de mi espíritu, porque en sus hijos es todo grande, el talento, el valor y la caballerosidad; y, si casi se olvidan del amigo cuando éste goza de los favores de la fortuna, jamás dejan de acudir á su lado cuando le persigue la desgracia ó recibe en el alma alguna herida.

He aquí las principales razones de la exaltada adoración que siento hacia Sevilla: en ella despertóse y empezó á ser cultivado mi cerebro; mis sentimientos se desarrollaron en ella, con la contemplación de los ejemplos más sublimes de virtud, y en ella comencé á sentir las impresiones de los más dulces afectos de la amistad y del amor, pues una sevillana fué la primera hija de Eva *que me hizo perder más de una noche el sueño y respirar con fatigas lejos de ella.*

He dicho que en Hispalis todo es grande y no he de repetir lo que los hechos confirman á todas horas con sobrada elocuencia.

Prescindiendo de lo pródiga que con ella se mostró Naturaleza al concederle tan exuberante vegetación y un cielo tan azul y esplendoroso, y fijándonos únicamente en el desarrollo que alcanzan todas las facultades humanas, revelado en las más acabadas manifestaciones de las Ciencias, las Letras y las Artes, fácil será ver que no han degenerado ni llevan trazas de ello los ilustres descendientes de los Rioja, Rodrigo Caro, Martínez Montañés, Murillo y Velázquez. Y, al citar éste último nombre de eterna gloria y fama universal, no puedo menos de congratularme de que sevillano había de ser el primero y más sublime artista de cuantos han nacido en nuestra patria.

Mas no es sólo en los hombres, ya formados, donde pueden apreciarse los talentos de cuantos tienen la suerte de nacer en la gran capital de Andalucía. Debido, quizás, como le oí á un *aspirante á bardo*, «á la mágica influencia del perfumado aire que respiran, desde que vienen al mundo, ó á la saludable acción de las aguas de los *Caños de Carmona*,» hasta en los niños se observa un ingenio que inspira admiración. De aquí que parezcan viejos cuando razonan, que reciten un poema cuando describen algun suceso y que improvisen música, cuando cantan, con tan buen gusto y tanto sentimiento como el mejor compositor.

Ante la contemplación directa de estos hechos, exclamaba, con razón, un extranjero de los muchos que visitan á Sevilla, que «esta le parecia un pueblo de colosos, no por la fuerza muscular de sus habitantes, sino por la fuerza potencial de la sustancia gris de todos ellos.» «Esto—decía—lo debe dar el suelo,» y no se equivocaba.

En otras partes las excepciones son los sabios, en Sevilla las excepciones son los tontos.

Guardando relación con la cultura y buen caletre de los hombres, se encuentra la belleza, la gracia y gallardía de las mujeres de tan augusta como célebre ciudad. La Escultura, la Pintura, la Música, la Poesía, todas las Bellas Artes, en fin, se han inspirado en ellas para sus más grandiosas producciones, y ésto debiera excusarme de insistir en comentar sus excelencias; máxime, cuando hasta las más habilidosas y sentidas descripciones resultan pálidas, muy pálidas, ante la misma realidad.

No hablaré, por lo tanto, de las virtudes domésticas que poseen en grado sumo, siendo apetecibles esposas y modelos de madres; pero, ¿cómo callar (aunque mis frases aparezcan cursis) bajo las impresiones de lo que está á la vista? ¡Qué esbeltez la del flexible talle de la dama hispalense!; ¡qué corrección la de sus escultóricas facciones!; ¡qué carmín el de sus labios y mejillas!; qué negro tan intenso ó qué azul tan celestial el de sus ojos de fuego!; ¡qué dulzura tan angelical la de su seductora palabra! y ¡cuánta sal la de todo su sér!

Bien deben saberlo ya las descendientes de las que inspiraron á Murillo sus nunca bien ponderadas Concepciones; porque lo mismo en su país que fuera de él, á donde quiera que vayan, observarán los efectos de su garbo, envidia manifiesta en las del sexo; admiración, galanteos, frases de apasionado amor y toda clase de atenciones en los hombres; que eso y mucho más merecen ellas.

Alta ó baja, pobre ó rica, linda ó fea, no hay una sevillana que no esté llena de hechizos, y es de ver cómo contrastan con el desparpajo, la chispa y el alegre decir de la revoltosa cigarrera ó modistilla, la elegancia, la discreción, el harmonioso acento y el majestuoso porte de la aristocrática señorita.

Á una y otra les basta sólo mirar para atraer, con más encanto que la luz á la ligera mariposa, al trovador que más blasone de invencible, y abrasarle toda el alma en

la llama de sus pupilas si, como el ídolo, gusta de los humanos sacrificios; porque la mirada de una hija de Hispalis deslumbra más que el astro rey del día, y si á la mirada une un suspiro, no hay mortal que no sucumba á tan precioso canto de amor.

El que una vez ha sentido su embriagadora influencia no puede olvidarla jamás; y, por lo que á mí toca, he de decir que mi mayor dicha sería llegar á poseer en absoluto una paisana, nada más, de las heróicas Justa y Rufina, pues si hasta hoy no lo he logrado, no ha sido por falta de deseo, sino por falta de espacio para pensar en asunto de tal monta y consagrarme á tan sabrosa pesca, á fin de tener siempre en quien amar al generoso pueblo de Mañara.

¿En qué has invertido el tiempo? me preguntará sin duda algún lector, y para satisfacer su curiosidad he de contestarle que en estudiar cuanto he podido y en emborronar cuantas cuartillas han caído entre mis manos; que no es mi primera obra esta que ahora doy á luz, sino la séptima de las que hasta el día llevo escritas, habiendo de ser los títulos de las que le han precedido *Los primeros frutos de mi huerta*, versos muy malos; *Artículos literarios*; *Los egipcios en la antigüedad, su gobierno, religión y costumbres*; *De Sevilla á Batalha, guía artística de Portugal*; *Estudios arqueológicos é históricos* y *Estudios políticos y sociales*.

El no imprimir estos trabajos á medida que los he ido haciendo, limitándome á publicar fragmentos de ellos en diferentes periódicos y revistas, no ha obedecido á causas materiales. Al retrasar la impresión de esos volúmenes, no me ha movido otro propósito que el de dedicar á Sevilla el primer libro que diera á la estampa y publicar despues de éste los demás; puesto que no hallo otro medio de manifestar mi cariño á la ciudad donde reposan los venerandos restos de mi padre; y bien merece las primicias de mi humilde inteligencia, el suntuoso taller en que fué pulimentada; digna mansión de las aves

y las flores, al despedirme de la cual no puedo dejar de prorrumpir, desde el fondo de mi corazón: ¡Bendita seas, fecunda madre de ingenios y talentos preclarísimos; los triunfos de tus hijos inundan mi alma de un inmenso placer y me regocijan más, al contemplarlos, que si fueran los mios propios; porque yo tambien me creo ser algo de ti; pertenecer á tu familia, aunque no haya nacido en tu seno!

J. Cascales y Muñoz.

PRÓLOGO

Origen y plan á que obedece la publicación de esta obra.

«¿Cómo rendir un cariñoso tributo á la ciudad en que he pasado los mejores años de mi vida? ¿Cuál sería el mejor recuerdo que podría dedicar á la tan celebrada Sevilla, en donde se ha educado mi corazón con el noble trato de sus habitantes y se há ilustrado mi inteligencia con la sabia enseñanza de su docta Universidad?

He aquí una pregunta que vengo haciéndome desde que puse los pies en la Corte y la pluma en las cuartillas de la redacción de *El Globo*, primer periódico madrileño en que he tenido la honra de colaborar.

Varios son los proyectos que he concebido para llenar este fin; pero ninguno me ha parecido más á propósito que el de dar á conocer á mis lectores las biografías y las obras de los hombres de ciencia, literatos y artistas más eminentes que existen en la actualidad en la hermosa capital de Andalucía; pues así los que han venido al mundo bajo su cielo, como los que bajo éste se han educado y han dado á luz los frutos de su inteligencia, aunque nacidos en diferente suelo, todos contribuyen á constituir la «Sevilla intelectual contemporánea.»

(Aparte de que, si una obra de talla, por ejemplo, no pertenece al país donde se crió la madera, sino á la

ciudad ó al taller en que ésta fué trabajada, aunque el hombre haya nacido en distinto pueblo del en que habita, si el escritor y el artista se han formado en este último, á él pertenecen de lleno como tales).

La patria de Murillo, de Rioja y de Bécquer sigue siendo la cuna de los más esclarecidos ingenios, produciendo todos los días privilegiados talentos, que colocan cada vez más alto el nombre de la muy noble y leal ciudad de Sevilla; fecunda madre de poetas, pintores, escultores, cantores, actores, músicos y sabios; contando en la actualidad con una pléyade de hijos ilustres, en los que me ocuparé desde el presente número.»

Con las frases que anteceden inauguré en 24 de Mayo de 1892 la serie de trabajos que, reunidos y ordenados, después de haber visto la luz en *El Globo*, doy al público en esta obra que, si mala en la forma, por no saber yo hacerla mejor, en el fondo perpetuará mi gratitud á la gloriosa ciudad en que, como dejo dicho, «se ha educado mi corazón con el noble trato de sus habitantes y se ha ilustrado mi inteligencia con la sabia enseñanza de su primer centro docente.

Pero, al dar á la estampa este pobre fruto de mi pluma, y una vez manifestadas las causas que lo produjeron, he de hacer constar, para descargo mío y conocimiento de todos, el *Plan que ha presidido á su publicación.*

Cuando me resolví á comenzar esta obra (en la que llevo invertida la friolera de tres años), la publicación de biografías, hasta de los hombres más obscurecidos, se había generalizado tanto, y había llegado á convertirse en tan vergonzoso comercio, que por un puñado de pesetas aparecían transformados en sabios, y ensalzados en las columnas de populares periódicos, caballeros sin más méritos que los de ser incipientes currutacos ó á lo sumo honrados padres de família, mientras los talentos esclarecidos, los verdaderos ingenios, incapaces de mendigar y menos de pagar bombos inútiles, permanecían

tranquilos en sus casas, sin que el vulgo se enterara de sus nombres, por no fijarse en ellos, á veces, ni un sólo periodista.

Dado lo peligroso del asunto, ¿cómo salir airoso en la demanda, justificando la ingenuidad de mis artículos?

Así como el individuo de morigeradas costumbres toma toda clase de precauciones, ante el miedo de que sufra su buena reputación, cuando se ve obligado á pasar por *ciertos sitios*, yo también quise tomarlas al proponerme invadir tan escabroso terreno, con motivo del cual me asaltaban otros temores, por no encontrarme con dotes para hacer una acertada selección.

Aunque yo había estado muchos años en Sevilla, no me era fácil juzgar quienes fueran los mejores entre tantos eximios sevillanos; temía incluir en la colección á medianías ó excluir á hombres notables, y (por más que cada uno ocupara su puesto) al mismo tiempo deseaba alejar de mí toda la responsabilidad que pudiera acarrearme una omisión de importancia.

Para conseguir ambos fines apelé á un cómodo medio, del que hasta ahora me he servido.

Entre los escritores y artistas hispalenses elegí á los que me parecieron de más fama, y después de rogarles mucho y de vencer sus primeros escrúpulos, conseguí que accedieran á constituirse en una especie de jurado, con la misión de hacerme ellos la lista de los señores que debiera biografiar; comprometiéndome yo, en cambio, á no revelar sus nombres, cosa que jamás haré.

Al entregarme la citada lista me contrarió no ver en ella á sujetos para mí muy respetables y que creía con méritos sobrados; pero al advertir esta falta y hacérsela notar á mis inspiradores, me contestaron éstos lo que era de esperar: «Nosotros hemos cumplido con darle lo que nos pedía. Ahora, obre usted como tenga por conveniente.»

Sin embargo, alguna que otra vez al remitirles desde

Villafranca ó desde Madrid los datos de varios caballeros de los que por distracción, sin duda, habían prescindido, me aconsejaban al punto que los biografiase, aunque me ordenaran lo contrario en otras ocasiones; sin que yo me haya apartado, ni en una sola, de las indicaciones de estos jueces.

Aquí tienen mis amigos la causa de mi originalísima conducta al no escuchar sus consejos, dejando de biografiar á pintores, á poetas y á prosistas que siempre me han inspirado cariño y admiración.

Donde pensé encontrar á todos mis maestros y á la mayoría de mis camaradas, si bien hallé á muchos de ellos, la generalidad de los nombres consignados pertenecían á eminencias, con las que nunca había tenido trato, y para adquirir los apuntes ó noticias referentes á sus vidas, ha sido casi un Calvario el que he tenido que pasar; viéndome obligado á molestar á todos sus conocidos y parientes antes de ver cumplidos mis deseos.

He dicho ya, y repito en estas líneas, que no soy el responsable de la elección de los autores de cuyas vidas y obras he venido tratando en *El Globo*; pero debo hacer constar que si de la elección nó, lo soy en absoluto de las ideas emitidas, manifestando el verdadero juicio que he podido formar, mediante la vista ó la lectura de las obras y la contemplación de los hechos de cada uno de mis biografiados, sin que hayan influído en mi ánimo, para aplaudir ó criticar lo que expontáneamente he creído plausible ó censurable, ni la amistad de los unos ni el retraimiento de los otros.

Ahora bien, para que el lector tenga en cuenta la índole ó el carácter de mis modestos artículos, he de decir, ante todo, que al escribirlos no ha sido mi propósito hacer críticas severas de Literatura ni de Arte. No creyéndome con dotes para actuar de censor ó de maestro, se ha reducido mi tarea á consignar las noticias biográficas que he podido adquirir de los susodichos ingenios

hispalenses y á expresar con el entusiasmo del neófito las impresiones recibidas al admirar sus exquisitas producciones, procurando siempre (para que no se me acuse de parcial) inspirarme en la manera de pensar de cada uno, sea liberal ó ultramontano, indiferente ó religioso, aunque no todos piensen como yo.

Á esta edición tengo el propósito de que siga otra de gran lujo, en la que acompañarán á los distintos artículos el busto del biografiado, una fotografía de cuerpo entero del mismo, en el estudio, en el despacho ó en el sitio donde acostumbre trabajar, en actitud de estarlo haciendo; y, en la parte de los pintores y escultores un grabado ó fototipia, además, del mejor de sus trabajos.

Las biografías de los escritores llevarán al final un índice completo y detallado de todas sus obras, y las de los artistas un estado en que constarán: los títulos de todas sus producciones, clase ó naturaleza de éstas, dimensiones, años en que han sido ejecutadas, Exposiciones á que han concurrido, premios obtenidos, nombres de sus compradores, destino que han tenido y lugar en que hoy se encuentran.

Ocioso creo decir lo interesante que esto ha de ser para los bibliófilos que nos sucedan, así como para los historiógrafos de Arte.

Apesar de todo, no puedo asegurar la fecha en que será tirada tan elegante obra, porque hasta el día, y sin haberme descuidado en la busca de los materiales necesarios, aún no he podido reunir ni la mitad, siquiera, de las fotografías, índices y catálogos correspondientes; pero, no pienso desistir de mi proyecto y confío en poderlo realizar tarde ó temprano.

NOTA

Con el presente trabajo creo haber logrado presentar un cuadro, más ó menos imperfecto, de la cultura de Sevilla al finalizar el siglo XIX, habiendo consagrado á este fin el tiempo que otros invierten en murmurar de las prerrogativas de los escritores y artistas cortesanos, ó en protestar de la imaginaria centralización de los talentos de España en Madrid. Si mis compañeros de periodismo que, procedentes de todas las provincias, residen en la coronada Villa, secundasen mi modesta iniciativa, dando á conocer desde la prensa madrileña, ó mediante el libro, las vidas y las obras de los hombres que más valen en sus respectivas regiones, el estado intelectual de nuestro pueblo sería más favorable y justamente apreciado desde el momento de ser más conocido; y, todos contribuiríamos de este modo á hacer el testamento, por decirlo así, de la civilización española en los últimos años de la centuria actual.

Sr. D. José Cascales y Muñoz

Madrid, 14 de Noviembre de 1895.

Muy estimado Sr. mio:

Por mis muchas ocupaciones no he podido responder antes á Vd. dándole las gracias por el envío de los pliegos de su interesante obra SEVILLA INTELECTUAL, SUS ESCRITORES Y ARTISTAS CONTEMPORÁNEOS. *Recoge Vd. en ella muy curiosas noticias, que seguramente han de agradecerle todos los que se interesan en el progreso de nuestra cultura, y en las glorias de tan ilustre metrópoli artística como ha sido en todos tiempos Sevilla. Pero Vd. comprenderá que la circunstancia de ser íntimos amigos mios muchos de los escritores á quienes Vd. justamente elogia, y la todavia más poderosa de los inmerecidos loores con que en varias partes de su trabajo me favorece (sin duda por afecto de discípulo), me impiden emitir opinión más detenida sobre el libro, puesto que los elogios parecerían nacidos de la gratitud, y los reparos, si alguno hubiese, tendrían visos de afectados.*

Suyo affmo. S. S. Q. B. S. M.

M. Menéndez y Pelayo

Escritores

JOSÉ M. ASENSIO Y TOLEDO

Entusiasta cervantista, bibliófilo peritísimo, notable americanista y erudito biógrafo de Cristóbal Colón, el Excmo. Sr. D. José M. Asensio y Toledo, cuya laboriosidad infatigable ha dado, á Sevilla en particular y á las letras patrias en general, tan sazonados frutos, goza de una reputación envidiable, al mismo tiempo que justa, entre cuantos se consagran á los estudios que él cultiva y que viene cultivando desde su primera edad.

Nacido en la famosa Hispalis en 14 de Agosto de 1829, reveló desde su infancia las dotes de escritor que le adornaban, y como se inspirase en el *Quijote* y en las mejores obras de nuestra literatura, para redactar sus primeros ensayos, éstos se distinguían, desde luego, por lo castizo del lenguaje y la corrección de la forma.

Á pesar del tiempo que necesariamente le absorbió la carrera de Derecho, en la que se licenció

con brillantes notas en Julio del 51, Asensio no dejó de escribir, durante los años de escolar, interesantes trabajos, cada vez más concluidos, y así sólo es comprensible el crecido número de producciones que han salido de su pluma, tan estimadas por las bellezas del estilo como por la pasmosa erudición que ostentan.

Puede formarse juicio de la fecundidad de Asensio y Toledo por el siguiente catálogo de los libros que en 1892 tenía dados á la estampa y que inserta el escritor valenciano D. José Enrique Serrano y Morales en su obra titulada *Los bibliófilos sevillanos*, editada en Sevilla: «*Nuevos documentos para ilustrar la vida de Cervantes. Retratos de escritores españoles, sacados en facsímil de antiguas ediciones de sus obras. Francisco Pacheco, sus obras artísticas y literarias. Hércules, poema del conde de Montesquieu. Cartas literarias: Cervantes y sus obras. El compás de Sevilla. Cartas literarias sobre el Quijote. Arqueología: azulejos de Triana: sepulcro notable. D. Pedro I de Castilla: su reinado, su carácter, el libro de su vindicación. Los restos de Cristóbal Colón están en la Habana: demostración; segunda edición, aumentada con un artículo sobre el año que nació Colón. Monumento á San Fernando: las columnas del templo de Hércules. Nota de algunos libros, artículos y folletos sobre la vida y obras de Cervantes. Un cervantista portugués quemado por el Santo Oficio. Libro de descripción de verdaderos retratos de ilustres y venerables varones, por Francisco Pacheco;*

magnífica edición, reproducida por la fotocromotipia. Francisco Pacheco: introducción é historia del libro anterior. Cervantes inventor. Murillo: su inspiración providencial como pintor de Inmaculadas, y más de doce discursos leidos en las Academias y Sociedades artísticas y literarias de Sevilla.

Además ha publicado el Sr. Asensio fuera de la capital andaluza, en Madrid y en Barcelona: *Los continuadores de El Ingenioso. Rodrigo Fernández de Rivera. ¿Puede traducirse el Quijote? El conde de Lemus, protector de Cervantes. D. Juan de Arguijo. Catálogo de la Biblioteca Cervantina, de D. J. M. A.*, y *Cristóbal Colón, su vida, sus viajes, sus descubrimientos.*

Á esta lista del Sr. Serrano y Morales, hay que agregar nuevos libros, publicados por Asensio últimamente, así como buen número de prólogos escritos al frente de distintas obras. Entre dichos libros figuran: la *Colección de escritores castellanos*, de la que ha empezado á publicar todas las obras de Fernán-Caballero, con un estudio acerca de esta escritora y de *la Novela contemporánea. Martín Alonso Pinzón*, y *Fernán-Caballero: estudio biográfico*. Entre las varias obras á cuyo frente ha escrito prólogos se encuentran la *Historia de Andalucía*, de D. Joaquín Guichot. *Historia Universal*, de D. Manuel Sillen. *Leyendas y tradiciones sevillanas*, de Cano y Cueto. *Recuerdos de las Montañas*, y el poema *Cristóbal Colón*, de D. José Lamarque de Novoa. *Aves y Flores* y *El precio de una dádiva*, de D.ª Antonia Díaz de

Lamarque, y *Azucena entre espinas*, de Sor María de los Ángeles.

Aún no he leido una crítica de las obras del Sr. Asensio que no consista en elogios al talento de tan concienzudo escritor.

El mismo Menéndez Pelayo hablando del libro de *Pacheco*, decía en 1892, en un artículo publicado por la revista *El Centenario*, que la biografía hecha por Asensio de aquel personaje, es de las más nutridas que poseemos en castellano, y al aplaudir la bondad de este libro hacía una apreciación general de todos los trabajos de su autor, muy laudatoria por cierto.

De la obra de *Cristóbal Colón, sus viajes y sus descubrimientos*, (en la que se ocupó toda la prensa europea y americana, apenas vió la luz), decía entre otras cosas el conocidísimo doctor Thebussem:

«La historia y antecedentes del descubrimiento de América, son de aquellos sucesos tan vulgares, que no debe existir persona de mediana ilustración que los ignore. El libro citado tiene, sin embargo, grandísimo interés, porque revela al lector una porción de incidentes y particularidades conocidas solamente de los estudiosos, y que hoy pone al alcance del público con admirable método y claridad D. José María Asensio. Su trabajo demuestra una asombrosa lectura, una paciencia de benedictino y una constancia admirable. En cuanto á sus dotes de historiador y de crítico, la misma obra justifica que rayan á grande altura.

Como no pretendo juzgar ni analizar el libro, me limitaré á dar noticia de su publicación y á copiar algunos párrafos del mismo, para que puedan formar idea de su mérito las personas que lean esto renglones.

Trátase allí del nacimiento, patria, familia y estudios de Colón; de su retrato y sepultura; de sus escritos y simbólica firma; de su estancia en Portugal y llegada á la Rábida; de la distinta personalidad de los religiosos fray Juan Pérez y fray Antonio de Marchena; del gran auxilio que prestó al genovés el esforzado Martín Alonso Pinzón; del debatido incidente de las joyas que ofreció la Reina para sufragar los gastos del descubrimiento de las Indias, etc., etc.

Al hablar de las pretensiones de Colón en pago de sus trabajos, escribe así:

«En verdad, sus exigencias eran grandes. No »las calificaremos de monstruosas, ni aun siquiera »de exageradas; pero, á no dudar, debieron parecer »muchas en boca de aquel pobre extranjero, que »durante tantos años había acompañado á la Corte, »viviendo casi en la indigencia, con una capa raída »y á la sombra protectora de algunos nobles que le »auxiliaban, más por afecto y amistad y por las »condiciones de su carácter, que por ningún otro »interés. Jamás, sin embargo, se puede comprender »la elevación de miras, la dignidad y nobleza de »sentimientos, la convicción profunda de Cristóbal »Colón, como en el acto de exponer á la Reina Ca-

»tólica la remuneración que había de otorgársele si »cumplía sus ofrecimientos. Allí se dibujaron en to»da su grandeza las altísimas condiciones de su in»teligencia y la varonil energía de su espíritu supe»rior; allí apareció el sabio con la vista fija en el »porvenir, olvidándose de su obscuridad presente, »de sus trabajos y penalidades, midiendo con la »mirada de águila del genio la inmensa magnitud »de la empresa que Dios le llamaba á realizar. »Aquel hombre obscuro todavía, desconocido y me»nosprciado, pactaba con los poderosos Monarcas »de Castilla, y pedía se le concediera estado, la dig»nidad de Almirante mayor de la mar Océana, »Visorey y Gobernador perpétuo de todas las islas »y tierra firme que descubriese...»

Refiérese ampliamente el viaje de las carabelas, y se cuentan los trabajos, disgustos, luchas y contrariedades que rodearon á Colón para terminar con su empresa. Contra él se conjuraban, no sólo las dolencias físicas, las borrascas de la mar y el fallecimiento de la Reina Católica, sino también, entre otros menudos enemigos, los poderosos Juan Aguado, el Obispo Fonseca y el Gobernador Bobadilla.

. . . . . .

El libro de que me ocupo, ofrece una circunstancia rara entre los de su clase, y digna del mayor elogio: la sobriedad de las notas. No es Asensio de los escritores que presentan toda la andamiada que les ha servido para levantar el edificio, ni de

los que distraen por medio de repetidas llamadas la atención del lector. Pertenece á la buena escuela de los que incluyen la nota en el texto cuando la nota es de interés, ó la suprimen cuando es tonta ó inútil. Al fin de cada libro agrega las copias de aquellos documentos que confirman sus narraciones, y que se estudian con verdadero placer, porque sirven de postre sabroso á lo que deja apuntado el historiógrafo. Su trabajo que muy en breve según presumo, ha de ser traducido al francés, inglés y alemán, recibirá el aplauso de los europeos y de los americanos, porque á pocos libros le cuadra mejor que á éste el vulgar hexámetro de *indocti. discant et ament meminissi periti.*»

Digno del mayor encomio, y alagador para Asensio es también el notable juicio que al frente de una traducción portuguesa del libro de Colón emite el escritor Próspero Peragallo, del que gustoso transcribiría aquí algunos párrafos; pero, si me dejase llevar de mi deseo, necesitaria emborronar muchas cuartillas con la enumeración únicamente de cuantos se han ocupado en esta obra.

Teniendo en cuenta los importantes y numerosos escritos de D. José M. Asensio, sería lógico suponer que ha vivido y vive siempre encerrado en su biblioteca, sin apartarse de ella ni un instante é importándole poco la vida de los demás; pero el que así pensara se equivocaría en absoluto. El amor que el señor Asensio ha profesado á su querida patria, le ha servido de estímulo constante

para sacrificarse en beneficio de las letras y las artes sevillanas, y conseguir despues de vencer grandes obstáculos crear en unión de D. Pascual Gallangos, D. José M. de Alava y D. Francisco de B. Palomo, la *Sociedad de Bibliófilos Andaluces,* que tan hermosos frutos está dando; al mismo tiempo que la *Protectora de las Artes*, de la que tambien fué fundador, auxiliado por otros amigos.

Á la vez que á estos nobilísimos fines, Asensio ha dedicado su talento al foro, en el que ha sabido ganarse una merecida reputación, y á la política conservadora que le ha obligado á ser alcalde de Sevilla y presidente en varias ocasiones de la Diputación provincial.

Hecho constar sus aficiones y los preciados frutos de su inteligencia, casi huelga reseñar las Academias y Corporaciones científicas á que viene perteneciendo, así como decir que ocupa en ellas los primeros sitios, siendo ex-presidente de la Real Academia sevillana de Buenas Letras y de la de Bellas Artes, académico preeminente de la de Santo Tomás de Aquino y de la Colombina onuvense, correspondiente de la de los Arcades y de la Pontificia de arqueología de Roma y de la de Ciencias de Lisboa; y por último, individuo numerario de la Real Academia de la Historia, en la que ha dejado imperecedero recuerdo su magistral discurso de entrada (acerca de la personalidad de Cristóbal Colón, —examen de las últimas doctrinas y trabajos referentes al invicto genovés)—leido en la tarde del día

9 de Junio de 1895; á cuya elocuente y erudita oración contesta el Excmo. Sr. D. Antonio Sánchez Moguel, quien, entre otros conceptos, expresó el siguiente acerca del Sr. Asensio:

«Sevillano por familia, nacimiento, educación, aficiones y estudios; más todavía, por su vida entera, transcurrida en las orillas del Bétis hasta bien poco antes de nuestro llamamiento; continuador como ninguno, en la ciudad que atribuye su fundación á Hércules, de sus tradiciones eruditas é históricas; explorador infatigable y afortunado de sus archivos y bibliotecas; poseedor de una, importante en extremo, sobre todo, por su colección cervantina; rescatador, ilustrador y editor generoso de joyas tan valiosas como el *Libro de descripción de verdaderos retratos de ilustres y memorables varones*, que dejó inédito Francisco Pacheco; autor de copiosos escritos literarios y críticos, artísticos é históricos; alma de la *Sociedad de Bibliófilos Andaluces*, que, como su hijo *El Archivo Hispalense*, ha dado á luz verdaderas preciosidades bibliográficas; Director inteligente de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras, en reemplazo del nuevo padre de aquella ilustre Corporación, nuestro insigne correspondiente Fernando de Gabriel, de inolvidable memoria; cervantista comparable con nuestro difunto y egregio anticuario Fernández Guerra, á quien viene á suceder, y al que ha consagrado las justas y nobles frases que hemos oido, y á las que en vuestro nombre y en el mío me adhiero por com-

pleto; americanista eruditísimo, autor de la *Vida de Colón*, más extensa, razonada y amena que tenemos; promovedor principal, en fin, del moderno movimiento bibliógrafo, que ilustran con gloria eruditos tan aventajados como Montoto, Gómez Imaz, Gestoso, el Duque de T'Serclaes y el Marqués de Jerez de los Caballeros, Asensio ingresa hoy en la Real Academia de la Historia como los Grandes en el Senado: por derecho propio.»

Entre los títulos honoríficos de otra índole, conquistados por Asensio, cuenta hoy este señor el de caballero gran cruz de la órden de Nuestro Señor Jesucristo de Portugal que le fué concedido hace años en pago á importantes servicios prestados á las letras lusitanas, y como digno homenaje al talento y al saber, del que habiendo pasado en la ciudad de la Giralda los dos primeros tercios de su vida, ha trasladado no há mucho su residencia á la corte, donde continúa esgrimiendo su bien cortada pluma y militando en la vanguardia de nuestros mejores ingenios.

CLAUDIO BOUTELOU

El actual director de la Escuela de Bellas Artes, de Sevilla nació en esta misma ciudad en el día 18 de Junio del año 1825.

Desde muy niño se dedicó al apredizaje del dibujo, para el que desde luego mostró grandes aptitudes, y al estudio de varias lenguas que más tarde habían de servirle para aumentar las fuentes de los conocimientos á que pensaba dedicarse.

Llegado á la adolecencia, cursó, hasta terminarla, la carrera de Derecho, y ahora sería tal vez una lumbrera del foro, si sus aficiones artísticas no hubieran impreso otra dirección á su actividad y á su talento; pues apenas dejó de frecuentar las aulas universitarias; volvió á consagrarse en absoluto á los trabajos artísticos y á las excursiones y exploraciones arqueológicas, que tanto le seducían desde su más tierna edad.

Ilustrada grandemente su inteligencia y educacado su gusto con el tiempo y el ejercicio, pronto se halló en aptitudes de ser un catedrático excelente, y como tal era su vocación, después de probar su

competencia en reñidas oposiciones, obtuvo en 1851 la cátedra de Teoría é Historia de las Bellas Artes en la escuela susodicha, de la que hoy es Director.

Arqueólogo, historiador y artista verdadero, se nos revela bajo estas tres formas, lo mismo en las monografías publicadas en el Boletín *El Museo Español de Antigüedades*, y en los artículos que vieron la luz en el periódico *La Arcadia* y en la Revista de Ciencias, Literatura y Artes, que en las Memorias y discursos leídos en la *Academia Hispalense* y en los folletos y libros que lleva dados á la estampa con los títulos de *La Pintura en el siglo XIX*, *Estudios de los pueblos en la Exposición de París de 1878* y *Estudio del San Antonio de Murillo.*

Esta última obra, que he tenido ocasión de leer y saborear detenidamente, demuestra tal dominio de nuestro idioma y tan profundos conocimientos en materias de arte, que sólo leyéndola se pueden apreciar.

He aquí como se expresa el Sr. Boutelou en uno de los períodos del capítulo primero, hablando de las condiciones que debe tener en cuenta todo crítico: «Los que en Bellas Artes no pasan de la superficie de las cosas, creen haber penetrado lo bastante, cuando al ver una pintura ó una escultura, pueden decir: corresponde al estilo de Van-Eyek, Alberto Durero ó Beato Angélico, sin fijarse en que esto no es más que señalar los elementos comunes que viven en Europa, y olvidan precisamente los que constituyen lo peculiar de nuestra patria.

Para entender el sentido de las creaciones artísticas es lo primero tratar de descubrir el punto de vista del autor, á quien hay que mirar en sus obras como fiel representante de las ideas de su tiempo y de su país; y si lo conseguimos, entonces nos explicamos el dibujo, la composición y hasta el modo de ejecución, porque todo esto que corresponde á la exteriorización de la imagen que aparece en la fantasía del artista, se halla sujeto á un solo principio y á una sola determinada idea, siendo los elementos de la obra palabras inteligibles, que manifiestan el concepto total de la producción.»

En su *Estudio de los pueblos en la Exposición de París de 1878*, aparece el Sr. Boutelou como un observador sagaz y de certero golpe de vista, patentizando á la vez esa erudición pasmosa, que es la nota distintiva de todos los trabajos mencionados; además de los cuales ha vertido al español, con la corrección que es de suponer, los *Estudios políticos y sociales*, de Spencer, y *El Arte cristiano*, de Pasahan, traducido del alemán directamente, é ilustrado con profusión de notas y apéndices.

La mejor prueba de lo mucho que vale don Claudio Boutelou y de que este valor no pasa inadvertido por los que constituyen la aristocracia de la ciencia, está en los honores con que le han distinguido hasta aquí nombrándole vicepresidente de la comisión provincial de Monumentos, individuo correspondiente de la Real Academia de San Fernando y académico nato de la de Sevilla.

FRANCISCO CABALLERO INFANTE

Á más de escritor fecundo y correctísimo y de notable bibliófilo, el Sr. D. Francisco Caballero Infante y Zuazo es uno de los arqueólogos más concienzudos que tenemos en España, siendo á la vez poseedor de una de las mejores colecciones de antigüedades que existen en Sevilla.

En su interesante *Museo*, que tal calificativo y tal nombre merece, abundan los objetos de arte más curiosos del imperio egipcio, del pueblo griego, de la época romana y del tiempo de los árabes españoles, tanto en cerámica, cristal y piedra, como en maderas y metales preciosos.

No hay amantes de las reliquias del pasado que, encontrándose en la ciudad de la Giralda, dejen de consagrar una visita á la valiosa colección del señor Caballero Infante; y á esto, sin duda, obedece que las Revistas arqueológicas, lo mismo nacionales que extranjeras, den cuenta casi á diario de las adquisiciones que éste hace.

Nacido en la Habana en 9 de Septiembre de 1847, Caballero Infante y Zuazo estudió en la Universidad hispalense las facultades de Filosofía y Letras y Derecho, de las que se doctoró en los años de 1869 y 1870 respectivamente.

Nombrado en seguida catedrático auxiliar del mismo claustro en que primero estudiara, no tardó en distinguirse entre los demás profesores, haciéndose admirar á la vez por la importancia de las obras que publicaba, donde, aparte de la erudición, eran dignos de un experto cervantista lo castizo del lenguaje y la corrección del estilo.

En confirmación de esto último voy á permitirme transcribir un párrafo de su trabajo *La poesía dramática griega*, mediante el cual podrá el lector formar juicio más completo:

«Entre todos los pueblos de la antigüedad,—dice—ninguno mejor dotado por la naturaleza para el cultivo del arte, que el pueblo griego. Un conjunto de felices circunstancias contribuyó providencialmente á este objeto. La situación geográfica de la Grecia, á las puertas de Europa, frente á los paises civilizados de aquel tiempo, el Asia Menor y el Egipto, y en el centro del Mediterráneo, teatro del movimiento histórico del mundo antiguo; el origen antiquísimo de sus habitantes, que en su orgullosa fantasía llegaron á considerarse como autóctonos, para aparecer así agenos á toda tradición extraña, las instituciones nacionales de este pueblo, fuerte lazo de unión entre sus diversos Estados; la varie-

dad de sus constituciones políticas, acomodadas á las circunstancias y carácter especial de cada tribu; su brillante imaginación y genio creador; su fecunda actividad, estimulada por la suavidad del clima, la galanura de sus campos, la belleza de sus pintorescos valles, las formas poéticas de sus montes, la variada ondulación de sus costas, la pureza de su cielo y la transparencia y limpidez de su atmósfera; su lengua flexible, rica, sonora y harmoniosa; su religión, en fin, antropomórfica que le permitía concebir como propia y adecuada la forma humana para la manifestación de la divinidad, y por lo mismo hallar ecuación perfecta entre la belleza ideal y su forma sensible de expresión; todo concurrió á hacer del pueblo griego un pueblo artista por excelencia, un pueblo clásico, que sirviera de modelo á las generaciones venideras. No sin razón eligieron á la Grecia por morada los dioses y la fábula.

Todas las manifestaciones de la belleza son, en efecto, objeto de su actividad. Crea y cultiva todos los géneros artísticos y en todos alcanza la perfección; en las artes del espacio inventa y recorre diversos sistemas; pero siempre tan primarios, puros y originales, que los siglos y pueblos posteriores hallarán en ellos la base de todas sus combinaciones y trabajos. Las obras de Zénxis, Apeles y Parrahsio en la pintura, de Phidias y Praxiteles en la escultura, y el Parthenon y Acrópolis en la arquitectura, nos muestran el más alto grado que es dado alcanzar al genio artístico del hombre.

Mas donde, con luz sin igual, ostenta las ricas y preciadas dotes de fecundidad, es en la más noble de las bellas artes, en la Literatura; sus producciones literarias llegaron á un grado de perfección tal, cual despues en algunos géneros no ha podido alcanzar pueblo alguno; y en la oratoria, en la historia y en la poesía, los nombres de sus esclarecidos genios, Demóstenes y Esquines, Herodoto, Tucídides y Jenofonte, Homero, Hesiodo, Píndaro, Safo, Anacreonte, Esquilo, Sófocles, Eurípides y Aristófanes, nombres son y enseña gloriosa, á cuyo recuerdo se conmueve el alma y se eleva é inspira la imaginación y fantasía de los hombres y pueblos amantes del buen gusto literario.»

La Real Academia Sevillana de Buenas Letras ha premiado las virtudes del Sr. Caballero Infante confiriéndole su título de académico numerario, y en 23 de Abril de 1872 hizo éste su recepción pública, mereciendo que contestara á su discurso, su antiguo y sabio maestro el Sr. D. José Fernández Espino, quien al darle la bienvenida, esclamaba lleno de satisfacción: «veo ya sentado entre nosotros al que fué un día mi caro discípulo y aplauso de sus compañeros. No mucho despues le ví, por sus esclarecidas prendas, en el sitial honroso de los doctores y de los maestros. ¡Qué para mí tan grato! Mi alegría no tiene límites.»

Apesar de hallarse tan considerado y querido en su ciudad natal la abandonó hace años Caballero, para trasladarse á Valencia, de cuya Universidad

fué nombrado secretario y hasta hace poco tiempo no ha regresado á Sevilla, donde hoy desempeña el mismo cargo en su primer centro docente.

Entre las obras publicadas de que es autor el Sr. D. Francisco Caballero Infante, figuran las siguientes:

Santa Teresa de Jesús y sus obras: discurso pronunciado al recibir la investidura de Licenciado en la Facultad de Filosofía y Letras.

Sófocles, considerado como la más elevada personificación de la tragedia griega: tesis para el doctorado en la Facultad de Filosofía y Letras.

Aristófanes y la comedia griega: discurso de recepción en la Real Academia Sevillana de Buenas Letras.

El sentimiento en Homero y Virgilio: discurso de contestación al de recepción del Excmo. Sr. D. Joaquin Alcaide y Molina, en la Real Academia Sevillana de Buenas Letras.

Lucernas cristianas, sus clases é importancia: mereció ser traducida al italiano.

Monedas árabes de Valencia.

Monedas árabes de Denia.

San Gregorio VII: mereció ser traducida al italiano.

Y otros muchos folletos, artículos de periódicos, etc.

SALVADOR CALDERÓN Y ARANA

Nacido en Madrid en 1851, es desde hace algunos años, uno de los verdaderos sabios que más contribuyen á levantar el nivel intelectual de Sevilla, instruyendo en las aulas de la Universidad literaria á lo más selecto de la juventud hispalense, y despertando en los apáticos escolares el amor á la ciencia y á los estudios naturalistas, hasta el punto de haber formado con sus discípulos y con varios ilustres amigos una sección de la *Sociedad española de Historia Natural* para realizar provechosas excursiones, de cuyos preciados frutos da cuenta diariamente el Boletín de dicha Corporación.

La vida del Sr. Calderón puede servir de modelo á los individuos más laboriosos, así como también á los que más reveses hayan sufrido por no doblegarse á censurables conveniencias, y obrar constantemente con la lealtad del hombre honrado.

Al año de obtener el título de *doctor en Ciencias*

Naturales, ó sea, en 1874, ganó en reñidas oposiciones la cátedra de Historia Natural del Instituto de Las Palmas (Canarias), y durante su estancia en la isla hizo notables estudios de gran interés para la Geología. Pero al sobrevenir el primer Ministerio de la Restauración y dar éste el famoso decreto que motivó la expulsión de varios profesores, Calderón protestó enérgicamente en unión de otros compañeros, y en castigo á tal protesta, quedaron él y cuantos la firmaron suspensos de empleo y sueldo por el Gobierno reaccionario.

Esta injusta destitución le obligó á regresar á la Península, donde á la sazón se creaba en Madrid la *Institución libre de enseñanza:* y tomando una parte muy activa en la fundación de este nuevo Establecimiento, figuró entre sus catedráticos más entusiastas hasta el 1877, fecha en que abandonó á España para perfeccionar sus conocimientos en las Universidades de Ginebra, Viena y Munich, en las que permaneció largas temporadas dedicado á sus trabajos favoritos, y siendo objeto de los respetos y consideraciones que sus virtudes y talentos merecían.

En Viena fué llamado en 1878 por la archiduquesa Isabel, madre de la actual reina regente, para que enseñara el español, no sé si á la segunda ó á las dos damas citadas.

Trasladándose más tarde á París, asistió, aunque por breve tiempo, á los laboratorios del Colegio de Francia; y en 1881 se embarcó con rumbo á

Nicaragua, en compañía del profesor D. José Leonard; quien le ayudó á fundar en la ciudad de León el llamado *Instituto de Occidente*, que fué acogido con gran regocijo por los habitantes del país.

El Sr. Calderón no tardó en granjearse la admiración y el cariño de los naturales, así por las conferencias públicas que diera, como por las tareas que se tomara para organizar el gabinete de Física y los laboratorios de Química y Mineralogía. Todo brindaba un risueño porvenir á los atrevidos apóstoles de la ciencia, cuando en aciago día, en un acto oficial, tuvo el Sr. Leonard la desgracia de expresar con demasiada violencia sus ideas radicales, atrayendo sobre el Establecimiento la adversión del populacho que en manifestación tumultuosa y al grito de *¡muera el Instituto!*, pretendió tomarlo por asalto para asesinar á los profesores y destrozar el material científico.

Mientras esto sucedía por allá, ocupaba el poder en España el partido del Sr. Sagasta, quien, como presidente del Gobierno tuvo el acierto de decretar la reposición de los catedráticos destituidos; y, como al Sr. Calderón le adjudicasen una cátedra en el Instituto de Segovia, regresó el emigrado á su querida patria, donde escribió (y publicó después, como resultado de sus viajes, en el «Boletín de la Sociedad Geológica de Francia», tercera serie, tomo X, 1882), una nota *(Sur le veritable prolongement des Andes dans l' Amérique centrale)*, y un artí-

culo (que vió la luz en los «Anales de la Sociedad española de Historia Natural», tomo XI, 1883), acerca de *Los grandes lagos nicaragüenses.*

En 1883 le fué confiada por el Ministerio de Fomento la honrosa misión de visitar los principales museos de Historia Natural de Europa y de redactar una Memoria sobre la organización de los mismos, indicando las reformas que debían introducirse en el de Marina.

Con la pericia que es de suponer, estudió el Sr. Calderón, en sólo un año, los museos de Bruselas, Strasburgo, Stutgard, Munich, Viena, Berlín, Budapest y París, más todos los de Francia; y este viaje, fecundísimo para él, desde el punto de vista científico, dirigió sus aficiones á cuantos asuntos se relacionan con tales materias como lo demuestran: el libro que publicó en la «Revista de España» 1884 bajo el título de *Organización y arreglo de los museos de Historia Natural*, y el estado en que se halla el hoy á su cargo de la Universidad de Sevilla, donde explica la correspondiente asignatura, desde que en 1887 ganó por oposición dicha cátedra, mereciendo ser votado en el primer lugar por los jueces.

El susodicho Museo, organizado por él, no sólo puede presentarse como verdadero tipo de Museo regional, por lo completo en producciones de la comarca andaluza, sino como el único en toda España instalado con arreglo á los modernos sistemas.

Individuo de la *Sociedad geográfica de Francia*, de la Real Academia de Buenas Letras y de otras muchas Corporaciones científicas no menos importantes, D. Salvador Calderón y Arana figura tambien á la vanguardia de los escritores sevillanos, habiendo salido de su pluma lo menos cincuenta trabajos, que han sido publicados en diferentes lenguas.

NARCISO DEL CAMPILLO Y CORREA

¿Quién no conoce á este eximio poeta español? Seguramente habrá muy pocos aficionados á la literatura que no hayan saboreado la belleza de su estilo y no sepan de memoria algunas de sus poesías; pero quizás sean menos los que conozcan su accidentada vida, y en ella voy á ocuparme ahora, consignando ciertos detalles que la sintetizan por completo.

Hijo de D. José del Campillo y Pizarro y de D.ª Antonia Correa y Cabello, nació en Sevilla en 29 de Octubre de 1834, y por singular coincidencia, en la misma casa, calle de los Alcázares, donde el festivo poeta del siglo XVI, Baltasar del Alcázar: siendo bautizado en la iglesia de San Pedro el 30 del citado mes.

Huérfano de padre desde la edad de seis años, estudió cosmografía y pilotage (como hijo de viuda noble y pobre) en el Real Colegio de San Telmo,

de Sevilla, que no tardó en suprimirse á poco de él ingresar.

Con tal motivo, no pudo ver completados sus conocimientos de piloto, y fácilmente hubiera quedado sin oficio ni beneficio á ser otro el temple de su alma y á no ser él de esos hombres que se crecen ante las contrariedades y reveses de la fortuna.

Sus aspiraciones fueron nobles desde la infancia y estaba resuelto á luchar contra todos los obstáculos que se opusieran á sus deseos.

En vista de que no podía ser marino, se matriculó en el Instituto de segunda enseñanza y despues de tomar el grado de bachiller, terminó en aquella Universidad, con sobresaliente aprovechamiento, la carrera de Leyes y la de Filosofía y Letras, sin que el trabajo de las clases le impidieran seguir cultivando las aptitudes literarias que revelase desde la niñez.

Con D. Ramón Rodríguez Correa y D. Arístides Pongilioni, había fundado en Sevilla en 1855 el periódico literario *El Mediodía*, y á la edad de veintidos años era uno de los escritores más celebrados de la ciudad del Bétis, dándose á conocer como poeta de alto vuelo en 1858 con un tomo de *Poesías* de 300 páginas, en cuarto, que fué leido por todos los inteligentes y elogiado por toda la prensa.

Mas no se crea que Campillo dedicaba toda su actividad al culto de las musas y que por esto le era fácil hacer tan lindas composiciones. Lo primero que le faltaba era tranquilidad de espíritu y des-

canso material. Precisado á ganar el propio sustento, vivía consagrado á la enseñanza en los colegios particulares, y era simultáneamente profesor de Retórica, de Psicología, de Historia y hasta de Gimnástica. Sólo podía disponer, para pensar, del tiempo que empleaba en ir de uno á otro establecimiento docente, y es de presumir que más de una vez iría rimando por la calle, sin estar loco.

En 1865 ganó por oposición con el número 1.º la cátedra de Retórica del Instituto de Cádiz, y aunque al trasladarse á esta capital era de suponer que su nueva vida fuese más reposada, no ocurrió así; porque el combate por la existencia que antes librara, fué sustituido por el combate de las ideas, cuando éstas se debatían á tiros en las calles.

Entusiasta defensor de la nueva doctrina liberal, fundó allí con Roque Barcia el célebre periódico *El Demócrata Andaluz*, desde cuyas columnas contribuyó poderosamente al advenimiento de *La Gloriosa*, y en 1868 fué con Paul y Angulo y Salvoechea, indivíduo de la Junta revolucionaria de Cádiz, habiendo sido antes concejal de aquel Ayuntamiento.

Á la manera que los buenos manantiales de agua no se agotan jamás ni por el excesivo calor del verano ni por la escasez de lluvias en el invierno, la fecunda inspiración de mi biografiado no se agotó tampoco ni por la falta de reposo, ni por la excitación de las pasiones políticas, y entre los gritos de los combatientes y el estampido del cañón, en el

mismo campo de la guerra, siguió pulsando la lira y dando á la estampa sus preciosas producciones, entre las que citaré: en el 65, *Memoria sobre el estilo:* en el 67, *Nuevas poesías,* y en el 68 y el 69, dos *Almanaques Enciclopédicos.*

En este último año, ó sea en 1869, se trasladó á Madrid para desempeñar la Cátedra de Retórica del Instituto del Noviciado (hoy del cardenal Cisneros), que ganó por concurso, y desde entonces continúa en la *coronada villa*, querido y admirado por cuantos tienen la suerte de conocerle y tratarle, sin que hayan variado en lo más mínimo sus ideas liberales y su amor á las leyes de la democracia. Los años han pasado por él sin debilitar con su peso las facultades de su alma. Se habrán dejado sentir en el cuerpo, pero al corazón no han llegado sus efectos y éste sigue incólume con los mismos sentimientos con que empezara á latir al primer grito de libertad que resonó en nuestra patria.

Su inspiración, rica en ideas y en profundos pensamientos, no ha dejado tambien de manifestarse, cada vez más lozana y vigorosa, y sin que le distraiga el ruído de la corte, ha contribuido á enriquecer las letras patrias con las siguientes obras, á más de las mencionadas: *Retórica y Poética ó Literatura Preceptiva*, un volumen de 360 páginas. Madrid, 1872; *Una docena de Cuentos*, con prólogo del Excmo. Sr. D. Juan Valera, un volumen de 338 páginas, Madrid, 1878; *Nuevos Cuentos*, Madrid, 1881, un tomo; *Florilegio Español*, Madrid, 1888,

dos tomos; *Historia de la Corte Celestial*, Madrid, 1891, un tomo.

En la actualidad tiene dispuesta para imprimirse: *Disertación sobre Reforma de la Escritura Española:* un tercer libro de *Cuentos,* otro tercero de *Poesías*, uno de *Biografías* y una traducción, de Homero; colaborando al mismo tiempo en los periódicos más importantes de Madrid y del extranjero y contándose entre los que hoy honran con su pluma *La Ilustración Española y Americana* y *Los Lunes de El Imparcial.*

Para que el lector pueda apreciar por sí todo lo que vale como escritor D. Narciso del Campillo y Correa, transcribiré como una pálida muestra de sus poesías la composición:

Á LA IMPRESIÓN DE UN LIBRO

Amantes, perdonadme si no entono
Cantos de amor. La juventud lozana
Huyó de mí con sus alegres juegos,
Y cual nevada cumbre de alto monte
Ya mi cabeza por la edad blanquea.
Jamás hicieron amistad durable
Severas canas y risueñas flores.
Dejemos el amor. Cosa distinta
Deciros quiero.
Con tranquilo paso
Y más tranquilo espíritu cruzaba
Las calles de Madrid. Era la hora

En que el calor de Julio las despuebla
Del hormiguero humano, que otras veces
Se agita con afán, hierve y se empuja:
Y más se agita y se remueve y bulle
Con gritos y ademanes de alegría,
Si hay toros, procesión ó algún ahorcado;
Espectáculo digno de los dioses,
Y de mi culta y religiosa patria.
Á enjugarme el sudor paréme un punto
Frente á una iglesia: el agrio cimbalillo
En su espadaña volteaba loco
Llamando á no sé quién: ni cerca ó lejos
En la desierta plaza nadie había,
Cuando un amigo apareció y me dijo:
«¿Vas al templo?» Y le dije: «Al templo voy
De que ministros somos: ven conmigo.»
Y atravesamos juntos breve espacio,
Y entramos en la imprenta.

¡Salve, oh cuna
Del pensamiento! ¡Oh nube, donde toman
Las palabras sus rayos y fulgores
Como en moderno Sinaí vibrante!
¡Oh bendito lugar, de donde surgen
Con alas rapidísimas y eternas
La ciencia, el arte, la moral, las leyes
Para alumbrar y redimir el mundo!
¡Oh templo indestructible, que los siglos
Nunca derribarán! Tu sacerdote
En tí penetra con la fe robusta
Que mueve las montañas.

En la imprenta
No hay regias colgaduras de damasco,

Ni lámparas inútiles, ni el jaspe
Y oro y plata deslumbran, en memoria
Del que nació en establo y murió pobre:
Ni el incienso y la mirra del Oriente
El aire llenan con azules nubes,
Ni se elevan altares, ni los tonos
Del órgano suplican ó amenazan.
Todo es obscuro ó negro, y lleva luto
Por la razón humana; perseguida
Y mártir tantas veces, nunca muerta.
Todo es obscuro ó negro; las paredes,
Las cajas y las máquinas, y el traje
Del operario silencioso. Brama
Comprimido el vapor, y presta impulso
Á los volantes de las grandes ruedas
Y á la prensa de acero reluciente,
De hojas mil incansable engendradora.
¡Cómo salen cubiertas de palabras
Y preñadas de ideas! ¡Cómo luego
Se juntarán para formar el libro
Y extenderse después de polo á polo!

¡Brotad, páginas santas; volad como las aves;
Id á decir al mundo, que el mundo es vuestro amigo,
Que ya tiene el espíritu de su prisión las llaves,
Que nunca fué el trabajo ni oprobio ni castigo!

Sí, volarán y triunfarán. El verbo
De la humana razón será llevado
Á pueblos y naciones: donde quiera
Que el sol derrame sus doradas luces,
Verá el libro, y la frente pensadora
Del hombre sobre él. Por largo tiempo,
De infamias ese sol viejo testigo,

Miró la esclavitud y la ignorancia
Al carro vil del fanatismo uncidas:
Hora es ya de que atónito contemple
Al hombre libre, la razón señora,
Y la ciencia sentada en trono eterno.
Hora es ya que de júbilo en sus tumbas
Nuestros pobres abuelos se estremezcan.
¡Cuánto sufrieron y lucharon! Cómo
De las hogueras al siniestro brillo
Bajo el sable y el látigo encorvados
Á la conquista del derecho iban
Siempre avanzando, y señalando siempre
Con sangre y con sudor sus huellas santas!
En muchedumbre interminable pienso
Verlos pasar ahora. ¡Qué andrajosos,
Qué pálidos están, ellos, las vivas
Fuentes de la riqueza, el nervio duro
Del trabajo incesante, y las columnas
Que el mundo sostuvieron y sostienen!

Héroes obscuros, á vosotros debo
Mi pensamiento y libertad: vosotros
Allanásteis la selva y arduo monte
Con el hacha y el fuego, y el dorado
Vino y el pan nos disteis; y el vestido,
Y el dulce hogar y la gloriosa patria,
Y los prodigios de la ciencia y arte,
Y el noble corazón y la alta frente.
Y por vosotros el esclavo dice:
¿Qué es esto? y lanza rota su cadena,
Y las negras conciencias se iluminan,
Y el ojo humano en la creación se hunde
Y al planeta y al átomo comprende.

¡Milagrosas conquistas! ¡Ay! Acaso
¿No morirán? De Nínive y de Tebas,
De Menfis y Cartago la memoria
Sólo queda, y confusa: la barbarie
Las devoró con implacable saña
Y para siempre las tragó el olvido.
Murió su verbo; más el verbo ahora
Eterno es como Dios, y suena y vibra
Igual en todas partes. ¡Salve, imprenta,
Madre feliz del libro luminoso!

Brotad, páginas santas, borrad cual nueva aurora
La noche de los siglos tan tenebrosa y yerta:
Dad á los ciegos vista, consuelos al que llora,
Decid al mundo todo que el hombre ya despierta.

Penetra el libro en el hogar, y prende
Con raíz invisible: él es amigo,
Consejero y maestro de la vida.
Repitiendo los cantos de los vates
Depura el alma, y limpia como el oro
Por celestes espacios la levanta:
Alumbra de la mente las tinieblas
Con luz de ciencia y arte, de la tumba
El sello rompe y brota el tan fecundo
Coloquio de los vivos con los muertos.
¿Veis ese joven? Su moreno rostro
Amor expresa y compasión: deplora
El fin acerbo de la tierna Dido:
Aquellos hombres de espaciosa frente
Donde trono y altar tiene la idea,
Pasan la noche y ven lucir el día
Siguiendo el curso de la humana estirpe,
De los planetas calculando el vuelo

Trazando el puente, el acueducto, el muro,
Quilatando los átomos: la amable,
Gentil doncella con los genios trata,
Los comprende y admira, y se enternece,
Y con piadosas lágrimas refresca
De sus sepulcros el laurel tardío.

¡Comunión de las almas, triunfadora
Del tiempo y de la muerte! El pensamiento
De los que ya son polvo me penetra
En noches de misterio y largo estudio:
Y hállome en Grecia, en las heróicas luchas
De la lira sonante y de la espada,
Y soy emperador ó esclavo en Roma,
Ó lleno con mi voz los anchos foros
Por la justicia y libertad clamando.
Ciudadano del mundo, compatriota
Del romano y del griego, egipcio y persa,
Vientos de Oriente y Occidente aspiro;
Y contemplo á Moisés ceñido en rayos,
Y á Píndaro y Platón absorto escucho,
Y con Horacio del falerno bebo,
Y sigo al torvo Dante á las regiones
Donde yace cadáver la esperanza.
Como enjambres de abejas zumbadoras
Las humanas ideas me circundan,
Y me siento orgulloso de ser hombre.

Así mi amigo y yo, mientras bramaba
Comprimido el vapor, prestando impulso
A los volantes de las grandes ruedas
Y á la prensa de acero reluciente,
Meditábamos juntos. Algo noble,
Espíritu invisible, ángel ó genio,

En derredor flotaba, acompañando
El ritmo de las máquinas. Salimos:
Y el agrio cimbalillo estaba mudo,
Y la prensa lanzaba nuevas hojas.

Brotad, páginas santas, brotad como las flores,
Que al presentarse anuncian el fruto regalado:
Iluminad el mundo con vivos resplandores,
Hablad, hablad al hombre, y el hombre está salvado.

Si las composiciones poéticas están cuajadas de encantos, los trabajos en prosa de Campillo se distinguen siempre por la fluidez y la corrección del lenguaje, lo esmerado de la forma y la elevación de los pensamientos.

Todos sus trabajos, ya sean serios ó científicos, ya festivos ó epigramáticos, llevan invariablemente un fondo filosófico que, á la par de hacernos gozar ó reir, nos hace pensar.

Su musa, que debe ser alguna diosa de las musas, reviste todos los caracteres, y sus artículos humorísticos recuerdan muchas veces los del ilustre Quevedo.

MANUEL CANO Y CUETO

Este inspirado y eximio cultivador de las tradiciones y leyendas de su patria, es tan popular y tan leido, entre cuantos se consagran al estudio de las letras, que huelgan los elogios de mi pluma, porque por muchas mejores han sido ya descritos y ensalzados sus poemas, sus novelas y sus dramas. Sólo me permitiré decir que, gracias á su talento y á la bondad de sus obras, es considerado hoy, no sólo como un ilustre hijo de Sevilla, sino como una gloria nacional.

Nacido en el año de 1849, demostró desde muy niño las dotes de su clara inteligencia, y después de cursar las asignaturas de segunda enseñanza, en el colegio Jesuita de Carrión de los Condes, ingresó en la Universidad hispalense con el objeto de seguir la carrera de Derecho. Pero al comenzar los estudios de tan noble profesión, se había desarrollado en él un verdadero amor á la poesía; hacía ya hermosos versos, y pensaba consagrarse en absoluto

al adorable culto de las musas, razones por las que fué perdiendo su afición á las leyes, al paso que empezaba á colaborar en casi todos los periódicos locales.

El primero de éstos, de cuya redacción formó parte, siendo á la vez uno de sus fundadores, se titulaba *La Legitimidad* (que principió á publicarse en Sevilla en pleno período revolucionario), y la primera obra con que se dió á conocer como autor dramático, fué el bonito saínete *La transmigración de las almas*, hecho en colaboración de su amigo Luís Montoto.

La representación de esta obrita obtuvo muchos aplausos en la noche del estreno, y alentado por el éxito, el incipiente poeta siguió escribiendo para el teatro, cada día con más acierto, diferentes comedias, dramas y juguetes, entre los que figuran: *Hidrofobia conyugal*, *Un Tenorio casado*, *La encubierta*, *Guerra al extranjero*, *Los rosales de Mañara*, *Lorenzo* y *Quiero ser*, además de la *Revista de Sevilla*, hecha también en unión de Montoto, *Tres pies para un banco*, en la que colaboró con Felipe Pérez y González, y *Bajo el Cristo del Perdón*, con Jiménez Placer.

Siendo inagotable el genio potentísimo de Cano, no hay para qué repetir que ha cultivado, con acierto, casi todos los géneros de nuestra literatura, y si mucho ha sobresalido en la poesía lírica y en la dramática, no se ha distinguido menos en las novelas que ha escrito, de las que, sobre todo, no pueden

omitirse las que llevan por títulos: *Holga, Un cuento extravagante, Un enfermo y un loco* y *Páginas de un libro.*

No obstante, debo advertir que ni éstas ni las otras producciones son las obras predilectas de su numen. En lo que más resalta su vena poética y su erudición vastísima, es en las leyendas y tradiciones sevillanas, que son las que más personalidad literaria le han conquistado; hasta el punto de que le consideren hoy nuestros más concienzudos críticos, como el primero de España en este difícil género, (en cuyo cultivo le ha estimulado, con su ascendiente, el sabio profesor de Historia de la Universidad de Sevilla, D. Manuel Sales y Ferré, á quien nuestro poeta ama como á su padre, y el único, por cierto, que ha podido vencer la pereza de Cano y Cueto, haciéndole escribir muchas de sus mejores leyendas).

Pocos literatos habrá que no hayan saboreado, apenas publicadas, las bellísimas creaciones del que se inspira en la historia de la *Ciudad de la Giralda;* mas para que el público las conozca también voy á transcribir, al menos, los títulos de las siguientes: *Las Alfareras, El Vándalo, La Copa de Sangre, Ab-de-la-zis, Doña María Alfonso Coronel, Leonor Dávalo, D. Mateo Vázquez de Leca, Torrigiano, La Virgen del Reposo, D. Miguel de Mañara, La mano blanca, Pedro de Torres, Nacido y ahorcado, El toque de agonía, Flor de cieno, La Bruja, El Abismo* y *El Hombre de Piedra.*

Esta última leyenda está precedida de un severo juicio de D. Siro García del Mazo, quien hace resaltar de admirable manera las bellezas del estilo y el mérito de la obra.

Bien quisiera reproducir, en toda su extensión, el trabajo de este crítico, tan favorable al bardo sevillano; pero, ya que no puedo hacerlo, copiaré algunos párrafos del mismo.

«...Las letras patrias (dice el Sr. García del Mazo) deben prometerse preciados frutos del rumbo que toma el estro del autor de *El Hombre de Piedra*.

. . . . . .

La lectura de cualquiera de su pasajes da á conocer la viveza é intensidad con que esta obra ha sido concebida y sentida por su autor; á esto se debe el que surjan naturalmente frases felices en el curso de la narración, y hay descripciones que á la vista, más que al oído, parecen dirigirse por su color y verdad; y los personajes, lejos de ser maniquíes que oculto y mecánico resorte mueve, se imponen á la imaginación como vivientes realidades. La acción se desenvuelve sin violencia ninguna, interesante al principio, dramática más adelante, solemne, trágica, majestuosa al fin.

. . . . . .

Descuella el Sr. Cano en las descripciones y narraciones. La índole de su talento poético se nos manifiesta en el trabajo que nos ocupa como esencialmente épica; su paleta es muy rica en colores, y su inspiración, dueña de sí misma, se eleva por gra-

dos, sin esfuerzo ni violencia, cuando el caso lo requiere.»

Hasta aquí la vida y producciones del poeta; réstame, para terminar, decir algo del carácter del político, porque mi biografiado, como la generalidad de nuestros primeros vates, no ha podido sustraerse á la política, y milita entre los monárquicos, bajo la jefatura de D. Antonio Cánovas, hacia el que siente un afecto rayano en idolatría, siendo correspondido por el eminente estadista, que siempre le ha dispensado su cariñosa protección y tenídole en gran estima.

Para dar una idea de su viril temperamento y de la sinceridad de sus aficiones monárquicas, bastará citar un hecho, que aún se recuerda con asombro por los que tuvieron ocasión de presenciarlo. En cierta noche del año 71, se representaba en el teatro de San Fernando un drama de asunto republicano, muy agradable á la mayoría de los espectadores; pero no produciendo el mismo efecto en el ánimo del monárquico escritor, se levantó de su asiento, y para protestar de la obra, dió un entusiasta ¡viva Alfonso XII! (quizás el primero que se dió en España), sin temor de ningún género al público que aplaudía el espectáculo.

Su adhesión á la persona de Alfonso XII le hizo dedicar más tarde á este monarca una de sus bellísimas leyendas. Con tal motivo, ocurrió entonces un hecho que nada puede extrañar á los que conocen las cosas de palacio, pero que por su origina-

lidad es digno de citarse. Al Sr. Cano y Cueto se le dieron oficialmente las gracias, elogiando su magnífico trabajo, y al impresor del libro se le concedió una condecoración por la parte material que en él había tomado.

El mismo fruto que en esta ocasión, ha sacado siempre de la política el Sr. D. Manuel Cano y Cueto, quien nunca ha perseguido su medro personal. En cambio, ha ocupado altos puestos y desempeñado cargos importantes, merced á su ilustración y á sus virtudes tan sólo; habiendo sido, á más de diputado á Cortes, Gobernador Civil de Huelva y presidente del Ateneo y Sociedad de Excursiones de Sevilla, académico de la Real de Buenas Letras y miembro de varias corporaciones científicas de Portugal, Italia y América.

FEDERICO DE CASTRO

Es tan universal la reputación del Sr. Castro, entre cuantos se consagran á los estudios filosóficos, que huelgan todas las alabanzas á su talento; y hasta el decir á la escuela que pertenece puede también considerarse como ocioso.

Sobresaliente discípulo del célebre Sanz del Río, su espíritu se impregnó de las doctrinas de Krause, y ha sido y sigue siendo tan consecuente con ellas, que aún no les ha hecho traición, como sus demás compañeros, á pesar de lo que cunden las teorías positivistas, por lo que viene á ser, sin duda alguna, el único representante del krausismo en España.

Para apreciar en todo su valor la inteligencia de D. Federico de Castro y la precocidad con que empezó á revelarse desde su niñez, bastará tener en cuenta que antes de cumplir los once años había terminado la carrera de maestro, que cursó con lucidez en la Escuela Normal de Almería, ciudad en la que vino al mundo este filósofo, en 30 de Di-

ciembre de 1834. De Almería pasó á Sevilla, en cuyo colegio de San Alberto estudió el bachillerato, y en la Universidad Literaria de esta misma población empezó las carreras de Filosofía y Letras y de Derecho, de las que se licenció y doctoró en Madrid, obteniendo premio extraordinario por unanimidad de los jueces.

A poco de terminar sus estudios, fué nombrado catedrático de Psicología del Instituto de Huelva, en 3 de Marzo de 1856, y con fecha 6 de Abril de 1858 fué trasladado al de Logroño, donde estuvo esplicando la asignatura de Retórica y Poética hasta el 3 de Junio de 1861, en que regresó á Sevilla para ocupar la cátedra de Metafísica, que ganó por oposición, y que sigue desempeñando aún.

La circunstancia de explicar esta ciencia, hace que la mayoría, ó casi la totalidad de las gentes, le consideren no más que como filósofo notable, sin haber puesto atención en sus otras aptitudes, ni en los vastos conocimientos que posee, tanto de Jurisprudencia como de Literatura y de Arte.

Pues el Sr. D. Federico de Castro es de los que vienen á robustecer la creencia de muchos que opinan, y yo soy uno de ellos, que el hombre de verdadero talento es una materia dispuesta para todo lo que á la inteligencia se refiere, una fuerza en acción que actúa con la misma intensidad sobre cualquier objeto á que se aplique. Y, así le vemos manifestarse como un eximio literato en los libros y artículos que han salido de su pluma, ó como un

gran jurisconsulto cuando en 1870 fué nombrado, en unión del regente de la Audiencia de Puerto-Rico, para redactar un proyecto de Código civil, con destino á las posesiones españolas de Ultramar, y cuando al ser elegido vicepresidente primero del último Congreso jurídico celebrado en Madrid para discutir las leyes del actual Código civil que rige en la Península, pronunció tan doctos y elocuentes discursos que causaron la admiración de todos y merecieron los aplausos de la prensa.

Aparte de los muchos y diferentes artículos publicados en la *Revista de Filosofía, Literatura y Ciencias,* y en los que desde luego pueden apreciarse sus dotes de escritor, donde mejor se observa la capacidad del Sr. Castro es en las obras que ha dado á la estampa, entre las que recuerdo, á más de los dos tomos de *Metafísica* (en el primero de los cuales ha incluído una historia de la Filosofía, que es de las mejores que tenemos), un *Estudio crítico de Cervantes y la Filosofía española*, un tomo de preciosos cuentos titulado *Flores de invierno, Nueva biografía del doctor D. Antonio Javier Pérez y López*, *Manual de Historia de España*, *El concepto de nacionalidad*, y un *Compendio de Historia Universal*, en colaboración de Salmerón.

Juntamente con las obras originales, le deben los amantes del estudio, traducciones tan importantes como la del *Vedanta*, vertido directamente del sanscrito, y la de la *Historia de los musulmanes en España*, escrita por el aleman Dozy.

Si para sancionar las afirmaciones anteriormente hechas, examinamos detenidamente cada uno de los trabajos del ilustre filósofo andaluz, éste se nos revelará como un pensador de primer órden en los dos tomos de *Metafísica,* como un crítico escrupuloso y sagaz en el *Estudio de Cervantes y la Filosofía española*, como un narrador ameno en los relatos históricos, y sobre todo, como un inspirado poeta y un literato castizo, de privilegiado ingenio, en el tomo de *Flores de invierno.*

JUAN ANTONIO CAVESTANY

El Sr. D. Juan Antonio Cavestany, quien ha vuelto á solicitar los laureles que alcanzó en *El esclavo de su culpa*, con una comedia inspirada en *Pequeñeces*, del padre Coloma, es sin duda alguna uno de los autores dramáticos más precoces de este siglo.

Hijo de D. Javier Cavestany y de doña Amalia González Nandín, nació en la ciudad de Sevilla en 31 de Diciembre de 1861, y desde su edad más temprana mostró las grandes aptitudes que para versificar tenía, empezando á colaborar en verso, en los principales periódicos hispalenses cuando apenas contaba nueve años. A los doce eran elogiadas sus composiciones (entre las que figuraba la leyenda *Rioja*), por los demás literatos de la culta población y á los catorce, si no me equivoco, fué premiado en público certamen de la Real Academia de Buenas Letras, por una poesía *Á Cervantes*.

En 13 de Diciembre de 1877, con motivo de trasladar sus padres la residencia á la corte, marchó también á esta villa el poeta sevillano, y aunque necesitó consagrar algún tiempo al estudio de la carrera de Derecho, no por eso abandonó el cultivo de las letras hasta que, una vez licenciado (en dicha facultad), dedicó en absoluto su inspiración y su talento á la musa del género dramático, que tantos laureles le había conquistado ya, aun durante la vida estudiantil.

Fruto de sus apasionadas aficiones al teatro han sido los diferentes dramas y comedias estrenados en Madrid, y entre los que puedo citar, por recordar sus títulos ahora: *Despertar en la sombra, Grandezas humanas, El esclavo de su culpa,* ya citado, que ha sido traducido al italiano y al alemán, *La noche antes*, precioso monólogo que representa á diario Julián Romea, y *Pedro el Bastardo,* estrenado en el Español y escrito en colaboración con el malogrado Velarde, su amigo de la infancia.

No satisfecho quizás con los buenos éxitos obtenidos en la escena ó queriendo probar, al menos, que su numen poético es susceptible de manifestarse en todos los géneros, ha cultivado á la vez la poesia lírica, escribiendo composiciones y poemas, parte de los cuales fueron leidos en el Ateneo de Madrid en 1889, y otros publicados en *La Ilustración Española y Americana*, en 1890.

Si difícil y delicado es tratándose de otras materias, escojer lo mejor de lo bueno para ofrecerlo

como muestra á los demás, este escogimiento es mucho más difícil, cuando se trata de composiciones poéticas, y no se dispone de tiempo ilimitado para hacer el examen detenido de todas y de cada una. Así, al querer yo transcribir una de las poesías líricas de Cavestany (que han sido reunidas y elegantemente impresas en un tomo de trescientas páginas y pico), para evitar desaciertos y no incurrir en responsabilidades, copio la primera, que leo al abrir, sin prevención, el libro. Está dedicada *A mi amigo Velarde* y escrita en tercetos tan bellos como los siguientes:

Feliz te escribo, de mi dicha cierto,
Al arribar al fin ¡oh dulce amigo!
Del santo hogar al suspirado puerto.
En él mi suerte está, yo lo bendigo:
¡Bien hallada la costa que me espera
Brindándome al llegar calma y abrigo,
Para formar un nido en su ribera
Como el ave en la selva florecida
Al lado de mi dulce compañera!
Ya tiene empleo mi agitada vida
En la paz de este hogar; paz venturosa,
Cuanto más ignorada, más querida;
Donde el cansado espíritu reposa
Sin la sed de ambición rebelde y brava
Que en la lucha del siglo nos acosa.

* * * * * * * * * * * * * * *

¿Por qué razón se aparta Cavestany, aunque momentáneamente, del teatro para aparecer de re-

pente convertido en poeta lírico? Él mismo se propone explicarlo en el prólogo del libro, en uno de cuyos párrafos dice asi:

«Quizá nazca este cambio en mis aficiones de que al irse formando mi gusto literario, despues de mis primeros pasos en el camino del arte (pasos dados con extrema precocidad en los albores de mi vida), me ha ido pareciendo de día en día más estrecho y difícil el marco con que los bastidores de un teatro, y las exigencias y pequeñeces de la crítica moderna, coartan y detienen el vuelo del poeta y la libertad y anchura de espacio que su inspiración necesita para desenvolverse; tal vez dependa de que el fin que el escritor se propone, con respecto al público, al ofrecerle un fruto de su ingenio, se consigue en mi opinión más fácilmente presentándole un libro que cada cual lea y juzgue á sus solas, que una obra dramática sobre cuyo mérito todos han de fallar colectivamente en un momento dado.»

Para terminar, sólo me resta decir que el talento de Cavestany no pasa desconocido en la coronada villa, y por esta causa, tal vez, fué diputado á Cortes en 1891, y ha sido condecorado varias veces, perteneciendo á honrosas órdenes militares.

ISABEL CHEIX Y MARTÍNEZ

El talento y la virtud, unidos á una modestia que encanta, son las cualidades que han distinguido siempre á la ilustre señorita D.ª Isabel Cheix y Martínez, á quien ni los aplausos de sus admiradores, ni los triunfos conquistados en cuantas lides literarias ha tomado parte, le han hecho abandonar su carácter natural y sencillo.

Hija del ingeniero de minas D. Santiago Cheix y de D.ª María del Amparo Martínez, nació Isabel en la ciudad de Málaga el día 18 de Enero de 1839. Pero, aunque nacida en aquella población, puede considerársela como verdadera sevillana, porque á poco de su nacimiento, se trasladaron sus padres á la patria de Rioja, donde ha permanecido esta escritora desde aquella época, y donde, por consiguiente, empezó á dar los primeros frutos de su privilegiada inteligencia; componiendo á los nueve años su primera poesía *Al Lucero de la mañana*, se-

guida de muchas más que, á pesar de sus incorrecciones, no carecían de inspiración y sentimiento.

Contribuyó en gran parte á la exquisita educación literaria de esta poetisa el esmero que puso en su dirección la Srta. D.ª Antonia Shee y Tassara, tía carnal de su padre y parienta no lejana del distinguido escritor D. Gabriel García Tassara. Esta ilustrada señorita conoció desde luego las excepcionales dotes de su sobrina, y al verla escribir con asombrosa facilidad lo mismo composiciones en verso que cuentos y novelas, en correcta prosa, procuró desde un principio cultivar su talento aconsejándole la lectura de las obras clásicas y de cuantas críticas se publicaban acerca de los mejores autores antiguos y modernos, cuyo estudio le servía para ir corrigiendo y limando sus propios trabajos.

Entre sus primeras poesías figura una inédita que dedicó á la prematura muerte de su madre y que empieza con estos sentidos versos:

Tomo la lira con que en otro tiempo
Cantaba alegre la ventura mía,
Mecida el alma en ilusiones dulces
Y gratos sueños de futuras dichas.

El primer certamen á que concurrió, fué al celebrado en Lérida por la Academia Bibliográfico Mariana en 1868, á donde remitió su leyenda *El Caballero de Nápoles,* que ganó el primer premio, consistente en una cítara de plata. Con este motivo, empezó á ser conocido su nombre entre los que rin-

den culto á las bellas letras, y animada ella con tan feliz resultado, siguió enviando sus producciones á otros juegos florales, cosechando en todos importantes premios y entusiastas aplausos.

En la citada Academia Mariana, ha llegado á ganar hasta nueve premios, y cuadros de honor; por la Sevillana de Buenas Letras ha sido premiada cinco veces, y lo mismo le ha sucedido en Murcia, Málaga, Vitoria y Manila, con las poesías, artículos y novelas que ha presentado en diferentes concursos.

Isabel Cheix comenzó á cultivar la prosa desde que hacía sus primeros versos y si en éstos se le admira por la elevación del pensamiento y la harmonía de la ritma, en la novela habrá pocos que la aventajen en el colorido y galanura de las descripciones como en los retratos de los personajes que no pueden ser más reales ni estar mejor presentados.

Fué su primera novela la que lleva por título *Clemencia*, que mereció grandes aplausos de toda la prensa y estimuló á su autora á seguir escribiendo otras que han sido cada vez más elogiadas, como: *El Plato de China*, *El Pino*, *La Cueva de los Diamantes*, (tradición de Almería), *La Niña de Oro*, *Aurora María*, *Fátima*, *Dos Amores*, *Flor del Alba*, *La familia de Monsalves* y otras.

Entre las obras en prosa ha publicado también *La Estrella del Mar;* ésta, cuyo asunto es la vida de la Vírgen, fué premiada en un concurso celebrado por la Escuela Normal de Maestras de Sevilla, reco-

mendada por la Junta local de Instrucción pública y declarada de texto para las escuelas por Real Orden de 7 de Enero de 1880. En otro certamen de esta misma Escuela Normal, celebrado en el año de 1882, obtuvo un medallón de oro y perlas por un precioso trabajo, cuyo tema era *¿Debe ó no ilustrarse á la mujer?* y en el mismo año ganó otra medalla de oro en unos fuegos florales de Manila por unas décimas á Santa Teresa de Jesus. Últimamente ha escrito una vida de la misma Santa, titulada *La Reformodora del Carmelo*, premiada también en uno de los certámenes del Ateneo de Vitoria.

Dotada de una gran fantasía y de una extraordinaria erudición, no se agotaba su ingenio escribiendo los trabajos mencionados, y á la par que producía aquellos, colaboraba y sigue colaborando en los *periódicos*, *ilustraciones* y *revistas* más importantes de Madrid, Santiago de Galicia, Málaga, Cádiz y Sevilla; entre otros en la *Semana Católica*, *El Correo de la Moda*, *Sevilla Mariana*, *El Folletín*, *La Revista Compostelana*, *La Moda Elegante*, *etc.*

En la actualidad tiene escritas y próximas á publicarse, un poema y una novela que se titularán respectivamente *La Cruz del Valle* y *La hija de maese Pedro*. Además posee una variada colección de cuadros populares.

Al tener conocimiento de lo mucho y bueno que ha escrito esta señorita y de los premios que ha ganado, cualquiera pensará que la eximia poetisa no ha hecho otra cosa que escribir poesías y nove-

las, sin ocuparse para nada en las labores propias de la mujer; pero el que así piense, vive completamente equivocado, porque como dije al principio de este artículo, en la señorita Cheix y Martínez, se hermanan el talento y la virtud, y puesto que ya conoce el lector á la ilustre literata, daré á conocer ahora algunos detalles de su vida, para que puedan apreciarse en todo su valor las raras prendas que la avaloran.

A poco tiempo de residir Isabel Cheix en Sevilla, ó sea en el año 1856, acaeció la muerte de su cariñosa madre, y desde esta fecha tuvo que abandonar casi por completo el cultivo de la poesía, á que llamaba pasatiempo de su niñez, para cuidar de siete hermanitos menores que ella, y consagrarse al orden y buen gobierno de su casa. Pero á los cinco años de haber sufrido tan sensible pérdida, muere también su padre, y ya no se contentó nuestra biografiada con el trabajo que le imponía el desempeño de sus obligaciones domésticas, sino que para sostener á su familia con mayor desahogo, se dedicó á pintar cuadros para la venta, realizando una vida verdaderamente heróica.

Como su educación ha sido muy esmerada, sólo por adorno aprendió á pintar cuando era niña, y esta enseñanza le sirvió después para aumentar las comodidades de su casa con el producto de sus cuadros de paisajes, los cuales eran tan notables, como lo acredita la facilidad con que se vendían.

Ahora bien: ¿cómo es posible que una joven

sobre quien pesaban tantas ocupaciones, pudiera dar cumplimiento á todas y escribir además poemas tan bellísimos y novelas tan originales como *El Plato de China* y cuantos han salido de su pluma?

Sencillamente, porque los ratos de ocio que otras dedican á la tertulia y á la exhibición, los ha consagrado ella al estudio: y mientras en el silencio del retiro escribia magistrales obras, su nombre resonaba en los salones más aristocráticos, acompañado de elogios á su talento y á su conducta ejemplar, viviendo hoy admirada y querida de lo más selecto de la sociedad sevillana.

Como muestra de las composiciones cortas de la poetisa andaluza, puede presentarse la que dedica

Á UNA LÁGRIMA

¡Vuélvete al corazón gota rebelde
Que abrasas como fuego mis pupilas!
¿Vas á decir al mundo que lo ignora,
El amargo dolor del alma mía?
Vuelve con otras
Cual tú escondidas;
Mejor es que se ignore tu existencia,
Que inspirar compasión, desdén ó risa.

VICENTE CHIRALT Y SELMA

Aunque hijo ilustre de Valencia, donde nació en 20 de Marzo de 1831, bien merece llamarse sevillano el que vive en la ciudad de la Giralda desde el año 62, y en ella ha conquistado casi toda su fama, que hoy es universal, especialmente como notable oculista y distinguido escritor.

La vida de mi biografiado puede servir de modelo al más despejado y laborioso de nuestros hombres de estudios. A los dos años y medio de nacer, tuvo la desgracia de quedar sin padre (quien pereció víctima del cólera del 34), quedando su madre sin más medios para educarle que un gran corazón y un inmenso talento, con cuyo auxilio puramente moral logró dar á su hijo una posición social honrosa é independiente, que éste supo después aprovechar.

Concluidos los estudios de enseñanza elemental, y después de los de latín y humanidades, empezó

en el 43 los de Filosofía, ganando en los tres años que duraron, el premio ordinario por oposición, así como el grado de bachiller en Artes.

En 1846 principió á cursar la medicina en la Universidad valenciana, obteniendo un premio extraordinario en anatomía práctica y la nota de sobresaliente en todos los exámenes de fin de curso, terminando su carrera en Mayo del 53, y siendo investido con el grado de Licenciedo en 7 de Diciembre de aquel mismo año.

Médico ya, no tardó en poner á prueba sus piadosos sentimientos, y con ocasión del cólera que en 1854 se desarrolló en Valencia, marchó á esta capital desde la Puebla del Salvador (provincia de Cuenca), donde se hallaba, para prestar sus humanitarios y científicos servicios á los contagiados de la terrible enfermedad.

Invadida al año siguiente la villa de Sueca, se ofreció también el Sr. Chiralt á desempeñar gratuitamente la asistencia del hospital de coléricos, que en la misma se había creado, y, admitido su generoso ofrecimiento, prestó su eficaz concurso durante cincuenta y dos días, mereciendo la gratitud de aquella afligida población, en la que se quedó de médico titular, plaza que espontáneamente le confirió el Municipio en prueba de reconocimiento por su conducta.

En esta villa fué donde por primera vez se consagró el concienzudo oftalmólogo á la especialidad que tanto y tan justo renombre le ha dado. Allí tu-

vo ocasión de hacer sus primeros ensayos en las difíciles operaciones de cataratas y de pupila artificial, operación esta última que ni siquiera una vez había visto practicar, y de la cual, no obstante, obtuvo excelente resultado.

Hasta el año 1857 permaneció en este pueblo, consagrando al estudio de los últimos adelantos de la Medicina, el tiempo que le dejaban libre sus enfermos, y en Agosto de dicho año salió de allí definitivamente para ingresar en el cuerpo de Sanidad militar, donde tuvo honrosa entrada, consiguiendo el primer número en rigurosas oposiciones.

Acerca de los trabajos realizados por D. Vicente Chiralt desde que partió de Sueca hasta que se estableció en Sevilla, se expresa en esta forma uno de sus biógrafos, en las columnas de la Revista profesional *El Anfiteatro Anatómico Español:*

«Las exigencias de sus nuevos servicios le mantuvieron alejado de la práctica civil, pero en la de hospitales, á la que siempre tuvo particular afición, conservó su predilección por las enfermedades oculares, dedicándose por fin, con verdadero apasionamiento, al estudio de esta difícil especialidad, siguiendo afanoso la clínica de nuestro distinguido compatriota el doctor Cervera, mientras estuvo de guarnición en Madrid.

Trasladado á Sevilla en 1862 para la asistencia de jefes y oficiales, comenzó á labrarse en la metrópoli de Andalucía un crédito que se extendió por varias provincias con gran rapidez, merced á la in-

cansable laboriosidad de Chiralt, quien para descansar de los ocios de su laboriosa clientela, se dedicaba á la publicación de importantes artículos de oftalmología y aun de medicina general, en el *Boletín de sanidad militar,* en *La Clínica,* de Madrid, en *La Crónica médica*, de Sevilla, y en *El compilador médico,* de Barcelona, dando más adelante á la pública luz una obra original de *Higiene de la vista* que fué muy elogiada por la prensa profesional, y por la que le abrió sus puertas la Academia de Medicina y Cirujía de Barcelona, al mismo tiempo que fué condecorado, después del expediente reglamentario, con la *Cruz de emulación científica de sanidad militar,* propia de dicho Cuerpo, y tanto más apreciada cuanto más difícil ha sido siempre de alcanzar.»

Viviendo ya en Sevilla, tuvo ocasión de conocer al célebre doctor, de París, M. Liebreich, quien vino á pasar una temporada á la población andaluza, y habiendo simpatizado con él, en 1867 fué á verle al siguiente año á la capital de Francia, donde permaneció todo el verano asistiendo á todas las clínicas y aumentando el caudal de sus profundos conocimientos.

En 1869 tomó la borla de doctor, en unión de D. Federico Rubio, y acto seguido le fué encomendada la cátedra de Anatomía descriptiva de la Facultad libre de Medicina y Cirujía de Sevilla, donde explicó á la vez un curso de *Histología humana normal*, y otro de *Oftalmología clínica.*

En 1871 fundó con el doctor D. Luis Góngora el importante periódico titulado *La Epoca Médica*, publicando á la vez importantes trabajos en la *Revista de Medicina y Cirujía práctica*, y en 1872 asistió al *Congreso oftalmológico internacional*, de Londres, tomando en él una parte activa, de la que dieron extensas reseñas *La Independencia Médica*, de Barcelona, y otras Revistas de la misma Facultad. A partir de esta fecha, entró en el período de consolidación la fama del eximio valenciano, quien ha figurado siempre en primera línea en los Congresos médicos andaluces, siendo solicitada su firma, al mismo tiempo, por los periódicos españoles y extranjeros de mayor circulación, y habiendo sido nombrado últimamente redactor corresponsal del *Manual of the universal medical esciences*, que publica el doctor Sajous.

Entre las obras escritas por el Sr. Chiralt y Selma, figuran en primer término las siguiertes: *La Higiene de la vista, Dos discursos en la Academia de Buenas Letras, La Topografía médica de las islas Chafarinas, Método de extracción de la catarata, Método operatorio de Simblepharón, Método operatorio de granulaciones palpebrales*, y, finalmente, otro *Método operatorio del pterigión y proceder operatorio de las cataratas secundarias*, con instrumento de su invención.

Su reconocida competencia en las enfermedades de los ojos le han proporcionado además de una inmensa clientela, en la región extremeña y anda-

za, el aprecio de muchos profesores de España y de otros países, quienes, reconociendo su capacidad, le consultan diariamente cuando se les presentan casos graves relacionados con la vista.

En cuanto á los méritos literarios del Sr. Chiralt, me bastará decir que gracias á ellos, es su autor desde hace años académico preeminente de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras.

ANTONIA DÍAZ DE LAMARQUE

Comparable á Santa Teresa de Jesús ha llegado á ser la Excma. Sra. D.ª Antonia Díaz de Lamarque, la más hermosa personificación de la poesía religiosa en España. Sus cantos revelan un corazón enamorado de Dios sinceramente, y en sus versos, como en su prosa, palpita el mismo espíritu que en los de la sublime doctora, y en las bellísimas novelas de Fernán-Caballero.

Uniendo á una superior inteligencia la sensibilidad y la dulzura de un corazón de mujer, en su lira de oro han encontrado suavísimo y delicioso eco los más puros sentimientos del ser humano. Cristiana á la vez que artista por temperamento y por educación, pudiera decirse de ella, como oportunamente observa uno de sus biógrafos, «lo que de sí propio escribía fray Luís de León, que era poeta por inclinación de su estrella y no por su juicio y voluntad».

Nacida en la villa de Marchena el 31 de Octubre de 1827; sus padres, D. Ramón Díaz y Giráldez y D.ª María de los Dolores Fernández, procuraron desde un principio darle una educación esmeradísima instruyéndola desde la cuna en los altos misterios de la religión cristiana, de la cual estaba destinada á ser inspirada cantora.

Desde muy joven comenzó Antonia Díaz á revelar sus grandes aptitudes para la poesía escribiendo versos á la Virgen, de quien siempre fué ferviente devota; y en pocos años llegó á ser admirada por cuantos escritores y eruditos conocían sus trabajos, mereciendo por la profundidad de su genio que D.ª María del Pilar Sinués de Marcos escribiera y publicara en *El Correo de la Moda*, el año 1861, la primera biografía de la ya célebre poetisa, acerca de quien se expresaba así la Sra. Sinués:

«No hay en el moderno parnaso lira alguna que aventaje en ternura, melodía, suavidad y sentimiento á la de D.ª Antonia Díaz; sus cuerdas, siempre que suenan, parecen pulsadas por las delicadas manos de la gracia; el angel de la castidad la ha coronado de flores, el querube guardador de la pureza la cobija bajo sus alas; perlas y azucenas brotan de su arpa de oro, y si alguna vez entre sus notas nace el llanto, sólo es como el dulce rocío de la virtud.»

Casada con el notable poeta Excmo. Sr. D. José Lamarque de Novoa, en vez de abandonar el cultivo de las letras, le siguió dedicando principal aten-

ción, y en su magnífica «Alquería del Pilar» (en Dos-Hermanas), donde ha pasado casi toda su vida, continuó pulsando la lira, acompañada por el canto de las aves y dando á la prensa los bellísimos frutos de su ingenio.

Rodeados de cuantas comodidades se pueden apetecer, se consagraron al estudio los dos felices esposos en una mansión tan deliciosa que sólo es comparable á uno de aquellos vergeles que los califas de Damasco regalaban á sus vates favoritos. Cuando yo visité aquellos extensos jardines, en cuyo centro se levanta artístico palacio, me creía transportado á la *Isla encantada*, donde Armida detuvo enamorada al valiente Reinaldo, y seguramente les ocurrirá lo mismo á cuantos hayan leido la inmortal obra de Tasso y contemplen aquel sitio en el que la señora de Lamarque ha escrito sus mejores libros, de los cuales ha publicado en Sevilla, un tomo de poesías, precedido de un prólogo de Fernández Espino, que vió la luz pública en 1867 y en el cual figuran sus odas *Á Marchena* y *La destrucción de Numancia,* así como también una epístola titulada *Las poetisas españolas*, que dedica á una amiga suya.

En los años de 1877 y 1882 respectivamente, publicó dos tomos de baladas y leyendas con el título de *Flores marchitas*, á que puso el prólogo D. Luís Vidart; y en 1881, dió á la estampa una interesante novela original, que lleva por título *El precio de una dádiva.*

Para juzgar del mérito de estas obras, baste de-

cir que fueron aplaudidas por notables críticos y celebradas por toda la prensa tan pronto como empezaron á circular; porque ese bendito entusiasmo por las cosas excelsas que se revela en éstos como en todos sus trabajos, no se manifiesta de un modo irregular é impetuoso, sino que á la vehemencia del sentir corresponde admirablemente la intachable pureza de la forma.

El eminente crítico y poeta alemán Fastenrath, que hace años publicó en su patria una biografía de la señora de Lamarque, de quien ha traducido varias composiciones al idioma de aquella nación, dice refiriéndose á las poesías religiosas de Antonia Díaz que «son como el incienso de la plegaria y se han inspirado á la sombra de la Cruz; todas ellas son un himno de gloria á la religión del Crucificado, ya las que han nacido á la contemplación de la paz del propio espíritu, ya las que han brotado junto á los muros del templo.....

Cantando himnos á la amistad, á los deberes de esposa y madre, á los purísimos goces del espíritu, ha sido juzgada por los críticos más severos como una gloria del Parnaso moderno y ha escuchado aplausos de la multitud entusiasmada por su talento en cuantas lides ha tomado parte.»

Los dos últimos libros publicados en Barcelona por D.ª Antonia Díaz en los años 1889 y 1890, han merecido de los inteligentes el mismo elevado juicio y los mismos elogios que todos sus escritos.

El primero, titulado *Poesías religiosas*, preciosa-

mente ilustrado por D. Joaquín Diéguez y con un prólogo del Sr. Rubio y Ors, es una verdadera joya literaria, acerca de la cual dice uno de nuestros más ilustres escritores.

«Todas sus composiciones, ora sean las consagradas á ensalzar verdades dogmátieas, tales, como por ejemplo, las tituladas: *A Dios en el Augusto Sacramento de la Eucaristía*, *A la Inmaculada Concepción de la Virgen*, etc., ora á enaltecer las virtudes y las soberanas bellezas ó las más que humanas aflicciones de la que lleva el tristísimo dictado de Reina de las Angustias; ya á describir las delicias de un alma que se da toda á Dios, como la esposa al esposo; ó ya, en suma, para no amontonar más ejemplos, las dedicadas á cantar las bellezas de la Naturaleza que por admirable manera ama y siente en todas sus composiciones, crúzanse y se confunden las bellezas inspiradas directamente por aquella su fe ardiente, con las que traen su orígen de su fantasía y de su corazón . . . . . .

La Religión Cristiana, La Noche buena, La Soledad de María, y cuantas contiene la obra, son composiciones que bastaría una cualquiera de ellas para merecer un puesto preeminente en el Parnaso español.»

El segundo libro que ha dado á la prensa, en Barcelona, con el título de *Aves y Flores,* ilustrado por D. Francisco Blanch, es una preciosa colección de fábulas morales, que fué declarado de texto por el Consejo general de Instrucción Pública, y del

cual libro nada puede decirse con más acierto que lo hace el Excelentísimo Sr. D. José María Asensio, en el prólogo que puso á este trabajo.

«Las fábulas de la señora de Lamarque (dice Asensio) admiran por su originalidad y pasman por su ejecución. Todos los aplausos que con tanta justicia se tributaron á los autores de las fábulas políticas, literarias y ascéticas, toda la gloria que circundan sus ilustres nombres, debe reflejar en la autora de *Aves y Flores*, abrillantando el nimbo de su fama. Porque en éstas se encuentran todas las cualidades superiores que avaloran aquellas, realzadas con la dificultad mayor de la limitación de los medios, pues no parece posible que en tan reducidos términos se presenten tanta variedad de asuntos y se realicen tales exposiciones de pensamientos, ora profundos, ora ligeros, en formas por demás atractivas llenas de belleza y de novedad.

Poco más de sesenta fábulas contiene este volumen, y aunque en ellas se encuentran todas las condiciones literarias que resplandecen en los demás escritos de la célebre poetisa, admiramos aquí en más alto grado, tal vez, la expresión clara de los conceptos, las frases gráficas y en alto grado significativas, unidas á una concisión que sorprende.

Si fuéramos á citar solamente los nombres de los esclarecidos ingenios que han admirado á esta poetisa y ensalzado sus producciones, aunque no transcribiésemos ni un fragmento de los juicios que han emitido, sería necesario llenar un volumen de

muchas páginas, y como los méritos de esta ilustre señora son más que conocidos por cuantos cultivan las letras patrias, sólo diré, para terminar, que Antonia Díaz, ha logrado ser una verdadera gloria sevillana y la representación más genuina de nuestra gran poesía religiosa.

La señora de Lamarque ha muerto en los últimos días del mes de Mayo de 1892; la religión del Crucificado ha perdido con ella á una de sus más sublimes cantoras.

Después de su muerte ha publicado su ilustre esposo, en 1893, dos tomos más de las últimas *Poesías Líricas* de esta escritora, así como también una escogida corona poética que le dedican varios preeminentes escritores.

LUÍS ESCUDERO Y PEROSO

Antiguo periodista de Madrid, en cuya prensa llegó á conquistar gran reputación. D. Luís Escudero y Peroso es hombre de pocas palabras, pero de clarísima inteligencia y sano corazón, aunque, debido á su carácter modesto y hasta retraido, si se quiere, sólo descubre su ingenioso talento en el corto círculo de sus intimidades, viviendo alejado casi por completo de la sociedad. Huye de la exhibición y sólo se da á conocer en la prensa con preciosos libros que siempre reciben el aplauso de los doctos.

No es de los hijos predilectos de la poesía, más en cambio tiene un nombre envidiable en la novela y en la dramática, y ha conseguido ser en estos géneros uno de los más ilustres escritores de Sevilla, en la que vino al mundo en el día 15 de Febrero de 1835; siendo sus padres D. Francisco Escudero y D.ª Luisa Peroso.

Desde los tiernos años de la niñez empezó á de-

mostrar sus aficiones literarias, y desde que iba al colegio escribía novelitas y comedias, en las que, á pesar de sus muchas y naturales incorrecciones, se revelaban las especiales aptitudes del infantil autor, quien, sin abandonar los trabajos literarios, cursó con brillantez la carrera de Derecho, obteniendo el título de Licenciado en dicha Facultad en 1860.

Por este tiempo, era ya un escritor castizo y ameno, y mientras colaboraba con Selgas en *La Gaceta Literaria*, y con otros distinguidos compañeros en diferentes periódicos madrileños, escribía y publicaba las originalísimas y bellas novelas, tituladas *Luisa de Varflorido* y *Una historia de duendes*, que han sido traducidas al francés por L. Poillón, á las que siguieron una *Colección de leyendas españolas* y *La Antesala del Cielo*, que firmaba con el pseudónimo de *Hispalensis*.

En esta última hace un concienzudo estudio político social de la primera mitad de nuestro siglo, con tan correcto lenguaje y elevados pensamientos, que apenas hubo revistas ó periódicos que no le tributaran merecidos elogios, tan pronto como vió la luz pública este curioso trabajo, al que dedicaba *El Globo* las siguientes líneas en su número del 25 de Abril de 1887:

«El distinguido periodista sevillano D. Luís Escudero y Peroso, á quien tan envidiable reputación han grangeado sus escritos, ha dado á la imprenta recientemente un libro que es realmente entretenido y curioso.

....Esta obra, que contiene 250 páginas de lectura compacta, está escrita con la corrección y galanura que *Hispalensis* tiene ya acreditadas.... el asunto es por demás interesante, sobre todo en esta época en que se ha despertado la afición á tratar en estilo ameno los árduos problemas religiosos.

Creemos, pues, que *La Antesala del Cielo* está destinada á alcanzar merecida fama entre los amantes de nuestra buena literatura, y felicitamos al señor Escudero.»

Para que el lector pueda formar una ligerísima idea del estilo en que está escrito este libro, transcribiré un fragmento de uno de los diálogos que se sostienen en el torno de un convento.

Dice así el Sr. Escudero: «En el torno de un convento de monjas es donde, por regla general, se hace el resumen más exacto y más completo de todo cuanto ocurre en la diócesis á que pertenece la comunidad. Nada, pues, se perderá con oir atentamente cuanto se diga en el de Porta-celi, pues acaso servirá como precedente necesario para dar más claridad á lo que queda por referir.

—¿Y qué hay de bueno por la ciudad, D. Modesto?—preguntó la abadesa.

—En toda ella no se habla de otra cosa que de ese forastero á quien el vulgo llama San Cayetano, y que vive entre nosotros hace algunos meses. Tengo para mí que es un pájaro de cuenta.

—Pero humano y caritativo con el prójimo, según se dice.

—Eso no puede negarse, madre abadesa. Desde que puso los pies en la ciudad, no se ve en ella ni un solo pobre, ni en el atrio de las iglesias, ni en las plazas ni en las calles; todos encuentran trabajo en las obras del edificio que destina á fábricas y talleres. Pero es lo que yo digo, madre priora. ¿qué falta hacen los talleres y las fábricas en una población que ha pagado de diezmo anual treinta y cinco mil fanegas de trigo y cuarenta mil arrobas de aceite; que tiene en su término dehesas con abundantes pastos, ganado lanar y vacuno, buenos caballos y mejores toros de lidia?

—Usted mismo nos ha dicho que aparte de todo eso, ha fundado un asilo para niños huérfanos y viejos impedidos...

—Sí, madre Angeles, en una hermosa huerta cuyo caserío reune las mejores condiciones. En la actualidad construye un gran edificio que él llama Thermas, á media legua escasa de la sierra, donde, según parece, ha descubierto un manantial de aguas minerales. Por lo pagano del nombre y por lo suntuoso de la fábrica, presumo que aquello ha de ser lugar de perdición, donde á pretexto de buscar la salud del cuerpo, se pierda la del alma entre el juego, la danza y las escandalosas francachelas.

—Cómo está el mundo, hermano!

—Perdido, madre Agueda... la civilización.»

Además de estas y otras preciosas novelas y estudios literarios, ha dado al teatro las siguientes

obras dramáticas: en un acto, *Una serpiente de cascabel*, *Doblones y pergaminos*, *La sartén y el cazo*, *Norma y Polión*, *La costilla falsa*. *Las orejas del asno*, *La pena de argolla* y *La ratonera y los ratones;* campeando en todas ellas su ingenio cómico y observador, así como el chiste culto sacado siempre y naturalmente de las situaciones, sin acudir á recursos de ninguna clase.

La Sangre azul y la Sangre roja, es ya un drama serio; consta de tres actos y está magistralmente concebido y desarrollado.

De no menos valor es *La duda*, que tambien tiene tres actos y fué escrito en colaboración del inspirado D. José Velilla, en unión del cual ha hecho últimamente el que lleva por título *Á espaldas de la ley*, estrenado en 1889 en Barcelona, donde conquistó grandes aplausos y merecida fama para sus autores, habiéndose representado con mayor éxito en la noche del 9 de Noviembre del mismo año en el Teatro Español de Madrid, despues de haber proclamado la ilustrada y culta Barcelona, los nombres de Escudero y Velilla, colocándolos entre los de los escritores dramáticos de más alto vuelo.

Recientemente ha escrito Escudero y Peroso, otra zarzuela en dos actos y en prosa titulada *Duendes y Frailes* y estrenada con gran éxito en el teatro de Cervantes de Sevilla en la noche del 16 de Noviembre de 1894.

De los 17 diarios que se publican en Sevilla, ni uno sólo dejó de celebrar la merecida ovación con

que el público recibió esta nueva obra, acerca de la cual decía *El Baluarte*:

«La obra del Sr. Escudero está basada en los sucesos acaecidos en Sevilla en los tiempos de la dominación francesa y es un cuadro teatral de irreprochable factura clásica.

En ella intervienen los principales personajes que figuraron en Sevilla en aquella época, entre ellos el tristemente célebre Miguel Ladrón, alias *Pantalones*, miserable policía que intervino en cuantos sucesos se desarrollaron en nuestra ciudad en aquel tiempo, y que tuvo la culpa de que centenares de verdaderos patriotas sevillanos pagaran con sus vidas el odio que profesaban al invasor: entre ellos los ilustres González Cuadrado y Palacios Malaver, cuyos nombres ha perpetuado nuestro Municipio en dos calles de nuestra capital.

Los profundos conocimiento que el señor Escudero posee, lo mismo en la historia de nuestra ciudad que en el arte escénico, se han puesto de manifiesto en *Duendes y Frailes*, y con todo ello y una prosa castiza y galana, ha sabido dar vida á sus personajes, presentándonos en el teatro un cuadro perfecto de las costumbres de primeros de siglo, sazonándolo con su erudición vastísima, y concluyéndolo con un episodio dramático convencional.

Como obra teatral, *Duendes y Frailes* pertenece al más puro clasicismo, y no dudamos en asegurar que está divorciada por completo del gusto moderno, esto, es, del brochazo de relumbrón, de la insulsa

vaciedad del argumento vano, del chiste inculto, del efectismo inconsciente que llena la vista, pero que no lleva nada á la conciencia, que no dice nada al pensamiento, que no instruye ni deleita.

De ahí que la obra del Sr. Escudero no llene en parte á ese público, extragado de gusto, que no va al teatro sino á reir; pero, en cambio, hace que la curiosidad se aguijonee y logra que se le escuche con verdadero interés.

Duendes y Frailes distrae y enseña, presentándonos á la vista un cuadro de costumbres muy españolas y muy sevillanas, como lo comprenderá todo aquel que haya leido la historia de nuestra ciudad durante la invasión francesa.»

Hoy tiene Escudero á su cargo el Archivo Municipal de Sevilla, donde presta valiosos servicios, poniendo en orden las riquezas paleográficas que se custodian en aquella dependencia; y aunque pasa de los cincuenta años, conserva todo el vigor de su inteligencia y algo de las ilusiones de la juventud.

ANTONIO MARÍA FABIÉ

Entre los hijos más ilustres de Sevilla, donde nació en 19 de Junio de 1832, ocupa preeminente lugar por sus talentos y virtudes el Sr. D. Antonio María Fabié, de quien, al ser nombrado ministro de Ultramar, en 1890, se expresaba en estos términos la *Ilustración Española y Americana:* «Hombre de gran inteligencia y profundo saber, periodista en *El Contemporáneo*, y autor de numerosas obras literarias y concienzudas disquisiciones históricas, ganó, muchos años hace, la estimación de las personas doctas; y después la medalla de individuo numerario de la Real Academia de la Historia: ha sido diputado á Córtes en varias legislaturas, y ha ocupado altos puestos en la Administración pública, tales como los de fiscal de la Deuda, subsecretario de Hacienda, consejero de Estado y presidente de la sección de lo Contencioso; vocal de la comisión general de Codificación, y otros; y sin duda está fa-

miliarizado con los asuntos de Ultramar, por haber ejercido también el importante cargo de Director de Gobernación y Fomento en el Departamento ministerial de que ahora es dignísimo jefe.»

A todos estos títulos hay además que añadir el de Senador del Reino, el de Caballero gran cruz de Isabel la Católica, desde 1875, el de Académico de la Lengua, desde el 91, y los de Licenciado en Farmacia y en Jurisprudencia, carreras que cursó con aprovechamiento notable.

La historia ó biografía del Sr. Fabié, tan castizo escritor y pensador concienzudo, como experto y habilísimo político, constituye el ejemplo más hermoso de cuantos pueden alegarse para confirmar el refrán castellano de que «el hombre puede cuanto quiere».

Claro está que siempre que sus facultades respondan á sus ambiciones, como ocurre por fortuna con el eximio andaluz, pues ni el arquitecto puede dirigir sin operarios, ni los operarios edificar sin materiales.

El ex-ministro de Ultramar ha unido á una voluntad de hierro y á una inteligencia superior, un carácter como pocos, para atraerse las simpatías con la admiración de todo el que le trata: armado de tan poderosos elementos combatió en esa lucha de titanes que libra todo el que tiende á sobresalir de los demás, y el resultado obtenido fué como era de esperar, la más completa victoria.

Aspirando á figurar en la vanguardia de los po-

líticos españoles, supo demostrar su competencia en los difíciles problemas del Estado, y despues de confirmarla con el desempeño de los cargos antes dichos (así como con sus brillantes campañas parlamentarias en el Congreso y en el Senado, en cuyas Cámaras no habrá habido asunto, durante más de treinta años, que él no haya discutido y estudiado con excepcional competencia), llegó, por último, á ser Consejero de la Corona. Pero, no se habían limitado sus deseos á sobresalir entre los grandes estadistas, había querido á la par sobresalir, por su saber, entre los hombres de ciencia, y dedicándose desde su juventud al trabajo y al estudio, consiguió también su objeto, cual lo revelan sus obras, entre las que recuerdo las siguientes: *Lógica de Hegel, traducida y comentada; Vida y escritos del P. Las Casas; Sucesos de Sevilla desde 1592 á 1611; Rodrigo de Villandrando, conde de Rivadeo, estudio histórico; Viajes por España del famoso Rortmithal Navagiero, traducidos y ampliamente comentados; Tratados de Alonso de Palencia, con una extensa introducción y comentarios eruditísimos y un glosario de frases y palabras; Historia de la Legislación española de Indias; Disertaciones Jurídicas* y *Examen crítico del materialismo moderno.*

Mas, para llegar á la altura en que hoy se halla, ¡cuántos sinsabores y contrariedades no habrá tenido que sufrir! ¡Qué energía no habrá necesitado para perseverar en la anhelada idea, y, sin volver la cara á los reveses de la tornadiza fortuna, continuar

en su persecución, con dobles bríos á cada nuevo obstáculo de los que suelen aparecer! ¡Cuántas noches no habrá pasado en vela y á cuántos días no habrá visto amanecer con la frente inclinada sobre el libro, sobre ese prodigioso talismán que según el poeta (1)

> Depura el alma y limpia como el oro
> Por celestes espacios la levanta;

fija la vista en esas hojas de papel, mediante las cuales nos penetra el pensamiento de los que ya son polvo, permitiéndonos sentir con los genios de todas las edades y haciéndonos testigos, casi protagonistas de las revoluciones de todos los países, de los progresos de toda la humanidad! ¡Cuántas veces no habrá estado sufriendo el cruentísimo dolor que proporciona el pensar, el discernir los conceptos de las cosas, el deducir nuevas leyes de los hechos que otros únicamente consignaron; mientras sus amigos, sus compañeros de la infancia y de la adolescencia, distraían sus ocios voluntarios en casinos ó paseos, riéndose, quizás, de las tareas que Fabié se procuraba!

En cambio, ¡qué contraste no formarán hoy uno y otros! ¡Cuántos estudiantes condiscípulos de Fabié vivirán obscurecidos en el rincón de una aldea y morirán sin dejar rastro de sí, mientras su laborioso camarada conquista los aplausos de toda la

(1) D. Narciso Campillo y Correa.

nación porque ha sabido consagrarse á ella; y aunque muera mañana, su inteligencia seguirá en gloriosa comunicación constante con los vivos.

No es la suerte, no, la que contribuye á elevar á determinados mortales; son los méritos propios, los propios sacrificios; y, si el escritor sevillano ha llegado á destacarse sobre la generalidad de sus contemporáneos, lo debe á ser un valiente, un héroe en estos tiempos epicúreos, un hombre de corazón, de cabeza y de voluntad que quiso ser algo y fué cuanto quiso.

Sólo obrando intencionadamente, al tratar del fecundo Fabié, podía prescindir de consagrar algunas líneas al valiosísimo colaborador que la suerte le ha deparado; máxime, cuando facilita mi tarea el Sr. D. Juan Luís León, quien dice en el número 102 del *Blanco y Negro* correspondiente al 15 de Abril de 1893.

«D. Antonio María Fabié es uno de los hombres públicos más laboriosos que existen ..... Como el héroe de nuestro romancero patrio, su descanso, si no el pelear, porque nunca empuñó el matador acero, es por lo menos el escribir.... Tan incesante tarea da por resultado la falta de tiempo, y á fin de no perderlo, se permite el lujo de un secretario, que reune á la vez las funcionciones de bibliotecario en su persona. Es una feliz circunstancia que debe á la Providencia. D. Antonio ha encontrado un secretario particular de toda confianza, de una suprema discreción, que mira los asuntos de

su jefe como propios, que lleva la correspondencia con un celo y una actividad singulares, y que no sólo posee buena letra, sino un entendimiento clarísimo y una ilustración grande. De tal suerte, cuando el distinguido ex-Ministro tiene que redactar algún dictamen académico ó escribir sobre algún punto histórico ó filosófico, que requiere libros de consulta, limítase á comunicar el tema á su bibliotecario, y éste busca en los estantes los volúmenes oportunos que puedan servir al literato de fuentes de conocimiento, apilándolos sobre la mesa. Así, dispensado de la fatiga inherente á la busca de autores, seguro de que se hallan á su alcance los que pueden ilustrarle y conducirle en sus exploraciones, acomete desde luego su trabajo D. Antonio en la plena posesión de sus fuerzas intelectuales.

Un secretario y bibliotecario de tal índole, que no sólo es un pendolista, sino un bibliófilo, no se paga con dinero; y efectivamente, no lo paga D. Antonio María Fabié en moneda contante y sonante, sino.... con todo el cariño de su corazón. Porque semejante funcionario, colocado á su vera para dicha suya, es.... ¿Lo digo?... Sé que voy á herir la modestia del culto amanuense, muy gozoso de vivir en la sombra.... ¿Y por qué ocultarlo?... Es.... su hija mayor: María »

CAYETANO FERNÁNDEZ Y CABELLO

Dotado de un talento extraordinario y de singulares virtudes cristianas, es hoy, sin duda alguna, D. Cayetano Fernández y Cabello, una de las figuras más salientes de la Sevilla intelectual.

Hijo de D. Gregorio Fernández, natural de Galicia y de D.ª María de las Mercedes Cabello, nacida en Cádiz, vino también al mundo en esta última ciudad en 31 de Agosto de 1820, y en el 3 de Septiembre recibió el agua del bautismo en la parroquia auxiliar de San Lorenzo.

Bajo tres aspectos ó en tres estados distintos puede estudiarse la vida del que ahora es dignidad, de Chantre de la Catedral hispalense y antes provisor de la diócesis; en el de soltero, en el de casado, y en el de sacerdote. En todos y en cada uno de ellos resplandece su ejemplar conducta y la inteligencia superior de que Dios le dotara; virtudes por las cuales mereció ser apadrinado por el Obispo señor

Arbolí, cuando éste era Canónigo, y aun después de su consagración.

Aficionado desde pequeño á las prácticas piadosas, cual lo demuestra el haber sido seise de la Catedral de Cádiz, y ávido de adquirir una carrera, sobresalió de tal modo, por sus costumbres y aplicación, en los estudios de la primera enseñanza que no tardó en ingresar, siendo aún bastante niño, en el Seminario gaditano de San Bartolomé, en donde ganó, con notable aprovechamiento desde 1836 á 1839 los tres años de Filosofía exigidos por la ley para pasar á Facultad; á la vez que se inició en los conocimientos de las ciencias teológicas, contribuyendo, entretanto, al sustento de sus padres con lo que ganaba en las festividades religiosas, en las que era considerado como uno de los más hábiles cantores por las excelentes condiciones de su voz y por sus aptitudes para la música.

Desde la infancia, pues, comenzó el Sr. Fernández á ser útil á los suyos, y cuando salió del Seminario y se trasladó á Sevilla para seguir la carrera de Derecho, continuó siéndolo, igualmente, no sólo cantando en las iglesias, sino dedicándose á la enseñanza en los colegios de la capital, así como también en los que se hallaban extramuros. De éstos existía uno en el derruído monasterio de San Jerónimo, donde se educaban los hijos de las familias principales, y donde mi biografiado explicaba Retórica y Poética y daba lecciones de música. No obstante lo considerable de la distancia, el celoso pro-

fesor la recorría á pie diariamente, para no faltar ni un sólo día á las aulas de la Universidad, en la que cursó los seis años de Jurisprudencia con notas de sobresaliente, desde 1841 á 1847, habiéndose graduado de Bachiller á claustro pleno en 30 de Octubre de 1845.

En 30 de Enero de 1848, en consideración á su pobreza, fué admitido á oposición al título gratuito de Licenciado en Facultad, y previo un brillante examen, obtuvo el triunfo más completo, graduándose después de *Licenciado nemine discrepante*, en 11 de Julio de aquel mismo año, ante un selecto tribunal, entre cuyos jueces figuraban el famoso canonista D. Ramón de Beas, el competente romanista D. José de Álava y el elocuente abogado señor Arboleya.

Al terminar las tareas escolares, D. Cayetano contrajo matrimonio y tuvo de éste una hija; pero cuando más feliz se consideraba gozando de las delicias del hogar, le arrebató la muerte el fruto de su amor, y luego á su tierna esposa, dejando al sabio letrado en la más completa soledad.

El dolor de tan sensibles pérdidas renovó sus propósitos primeros de abrazar el estado eclesiástico, y recibiendo todas las sagradas órdenes hasta el presbiterado inclusive, ingresó, acto seguido, en 20 de Diciembre de 1852, en la Congregación de San Felipe Neri, de Sevilla, en cuya espaciosa y tranquila casa de oración, dió mayor cultivo á sus facultades poéticas, y satisfizo mejor sus inclinaciones

literarias, componiendo entre otros libros, sus preciosas *Fábulas Ascéticas*, al mismo tiempo que causaba la admiración de los fieles desde la cátedra del Espíritu Santo, mereciendo que se le considerase como el primer orador sagrado de la metrópoli andaluza, tanto por la sublimidad de los conceptos, como por la cultura de la forma, y sobre todo, por la unción de su potente palabra, verdaderamente evangélica.

Ya que he citado la colección de *Fábulas Ascéticas*, que tanto renombre ha conquistado á su autor, voy á permitirme transcribir tan sólo una de ellas, quizás la más corta de todas, que se titula:

EL UNO Y EL DOS

Graves autores cantaron
que en el país de los *Ceros*,
el *Uno* y el *Dos* entraron
y desde luego trataron
de medrar y hacer dineros.

Pronto el *Uno* hizo cosecha,
pues á los *Ceros* honraba
con amistad muy estrecha,
y dándoles la derecha
así el valor aumentaba.

Pero el *Dos* tiene otra cuerda:
todo es orgullo maldito,
y con táctica tan lerda,
los *Ceros* pone á la izquierda
y así no medra ni un pito.

En suma, el humilde *Uno*
llegó á hacerse millonario,
mientras el *Dos* importuno
por su orgullo cual ninguno
no pasó de un perdulario.

Luego ved con maravilla
en esta fábula ascética
que el que se baja más brilla
y el que se exalza se humilla
hasta en la misma Aritmética.

Los extraordinarios méritos del eximio felipense no pudieron pasar inadvertidos por la Corte de España ni por Roma, y las distinciones y cargos honrosísimos llovieron pronto sobre él.

Nombrado por la reina doña Isabel II ayo de S. A. el príncipe de Asturias, se encargó en 14 de Enero de 1865 de la educación religiosa, moral y literaria de D. Alfonso, desempeñando su misión con el mayor esmero, hasta que le sorprendió la revolución de Septiembre. Mas, durante su estancia en Madrid, se granjeó de tal modo la estimación de las personas doctas, á quienes admiraba su modestia y gran saber, que á la par de confiarle los trabajos más excepcionales, entre otros, la oración fúnebre pronunciada en la iglesia de monjas Trinitarias en 29 de Abril de 1867, con motivo de las honras de Cervantes, le eligieron académico numerario de la Real Española de la Lengua, en la que hizo su recepción pública en 16 de Abril de 1871.

Y, antes de que acaeciese la revolución mencio-

da, conociendo Su Santidad las raras prendas del Sr. Fernández, le nombró en Septiembre del 67, dignidad de Chantre de la Santa Iglesia Metropolitana y Patriarcal de Sevilla, puesto que aceptó y desempeña aún, como ya he dicho: no siendo á esta fecha Deán de la misma iglesia, por haber declinado este honor cuando á propuesta del Gobierno se le quiso conceder.

A pesar de sus deseos de vivir obscurecido y de su adversión á cuanto huela á exhibiciones, no ha podido librarse de ser á menudo invitado para dar con su elocuencia doble solemnidad á las funciones religiosas; y todavía recuerdan con deleite los habitantes de Sevilla la brillante oración que le escucharon en la función de acción de gracias, que por la recuperación del cuadro de San Antonio, de Murillo, se celebró en la Catedral.

Pero el Sr. D. Cayetano Fernández no es sólo un orador y un gran poeta, es un verdadero genio en casi todos los ramos del saber, sobresaliendo á la par, que como literato, como bibliófilo expertísimo y como un profundo conocedor de las ciencias físicas y naturales.

Nombrado bibliotecario por el excelentísimo Cabildo, al fallecimiento de D. Juan N. Escudero, dignidad de capellán mayor de San Fernando, demostró sus conocimientos bibliográficos redactando el primer *Anuario* de los publicados por la *Biblioteca Colombina* y dirigiendo los trabajos de ordenar y catalogar los valiosos libros y códices legados á

la Catedral por D. Fernando Colón, hijo del descubridor del Nuevo Mundo, hasta que dejó el cargo por renuncia en 2 de Julio de 1879.

Para demostrar su pericia en las ciencias físicas y naturales, bastará citar la admirable Memoria titulada *La Cruz y el Telescopio*, estudio del supuesto conflicto entre la Fe y la Astronomía, que escribió para el primer Congreso Católico de Sevilla; así como el concienzudo discurso inaugural que pronunció en 17 de Octubre de 1880 en la Academia de Santo Tomás de Aquino, fundada por el cardenal fray Zeferino González, y de la que D. Cayetano fué vice-director.

Fruto de la infatigable laboriosidad del eminente vate gaditano y académico preeminente de la Real de Buenas Letras, son (á más de las citadas), entre otras muchas obras, las siguientes:

Discurso leido ante la Real Academia Española; Solución católica del misterio de la pobreza; Sermón de la dominica cuarta de Cuaresma; Biografía de sor Cecilia de la Cruz; Oracion fúnebre pronunciada en la muerte de D. José Torres y Padilla, canónigo de Sevilla; Memoria de la Academia, año 1.º, mes de Julio, cuaderno II; don Fabián de Miranda, Deán de Sevilla y *El oratorio de San Felipe Neri, de Sevilla, su historia, instituciones, particularidades y biblioteca oratoriana.*

Si los trabajos citados le acreditan de fecundo, como pocos, patentizan la robustez de su cerebro los escritos que, pese á sus setenta y cinco años,

sigue dando á la estampa todavía. Además de publicar hace muy poco la interesante historia de la iglesia de San Felipe Neri, caída con estrépito en 1868, en los primeros accesos del furor revolucionario, acaba de insertar en el número de *El Diario de Sevilla*, correspondiente al 3 de Octubre de 1894, la curiosa biografía del canónigo dimisionario y ejemplarísimo felipense D. Evaristo de la Reina, recientemente finado en Jerez de la Frontera.

ENRIQUE FUNES

Acabo de pasar un día agradabilísimo leyendo varias obras del ingenioso Funes. He aquí las que más me han deleitado: *El Arte y sus tendencias contemporáneas,* discurso; *Canfidencias*, epístola en tercetos dirigida á D. Luís Montoto; un concienzudo Prólogo á *La cuestión social*, de D. Fernando Antón; *Refrán de Apeles*, comedia en un acto, original y en verso; *Últimas escenas,* drama en tres actos, también original y en verso; y sobre todo, la magistral refundición de *La prudencia en la mujer,* de Tirso de Molina, á cuyo frente ha escrito un discurso preliminar lleno de erudición y de bellezas literarias.

Casi todas estas obras y algunos artículos que anteriormente he leido dan á conocer á su autor como escritor fogoso, crítico experto é inspirado poeta; y para demostrar esta afirmación con opiniones más autorizadas que la mía, me permitiré transcribir los juicios imparciales de varios periodistas y de un eminente literato.

Cuando en 1882 se representó en la Habana, con éxito extraordinario, el drama *Últimas escenas*, imitación de Echegaray en los procedimientos y de Tamayo en los recursos, dijo *La Discusión*, periódico del famoso Marquez Sterling: «La versificación del drama es magnífica; tiene giros y pensamientos dignos de Echegaray, por el atrevimiento y grandeza de los conceptos. La forma es bellísima: una estátua admirablemente modelada.»

Con motivo de este mismo drama, *Fray Candil* y D. Matías Padilla propinaron al dramático novel una verdadera tunda literaria; pero, entre otras cosas, decía *El Abate Pirracas:* «El drama *Últimas escenas* está mejor escrito y sentido que pensado; es una obra que denuncia la inexperiencia del autor; pero que abunda en recursos dramáticos atrevidos y de gran efecto, presentados con habilidad. Es el primer vajido de un verdadero poeta, á quien lo porvenir le brinda con los laureles inmarcesibles del autor dramático.»

Si tan bien librado salió Funes de la paliza de *El Abate*, no escapó menos victorioso de la escrupulosa y elevada crítica del sapientísimo Menéndez y Pelayo, quien refiriéndose á la refundición de la obra de Tirso, escribía en 11 de Enero de 1890:

«Pero todo esto va contra el género, (1) á pesar de las muy buenas y discretas razones con que en el prólogo está defendido, y no contra la muestra

(1) Habla de las refundiciones.

del género, que prueba en su autor más talento dramático que en otras muchas obras originales. Y á la altura del talento del poeta está el talento del crítico, que tan brillante y desenfadado, tan culto y ameno aparece en el *Discurso preliminar*. Hay en él algún incidental de poca monta: verbi-gracia, dar por perdida la comedia *El Infamador*, de Juan de la Cueva, que efectivamente existe y no tiene que ver ni poco ni mucho ni nada con *El Burlador de Sevilla*. Hay también alguna opinión más ó menos aventurada; pero el conjunto del prólogo es un trozo *muy notable* de crítica pintoresca, animada, personal y verdaderamente artística.

El entusiasmo sincero, al mismo tiempo que justo, por los grandes maestros de nuestra escena; la viveza con que siente sus peculiares méritos; su erudición, nada vulgar, en la historia del teatro y el conocimiento práctico que de él muestra, hacen muy agradable la lectura del *Discurso,* y convidan á repetirla.»

En el notable prólogo al trabajo del Sr. Antón, se aparta mi biografiado, con una independencia que le honra, del rutinario camino que sigue la mayoría de los escritores, y, en vez de dar un bombo extemporáneo al autor ó al contenido del libro, hace una verdadera crítica de la obra, diciendo verdades como puños; cosa nada extraña para quien conoce la ingenuidad de Funes, cuyo vigoroso carácter, incapaz de doblegarse á ridículas conveniencias, puede apreciar el que lea la citada epístola dirigida á

Montoto, en la que al mismo tiempo encontrará tercetos como éstos:

El triunfo vuestro auxilio me asegura;
Pero ¿me dais ¡cobardes! las espaldas,
Con acero en la diestra y armadura?

No ceñirá laureles ni guirnaldas
Quien blande, por lanzón, torcida rueca,
Vistiendo, débil, por loriga, faldas.

¡Oh raza pusilánime y enteca
Que por el mundo cruza, indiferente,
Vacío el corazón y el alma seca;

Que vive en la penumbra; que no siente
Con el ascua del propio pensamiento
La inspiración quemándole la frente;

Que risa dulce ó trágico lamento
Con criminal indiferencia escucha...
Solamente en el polvo te consiento!

Aparta del camino y de la lucha,
Deja el duro broquel, toma el rosario,
Y cúbrante el sayal y la capucha.

Iré sin Cirineo á mi Calvario;
Para morir en cruz, no puede serme
Ninguno de vosotros necesario.

¿Pensais que vengo á la batalla inerme?
Vive la adversidad con mis dolores,
Y tiene que morir, ó defenderme.

. . . . . .

Estas bellísimas producciones, y otras que habré de citar, han sido escritas por el laborioso Fu

nes, en medio de una vida azarosísima y en los breves ratos de ocio que le han permitido sus ocupaciones de oficial primero de Administración militar, cuando no los trabajos de otra índole, á que necesitó dedicarse desde sus más tiernos años; porque careciendo de bienes de fortuna, puede decirse que empezó á ganarse el sustento, apenas principió á vivir,

Hijo de D. Liborio López y de doña Juana Funes, vino al mundo en Nájera (Rioja) en el día 31 de Diciembre de 1851.

Pusiéronle al bautizarle Silvestre Manuel Enrique López Funes; pero él se ha firmado siempre Enrique Funes, porque Enrique le llaman las personas que le son más queridas, y porque Funes le nombran sus compañeros de armas y de letras.

Enrique Funes había nacido para ser artista, y sus admirables condiciones para el arte principió á revelarlas desde su azarosa niñez.

Entusiasta de la música, aprendió á los cinco años las siete claves del solfeo; á los seis, tocaba el flautín en la banda del Ayuntamiento najerino, y á los ocho, ejecutaba algunas composiciones en el órgano de la iglesia, de la que era tiple.

En 1863 ingresó en el Instituto de segunda enseñanza de Logroño para estudiar el bachillerato; mas como carecía de medios pecuniarios para costearse las matrículas, se los ganaba, él solito, trabajando en una tienda de ultramarinos. Para lo que no reunía nunca el dinero suficiente era para com-

prar los libros de texto; pero esto no le importaba, porque cada sábado pedía los libros á cualquier condiscípulo, y estudiaba durante el domingo todas las lecciones de la siguiente semana.

Siendo estudiante de Retórica, compuso unas octavas reales *Á Numancia*, que le valieron un sobresaliente en dicha asignatura, y en el año 68 escribió un canto titulado *Bandera roja*, cuyas ideas se diferenciaban poco de las del célebre Marat.

De Logroño pasó á Vitoria y á Pamplona, en cuyos Institutos siguió estudiando con los mismos ahogos, hasta conseguir el anhelado título de Bachiller.

En 1872 fué empleado en el ramo de Correos, hasta el año 74, y en el 75 ingresó en la Academia de Administración Militar. En menos de un año terminó sus estudios é inmediatamente fué destinado á la campaña del Norte.

En el 17 de Febrero de 1876 se halló el joven poeta en la acción de Montejurra, y á fines de aquel mismo año le destinaron al ejército de Cuba.

Los peligros de la guerra no impidieron al literato el seguir cultivando la poesía, y, mientras permaneció en la Isla, escribió algunos dramas, entre los que figuran, á más del ya citado, otros dos que se titulan *La Mordaza* y *Crucificado;* este último es de un conflicto muy bello entre la honra y el amor filial.

De Cuba pasó al archipiélago de las Canarias, y después de estar allí hasta el 89, regresó por úl-

timo á España, siendo destinado á Sevilla, en donde vive desde entonces esgrimiendo la pluma con gran fruto y formando parte principalísima de la ilustre pléyade de los escritores sevillanos, quienes no tardaron en reconocer sus méritos, dándole carta de nacionalidad y haciéndole académico correspondiente de la Real de Buenas Letras.

Enrique Funes ha colaborado en diferentes periódicos y revistas, en los que han visto la luz multitud de críticas literarias y de artículos tan notables como los que llevan los siguientes títulos: *El gran poeta*, *La crítica en el arte del actor*, *Isidoro el Cordonero* y otros que ha publicado *La Ilustración Artística* de Barcelona.

Entre las composiciones poéticas que más agradan á Funes se halla el soneto en preferente lugar; y aunque él no es muy amigo de las improvisaciones, lo único que ha improvisado ha sido un soneto que le inspiró la lectura de la inmortal obra de Cervantes, y que, como muestra, me decido á transcribir:

DESPUES DE LEER «EL QUIJOTE»

Yo también, como tú, ¡loco sublime!
y como tú, sirviente marrullero,
de mi propia demencia en escudero
y en paladín andante convertíme.

Aun mi casta pasión por *Ella* gime,
Aun prometidas ínsulas espero,
Y uno instintivamente lo grosero
con algo que levanta y que redime.

Destrozado el arnés, pieza por pieza,
lucho incansable por que no se agote
la sed ni el manantial de la belleza:

Y aún llevo, con mi Sancho por azote,
barro á los pies y ardiendo en la cabeza
la locura inmortal de don Quijote.

Son igualmente dignos de mención los sonetos *Á una fea*, *Napoleón*, *Segismundo*, *Giordano Bruno*, *La herejía en el templo* y *Cisneros*.

No he de terminar, sin decir que lo que más fama ha dado á Enrique Funes, como escritor y como crítico, es su obra últimamente publicada *La Declamación española*, que dedica á la Real Academia Sevillana de Buenas Letras, y en la cual dejo de ocuparme, porque están recientes los artículos que colmándola de aplausos ha publicado la prensa.

ELOY GARCÍA VALERO

El laureado vate y docto canónigo de la catedral de Sevilla, D. Eloy García Valero, nació en la ciudad de Ronda, en 31 de Diciembre de 1839.

En el Seminario de Málaga empezó sus estudios con gran aprovechamiento, concluyendo las carreras de Teología y Cánones, cuando aún no tenía la edad reglamentaria, mereciendo por su elevado concepto literario, ser ordenado á título de suficiencia.

Una vez concluida la carrera de sacerdote, cursó las de Filosofía y Letras y Derecho, en Sevilla, hasta doctorarse en ambas, obteniendo premios extraordinarios en algunos grados mayores, y desde entonces á hoy han llovido sobre él los títulos y distinciones más honrosas, siendo en la actualidad Rector de los Reales Alcázares de Sevilla; Capellán de honor de S. M. (quien le condecoró con la encomienda de Carlos III por el primer sermón que

predicó en la capilla pública del palacio de Oriente), y por último, individuo de la Academia de Buenas Letras, desde 1888.

Tan correcto prosista como inspirado poeta, sus trabajos, en una y otra forma literaria, han llamado siempre la atención de la prensa y de los críticos más serios, y han sido favorecidos dignamente en cuantos concursos ha tomado parte, de los que recuerdo ahora, entre otros, el certamen de la Sociedad Católica de Córdoba, el internacional de Buenos Aires, el de la Asociación de Católicos de Sevilla, que le premió su obra *El Pontificado y la Ciudad Eterna*, de la que se han hecho dos ediciones, y los de la Real Academia Sevillana, en los que se ha ganado ya tres ó cuatro premios por otras tantas composiciones poéticas, y recientemente en el del Ateneo de Sevilla, por su notable oda á la Catedral de la misma.

Las obras más notables del Sr. García Valero son las que llevan los títulos siguientes: *Poesías varias; Estudios acerca del Clasicismo y el Romanticismo; La Encíclica Conditione Opificum, con la tradición católica en el problema social,* presentada al Congreso Católico de Sevilla (del que fué ponente) en 1892; *Calderón y su siglo; Ideales de Calderón; Santo Tomás y su tiempo; La novela contemporánea; Necrología de D. Francisco Rodríguez Zapata; Góngora y el Culteranismo; No 8do*, poema en fábula, lujosamente editado en caracteres góticos por el Ayuntamiento de Sevilla y su notable opúsculo *El Pontifi-*

cado Romano, paráfrasis de los salmos 3.º, 67 y 72.

Recientemente ha publicado un elegante tomo de poesías en que figuran todas las premiadas, precedida de un prólogo del Sr. Vidart y un juicio del Sr. Montoto, obra editada bajo los auspicios y protección de la augusta cuanto modesta y benéfica Infanta D.ª María Luisa de Borbón.

Siento no tener á la mano el tomo de poesías varias ya citado, para escoger entre ellas las que más patentizasen los talentos de su autor. Mas, aunque no pueda presentar las mejores de todas, como yo desearía, recuerdo una que sin poderse ofrecer como modelo, da una idea bastante clara de las dotes del poeta. Es un soneto dedicado á la memoria de D. Antonio de los Rios y Rosas que me limito á transcribir:

Su voz tonante en memorable día,
No justicia, *silencio* reclamaba;
Y su palabra, cual la hercúlea clava,
Hiedras y mónstruos formidable hundía.

De un poder temerario la osadía
En apóstrofes rudos increpaba...
Que se escriba, la Cámara gritaba;
Que se esculpa, indomable respondía.

La tribuna, do rayos vibradores
Fulminara su voz, honor rindiendo
Negro crespón en su orfandad ondea.

Que llevaron los cielos vengadores
Al que á Catón Demóstenes uniendo
Los fundió en su figura gigantea

Casi no habría que añadir, después de lo ya dicho, que D. Eloy García Valero es uno de nuestros oradores sagrados más profundos y elocuentes, porque dada su capacidad y vastísimos conocimientos, lo supondrán desde luego mis lectores.

Sin embargo, para sintetizar las facultades del ilustre presbítero, como orador, como poeta y como crítico, dejo la palabra (ó la pluma) al eximio Manuel Cano.

«Ministro del Dios Crucificado, jamás hizo de la lira torpe instrumento en que resonara la licencia. Su lira de oro ha vibrado con sublimes arpegios, como los que arrancaran las cuerdas del salterio bíblico, su musa severa y casta, eleva la mirada al cielo, la Beatriz de Dante, como aquella musa de azules ojos que tenía fortaleza de águila para contemplar al Sol, y pudores de virgen mística para mirar á la tierra; su musa coronada de mirto y con vestiduras sin mancha, inflamó el alma del vate cristiano para que cantara á Dios, á su patria, á los héroes, inmortalizase los grandes hechos de la historia y llorara las grades amarguras de la vida.

. . . . . .

Y si como poeta y como orador ha alcanzado el Sr. García Valero justo renombre, renombre merecido le han conquistado sus estudios críticos sobre *El Pontificado y la Ciudad Eterna; Góngora y el Culteranismo; Calderón y su siglo*; *Ideales de Calderón* y *Clasicismo y Romanticismo.*»

JOSÉ GESTOSO Y PÉREZ

Concienzudo bibliófilo y hombre de vasta ilustración, el Ilmo. Sr. D. José Gestoso y Pérez, es uno de los escritores hispalenses que más sacrificios han hecho y que más pasión han demostrado por la hermosa ciudad en que logró nacer, ó sea por Sevilla, donde vió la luz primera en 25 de Mayo de 1852.

Desde muy temprano se despertó en el Sr. Gestoso su afición á la Arqueología y á los trabajos de investigaciones históricas y artísticas y después de obtener el grado de Licenciado en Derecho Civil, pasó á estudiar en la escuela de Diplomática, alcanzando el título de Archivero-Bibliotecario y Anticuario.

Cuantos libros ha dado á la estampa revelan la paciencia y el acierto del investigador; y sobre todo, un amor rayano en idolatría por las Bellas Artes y las glorias de su país.

La Arqueología, la Historia y la Literatura, han

sido las materias de su mayor predilección, y el fruto de sus vigilias puede el lector apreciarlo leyendo, si no todas, algunas de las obras que han salido de su pluma con los títulos siguientes: *Apuntes del natural; Pedro Millán, ensayo biográfico-crítico del escultor sevillano de este nombre; Guía Artística de Sevilla; Historia y descripción de sus principales monumentos; Curiosidades antiguas sevillanas; Estudios arqueológicos; Noticia histórico-descriptiva del antiguo pendón de la ciudad de Sevilla.... etc.; Un recuerdo de la batalla de Bailén; Necrologías del excelentísimo Sr. D. Francisco María Tubino y del señor Dr. D. Fernando Belmonte*, escritas y publicacadas en cumplimiento del acuerdo de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras; *Sevilla Monumental y Artística, Historia y descripción de todos los edificios notables..., etc.; Relación del caso memorable del Racionero Juan Martínez de Vitoria, puesta en romance.... etc.; Valdés y Mañara; El navío del Santo rey D. Fernando; Memorias históricas sevillanas del siglo XVII; Ensayo de un Diccionario de artistas industriales que florecieron en Sevilla desde el siglo XIII hasta nuestros días; Noticia histórica descriptiva de la bandera de la Hermandad de Nuestra Señora de los Reyes y San Mateo, vulgo de los sastres* y *Los Reyes Católicos en Sevilla, 1477-78.*

Si crecido es el número de las producciones de Gestoso, no por eso se deja ver en ellas el abandono é incorrecciones que la fecundidad de los publicistas lleva consigo muchas veces. En los escritos

de Gestoso, por el contrario, encanta la sencillez y lo castizo del lenguaje, y para demostrar lo que afirmo, voy á permitirme transcribir un párrafo tan sólo del último trabajo citado, en el que, al describir la entrada de los Reyes Católicos en Sevilla, dice así:

LOS REYES CATÓLICOS EN SEVILLA

«Grandioso espectáculo el que debió ofrecer aquel dia la Ciudad en todo el alegre campo que se extiende entre las Puertas del Osario, de la Macarena y de Bib-Ragel y del Engeño, como entonces decían, por la muchedumbre de gentes de todas edades, sexos y condiciones que bulliciosas y alegres, ora en abigarrado tropel, cruzaban las huertas y senderos para salir al encuentro de la Reyna, ya formando vistosos grupos ganaban los sitios más altos del llano, situándose sobre algunos montículos, en lo alto de los vallados, en los árboles, sobre los tejados de los caseríos, en los lugares más eminentes. La barbacana y muralla veíanse preñadas de curiosos en los puntos más cercanos á la Puerta de la Macarena, la cual hallábase lujosa y bizarramente adornada con ricos paramentos de paños de carmesí y brocado, que servían de fondo al altar de reluciente plata, con candelería y almenaras costosamente labradas, en que ardían sendas hachas de cera, mostrándose abierto sobre dicho altar el libro de los privilegios de la Ciudad.

El Cabildo y Regimiento en pleno, con sus Veinticuatros y Jurados, vestidos ricamente de seda y terciopelo, con sus joyeles, cadenas, estoques y espadas de dorados puños; todos los Grandes, señores de título y caballeros emulando en ostentación y bizarría: el Señor Alguacil mayor D. Pedro Núñez de Guzmán con el Pendón de la Ciudad, que ostentaba bordada por ambas haces la imagen del Rey D. Fernando, que conquistó á Sevilla, los oficiales todos de ella, ballesteros de maza, porteros, alguaciles de á pié y á caballo, los atabales y trompetas del Cabildo con sus pendoncillos y paramentos bordados; toda esta muchedumbre, resplandeciente de galas, llevando pintado en los rostros el gran júbilo que sentía.

Aumentaban estos esplendores con los de sus magníficos ornamentos, las personas del Cabildo eclesiástico, arcedianos, canónigos, racioneros, ministros, cantores y músicos de la Santa Iglesia, las parroquias con sus cruces, las cofradías y comunidades religiosas, sin que faltasen los obreros y maestros de las Atarazanas y del Alcázar, los escuderos del Hospital Real, que se distinguían por sus sayos blasonados de castillos y leones, la aljama de los moros y judíos, los juegos y danzas que salían en la procesión del Corpus, y por último, los negros todos que había en la Ciudad, á quienes se ordenó expresamente que asistiesen. Si á esto agregamos la inmensa muchedumbre de gentes del pueblo con sus caperuzas, aljubas y sayos de mil colores, las

diferentes músicas de atabales, chirimías, trompetas y sacabuches, el disparar de las lombardas de la muralla, y los mil cohetes voladores que cruzaban por todas partes, el incesante bullicio y las aclamaciones que atronaban el espacio, los brillantes reflejos del sol hiriendo los morriones, petos y lanzas de los hombres de guerra al servicio de los magnates, juntamente con los blasonados pendones que entre aquellos tremolaban, y por último, el indescriptible entusiasmo de todos al aproximarse la regia comitiva, podremos, siquiera sea remotamente, formar una idea de la esplendidez de aquel soberbio cuadro.

No traia la Reyna consigo tropas armadas algunas, pues venía en son de paz á sosegar por la justicia las inquietudes pasadas, nó con bélico aparato, sino por el amor y la templanza. Acompañábanla á más del Cardenal Mendoza algunos otros Grandes, con los señores de su Consejo «ni para los castigos y temores que pensaua executar, dice Zúñiga, preuino otras justicias que las propias de la Ciudad» no obstante lo cual, era bien numerosa su comitiva para más prestigio y autoridad de su persona: no faltaban por tanto sus capellanes, reyes de armas, pajes, trompetas, ballesteros de maza, cetreros, monteros de espinosa, mozos de espuela y de cámara, reposteros de estrados y de plata, así llamados los segundos por tener á su cargo la de la mesa real, y por último, cinco pajes que fueron con antorchas. Después de escuchado el razonamiento

con que la Ciudad mostraba su júbilo y le daba la bienvenida, que fué redactado por D. Alfonso de Velasco, pusiéronse todos en marcha llevando á la Reyna bajo rico palio de brocado carmesí con flecos bermejos, y cuyas varas pintadas y doradas, iban en manos de ocho regidores bizarramente vestidos de terciopelo de un solo color, á costa de la ciudad. Agolpábase la gente por las calles del tránsito adornadas de guirnaldas y coronas, cubiertas de toldos, perfumadas por juncias y arrayanes y en cuyas plazas corrían fuentes abundosas de agua y vino. Mostrábanse las casas enriquecidas de muy vistosas telas, pues el Cabildo había cuidado de requerir á los vecinos de calidad para este intento. Basta que se considere el gran florecimiento de las industrias artísticas de Sevilla en aquellos tiempos y las exigencias de las costumbres suntuarias, para asegurar que el aspecto que debieron ofrecer las calles principales, desde el sitio que llamaban la Laguna, á que hoy decimos Alameda de Hércules, hasta el Alcázar, debió ser singular por la variedad de terciopelos, paños de ras y moriscos, tapices, guadameciles y otros paramentos con que se hallaban engalanadas. De esta suerte llegó la Reyna hasta la Iglesia Mayor y después de dar gracias al Altísimo, dirigióse al Alcázar, donde tenía dispuesto su aposentamiento.»

La otra obra de Gestoso, titulada *Sevilla Monumental y Artística*, profusa y elegantísimamente ilustrada, es un prodigio de paciencia, de conocimien-

tos y de buen gusto, mediante la cual puede decir el que la estudie que conoce en absoluto los monumentos de la capital andaluza.

Para apreciar todo el valor de los libros de Gestoso, es preciso leerlos muy despacio, y el que tal haya hecho, habrá quedado sorprendido al ver que su autor, no solamente ha examinado hasta el más pequeño detalle de todos los monumentos clásicos de Sevilla, sino que no hay legajo ni pergamino que no haya sido descubierto por él en Archivos y Bibliotecas.

Al mismo tiempo que se ha consagrado á tan penosas y arduas labores, ha contribuido á ilustrar con su pluma, mediante bellísimos artículos, cuantos periódicos se publican en la Perla del Guadalquivir, así como la *Ilustración Artística,* de Barcelona, y la *Española* y *Americana*, más *La Época,* de la corte.

Pero, aparte de todo esto, es tan benéfica para Sevilla su vastísima ilustración y raros conocimientos artísticos, que no se hace un edificio de importancia ni una obra de arte en la soberbia ciudad, que él no dirija desde luego, pudiendo citarse entre otras, como muestras de su gusto, el magnífico comedor, no há mucho concluido del regio Hotel de Madrid, la restauración de la capilla mauritana de la Piedad en la parroquia de Santa Marina, el ábside mudéjar del ex-convento de Santiago de la Espada y el elegante torreón llamado de Abdelariz: y, finalmente, él dirigió todos los solemnes festejos

que se realizaron en Sevilla para recibir á los reyes en 1892, con motivo del IV Centenario del descubrimiento de América.

Gestoso ha marcado también á los industriales sevillanos el camino que deben seguir, y especialmente á los Sres. Mensaque Hermanos y C.ª, que han conseguido, á costa de grandes esfuerzos y bajo la dirección de mi biografiado, elevar los productos cerámicos de su fábrica, á un florecimiento tal que no desmerecen de los fabricados en el siglo XVI.

Su deseo de contribuir al fomento de las industrias artísticas, que al presente yacen en la más absoluta decadencia, movióle á fundar un *Museo Arqueológico Municipal*, no para los sabios, sino para ilustrar á aquellos que, por carecer de modelos que estudiar, no pueden desenvolver sus aptitudes. En el plazo de pocos meses, durante el que ha ido reuniendo varios objetos, gracias á la generosidad de sus conocidos, y sin el menor gravamen para el Ayuntamiento, ha tenido el gusto de ver inauguradas dos secciones del museo, acerca del cual dejaré hablar á *El Noticiero Sevillano:*

«El nuevo Museo.—Siempre que hemos hecho alusión á la indiferencia con que solemos seguir en Sevilla el movimiento de la cultura general ha salido acompañada de una gran justicia, y es ésta: ciertamente que no nos faltan hombres de mérito que impulsen y se pongan á la cabeza, cuando el impulso está dado; lo que falta aquí es actividad,

es iniciativa; faltan *caracteres* capaces de sostener de día y de noche las inclemencias de la lucha; falta, si esto fuera posible en tierra de hidalgos, *buen deseo,* aquel buen deseo de que no habló Horacio sin duda por no creerlo conveniente.

Esta es una gran justicia, decíamos. Vale más decir que es una justicia.... *relativa.* Tenemos también algunos *caracteres.* Pero son pocos.... y esos pocos no dejan de sentir de vez en cuando la nostalgia del estímulo, y si no duermen, siéntanse largo rato sobre los laureles simbólicos á esperar que el estímulo resurja.

Esto se nos ocurre después de haber hecho una detenida visita al nuevo Museo Arqueológico.

Verdaderamente—pensamos al salir de las Casas Consistoriales—que si todos los hombres que disponen en Sevilla de inteligencia ó de posición, y mucho mejor todavía, los que disponen de ambas cosas, se esforzaran tanto como Gestoso por mantener el *fuego sagrado....* sabe Dios á donde llegaríamos. Porque—sin que esto sea más que legítimo elogio del distinguido arqueólogo—él es uno de esos *caracteres* de que antes hablamos.

El Museo Arqueológico Municipal constituye un verdadero triunfo para el Sr. Gestoso. No es obra fácil y hacedera al primer golpe reunir objetos de valor indiscutible por medio de las donaciones.

El *sablazo*—dice el propio director—es la base de este Museo. Y para formarlo de tal manera y en el corto período de tres meses, necesítanse muy

raras y muy honrosas condiciones. *Sablista,* en el sentido puramente material de la palabra, lo es cualquiera en cuanto se despoje.... de lo que es preciso despojarse: pero *sablista arqueólogo* lo es el autor de *Sevilla Monumental y Artística*.... y los que al autor de *Sevilla Monumental y Artística* se parezcan.

Gestoso hállase, pues, en condiciones de llevar adelante y poner cumplido término al Museo Arqueológico Municipal, que en tan buenos pañales ha nacido. Pero tiene que contar con el favor y el apoyo de los buenos sevillanos.»

Para concluir diré que merced á su inteligencia y á su constante laboriosidad, sin otros méritos que los propios, es hoy D. José Gestoso y Pérez, catedrático por oposición de Teoría é Historia de las Bellas Artes, en la Escuela de las mismas, de Sevilla; Académico de la Real de Buenas Letras, correspondiente de las Reales Academias de la Historia y de San Fernando, de la Sociedad arqueológica, de Londres, y de otros centros literarios, nacionales y extranjeros.

MANUEL GÓMEZ ÍMAZ

Entre los muy ilustrados señores que constituyen la tertulia bibliográfica de los eruditísimos hermanos duque de T'Serclaes y marqués de Jerez de los Caballeros, modelos envidiables de su clase, descuella por sus vastos conocimientos históricos y artísticos el Sr. D. Manuel Gómez Ímaz, académico de número y Censor, en la de Buenas Letras de Sevilla, correspondiente de la Academia de la Historia y Presidente de la de Bellas Artes.

Su amor á las glorias patrias le ha llevado á investigar y escribir cuanto se refiere á nuestra *guerra de la Independencia*, y hoy puede decirse, sin ningún género de duda, que es de los primeros entre los más distinguidos historiadores de este período, del que ha reunido una rica colección de documentos, poseyendo también un verdadero museo de armas y objetos raros de aquel tiempo, acerca del cual se prepara á publicar un extenso trabajo

bibliográfico, cuyo Prólogo escribirá D. Marcelino Menéndez Pelayo.

Entre las obras que ya ha publicado, figuran las siguientes: *Varios discursos*, leidos en la Real Academia Sevillana de Buenas Letras; *Documentos autógrafos é inéditos del general D. Francisco Xavier Venegas, primer marqués de la Reunión de Nueva España, anotados; Décimas al fallecimiento del príncipe D. Juan, por el comendador Román (Siglo XV) con una Carta-Prólogo; Notas y apéndices á la obra titulada Fundador magnífico y magnífica fundación del Colegio Mayor de Santo Tomás de Aquino en Sevilla, por D. Ignacio Góngora, con adiciones de don Fernando A. de Góngora, su hijo; Coctum Frigidum, Cartas que se enderezaron al Sr. Alcalde de Sevilla por un Patriota de antaño, con motivo de la inauguración del Monumento al capitán de artillería D. Luis Daoiz; Dos Cartas autógrafas é inéditas de Blanco White; El Enfermo de aprensión, comedia de Moliere, traducida y dedicada al mariscal Soult, por D. Alberto Lista (inédita y autógrafa*, y *Apuntes biográficos del capitán de artillería D. Luis Daoiz.*

La *Exposición* que la Hermandad de la Santa Caridad de Sevilla dirigió al Ministro de Fomento en demanda del cuadro de su propiedad «Santa Isabel» de Murillo, y la contestación al *Dictamen* de la Real Academia de San Fernando, fueron escritas también por el Sr. Gómez Ímaz, quien desde *El Heraldo de Madrid* sostuvo una larga y brillante

polémica, acerca de este asunto, con el Sr. D. Pedro de Madrazo.

Conocedor de la época en que supone la Academia, que la Hermandad de la Caridad regaló el cuadro al Mariscal Soult, desmiente este hecho, aduciendo importantísimos datos y poniendo de relieve la contradicción en que incurre el Sr. Madrazo al afirmar en el *Boletín* de la citada Academia de San Fernando, número 101, (Enero de 1891) páginas 11 y 12, todo lo contrario de lo que él había dicho en la *España Artística,* serie 2.ª, cuaderno primero.

Uno de los libros de mi biografiado que más trabajo representa por los minuciosos detalles que contiene, es el titulado, *Algunas noticias referentes al fallecimiento del príncipe D. Juan, y al sepulcro de Fr. Diego Deza, su ayo.* Está escrito con tanta corrección y maestría, que me veo perplejo al querer reproducir alguno de sus párrafos, y para salir del apuro, transcribo al azar ó sin escojerlo el que describe la muerte de D. Juan, que dice así:

«Aprestábanse en aquella sazón los Reyes á celebrar en Alcántara la boda concertada de su hija la infanta Isabel, viuda del príncipe D. Alfonso de Portugal, con su hermano D. Manuel, que era enlace de grandes esperanzas, de mucha política y muy deseado de los Reyes, cuando llegó la mala nueva á D. Fernando, que, con la agilidad que el amor á los hijos presta al entendimiento, comprendió súbitamente el fatal y temido desenlace; ocultó á la Reina la novedad y partió para Salamanca con el co-

razón lleno de tristes presentimientos. Llegó al fin á la morada del hijo, y con aquella mirada penetrate que á todos imponía, porque se entraba derecha al interior de las personas, inquirió los rostros de los que salieron á recibirlo, fijóse en el muy dolorido de Fr. Diego Deza, y puesto aún más en la realidad acerva, se dirigió al lecho del hijo que espiraba. Pasados los primeros transportes del cariño, díjole con entereza:

«Fijo mucho amado, aved paciencia, pues que »vos llama Dios, que es mayor rei que ninguno »otro, y tiene otros reinos y señoríos mayores é me»jores que son estos que vos teníades y esperábades, »para vos dar, que os durarán para siempre jamás.»

.....El príncipe, por su parte, no mostró menos esfuerzo, y si en vida no hubiera dado pruebas muchas de razonado y buen juicio, y de todas aquellas prendas nobilísimas que lo adornaban y que hacían de él un príncipe perfecto, fuera su tránsito la mejor, aunque más dolorosa comprobación de lo mucho que valía.»

Otra de las obras que más le han aplaudido á este escritor, es la que lleva por título, *Apuntes biográficos del capitán de artillería D. Luis Daoiz,* de la que nada diré para dejar hablar al notable doctor Thebussen, quien se expresaba de este modo en el número 12,445 de *La Correspondencia de España* (de Mayo último): «El año pasado de 1889, se imprimió en Sevilla, en la acreditada oficina de Rasco, un elegante cuaderno de 85 páginas, en cuarto, que

lleva por título, *Apuntes biográficos del capitán de artillería D. Luis Daoiz.* Es el autor de este curioso trabajo D. Manuel Gómez Ímaz, á quien pocos aventajarán en el conocimiento y manejo de cuantos papeles, libros y periódicos se relacionan con la famosa *Guerra de la Independencia Española.*

Y como dicho señor, es vecino de Sevilla, y Daoiz era también de Sevilla, claro es que al folleto no le falta detalle, perfil, ni requisito alguno. Contiene el retrato del héroe, su blasón y árbol genealógico, partida de bautismo, noticias de la casa en que vivió, certificado de entierro, nota bibliográfica de los escritos que directamente se relacionan con los sucesos del 2 de Mayo de 1808, datos y pormenores interesantes de la estátua que se le erigió en Sevilla, y hasta copia literal de la única carta autógrafa que se conserva de D. Luis, y cuyo texto se consagra exclusivamente á dar á su hermana, prolija y circunstanciada noticia de la hechura de los *monillos* y *peinetas* que usaban las damas gaditanas á fines del siglo XVIII.

. . . . . .

Dos palabras antes de soltar la pluma. Entre los curiosos apéndices que adornan el trabajo del señor Gómez Ímaz, se hallan el expediente formado en 1781 para el ingreso de Daoiz en el Real Colegio de Segovia y la proposición presentada á las Cortes de Cádiz en 1811, por el diputado D. Antonio Capmany, para que el calendario señalase con letra cursiva en el día *Dos de Mayo* una leyenda que dijese:

CONMEMORACIÓN DE LOS DIFUNTOS MÁRTIRES DE LA LIBERTAD ESPAÑOLA EN MADRID.

Como muestra del contenido del susodicho cuaderno, presento al lector los párrafos siguientes, en que se habla de los proyectos de Napoleón acerca de España y de los medios de que se valió para intentar realizarlos:

«Reune un formidable ejército—(dice Gómez Ímaz refiriéndose al Emperador)—por el número y la calidad, de aquellas huestes avezadas en la guerra, endurecidas en fatigosas campañas, hábiles en la pelea, con la fuerza que da el vencimiento y el orgullo del triunfo, adiestradas en nueva y temida táctica por el Capitán del siglo, victoriosas siempre desde las fronteras de Francia hasta las regiones ardientes del África: y tan lucido y bizarro ejército, guiado por los más famosos mariscales del Imperio, so pretesto de invadir el Portugal, alcanza de la fiel aliada el paso de las tropas por las provincias de España. Como inmenso reptil de variados colores y escamas relucientes se arrastran aquellas compactas columnas hacia la frontera española, confiadas en el triunfo y saboreando los despojos de la guerra: al llegar á la fragosa cordillera pirenáica que para la común defensa puso la naturaleza entre las dos naciones, empujadas por la codicia, que no deja descanso al deseo, rebasan las ásperas montañas, impacientes de conocer la tierra donde la ambición, en busca de acrecentamientos, hallará la ruina y la muerte. Las ondulaciones del inmenso reptil anun-

cian su paso por las agrestes montañas; ya se ven las crestas coronadas de inmensa muchedumbre, que con los gritos de guerra y marciales toques turban el silencio de nuestros campos y el reposo y tranquila vida de sus confiados y sencillos moradores: al dar vista á España, al aspirar con placer las brisas templadas del Mediodía, al contemplar tanto viñedo rodeado de verdes y lozanas mieses y una vejetación exuberante y rica, al divisar las viejas ciudades con sus palacios señoriales y bizarros templos, y allá hacia las columnas de Hércules las flotas que de Indias conducen los preciados y riquísimos productos de las minas inagotables, sintieron el placer de la codicia, y descienden con paso presuroso á tomar posesión de la tierra prometida y á profanar con sus intentos desleales al pueblo que les recibe con amistad franca y cortés complacencia.»

Hablando más adelante de la noble candidez de los españoles, añade el discreto historiador.

«Recibían los españoles cordialmente las tropas francesas, y hasta con entusiasmo, y eran objeto de su curiosidad aquellos veteranos, nunca vencidos, que llenaban el mundo con sus proezas, pues siempre se dió en España preferente lugar al valor: suponían unos que se dirigían á Portugal; otros á Cádiz, para auxiliarnos contra los ingleses; los más que era su intento sostener en el trono á Fernando el *Deseado*, contra las ambiciones del aborrecido Godoy; todos se explicaban los hechos de uno ú

otro modo, más ninguno, ni aun remotamente, adivinaba la mayor perfidia que cuenta la historia, tratándose de un genio como Bonaparte y de una aliada fiel, que le había sacrificado cuanto poseía, y hasta casi la propia dignidad. Por eso recibían las tropas con agrado; y al ver que se entregaban las plazas fuertes por orden del Gobierno, afirmábanse más en que de común acuerdo marchaban las dos naciones aliadas, y se mostraban con los extranjeros corteses y aun afables; abrían sus estrados las casas solariegas, y daban lucidos saraos á la oficialidad francesa, dando ocasión á las damas de lucir sus encantos, y á ellos la bizarría de su porte y los vistosos uniformes; improvisaban en su obsequio giras y fiestas, alardeando ellos de galantes é ingeniosos y los nuestros de cortesía y donaire; la gente acomodada cedía sus aposentos á los nuevos huéspedes; los conventos de los regulares, las mejores celdas, y el pobre compartía con el soldado francés el pan y el vino; detenía el arado el labriego al ver pasar tan lucidas huestes, y las saludaba con aquella gravedad castellana, en la que se confunde la cortesía con el orgullo, y las mozas abandonaban la labor y salían á los portales para ver desfilar tanto gallardo mancebo envuelto en grana y oro, no sin que las más recatadas sintieran espanto al ver de cerca á los famosos mamelucos que por el turbante que usaban, corvo sable, anchos calzones, fiereza del rostro y airada catadura, alterada al contener sus fogosos corceles, asemejábanse á aquellos sarrace-

nos feroces, protagonistas de nuestros romances antiguos.»

El que se ha conquistado por su talento y su laboriosidad, un nombre envidiable entre los hombres de letras, el autor de las obras que acabo de enumerar, nació en la Habana en 1844, pero vino á España cuando apenas tenía un año de edad, educándose en Cádiz, de donde eran sus padres. Después de estudiar Filosofía en el colegio gaditano de San Felipe Neri, pasó á la Universidad de Sevilla á cursar la facultad de Derecho y la de Administración, y en este centro de enseñanza, se licenció en las dos facultades, sin que las aficiones literarias que ya empezaban á manifestarse en él, colaborando en diferentes *periódicos* y *revistas* con el pseudónimo del Bachiller Sansón Carrasco y leyendo constantemente las obras de Cervantes, de Rivadeneyra y demás prosistas de los buenos tiempos, le impidieran hacer su carrera con toda lucidez, para enriquecer más tarde la historia patria con la superior competencia que lo viene haciendo, pues si concienzudos y profundos son en el fondo todos sus trabajos, en la forma es tan elegantísimo su estilo, que aun los asuntos más áridos que trate no se puede empezar á leerlos sin ceder á la tentación de saborearlos hasta el final. ¡Tan irresistible es el atractivo que ofrece todo cuanto él trata! por lo delicado y magistralmente que sabe presentarlo.

Dados estos antecedentes, no ha podido por menos de ser elegido Presidente de la Real Academia

Sevillana de Buenas Letras, y de la no menos importante aún de Bellas Artes, á cuyo cargo está el famoso Museo de Pintura.

Sus muchas ocupaciones le obligaron no hace mucho á dimitir la primera presidencia; pero de la segunda no ha podido excusarse y, por fortuna para la docta Corporación, continúa al frente de ella.

Si como hombre de estudio vale tanto Gómez Ímaz, como hombre de sociedad es un verdadero carácter, cual lo demostró con sus acertadas disposiciones en los cargos públicos que ha desempeñado, conquistando los aplausos de todos sus convecinos, y además es, como pocos, amigo de sus amigos, consecuente con todo el mundo y servicial hasta lo infinito.

JOSÉ M. GUTIÉRREZ DE ALBA

Es hoy por hoy este distinguido vate uno de los poetas más inspirados y fecundos, á la vez que el decano de los escritores hispalenses.

Nació en Alcalá de Guadaira el día 2 de Febrero de 1822, y fueron sus padres D. Antonio Gutiérrez Tirado y D.ª María de la Salud de Alba.

Á los diez años de edad, principió sus estudios, cursando el latín y el griego con los padres jesuitas, bajo cuya dirección estuvo hasta 1835, en que volvió al lado de su padre, para dedicarse á cuidar de las labores de sus tierras; pero el señor Gutiérrez de Alba tenía otras inclinaciones; su destino en la sociedad era otro y al cultivo de la tierra prefirió el de su talento, abandonando la vida del campo á los cuatro años de haberla disfrutado, para ingresar en la Universidad de Sevilla, en donde estudió Filosofía y obtuvo el grado de Bachiller en Leyes.

Siendo discípulo de D. Francisco Rodríguez Zapata y de D. José Fernández-Espino, asistió á las últimas conferencias que dió en Sevilla el eminente maestro D. Alberto Lista, y puede decirse que á los tres debió sus aficiones literarias, las cuales empezó á manifestar, cuando estudiaba Filosofía, con su primera novela *La Tapada,* en la que se ve la ingenuidad del adolescente, aunque ya revelaba las especiales dotes de su autor.

Por aquella época escribió con el título de *El Alcázar de Soissons* una obra dramática, que se representó en Sevilla y fué muy aplaudida, lo que, sin duda, animaría al joven escritor para seguir cultivando este género con la buena estrella que lo viene haciendo desde aquella fecha. No obstante, el primer trabajo de esta clase que dió á conocer su nombre y seguramente el que más lo ha divulgado, ha sido el original drama andaluz *Diego Corriente;* pues con dificultad se encuentra á un español que no lo haya visto representar una vez cuando menos.

Habiéndose significado en la política desde muy niño, colaboró en el periódico de Sevilla *El Centinela de Andalucía*, que por ser muy avanzado en ideas, proporcionó á sus redactores graves disgustos; y en 1844 y 1845 publicó una colección de fábulas políticas, de las que se hicieron más tarde en Madrid dos ediciones, la última de las cuales fué recogida por orden del gobierno, mientras se hacía una tercera en Caracas.

En 1847 pasó de Sevilla á Madrid con el objeto de terminar su carrera; pero en lugar de hacerlo así, abandonó el estudio de las leyes por el cultivo de las letras, y hasta el año 70 que residió casi de contínuo en la corte, colaboró en importantes periódicos y escribió la mayoría de sus obras teatrales.

También publicó en Madrid, en colaboración de nuestros más distinguidos escritores, *El Romancero Español Contemporáneo*, con el fin de sustituir los malos romances de ciego con bellas producciones que sirvieran de estímulo á la virtud.

Inspirado por la lectura de Aristófanes y de Juvenal, escribió con el título de *1864 y 1865* la primera *Revista* que se ha representado en nuestro teatro; su éxito fué asombroso en toda España, y á esto obedece que se hayan cortado por el mismo patrón todas las obras de este género que se han escrito desde entonces, muchas de las cuales, por no tener pies ni cabeza, han concluido por desacreditarlo.

Á pesar de residir en la corte, no dejaba de ejercer influencia en los grandes acontecimientos de Sevilla, y en 1856 fué condenado en rebeldía como reo político, por un Consejo de Guerra celebrado en esta ciudad, á diez años de presidio en Ceuta. Entonces emigró á París para librarse de la condena, favorecido por algunos amigos suyos, que lo eran al par del Gobierno, y no pudo regresar á España hasta que se dió la amnistía por el nacimien-

to del que luego fué rey con el nombre de Alfonso XII.

Las penalidades de la emigración no cambiaron, sin embargo, su manera de pensar ni abatieron su espíritu, y consecuente á sus ideas, tomó también parte en los movimientos revolucionarios de 1866 y 1868.

Terminada la revolución, desempeñó desde 1870 á 1874 una misión confidencial del Gobierno en la América del Sur, que preparó el camino para el tratado oficial que se celebró entre España y Colombia.

En los cinco años de permanencia que llevaba en aquellos países cuando vino la restauración, se había captado de tal modo las simpatías de sus naturales, que al ocurrir aquel suceso, no quiso volver á España y permaneció allí hasta el 83, dirigiendo un Instituto agrícola que él había fundado.

Durante su residencia en América publicó, entre otros trabajos, una *Cartilla agraria*, colaboró en diferentes periódicos, y creó uno redactado por él sólo, con el título de *El Cachaco* (joven de buen humor), que tuvo mucho éxito y no poca influencia en el país.

Fruto de sus excursiones por aquel continente, es una obra inédita que constará de varios tomos y llevará cerca de 1.000 dibujos, hechos casi todos por el autor. De esta obra se han publicado algunos fragmentos en *El Globo*, en *La Ilustración Española y Americana*, en *La Venatoria* y en otros periódi-

cos extranjeros, entre ellos en *L'Esploracione Commerciale* de Milán.

Sus largos viajes de estudio y la contemplación de la Naturaleza en sus más imponentes manifestaciones, lo estimularon á cultivar la poesía científica, no comprendida ni sentida por los que la combaten, y de la cual ha ofrecido una gallarda muestra en su *Trilogia*.

Es tanta la fecundidad de D. José M. Gutiérrez de Alba en todos los géneros literarios, que llenaría dos páginas de este libro si fuera á enumerar los trabajos que, tanto en verso como en prosa, ha publicado y prepara para la imprenta este escritor.

Por tal motivo me limitaré á citar solamente algunos más de los ya consignados.

Entre sus obras dramáticas figuran: *Empeños de honra y amor; Mundo, demonio y carne; La elección de un diputado; El que siembra vientos....; La estrella de Belen; La infancia de Roma; Ladrones y Regicidas; Pecar sin malicia; La moza del cura; Libertad de Cultos; Hombre tiple y mujer tenor; El teatro político social*, colección de varios dramas que con un Prólogo del ilustre escritor y apasionado cervantista D. Nicolás Díaz Benjumea fueron publicados bajo este título y con el retrato del autor en fotografía, etc.

Entre los poemas y trabajos en verso, no dramáticos, se encuentran dos tomos de *Poemas* y *Leyendas*, que forman el 129 y el 130 de la *Biblioteca Universal*; la Trilogia titulada *Alpha y Omega*, un tomo

de fábulas políticas, cuatro tomos de *Poesías varias* y *El amor y los ratones*, poema vulgar.

Entre las novelas citaré: *La tapada; La política de Aldea*, y *Viaje de San Pedro á la Tierra*, novela fantástica que contiene una sátira político-social.

Sus mejores obras en cada uno de los géneros mencionados son: de las dramáticas, *Vanidad y pobreza; El lobo en el redil* y *El que siembra vientos....;* de los poemas, *El Curita nuevo* y *La Monja,* (escritos ambos con el objeto de combatir el celibato eclesiástico); y de las novelas, *La Política de Aldea.*

Para que el lector pueda formarse una idea de lo que valen las poesías de este escritor, reproduciré algunos fragmentos de la composición que por serme más conocida conservo en la memoria. Se titula *¡Tierra!* (El asunto de ella es el descubrimiento de América, y obtuvo el primer premio en un concurso convocado en Huelva por la *Sociedad Colombina*, en el día 2 de Agosto de 1885.)

. . . . . .

El plazo va á espirar. La luz del día
Apaga entre las ondas sus fulgores:
Todo lo envuelve obscuridad sombría,
Y el sueño va endulzando los dolores;
Pero Colón, en tanto, descubría
Confusos y movibles resplandores,
Y una sombra indecisa en lontananza
Que reanimó en su pecho la esperanza.

De pie en la popa, con afán creciente,
Aquella extraña luz mira asombrado:
¡No brilla como estrella refulgente!.....
¡Se agita sin cesar de uno á otro lado!.....
«¡Es tierra!» exclama en su entusiasmo ardiente
Tierra repite el ceo alborozado
Y al grito aquel, enérgico y fecundo,
Rásgase un velo y se despierta un mundo.

. . . . . .

El canto VII, con que termina el poema, contiene las cuatro redondillas siguientes:

Como síntesis del sér
Que todo progreso encierra,
Fué su destino en la tierra,
Trabajar y padecer.

Grande fué su adversidad,
Como grande su destino:
Abrir un ancho camino
Á la humana actividad.

En su obra de redentor,
Fué, al cumplirla, necesario
Que pasara su Calvario
Para subir al Tabor.

Y ese respeto profundo
Con que evocáis su memoria,
Es un rayo de su gloria,
Que está iluminando el mundo.

Hasta aquí este ligerísimo bosquejo de la vida y obras del ilustre Gutiérrez de Alba, cuyo amor al

trabajo y á las letras apreciará desde luego el lector, al saber que ha concluído hace poco (á los 73 años de edad) una obra que, apesar de sus cortas dimensiones, es de bastante importancia y de no escasa trascendencia. La titula *Poema didáctico*, y consiste en un tratado elemental, claro y completo, de Agricultura, dedicado á las escuelas de instrucción primaria. Está escrito en 1.300 versos de diferentes metros y en forma de diálogo, para la mejor comprensión de los niños, quienes sin grandes esfuerzos intelectuales aprenderán las nociones siguientes: «1.º ¿Qué es Agricultura?—2.º El clima.—3.º Los terrenos.—4.º Los abonos.—5.º Variedad de plantas.—6.º Las labores.—7.º La recolección y la era.—8.º La papa ó patata.—9.º Otras plantas útiles. —10.º Rotación de cultivos.—11.º La arboricultura.—12.º Plantas industriales.—13.º El olivo. Cogida de la aceituna.—14.º La vid. La vendimia.—15.º El tabaco.—16.º Plantas sacarinas.—17.º La morera y otras plantas.—18.º Plantas tintóreas.—19.º Animales útiles. Administración.—20.º La huerta.—21.º El jardín. Deducciones.»

En la actualidad se ocupa Gutiérrez de Alba en escribir su *Confesión general*, especie de auto-biografía, que será uno de los últimos trabajos que dejará como recuerdo á sus parientes, amigos y admiradores.

JOAQUÍN GUICHOT Y PARODI

Nació en Madrid el 30 de Septiembre de 1820, y siendo aún bastante joven, se trasladó á Sevilla, donde continúa viviendo y en donde empezó á revelar sus aficiones literarias, colaborando desde 1846 en diferentes revistas y periódicos, de algunos de los cuales fué director.

Para hacer la biografía más completa de este fecundo y concienzudo escritor, bastaría consignar todas las obras que ha escrito, dejando al lector que hiciera su crítica en presencia de ellas, reconstruyendo con la lectura de las mismas la vida ejemplar del Sr. D. Joaquín Guichot y Parodi, quien seguramente ha robado muchas horas al sueño para escribir tanto y tan bueno como ha salido de su pluma; porque á su laboriosidad extraordinaria se unen vastísimos conocimientos y una inteligencia de primer orden.

Sus raros méritos como escritor y sus aptitudes

para el dibujo le empezaron á grangear, desde que llegó á las márgenes del Betis, la admiración y el respeto de los hombres más cultos; y al crearse en la capital andaluza la *Escuela superior de Ingenieros industriales*, fué nombrado por R. O. de 1852 ayudante de dibujo lineal, topográfico y de proyectos, de la misma, hasta que ganó en propiedad la plaza de catedrático, por oposición, verificada en Madrid en 1856; y al suprimirse la mencionada escuela, pasó á desempeñar dicha cátedra en el Instituto de segunda enseñanza, en calidad de profesor numerario, puesto que sigue desempeñando en la actualidad con el mismo amor que empezara.

No es el Sr. Guichot de los que se contentan con ir á la clase á enseñar rudimentariamente el dibujo sin rendir después culto alguno á las materias que explica, como frecuentemente hacen muchos. Mi biografiado es demasiado noble para engañar á los demás y engañarse á sí mismo, enseñando, como hacen otros, lo que ni les gusta ni practican sino por cobrar un sueldo. Si él no sintiera entusiasmo por el dibujo, de fijo que no desempeñaría la clase que hoy desempeña, porque habría renunciado á ella. Pero tiene pasión por este arte, y la prueba más evidente, es que le dedica la mitad del tiempo de que dispone, el que, comparte entre los lápices y la pluma.

¡Qué hermoso es descansar trabajando! ¡Y qué pocos son los que poseen la ciencia de la economía del tiempo! Gracias á este don ha hecho tantos pro-

digios el Sr. Guichot y Parodi, durante las horas que otros invierten en tomar café ó en ir al teatro. Cuando se siente rendido por los grandes esfuerzos que hace la inteligencia al escribir sus preciosos libros, en lugar de irse al casino, coje los lápices y demás instrumentos de dibujo y reproduce en el papel, ora planos de la ciudad de que es cronista, ora reconstrucciones de monumentos artísticos que se conservan en ruínas, ó ya de los que no existen.

Entre los muchos trabajos que ha hecho de esta clase me limitaré á citar los siguientes: *Principios de dibujo lineal*, colección de modelos escogidos, obra destinada á la enseñanza del dibujo geométrico; *Atlas arqueológico, epigráfico y monumental de Sevilla*, con 14 láminas cromo-litografiadas; *Redacción, dibujo y miniatura, en pergamino, de las felicitaciones elevadas á S. M. el Rey D. Alfonso XII y á los excelentísimos señores generales D. Arsenio Martínez Campos, D. Joaquín Jovellar y D. Ramón Blanco, por el Círculo hispano-ultramarino de Sevilla, con motivo de la pacificación de la Isla de Cuba; Colección de sellos reales, existentes en el Archivo municipal de Sevilla; Colección de sellos y timbres que ha usado y usa el Excmo. Ayuntamiento de Sevilla*, remitida al Museo histórico nacional; *Facsímile de privilegios, cartas y donaciones (escritas en pergamino), dados y otorgados á la ciudad de Sevilla por los Reyes, desde Alfonso X—1253—hasta los Católicos don Fernando y D.ª Isabel; Trazado geométrico y restauración de las torres de construcción musulmana, sub-*

sistentes en Sevilla; Monografía de la Giralda, tres trazados geométricos, correspondientes á cada una de las épocas más señaladas de este monumento, y por último, un *Album, colección de cuantos objetos se encuentran en Sevilla que se refieren directa é indirectamente á Colón*, remitido por el Sr. Alcalde de esta capital al de Génova, quien lo pidió para que contribuyesen al mayor explendor de las fiestas que se han celebrado allí con motivo del Centenario.

Entre las obras históricas y literarias más importantes que ha escrito el Sr. Guichot, figuran la *Historia general de Andalucía; Historia de la ciudad de Sevilla y pueblos más importantes de su provincia; El Cicerone del viajero en Sevilla; Elogio crítico de D. Pedro Calderón de la Barca*, escrito por acuerdo del claustro de profesores del Instituto de segunda enseñanza de Sevilla; *Memoria de las inundaciones de Sevilla en los años de 1876 y 1877*, escrito por orden del Excmo. Ayuntamiento; *D. Pedro I de Castilla, vindicación crítico-histórica de su reinado*, y muchas más, no menos importantes.

Con relación á este último libro, que viene á desvanecer graves errores acerca del carácter y los actos del famoso Rey D. Pedro, decía la comisión de Diputados provinciales nombrada para examinarlo, que «no sólo por su mérito literario, sino por el caudal riquísimo de documentos que contiene, ocultos hasta ahora para la generalidad, es de mucha importancia y está llamado á producir una gran revolución en la idea formada de las condicio-

nes y carácter del Rey D. Pedro I y de su reinado», razón por la cual, acordó la Diputación imprimir por su cuenta este libro, regalando la edición á su autor, quien ha recibido por otras obras las mismas distinciones de parte del Ayuntamiento.

D. Joaquín Guichot ha cultivado también la novela, con notable éxito, pero á fin de ser breve, sólo citaré las que llevan por título: *Lucha de pasiones*; *Historia de un ajusticiado, contada por él mismo* y *El Adalid Almogavar,* de la que se han hecho dos ediciones, una en Sevilla en 1856, y otra de lujo en Barcelona en 1864; siendo calificada de poema épico en prosa, por D. José Fernández-Espino, quien escribió y publicó en Sevilla un estudio crítico de esta novela, cuya parte histórica y narrativa está escrita en el más ameno y castizo lenguaje y los diálogos de las personas que figuran en ella, remedando la fabla antigua.

El mejor elogio que se puede hacer de estos diálogos es reproducir algunos períodos de ellos, y al efecto transcribo un fragmento del capítulo que se refiere á la expedición de los catalanes y aragoneses á Oriente en 1303.

Dice así: . . . . . .

« . . . Catad sino como se rompen las vagas en las peñas de la costa, é como van é vienen cual si las empujaran á la par el Terral y el Jaloque. Con este mar y este viento, no hay remo en puño, ni vela guindada que puedan tener un bajel en la mar.

—Dice bien Gramanet, exclamó Ginés de Agu-

dells. Por ventura ¿non catais la color del agua é del cielo? Reparad á mi mano derecha el nublado que se aproxima é allá en lontananza, á la zurda, aquella luz blanquecina que parece un cinto de plata entre el cielo é la mar. Señal es augurosa de recia tormenta.

—¡Valga Santa Madrona é San Telmo á los navegantes! dijo Gramanet, santiguándose por tres veces. Arrecia la tormenta, álzanse las vagas.... ¡Guay de la nave que no esté amarrada en puerto y aún la que esté garrara si no ha buenas áncoras!

—¿Por qué tantos guayes é tales auguraciones? exclamó Cap de Estopa, haciendo un gesto de indiferencia ó desprecio al peligro que amenazaba.

—Los guayes son para los cuitados que se han de afogar, respondió Gramanet; é las auguraciones, sácolas, Agudells, del vuelo de las aves que anuncian mala ventura para las naves que están calando la mar con tiempo tan cativo. ¿Non cataís esas luces que brillan á lo largo de la costa de Asia? Pues es el fuego de San Telmo que cuando se muestra tantas vegadas en una hora, dice á los navegantes que pidan sólo á Dios el socorro para su cuita.»

No satisfecho con dar á conocer lo suyo, ha querido Guichot facilitarnos la lectura de los mejores autores extranjeros, y con este objeto ha traducido: *Trozos escogidos de las conferencias de Lamartine*; *Historia de los Estados-Unidos,* por Laboula-

ye; *Compendio del Cosmo*, de A. Humbold y 25 ó 30 volúmenes de novelas para la Biblioteca Hispano-americana, editada por D. Eduardo Perié.

Como era lógico que sucediese tratándose de un hombre tan competente y trabajador, D. Joaquín Guichot y Parodi ha merecido ser nombrado desde hace tiempo, Cronista oficial de Sevilla y su provincia, y Académico preeminente de la Real Sevillana de Buenas Letras, de la que ha sido además Secretario y jefe de la Biblioteca.

Por acuerdos capitulares del Municipic y en su calidad de Cronista, ha hecho últimamente entre otros importantísimos trabajos: *La Historia del Ayuntamiento de Sevilla; La reproducción del Plano topográfico-panorámico de la ciudad de Sevilla, levantado á mediados del siglo pasado*; *La Crónica del viaje de la Corte á Sevilla en Octubre del 92, con motivo de la celebración del 4.º Centenario del descubrimiento de América*; finalmente, un ensayo de *Restauración de los restos de las murallas romanas*, inmediatas á la puerta de la Macarena, y un proyecto de *Monumento á San Fernando,* utilizando las tres columnas monolitos, de la calle de los Mármoles.

JOAQUÍN HAZAÑAS Y LA RÚA

Si dignas de elogio son la laboriosidad y la virtud en los hombres que rayan en la madurez de la edad, aún son mucho más plausibles cuando se dan en un joven, precisamente en los años en que la generalidad de sus compañeros viven en el desenfreno de las pasiones, sin pensar en nada útil y sí únicamente en divertirse.

Por sus especiales dotes, y debiéndolo, por consiguiente, no á la influencia ni al compadrazgo, sino á los méritos propios, fué nombrado el Sr. Hazañas, en 1890, profesor auxiliar supernumerario de la Facultad de Filosofía y Letras en la Universidad Literaria de Sevilla, donde explica en la actualidad las asignaturas de Metafísica y Literatura del preparatorio de Derecho, y en 25 de Marzo de 1892 ingresó como individuo de número en la Real Academia Sevillana de Buenas Letras.

Nacido en la tan justamente famosa Perla del

Betis, en 19 de Agosto de 1862, el escritor en quien me ocupo principió su carrera en Madrid, cursando el bachillerato en el Instituto del Noviciado, hoy del Cardenal Cisneros, en el que se distinguió por su aplicación, no menos que por la precocidad de su inteligencia, y, obtenido que hubo el grado de Bachiller, regresó á su ciudad natal, en la que estudió las Facultades de Filosofía y Letras y de Derecho, hasta licenciarse en ambas, pasando más tarde á la Universidad Central, donde se doctoró en la primera.

No bien terminadas sus tareas escolares, y acostumbrado á no estar nunca ocioso, se dedicó el señor Hazañas á enriquecer con su ingenio las letras y las ciencias hispalenses, y, aparte de los variados y vastos conocimientos que demostró colaborando en el *Diario de Sevilla, La Revista Católica, El Porvenir, El Archivo Hispalense* y otros importantes periódicos sevillanos, han sido sazonados frutos de sus contínuas labores, las obras que ha publicado bajo los títulos siguientes: *Noticias de las Academias literarias, artísticas y científicas de Sevilla de los siglos XVII y XVIII*, (premiada por el Ateneo y Sociedad de Excursiones de Sevilla en 1887); *Biografía del poeta sevillano Rodrigo Fernández de Rivera y juicio de sus principales obras,* (premiada por la Real Academia Sevillana de Buenas Letras en 1889), con un Prólogo del Sr. D. Luis Montoto y Rautenstrauch; *La imprenta en Sevilla, ensayo de una historia de la tipografía sevillana y noticias de algunos*

de sus impresores, desde la introducción del arte tipográfico en esta ciudad hasta el año de 1800; Mateo Alemán y sus obras, discurso leido ante la Real Academia Sevillana de Buenas Letras el 25 de Marzo de 1892, en la recepción del autor, seguido del de contestación, por D. Luis Montoto y Rautenstrauch; *Génesis y desarrollo de la leyenda de D. Juan Tenorio* (premiado por el Ateneo y Sociedad de Excursiones de Sevilla en 1893); *Discurso de apertura del Ateneo en 1894; Obras de Gutiérrez de Cetina, con un estudio acerca de este poeta y sus obras é infinidad de notas,* y un bellísimo *Discurso* escrito para la velada que celebró el Ateneo Sevillano con motivo de la muerte del Cardenal Fray Zeferino.

Además de escribir tan interesantísimos libros, cuyos méritos sólo pueden apreciarse leyéndolos uno á uno y saboreando detenidamente sus bellezas, el Sr. Hazañas y la Rúa es autor de los Prólogos y de las noticias biográficas y bibliográficas que preceden á estos folletos: *La Pasión de Nuestro Señor Jesucristo, muy devota, con un llanto que hizo la Virgen María al pie de la Cruz; Poesía del siglo XVI; Glosa de Jorge de Montemayor á las coplas de Jorge Manrique; Décimas á la Muerte, compuestas por un hidalgo de la ciudad de Cuenca,* y *Lágrimas de San Pedro, de Rodrigo Fernández de Rivera;* habiendo editado también el mismo Sr. Hazañas, el libro titulado *Memoria de los obispos de Marruecos y demás auxiliares de Sevilla ó que en ella han ejercido funciones episcopales, por D. Justino Matute y Gaviria,*

aumentándolo con notas y adiciones hasta nuestros días.

De buena gana emitiría mi juicio, aunque pobre, acerca de todos y de cada uno de los acabados trabajos, debidos á la pluma de mi ilustradísimo biografiado: pero, no sólo me lo impide el limitado espacio de que dispongo, sino el temor de que lo creyeran exajerado ó hijo del entusiasmo aquellos de mis lectores que no le conozcan bien, y para subsanar esta falta me concretaré á transcribir un párrafo ó algunas líneas del *Génesis y desarrollo de la leyenda de D. Juan Tenorio,* por las que podrá apreciarse, cuando menos, el absoluto dominio que Hazañas tiene sobre la lengua de Cervantes y la corrección de su estilo, castizo y ameno:

«Entre las muchas leyendas—dice—que se encuentran en ese tesoro de obras que forman la literatura de España, pocas han alcanzado la importancia que la de *Don Juan*, y de ninguna se encuentran mayor número de manifestaciones en la literatura patria y en las extranjeras. Sólo en el teatro, género quizá el más apropiado para su perfecto desarrollo, tenemos en España tres: una de Tirso de Molina, otra de D. Antonio de Zamora, y, por último, el popular drama del vate ilustre que en estos momentos llora la patria, del inmortal Zorrilla. Estos tres escritores han llevado al teatro en los siglos XVII, XVIII y XIX la figura admirable de *Don Juan Tenorio;* pero, consecuentes con las ideas del tiempo en que ha vivido, han hecho un *Tenorio* di-

ferente; no porque en el fondo haya dejado de ser el mismo, sino porque han variado algunos de los rasgos de su carácter, y porque han aportado elementos extraños que, unas veces han empequeñecido y otras agigantado esa colosal figura dramática; así el de Tirso resulta el más hermoso, artísticamente considerado como carácter; el de Zamora, el de menos valor; y el de Zorrilla, el gran poeta de España, cuya memoria quiere hoy justamente honrar el *Ateneo y Sociedad de Excursiones de Sevilla*, con este tema y otros de este certamen, siendo superior al de Zamora, no llega al de Tirso; pero si en carácter no le aventaja, es, en cambio, entre todos, el que luce el ropaje más galano y hermoso, encerrado como se encuentra en los admirables versos del poeta vallisoletano, Zorrilla, es, además, el que para la creación de su *Don Juan*, ha aportado mayor número de elementos nuevos á la leyenda primitiva, y ha traído otras leyendas secundarias que hace más grande la figura de su héroe.

Veamos, pues, lo que puede conjeturarse acerca del origen de esta leyenda y la marcha que sigue en su desarrollo hasta nuestros días.

. . . . . .

Los dramáticos ya citados, llevan la acción á tiempos distintos: Tirso y Zamora, á los de Alfonso XI; Zorrilla, á los del emperador Carlos I, y en las crónicas sevillanas de esos reinados, nada encontramos que, aun refiriéndose á hechos parecidos, pueda servir de fundamento á la leyenda. ¿Será, pues,

invención de la rica fantasía de un poeta? Nada más imposible. *Don Juan Tenorio* ha tenido que existir con ese ó con otro nombre, existe hoy y existirá mañana, aconteciéndole á esta gran figura de nuestra literatura lo que al *Otelo* de la inglesa, que, personificación de las pasiones humanas, tienen vida mientras existe el hombre, porque son caracteres universales de gran trascendencia, y estos caracteres no son, ni pueden serlo creaciones de un determinado autor, por grande que sea su fuerza creadora y poderoso su ingenio: el poeta podrá colocarlo en una época, en un lugar determinado, en circunstancias que sólo de su voluntad dependa; pero, sobre todo esto, aparecerán sus caracteres de universalidad, demostrándonos que allí hay algo más que la obra del escritor.»

. . . . . .

Los talentos de Joaquín Hazañas no han podido pasar inadvertidos para las Corporaciones más cultas de la ciudad de la Giralda, y desde el año pasado ocupa el puesto de presidente en el Ateneo y Sociedad de Excursiones.

CARLOS JIMÉNEZ-PLACER

El distinguido escritor cuyo nombre sirve de epígrafe á estas líneas, nació en la ciudad de San Fernando en el año de 1837.

Sus padres D. Antonio Jiménez-Placer y Cárdenas y doña María Bárbara Echeverría y Soreau, procuraron darle desde luego una educación esmeradísima, y cuando tuvo suficiente edad, le hicieron estudiar la carrera de Leyes, en la que se licenció al fin con notable aprovechamiento.

No obstante la brillantez con que aprobó todas las asignaturas, no era el estudio del Derecho lo que más le entusiasmaba, y si estudió dicha Facultad, puede decirse que fué más que por amor que le tuviera, por complacer á los autores de sus dias.

Sus naturales condiciones le inclinaban al arte y á la poesía, y la mayor parte de su juventud la invirtió en hacer preciosos dibujos, que eran elogiados por los buenos pintores, y en componer versos y

pequeñas novelas que publicaba después en los mejores periódicos y revistas de la capital andaluza.

Sus maestros en el manejo de los pinceles no fueron más que tres, pero supieron cultivar, con gran acierto, las facultades del discípulo. Nombrábanse éstos Rossi y Cabral Bejarano, establecidos en Sevilla, y D. José Casado de Alisal, que residía en Madrid.

Entre las obras pictóricas que de Jiménez-Placer pueden citarse, recuerdo en este momento una linda tabla que poseen los herederos del conde Luque y un lienzo que vendió en Madrid para la casa Bosch, aparte de otras varias que hizo para Inglaterra.

Lleno de gratas ilusiones vivía mi biografiado, dedicando sus ocios á tan nobles fines, cuando en 1853 ocurrió la muerte de su querido padre, y, al verse sin fortuna y con una madre y un hermanito pequeño, á quienes debía sostener con el fruto de su trabajo, tuvo que abandonar el culto de las musas y pedir un destino que le concedieron en seguida y en el cual le ascendieron en 1857.

Á partir de esta fecha, no ha dejado de ascender en su carrera de empleado, y gracias á su talento y á su intachable conducta, es primer jefe del Archivo de Indias desde 1884.

Como archivero, pueden hacer su apología las notas pasadas en distintas ocasiones, al Ministro de Estado, por los ministros plenipotenciarios de las Repúblicas Americanas, que han tenido que visitar

aquel rico depósito, para hacer en él trabajos con destino á sus respectivos Gobiernos; y si esto no fuera bastante, ahí están los honores que le ha dispensado el ministro de Ultramar, condecorándole con la cruz de Carlos III y haciéndole últimamente jefe superior de Administración civil, libre de gastos y en recompensa de señalados servicios.

Si le estudiamos como escritor, puesto que tal es mi único propósito, pocos hallaremos tan fecundos como el inspirado Jiménez-Placer. Bastará citar los títulos de los periódicos en que ha colaborado y de las obras publicadas, para apreciar los alcances del laborioso hispalense.

En 1849 comenzó en *El Regalo de Andalucía* con Adame Muñoz, Adelardo López de Ayala, Bueno Benavides Vera, Liberal, Becquer, Narciso Campillo y otros vates de igual talla que, viviendo en la clásica época del romanticismo, no pudieron sustraerse á su irresistible influencia y consagraban su preferente atención al cultivo de la poesía.

De 1857 á 59 fué redactor del antiguo *Diario de Sevilla*: en el 62 fundó *La España Literaria*, de la que fué director, y en los años sucesivos honró verdaderamante con su privilegiada pluma á casi todos lo periódicos sevillanos, entre lo que figuraban *El Arte, El Hispalense, La Revista Artístico-Literaria, El Porvenir, La Ilustración Bética, El Español y La Andalucía*, en los que no dejaba de trabajar, al paso que derrochaba su ingenio en

el diario de Madrid titulado *El Mundo Político.*

De los artículos insertos en las publicaciones transcritas, son dignos de mencionarse, por su mérito literario, los que llevan los epígrafes siguientes: *La Redención*, *Bartolomé Esteban Murillo, El día de difuntos*, *Corolina Civili*, *El corazón y la careta, La despedida*, (memorias de D. Pedro Calderón de la Barca), *Monumento á Murillo*, *Un retablo de la iglesia de Santa María de Carmona*, *Virginia*, *Witiza*, *Pan y toros*, *El pintor D. José Echeverría y Godoy* y *La pena de muerte.*

Como ya he dicho antes, D. Carlos Jiménez-Placer empezó siendo poeta antes que escritor prosista, y aunque él no conserva ni hace memoria siquiera de sus mejores poesías, yo recuerdo algunas de éstas por haberlas visto publicadas en elegantes Revistas, tales son las que se titulan *Á Bretón de los Herreros* (en su aniversario), *Dos fechas*, (dedicada á la memoria del ilustrísimo Cardenal Lluch), *Lágrimas, Á Emilia*, y algunas otras escritas en albums de amigas, como la eximia Blanca de los Ríos y la señora D.ª Concepción Wert de Cano.

Las obras más importantes que este escritor ha hecho en prosa, son conocidas del público con los títulos de *Emilia ó El Angel de los recuerdos*, novela en dos tomos; *El marqués del Valle* (memorias del tiempo del emperador Carlos V), novela histórica; *Pedro Campaña, su tiempo y sus obras*, y la *Necrología del Sr. D. Emilio Márquez y Villarroel.*

Aunque Jiménez-Placer se ha sabido crear un

nombre en todos los géneros literarios, en ninguno ha rayado á tanta altura como en el de su especial predilección, que ha sido siempre el dramático. Conocedor del corazón humano, y peritísimo en los secretos de la escena, ha hecho trabajos de tanto valor como *El último suspiro,* drama histórico, original y en verso, estrenado en el teatro de San Fernando, de Sevilla, en la noche del 16 de Febrero de 1857; *Pablo el pescador*, drama en tres actos, original y en prosa, estrenado también en San Fernando, en Mayo del 65.

El Mesón de Paredes, paso del siglo XVI, en un acto, y en verso, estrenado en el mismo coliseo que los anteriores; *Hernán Cortés*, cuadro dramático en verso que se estrenó en el teatro de Variedades de Madrid, en Noviembre del 67, y *Bajo el Cristo del Perdón,* leyenda dramática en tres actos y en verso; escrita en colaboración de D. Manuel Cano y Cueto, y estrenada en la corte en el teatro Español el 3 de Febrero de 1881. Además colaboró con López Ayala en la preciosa obra escénica que lleva por título *La mejor corona.*

El talento y la virtud de este ilustre sevillano le han conquistado, no sólo el general aplauso del público, sino la consideración más distinguida por parte de los hombres de gobierno, y merced á ello, es hoy Jiménez Placer, Caballero de la Real orden de Isabel la Católica, por méritos contraídos en Sevilla durante el cólera del 65, socio fundador y de número de la Unión Ibero-Americana, socio hono-

rario de El Fomento de las Artes, de Madrid, de la Colombina Onuvense, del Instituto de Vizeu (Portugal) y del Instituto de Ciencias de Quito. Perteneció á la antigua y extinguida Academia Sevillana de Jurisprudencia y Legislación, y ahora es académico de número de la Real de Buenas Letras, á la vez que correspondiente de la Academia de Ciencias y Artes de Cádiz.

JOSÉ LAMARQUE DE NOVOA

Poeta de verdadera inspiración y hombre de vastos conocimientos, ha llegado á conquistarse un nombre envidiable en la república de las letras con las magníficas producciones de su ingenio, las que le han valido honrosas condecoraciones y el ser nombrado individuo de diferentes Academias españolas y extranjeras; siendo hoy el continuador y más digno representante de la clásica Escuela Sevillana.

Nació en Sevilla en el día 10 de Agosto de 1828 y fueron sus padres D. Juan Pedro Lamarque y de Hau (1) y doña Carmen de Novoa y Campos.

Cuando tuvo edad suficiente pensó el autor de sus días en dedicarle al comercio, que era también su profesión; pero antes quiso darle una educación esmerada, y después de las primeras letras, hizo que bajo la dirección de sabios maestros aprendiese las

(1) Natural de Izeste, departamento de los Bajos Pirineos (Francia)

asignaturas de Geografía, Historia, Aritmética y Geometría, á la vez que las lenguas latina, francesa é italiana.

Cultivada su inteligencia con estos conocimientos, se despertaron en él grandes aficiones por la literatura, y atendiendo á la vez que á sus negocios mercantiles á su afición literaria, publicaba ya á los 20 años, artículos históricos y sátiras ó letrillas en los periódicos sevillanos de aquella época; trabajos que le valieron la amistad de los insignes poetas don Narciso Campillo y D. Francisco Rodríguez Zapata, quienes alentaron su vocación aconsejándole al par que abandonara los epígramas y letrillas y se dedicase á trabajos serios, consagrándose para mejor conseguirlo al estudio de nuestros clásicos de los siglos XVI y XVII y de los poetas de principios del actual.

Obedeció el joven literato, y desde entonces fueron sus autores favoritos, Fray Luis de León, Herrera, Rioja, Reinoso, Lista, Gallego y Quintana, á los cuales debe su gusto literario y la correcta dicción que le reconocen los críticos; habiendo leído después las obras del Duque de Rivas, las leyendas de Zorrilla y los clásicos italianos, sin descuidar á los demás escritores modernos, así españoles como franceses.

La primera obra poética del Sr. Lamarque de Novoa, vió la luz pública en 1867, figurando entre sus notables composiciones las que llevan los títulos de: *Á las ruinas de Itálica; La muerte de Safo; Hero y Leandro; Á la Virgen de Monserrat*, pre-

miada en un certamen de Lérida, y *Al Mar,* que han sido las más encomiadas.

Hero y Leandro fué traducida al alemán con otras del mismo vate por el famoso poeta de aquella nación, Fastenrath, y las dos últimas de las citadas, se encuentran reimpresas y precedidas de elogios en las obras de Literatura de D. Angel Laso de la Vega y del P. Blanco García.

En 1879 publicó Lamarque, con un Prólogo de D. José María Asensio, otro tomo de poesías titulado *Recuerdos de las Montañas*, compuesto de baladas y leyendas, que merecieron los aplausos de toda la prensa y empezaron á dar á mi biografiado el nombre que hoy tiene como poeta legendario.

Notable por revelarse en ellas á la vez que el poeta, el erudito y el pensador, son su oda *El siglo XIX* y su *Sátira contra los vicios de la sociedad española de nuestros días,* premiadas una y otra por la Academia Sevillana de Buenas Letras y publicadas, juntas, en 1884.

Merece citarse también por la originalidad de la forma y por sus bellos pensamientos, la fantasía *En la Catedral de Santiago,* publicada en edición pequeña, de tan escasos ejemplares que es por esta razón muy poco conocida.

Entre las obras que ha escrito en prosa, se encuentra una colección de Cartas que con el título *Desde la Montaña* se publicaron en 1883 en un tomo de 150 páginas. Son fruto de sus excursiones por la provincia de Santander, y en ellas describe con

gran corrección y facilidad las costumbres montañesas, y especialmente las del valle de Toranzo, donde residió largas temporadas.

Fueron escritas durante el viaje y dirigidas al director de *El Eco de Andalucía* (el ilustre Más y Prat), en cuyo periódico vieron la luz pública, primeramente con el pseudónimo de «Ibero Abantiade,» nombre que usa el escritor hispalense como individuo de la *Academia de los Arcades* de Roma.

Con el título de *Sueños de Primavera* y con un Prólogo del eximio poeta D. Luis Montoto, publicó en Barcelona en el año 1891 un tomo de tradiciones y leyendas históricas, preciosamente ilustradas por los Sres. Bermejo y Aramburu, en las cuales se revelan de un modo brillante sus elevadas dotes poéticas y su calidad de narrador ameno y sobrio, no haciendo gala de las pedantescas digresiones que tan comunes son en otros poetas cuando consagran su pluma á este género de asuntos. *La Peña de Martos; Elvira de Ledesma*; *La primera vuelta al mundo,* y cuantas componen este libro bastarían para acreditarle como uno de los primeros cultivadores de la leyenda si ya no lo estuviera el Sr. Lamarque, quien á la vez que poeta de delicadísimos sentimientos ha sido activo hombre político, habiendo tomado una importante participación en los sucesos ocurridos en España desde la memorable Revolución de 1868; luchando por la restauración no sólo como miembro del comité conservador de Sevilla, sino escribiendo en diferentes periódicos de esta capital y de Madrid.

En la primera población contribuyó á fundar el diario *La Legitimidad*, órgano de sus ideales, y estuvo colaborando en *El Gato*, periódico de la corte, mientras este *papel* no tomó un tinte marcadamente carlista.

En medio de la lucha de los partidos no dejó enmudecer su lira, y en lugar de olvidarse de ella, la puso al servicio de sus aspiraciones, publicando en el periódico de Cádiz, *La Palma*, una oda titulada *Ecos de la patria*, en la cual apostrofa á los políticos que iban demandando un rey á tierra extraña, expresándose así en los versos que aluden á la patria:

¿Pruebas quereis tal vez aún más patentes
De su abyección, de su ruina cierta?
Pues ved á los patricios
Que libertad y honra proclamaban
Ir mendigando un rey de puerta en puerta
Y tornar sin el rey que demandaban.
¿Y esta es España ¡oh Dios! ésta es la fiera,
Noble nación que un día
Sus leyes imponiendo á Europa entera
A su arbitrio los cetros repartía?
¡Oh vergüenza! ¡oh baldón!... Al contemplarte
Mísera patria mía,
Postrada y sin honor, tu hermoso cielo
Velado en parte por sangrienta nube,
El alma siente inexplicable anhelo
Y el carmín de la ira al rostro sube.

De expresión no menos enérgica fueron otras

composiciones que también publicó un periódico de Cádiz con los títulos de *España en 1871* y *Al Océano*, y aún más acentuadas son las que vieron la luz en Sevilla en 1873, tituladas *Dos de Mayo* y *En la proclamación de la República Federal.*

Con estas poesías formó después un tomito titulado *España por D. Alfonso,* que dió á la prensa en Sevilla en 1875.

El último poema que ha publicado el Excmo. Señor D. José Lamarque de Novoa, ya lo conocen mis lectores, es el titulado *Cristóbal Colón*; se divide en ocho cantos, cuyos epígrafes son: *En la Rábida; En Santa Fé*; *La partida*; *En el mar; Tierra; El Triunfo; El martirio* y *Olvido y muerte*, y abarca en ellos como indican los títulos, los hechos más gloriosos del ilustre genovés desde que llega al monasterio de la Rábida hasta que, después de regalar un mundo á los Reyes Católicos, muere en Valladolid, pobre y olvidado de aquellos mismos que tanto le debían.

Muchos han sido los poetas que, en la presente ocasión, han cantado los hechos y virtudes del almirante, dando á luz preciosos libros; pero el poema de Lamarque de Novoa, rico de inspiración y elevado de concepto, ocupará siempre preferente lugar entre todos. Recientemente ha publicado otro libro el Sr. Lamarque titulado *Poesías líricas*, compuesto de diferentes clases de composiciones que han sido unánimemente aplaudidas por cuantos críticos las han examinado, y en las cuales no me ocupo

ahora por resonar todavía los aplausos que la prensa le tributa.

Casado este eximio vate desde el 1.º de Abril de 1861, con la inspirada y fecunda poetisa D.ª Antonia Díaz y Fernández, y siendo rico propietario, ha dejado transcurrir la vida, lo mismo que su esposa, consagrado al cultivo de la bella literatura, con el mismo entusiasmo que en la juventud, dispensando su protección á cuantos escritores y artistas de verdadero mérito la han necesitado y honrando con su pluma las Letras sevillanas.

FRANCISCO MATEOS GAGO

Una de las más grandes lumbreras y de las columnas más firmes que en nuestros días ha tenido la Iglesia Católica, ha llegado á serlo por su extraordinaria inteligencia y muchísimas virtudes, el sabio presbítero y catedrático de la Universidad de Sevilla, D. Francisco Mateos Gago, profundo pensador, notable arqueólogo, concienzudo crítico, infatigable polemista, terror de los protestantes andaluces y enemigo irreconciliable de los detractores del Catolicismo.

Hijo de D. Joaquín Mateos y de doña Teresa Gago, vino al mundo en la villa de Grazalema, en 15 de Junio de 1827.

Desde muy joven principió los estudios del latín con un profesor particular que residía en su pueblo, y en 1840 se trasladó á la ciudad de la Giralda, donde continuó su carrera, cursando tres años de Filosofía, dos de Jurisprudencia y siete de Teo-

logía, obteniendo en todos la nota de sobresaliente y ganándose los grados por rigurosa oposición.

Doctorado de la última Facultad en el Seminario de Granada, confirmó el título en Madrid en 1857, y con esta misma fecha conquistó en oposiciones la cátedra de Teología dogmática, vacante á la sazón en la Universidad hispalense, en cuyas clases ha seguido ilustrando á la juventud hasta el momento de ocurrir su muerte en el 29 de Octubre de 1890; pues aunque en el año 60 le trasladaron á la corte, pronto regresó á instancias suyas á la hermosa capital *Reina del Betis*, donde también se licenció en Filosofía y Letras en 1876.

Excedente, primero, por supresión de la Facultad de Teología, fué luego declarado cesante por haberse negado á jurar la Constitución de 1869; pero como al ser restaurada la Monarquía con la proclamación de Alfonso XII le fueron reconocidos sus derechos, solicitó entonces permutar su condición de excedente por la de catedrático de *Hebreo*, y, conseguido ésto, volvió de nuevo á las aulas para continuar en la enseñanza definitivamente.

Antes de ingresar en la Universidad literaria, estuvo de vice-Rector del Seminario de Cádiz, y perteneciendo ya al claustro universitario fué catedrático de Latín de los Seminarios locales de San Isidoro y de San Francisco Javier, habiendo desempeñado, además, en distintas ocasiones, el cargo de Vocal y Presidente de Tribunales de oposiciones á cátedras de Institutos.

Á pesar de su calidad de catedrático y del gran nombre que sus escritos le conquistaron, la nota distintiva del Sr. Gago fué siempre la nobleza y la naturalidad.

Como prueba de su modestia, se cuenta, entre otros hechos, que al ser propuesto para una cruz de beneficencia por servicios prestados en el cólera de 1865, renunció á tal honor; sin que nadie le hiciera desistir de su terminante negativa á recibir un premio por los actos que él se creyó obligado á realizar como hombre y como sacerdote.

Su carácter independiente lo reveló á su vez, con no menos energía, renunciando en el año 68 al nombramiento de Teólogo que para el Concilio Vaticano quiso concederle Pio IX; aunque más tarde cayó en las redes del obispo Antinoe, vicario apostólico de Gibraltar, quien, sabedor de las cualidades que le adornaban y de su condición de jefe y verdadero representante del elemento católico de Andalucía, le comprometió para teólogo suyo, tan pronto como le vió en Roma, á donde necesitó ir el P. Gago, en 1869.

No he de molestar á mis lectores comentando los talentos del que es de toda España y de Europa entera conocido.

La fecundidad inagotable y la profusión de conocimientos que atesoraba este sapientísimo presbítero, la demuestran, no sólo las importantes obras de carácter científico que nos ha dejado, sino la infinidad de trabajos que publicó en las revistas

y periódicos más importantes de España, debiendo citarse, además, la obra de D. Antonio Delgado, *Numismática de la España antigua*, á cuya redacción contribuyó poderosamente.

Los diferentes libros que ha dado á la estampa, todos ellos de valor indiscutible, fueron coleccionados por él, en siete tomos, con el sencillo título de *Opúsculos*, á excepción de la Gramática ó *Análisis filosófico de la Escritura* y *Lengua hebrea*, que hizo para uso de Universidades y Seminarios.

Como muestra del sencillo y elegante estilo del inmortal escritor católico, transcribiré algunos párrafos de su célebre opúsculo acerca de *Juana la Papisa*.

«Dado el tono por los protestantes—dice en el capítulo VI,—del siglo XVI, claro es que habían de continuarlo los del XVII, siglo eminentemente papísero, porque dedicados los mal llamados reformadores á estudios críticos, al efecto de hacer viable su revuelta, fué para todos sus escritores una especie de cuestión de negra honrilla el combatir todos los hechos pasados de que pudiera gloriarse la Iglesia Católica, aunque tuvieran sólido fundamento histórico, manteniendo en cambio como historias verdaderas las paparruchas más insignes, siempre que de cualquier manera pudiesen redundar en desdoro de la Silla romana. De ahí la increible multitud de libros publicados durante toda la centuria en favor de la Papisa, cuyo primer panegirista fué indudablemente el ya citado teólogo

de Lieja, Federico Spanheim. No faltaron, como era natural, en la Iglesia Católica, sabios críticos que mantuvieron la polémica á la altura conveniente y dieron muy buenas y merecidas lecciones á los escritores del bando contrario. Por otra parte, muchos protestantes desapasionados comprendieron por los resultados inmediatos de la cuestión, las consecuencias fatales que había de acarrear á las sectas aquel empeño de sus sabios en sostener tan ridícula extravagancia; la emprendieron, pues, tan decididamente, aunque con ciertos miramientos contra la Papisa, que lograron matar entre los sectarios muchas preocupaciones. Merece especial mención en este sentido el calvinista David Blandel, cuya *Disertación* francesa fué luego publicada en latín por otro ministro protestante . . . . . .

. . . . . .

Tan larga y reñida discusión dió por resultado la más completa victoria á los críticos católicos, y la opinión de los sabios desde la mitad del pasado siglo quedó tan unánimemente formada, que hasta los enciclopedistas se burlan de la novelilla, y el mismo Voltaire, que tanto calumnia á Juan VIII, se reía con toda la boca en las barbas de los inocentes críticos que se empeñaban todavía en hacerlo pasar por mujer. En la nota sobre la Papisa que puso Moreri en su gran *Diccionario*, al pie de la bibliografía de Juan VIII, reune la opinión de su tiempo sobre el asunto, diciendo que quien se ocupare en adelante en escribir sobre la Papisa, pro-

bará con ello que está muy desocupado y no sabe en qué malgastar su tiempo.»

He dicho al comenzar estas líneas que una de las ciencias á que más amor profesaba el ilustradísimo sacerdote, era la Arqueología, y bien puede asegurarse también que fué él uno de los mejores coleccionistas.

Visitar la casa del padre Gago era visitar un completo museo arqueológico, donde se guardaban verdaderas joyas de arte y se conservaba lo mejor de lo encontrado en Itálica; á lo cual debió sin duda ser académico de la de San Fernando, fundador de la Sociedad Arqueológica Sevillana, é indivíduo de la Comisión de Monumentos, al mismo tiempo que lo era de la Academia Española y de la de los Arcades de Roma.

BENITO MÁS Y PRAT

Cuando hace pocos años perdió la razón el ilustre vate cuyo nombre encabeza estas líneas, creyéndosele muerto para las letras, tanto la prensa de Madrid como de provincias y hasta la extranjera le dedicó artículos biográficos; haciéndole unos hijo de tan acaudalada familia que le suponían estudiando durante su juventud en los colegios más aristocráticos de Europa, y, otros, de tan humilde posición, que apenas tenía para pagar al maestro de escuela de su pueblo. Pero, ni fué tan rico como le suponen los unos, ni tan pobre como dicen los otros.

D. Benito Más y Prat era hijo de un acomodado comerciante de Écija, y en esta ciudad vino él al mundo en Octubre del 46, en el cual mes del año 1892, pasó á la otra vida, á los 46 años de edad, ó sean los mismos que tenía el siglo cuando él nació.

Desde muy pequeño empezó á manifestar sus

aficiones literarias, y deseando seguir una carrera, ingresó en un colegio de aquella población, mostrando grandes aptitudes para el estudio que habría seguido cultivando si la prematura muerte de su padre no le hubiese obligado á desistir de sus aspiraciones para ponerse al frente del establecimiento.

Ya por entonces componía algunos versos, y desde el mostrador de la tienda escribió las bellas poesías que forman el primer tomo de sus obras titulado *Hojas secas,* á la vez que colaboraba en un periódico local.

El genio de Más y Prat no podía seguir, casi aprisionado, en un pueblo donde le faltaba aire que respirar y espacio para extender sus alas, y dedicarse con más provecho al cultivo de la Literatura. Necesitaba de esa comunicación con otros talentos que tanto contribuye á educar la inteligencia, y para conseguir su propósito abandonó su comercio y se trasladó á Sevilla, entrando de dependiente en el de D. Serafín Marín.

Sin dejar de escribir para los periódicos más importantes de la capital andaluza, permaneció en esta casa hasta el 1870, en que regresó á su pueblo. Había resuelto, por entonces, no volver á ocuparse en los asuntos mercantiles, y por tal motivo aceptó un empleo en el Ayuntamiento de Écija, el cual estuvo desempeñando hasta el año 73 en que volvió á Sevilla para ponerse en cura de una grave enfermedad de la vista.

Recobrada la salud no pensó más en abandonar á la ciudad del Betis, y al quedarse en ella se dedicó al negocio de comisiones, á la par que desempeñaba otro destino en el Municipio de esta capital.

Las relaciones que desde entonces empezó á cultivar, contribuyeron á que su genio fuese más pronto conocido, no tardando en captarse las simpatías y la admiración de cuantas personas le trataban, obteniendo la decidida protección del no menos ilustre poeta y rico hacendado, excelentísimo señor D. José Lamarque de Novoa, quien, siendo propietario de *El Eco de Andalucía*, dióle la dirección de este periódico que ha estado representando el señor Más desde el 1879 al 1890, fecha de su última enfermedad.

Cuando estaba dirigiendo el citado diario, empecé yo á querer hacer versos, no poesías, y por recomendación de D. Francisco Macarro, el popular autor de *Torear por lo fino*, fuí á visitarlo para enseñarle mis *verdolagas* y recibir sus lecciones. Me dispensó cariñosa acogida, y atraído por la dulzura de su trato, no dejé de cultivar su amistad hasta dos meses antes de ocurrir su muerte que estuve á verle acompañado de su médico el notable alienista doctor Lupiáñez, el cual había conseguido devolverle la razón por segunda vez.

Siempre que iba á saludarle á la redacción del periódico, conseguía que me leyese sus trabajos favoritos, y bien quisiera reproducir aquí algunos que me han hecho llorar de entusiasmo; pero sólo

transcribiré la siguiente composición, no por ser la más bella, sino por ser de las más cortas.

AL PASAR

Estaba en los balcones de su alcázar
Cuando pasó mi entierro;
La miré con los ojos del espíritu,
Que aún batallaba por dejar el cuerpo.
¡Ella! sí. ¡la traidora!.... sonreía
Junto á un doncel apuesto,
Y en voz baja, muy baja, reanudaba
Sus torpes juramentos.
Yo sentí extremecerse mi cadáver
En el fondo del féretro,
Y saltar en pedazos la cubierta
Con pavoroso estruendo;
Después.... más soledad, sombra más densa,
Reposo más completo....
Supe al fin que hay infamias en el mundo
Capaces ¡ay! de levantar un muerto.

Desde que Benito Más se encargó de la dirección de *El Eco*, consagró toda su atención á los trabajos literarios y escribió entre otras, las bellísimas obras poéticas que llevan por título: *Idea de Dios; La Oración de la tarde*; *Nocturnos y Poesías*, á la par que componía para el teatro: *Espíritu y Materia; La linterna de Diógenes*, y *La Cruz del Hábito*. Entre sus primeros trabajos en prosa, figuran los titulados *La Redoma de Homúncula* y *La Dama Blanca*, y una preciosa colección de artículos publicados en

La Ilustración Artística y *La Española y Americana.*

Estos productos de su inteligencia hicieron del humilde dependiente de comercio, una gloria de la patria, y el que estaba llamado á vivir obscurecido amontonando *ocharos*, llegó á ser, derrochando ingenio y tinta, uno de los más dignos caballeros de la Real y distinguida Orden de Cárlos III, individuo perteneciente á la Real Academia *Romulidum Familiæ* PP, socio corresponsal de la Económica de Cádiz y académico de número de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras, en la que ingresó en 1883.

Una de sus últimas obras, y por cierto la mejor de todas, tanto que ella lo elevó al pináculo de la gloria, fué la que lleva por nombre *La Tierra de María Santísima*, editada por una casa de Barcelona. En sus encantadoras páginas están contenidos los recuerdos históricos, los episodios más salientes y las tradiciones y costumbres del alegre pueblo sevillano. Cuanto acerca de este libro se diga, será siempre pálido ante la realidad; para poder apreciar las bellezas de su estilo, lo elevado de sus pensamientos y lo onomatopéyico de sus descripciones, es preciso leerlo.

Quizás los grandes esfuerzos que la inteligencia necesitó hacer para dar á luz tan hermoso hijo, contribuyeron á debilitarla, y, como la felicidad nunca es completa, mientras unas campanas tocaban á gloria, otras doblaban á muerto, porque con los aplausos que el mundo tributaba al parto de un genio

superior, se confundieron los lamentos de los otros hijos y de la desconsolada esposa, quienes veían perturbarse las funciones de la máquina que tan afiligranadas labores hacía.

En el año 90 enmudeció la lira del inspirado poeta y éste se puso en manos de un doctor.

Todos sus amigos lo creían ya muerto para la poesía, cuando á los pocos meses logró recobrar la salud, y se estrenaba en Sevilla, en el 21 de Diciembre del 91, una nueva obra dramática, de indiscutible mérito, escrita por él después de curado, y titulada *Agustina de Aragón*; preciosa zarzuela á que puso la música el eximio maestro D. Luis Mariani.

Por esta misma época coleccionó sus obras escogidas, en prosa, dividiéndolas en dos tomos que dió á la estampa con los títulos de *Estudios literarios* y *Fantasías del año*.

Los nuevos triunfos fueron acompañados por una fatal recaída, de la que ya estaba repuesto al ocurrir su prematura muerte.

Benito Más y Prat, rindió siempre un verdadero culto á las obras del inmortal Gustavo Adolfo Becquer, y como era natural, cultivaba el mismo género de asuntos, llegando á dominar su estilo hasta el extremo de que casi llegó á superarle en algunos artículos y poesías.

LUIS MONTOTO Y RAUTENSTRAUCH

Uno de los biógrafos de este vate, dice al terminar la descripción de su vida y obras: «No sabemos que haya sido favorecido con ninguna condecoración ni encomienda, hoy que tal distinción se otorga á cualquier industrial.» He aquí la razón de que no se le hubiese concedido á este literato ninguna de esas prodigadas distinciones. El mismo articulista lo dice: esos colgajos se conceden á cualquier industrial, y Luis Montoto no es industrial, sino poeta de alto vuelo, á quien ha concedido Dios los más grandes honores en lugar de esas vulgares encomiendas; pues, como afirma el citado biógrafo: «El Sr. Montoto ostenta en su frente la aureola del talento, y la opinión pública pone en su mano el cetro de los reyes del entendimiento.» ¿Puede aspirar á más el poeta sevillano? Seguramente que no. Aparte de que, si mal no recuerdo, el Sr. Montoto es, desde hace años, caballero de la Real orden de Carlos III.

Además, el literato hispalense no carece de títulos de otra clase, los tiene también, aunque no de los que se dan á todo el mundo, y ostenta cualquier nulidad, sino de los que se ganan con el talento y el trabajo: tiene el honrosísimo título de abogado, conquistado á pulso, como vulgarmente se dice; pero ante todo y sobre todo, el Sr. D. Luis Montoto y Rautenstrauch, es poeta lírico de primera fuerza y correctísimo prosista, habiéndose revelado como tal desde sus primeros años, en los que ya manifestaba sus raras aptitudes para el cultivo de la gaya ciencia.

Su musa ha recorrido todos los tonos de la lira, cada vez más potente y fecunda, siendo la nota que distingue á sus producciones poéticas, la melancolía, la ternura de los afectos y los sentimientos más puros, traducidos en versos llenos de notable suavidad y encantador atractivo.

Las ideas más nobles y los pensamientos más elevados constituyen el fondo de todas sus poesías.

En el año 1851 vió la luz en Sevilla este hijo ilustre de la hermosa Hispalis, y apenas tuvo desarrolladas sus claras facultades, cogió la pluma entre sus dedos para no soltarla quizás mientras el cuerpo le haga sombra; aprovechando el tiempo tan útilmente como lo demuestran las obras que ha producido, llenas de erudición y de bellezas, de las que citaré, en prosa: *Un paquete de cartas* (modismos españoles); *Tiquis-miquis*, (idem); *La capa del estudiante*, (artículo literario); *Necrología de D. Fernando de*

Gabriel y Ruiz de Apodaca; el Prólogo á las *Leyendas de Lamarque*; el que ha puesto últimamente á *El periodismo en Sevilla*, de Hazañas, y multitud de artículos en el diario sevillano *El Español*, á cuya redacción ha pertenecido desde el 73 al 85.

Entre las obras en verso puedo citar: *Granos de arena*; *Poesías*; *Pequeños poemas*; *Á la lumbre del hogar*; *Historia de muchos Juanes*; *Melancolía* (cantares); *El Regreso* (poema); *Mercedes* (idem); *La Musa Popular* (poesías), y *Flores del Campo* (poema).

Para que el lector aprecie por sí la corrección de estilo y el dominio que del habla castellana posée Montoto, transcribiré un fragmento del primer artículo de *Un paquete de cartas*, que es una verdadera colección de cartas bellísimamente redactadas, y en las cuales juega el autor con los modismos de nuestro idioma, cuyo conocimiento (el de los modismos), considera muy importante, porque «Diccionario y Gramática no son materiales bastantes para levantar el grandioso edificio de una lengua. Á las palabras, en sus múltiples combinaciones, mueve el espíritu nacional: en ellas alienta la vida de un pueblo y su particular y característica manera de ser. Son los modismos lo genial, por decirlo así, lo que de propio pone un pueblo en la lengua que habla.

Y nadie negará, que nosotros, que carecemos de muchas cosas, tenemos modismos á porrillo. Quevedo salpimentó con ellos sus más peregrinas obras —porque son los modismos sal y pimienta de la lengua española;—Santa Teresa escribió muchos y

muy donosos, y no entran por poco en los donaires de la Historia de Alonso Quijada, *el Bueno*, los que encontramos, no diré á cada paso, pero sí á cada letra de la *Historia del ingenioso Hidalgo D. Quijote de la Mancha*».....

La Carta-prólogo de tan curiosa colección empieza así: «Se me ha metido entre ceja y ceja un pensamiento y no hay quien me lo arranque ni á tres tirones. Será como pedir peras al olmo, pedirme que desista de un propósito, si lo tengo por bien intencionado y, á mayor abundamiento, provechoso para las letras patrias.

Después de darle vueltas al negocio, caigo en la cuenta de que para salir airoso en la demanda he de pedir práctico; y caigo en la tentación de llegarme á usted, que no hace oidos de mercader, siquiera le hablen á humo de pajas.»

Me parece que, por esta pequeña muestra, ya se podrá formar juicio de la galana prosa de este escritor.

De las poesías no sé cual escoger, porque todas son también, cual más lindas.

El Regreso, es un prodigio de versificación, pues todo el poema está escrito en harmoniosos tercetos, ausentes de toda falta; *A la lumbre del hogar*, es una colección de poesías inspiradas por las dulzuras del propio hogar, como indica el título, y escritas en el seno de la familia; abundando en ellas los más santos y morales principios.

Una de las obras poéticas que Montoto tiene en

más estima, y seguramente de las mejores creaciones suyas, es la que se titula *Historia de muchos Juanes*, que viene á ser un conjunto de suspiros, si se me permite la metáfora, sintetizando en preciosos romances la vida y penalidades de algunas profesiones, representadas por los susodichos Juanes.

Véase como describe á la pobre *Juana la costurera*, quien hallándose enferma y teniendo que cuidar de sus padres, se ve obligada á ganar un mezquino jornal para mantenerlos, hasta que muere ella, por exceso del trabajo que su débil naturaleza no puede resistir.

I.

Apenas el sol apunta,
Entre dormida y despierta,
Al taller de la modista
Va Juana la costurera.
Á su paso por las calles
Los galanes la requiebran,
Movidos por los encantos
De sus quince primaveras.
Pero, ó Juana no los oye,
Ó sus requiebros desprecia;
Y cuanto es más requebrada,
Más sus pasos acelera.
¡Quién á escuchar se detiene
Al mozo que la corteja
Cuando el dedal y la aguja
Y la máquina la esperan!
—Vaya usted con Dios, hermosa.

—Vaya usted con Dios, mi reina.
¡Hermosa! Mienten los hombres,
¡Amarilla y con ojeras!
¡Hermosa, la señorita
En cuyo traje se emplea;
Traje de novia, cuajado
De encajes y finas perlas!
¡Ya es tarde! Acaso llegaron
Al taller sus compañeras.

No es culpa suya, cosiendo
Se pasó la noche en vela:
Luego el dolor de la espalda;
Y la tos que no la deja:
Hacer al padre el almuerzo,
Cuidar de la madre enferma
¡Que mucho que haya perdido
Una hora de tarea!
Y si la perdió, es seguro
La gana antes que anochezca:
En cosiendo doce horas
El traje acabado queda.
Llega al taller.—«Hoy las sábanas
Se te pegaron, y es fuerza
Que el traje blanco, el de boda,
Quede mañana de prueba.
Si tu no puedes lo dices,
Que no faltará quien pueda.
No se ganan los jornales
Durmiéndose á pierna suelta.»
Juana dispone la máquina
Febril el pedal golpea
Y trabaja hora tras hora

Sin levantar la cabeza
¿Qué importa el dolor de espalda,
Qué la tos que no la deja,
Si parece que le dicen
De la máquina las ruedas:
¡Cose, cose, pobre Juana,
Que ya muy poco te queda!

II.

Cuando la noche es llegada,
Hacia su humilde vivienda,
Llevando el traje de boda,
Va Juana la costurera.
Á su paso por las calles
Los galanes la requiebran.
—¡Vivan las hembras gallardas!
¡Gallarda, y va medio muerta!
La luz enciende, mal come,
Al padre sirve la cena,
Y cariñosa y solícita
Cuida de la madre enferma.
Luego el vestido de boda
Sobre su falda despliega;
Rico vestido de raso,
De encajes y finas perlas.
¿Duele la espalda? ¡Qué importa!
¿Sofoca la tos? ¡Quimera!
Á coser, porque mañana
El traje ha de estar de prueba.....
¡No se ganan los jornales
Durmiéndose á pierna suelta!
Juana dispone la máquina,
Febril el pedal golpea

Y trabaja hora tras hora
Sin levantar la cabeza.
Como el ampo de la nieve
Es blanco el raso; las perlas
Blancas son: blanco el encaje,
Limpio como la inocencia.
¡Ay! sobre el traje de boda
Mancha cayó que lo afea:
Es una gota de sangre
De Juana la costurera.
¿Por qué toses, débil niña?
Mira que el alba clarea;
Que se va el tiempo: no pares,
Porque el mañana se acerca.
Escucha lo que te dicen
De la máquina las ruedas:
Cose, cose, pobre Juana,
Que ya muy poco te queda.

III.

Viendo pasar el entierro
(¡Á los pobres los entierran!)
Un chusco dijo: – En la caja
Lleva el dedal y la seda.—
Y un galán, que requebrando,
Hasta á los muertos requiebra:
– Era muy bonita en vida,
Y está muy bonita muerta.—
Y á su mujer un marido:
– Cuida del traje; no sea
Que con el lo lo se manchen
Encajes y finas perlas.—
Y al marido, la amorosa

Mujer. - Para manchas, ésta.
¡De sangre! —Sí: roja sangre
De Juana la costurera! –
Entre tanto repetían
De la máquina las ruedas:
Cose, cose, pobre Juana,
Que ya muy poco te queda.

Más elocuentes que pudieran ser mis pobres y deficientes comentarios, lo son los trabajos del mismo biografiado, y por eso he preferido reproducir parte de algunos de ellos, en vez de molestar al que me lea con ociosas digresiones. Son tantas y tan bellas las producciones de este ingenio, que de buena gana seguiría copiando trozos de los otros libros mencionados, si dispusiera de más espacio; pero, ya que esto no es posible, únicamente diré, para terminar, que Montoto y Rautenstrauch ha conquistado, siempre que ha querido, no sólo muchos aplausos, sino diferentes premios, entre los que recuerdo los siguientes: dos en los certámenes celebrados por la Asociación Literaria de Gerona; uno en los del Ateneo de Almería; tres en los de La Casa de Cervantes, de Valladolid y dos en los de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras, de la que hace mucho tiempo es académico de número, como asimismo de la Hispalense de Santo Tomás de Aquino, y socio fundador del *Folk Lore Andaluz;* desempeñando en la actualidad el cargo de notario mayor del juzgado eclesiástico de Sevilla.

FELIPE PÉREZ Y GONZÁLEZ

¿Quién no conoce, por los trabajos de su pluma, al autor de *La Gran Vía:* de esa popularísima zarzuela que desde el día en que se estrenó aún no ha dejado de representarse á diario en cuantos teatros se estila la hermosa habla de Cervantes? ¿Quién no ha leido sus artículos y sus versos en *El Imparcial,* en *Blanco y Negro*, en *La Correspondencia*, y en casi todos los periódicos y revistas más importantes de la corte?

Elogiar el talento del fecundo Tello Téllez, su dominio de la lengua castellana y de los resortes de la escena, su rica inspiración ó la fluidez y elegancia de su estilo, es tan ocioso, y hasta me atrevo á decir tan cándido (cuando me dirijo á españoles), como decir á un sevillano que San Fernando conquistó á Sevilla, en la cual nació Felipe en 15 de Mayo de 1854, siendo sus padres el ilustre abogado D. José Pérez y Solares y la señora doña Isabel González y González.

Dotado Felipe Pérez de una privilegiada inteligencia, reveló sus aficiones con precocidad pasmosa, componiendo bellísimas poesías, que desde niño comenzó á publicar en los periódicos sevillanos *El Tio Clarín* y *La Mariposa*, de los que concluyó por ser asíduo colaborador, á la vez que de *Los Debates, El Progreso, El Alabardero, El Baluarte, El Universal, El Parlamento, El Constitucional* y otros diarios de la capital andaluza, como *El Porvenir*, en el que con el pseudónimo de *Urbano Cortés* escribía una revista semanal, que titulaba *Historia de siete días.*

No entrado aún en la adolescencia, pero ya bastante conocido de los amantes de las letras, dió á la estampa su primera colección de versos en un tomo titulado *El Libro malo*, compuesto de chispeantes epígramas, y á la edad de quince años escribió su primera obra dramática, motivada por una apuesta con varios camaradas, y consistente en un juguete cómico-político, que acreditó el ingenio de su autor, estimulándole para el cultivo de la literatura dramática.

Como el saber no ocupa lugar (ó porque su padre se lo exigiese), Felipe Pérez y González estudió con brillantez la Facultad de Derecho, sin dejar un sólo instante de rendir culto á las musas y sin pensar que pudiera servirle de otra cosa que de adorno, pues nunca soñó ejercerla. Mas como el hombre propone y Dios dispone, al verse procesado en 15 de Agosto de 1885, por supuesto delito de imprenta, cometido en un artículo inserto en *Madrid Político*,

se acordó de que también era letrado, y sin haber ejercido hasta entonces, se defendió con el acierto de un decano, saliendo absuelto y satisfecho de que al fin le sirviese la carrera en el primer percance que tuvo al año de residir en la coronada villa.

Hasta 1884 había permanecido en la ciudad de la Giralda, ejerciendo durante dos lustros el cargo de oficial del municipio, primero en el Archivo, y después en la Secretaría, á la vez que desempeñaba la particular de los Alcaldes, la mayoría de los cuales, entre otros Pellón, González Alvarez y Gallardo, depositaron en él toda su confianza hasta la fecha indicada, en que con licencia por enfermo marchó á Madrid, donde ya era popular, por haber estrenado varias obras en los teatros de la Comedia y de Lara; en el de la Comedia, *Recurso de casación;* y en el segundo, *El oso y el centinela; Con luz y á oscuras* y *Casi-casi.*

Cuando terminó el plazo que dicha licencia señalaba, encontrándose todavía el Sr. Pérez y González sin haber recobrado la salud, pidió prórroga, confiando en obtenerla por los motivos que exponía. Pero no tardaron en llegar á sus oidos rumores de que sus compañeros de oficina trabajaban para que no se le concediese, imaginando que sus padecimientos eran sólo un pretexto para permanecer en la corte hasta estrenar alguna nueva obra.

Tan pronto como esto supo y antes de esperar contestación á su primera carta, se apresuró Felipe á redactar su dimisión, que remitió en seguida al

Ayuntamiento sevillano, suplicándole que la aceptase, si no le prorrogaba la licencia. Con lo que dió una bofetada á sus envidiosos enemigos, quienes tuvieron que sufrir un doble disgusto al ver que el escritor andaluz, cuyos méritos nadie ignoraba en la villa del Oso y el Madroño, encontraba al instante mejor colocación que la que dimitía, entrando de redactor en *El Motín* y en *El Progreso*.

Desde entonces se ha visto solicitado, no sólo por casi todos los periódicos madrileños, para que colaborase en ellos, sino por los más importantes del extranjero y de provincias para que fuese su corresponsal, misión que nunca quiso desempeñar él, aunque, según dicen, no ha faltado otro Felipe Pérez que, utilizando la coincidencia del nombre y primer apellido, haya querido hacerse pasar por mi biografiado, ofreciendo sus servicios á diferentes publicaciones.

Felipe Pérez y González prefirió á escribir correspondencias continuar escribiendo para el teatro, y abandonando, á poco de entrar en ellas, las redacciones de los dos periódicos citados, se consagró en absoluto á las musas de la escena que tan propicias se muestran con él, y por las que tanta gloria como dinero y laureles ha adquirido.

Desde que dejó de hacer labor constante para *El Motín* y *El Progreso* no ha vuelto el bardo hispalense á trabajar diariamente en publicación alguna hasta 1892 en que le llamaron á la redacción de *La Correspondencia de España*, donde cobra un

envidiable sueldo por las cotidianas poesías que llevan al pie su firma.

Entretanto, y á la par que hacía comedias (cuyos títulos no necesito copiar, porque son de todos conocidos), ha colaborado indistintamente, unas veces en verso y otras en prosa en *La Ilustración Española y Americana,* en *El Imparcial*, en *El Liberal*, en *La Moda Elegante*, en el *Madrid Cómico,* en *Blanco y Negro* y en la Revista que él fundó con el título de su obra, *La Gran Vía.*

Al leer esta sencilla narración, no faltará quien me tache de no hacer estudio crítico de las creaciones del dramático, del estilo del prosista ó de las imágenes del poeta.

Á los que de tal falta me acusen, debo responder que nunca he pretendido seguir el cómico ejemplo de esos *pollos cluecos en agraz,* que se atreven, (sin vergüenza), á dar indigesto fallo sobre obras que han recibido la sanción de los más sabios y provectos literatos.

Mi único objeto ahora, ha sido fijar en las cuartillas una porción de nombres y de fechas que ignorarán muchos lectores; por lo demás, Felipe Pérez y González está juzgado por sus producciones y reconocido como un genio desde hace mucho tiempo.

Sevilla, su patria, se enorgullece de contarle entre sus hijos y España entera, ó los españoles de aquende y allende el Océano, le aplauden con frenesí, cada vez que les ofrece un nuevo fruto de su inteligencia.

JUAN PÉREZ DE GUZMÁN Y BOZA

Permítanme los naturales de Sevilla, que, al biografiar á los habitantes más ilustres de tan culta población, reclame para mi tierra la parte de gloria que, hoy como en otros tiempos, le corresponde en el progreso de las Letras y hasta de las Artes hispalenses.

No sé á qué misteriosas causas podrá obedecer este fenómeno, pero no cabe dudar de que se halla confirmado por la evidencia de los hechos.

Es tal el cariño que se despierta en los hijos de Extremadura hacia la ciudad de la Giralda, que les mueve á realizar los mayores sacrificios, haciendo en pro de sus glorias y de su mayor florecimiento lo que no han hecho ni harán por la capital de su provincia, ni aún por el pueblo siquiera en que llegaron á nacer.

No necesito esforzarme, para recordar, porque está en la memoria de todos, el desprendimiento

con que los hermanos Sánchez Arjona, D. José y D. Francisco (hijos como yo de Villafranca de los Barros) han costeado periódicos y revistas ilustradas, capaces de competir con las publicaciones de la corte, á cuya altura han colocado muchas veces á Sevilla, estimulando con el ejemplo á sus ingenios y dándolos á conocer á todo el mundo. Pues bien, extremeños como estos señores y nacidos en Jerez de los Caballeros, son los hermanos Pérez de Guzmán, D. Juan y D. Manuel, quienes á la manera que aquellos, han contribuído más que los mismos sevillanos al incremento que actualmente obstenta la decantada *Perla del Betis* en su desarrollo intelectual.

Mecenas generosos, amantes de las bellas letras, expertos bibliófilos, poseedores, con grandes sacrificios pecuniarios, de Bibliotecas magníficas y colectores de las mejores rarezas bibliográficas de nuestro siglo de oro, parecen destinados á continuar las tradiciones de la casa de los Guzmanes, de donde proceden, protegiendo como sus ilustres antepasados, á cuantos escritores de talento se aproximan á sus puertas, ora editándoles sus obras, ora poniendo á su disposición los riquísimos libros que poseen.

Nacido en 1852, en Jerez de los Caballeros (Badajoz), como ya he dicho, el Excmo. Sr. D. Juan Pérez de Guzmán y Boza, se trasladó desde muy joven á Sevilla, donde cursó la carrera de Derecho, hasta licenciarse en esta Facultad; y, como durante

su vida universitaria se iniciara en él una afición decidida á los estudios históricos, con especialidad á las historias de pueblos, no bien salió de las aulas, cuando comenzó á formar la colección que hoy posee, de esta clase de trabajos, digna por su importancia y por su número de figurar en el palacio de un monarca.

Á la inversa de otros coleccionistas que todo lo atesoran para sí, evitando que lo utilicen los demás, Pérez de Guzmán y Boza ha ofrecido siempre sus tesoros bibliográficos á cuantos amigos los han solicitado, y á esto, sin duda, obedece que la *Sociedad de Bibliófilos Andaluces* casi no tenga otro sitio de reunión que la casa que él habita, á cuyos elegantes salones concurren todas las noches los hombres más ilustrados de la eximia capital, debiéndose á la tertulia que éstos forman las importantes reimpresiones que entre todos han costeado, de interesantes libros de ediciones agotadas y la publicación del notable *Archivo Hispalense*, que se compone de tres gruesos volúmenes, llenos de importantísimos documentos históricos.

Á más de la parte con que ha contribuído á costear las ediciones mencionadas, ha pagado, exclusivamente de su bolsillo particular, muchas otras, confeccionadas bajo su dirección, entre las que figuran las siguientes: *Noticias relativas á la Historia de Sevilla que no constan en sus anales, recogidas de diversos impresos y manuscritos, por D. Faustino Matute y Gaviria, año 1828; Adiciones y correcciones á los*

hijos de Sevilla ilustres en santidad, letras, armas, artes y dignidad, de D. Fermín Arana de Varflora, escritas por D. Faustino Matute y Gaviria; Anales eclesiásticos y seculares de la muy Noble y muy Leal ciudad de Sevilla, Metrópoli de Andalucía, que contiene las más principales Memorias desde el año 1701, en que empezó á reinar el rey D. Felipe V, hasta el de 1800, que concluyó con una horrorosa epidemia, continuación de lo que firmó D. Diego Ortiz de Zúñiga hasta el año de 1671, y siguió hasta el de 1700 don Antonio María Espinosa y Cárcel, por D. Justino Matute y Gaviria; Relación de la cacería dada en el bosque de doña Ana á Felipe IV por D. Manuel Pérez de Guzmán el Bueno, VIII duque de Medinasidonia; Biografía del erudito sevillano D. Justino Matute y Gaviria y noticias de sus obras literarias, por D. José Vázquez y Ruíz, licenciado en la facultad de Filosofía y Letras, y correspondiente de la Real Academia de la Historia; Coplas de D. Jorge Manrique á la muerte de su padre el maestre de Santiago D. Rodrigo Manrique; Una cacería en el coto de Oñana, escrita por D. Rafael Sánchez; Relación verdadera de la invención de la devota imagen de Nuestra Señora de la Parra; Descripción de la fiesta y procesión de la milagrosísima imagen de Nuestra Señora de la Cabeza, por D. Fermin de Saraza y Arze; A la lumbre del hogar, poesías de D. Luis Montoto; Décimas á la Muerte, compuestas por un hidalgo de la ciudad de Cuenca; Inscripción del sepulcro de Saturnino, penitente que se halló en la ciudad de Mérida, ilustrada

por D. García de Salcedo Coronel; *Amenidades, florestas y recreos de la provincia de la Vera Alta y Baja en la Extremadura, por D. Gabriel Azedo de la Berrueza, natural de la villa de Jarandillo; Breve descripción de la villa de Bilbao*; *Cosas de España, por Espinosa y Quesada; Discursos leidos ante la Real Academia Sevillana de Buenas Letras el 26 de Abril de 1892, por el Excmo. Sr. D. Juan Pérez de Guzmán y Boza y el Sr. D. Manuel Gómez Ímaz en la recepción del primero; Rodrigo de Triana, boceto histórico, por el presbítero D. Manuel Serrano y Ortega, licenciado; El libro de Jerez de los Caballeros, por don Matías Ramón Martínez y Martínez, doctor en la facultad de Filosofía y Letras y socio correspondiente de la Real Academia de la Historia;* y *Chavala, historia disfrazada de novela, por D. J. López Valdemoro, conde de las Navas.*

Fruto natural de tan laudables aficiones es la erudición pasmosa que en sus conversaciones, como en sus escritos, revela el Sr. Pérez de Guzmán, así como la corrección de su estilo, que puede apreciarse con sólo leer cualquiera de los párrafos de su obra original *Historias é historiadores de Sevilla hasta fines del siglo XVIII, y necesidad de conocer y estudiar la bibliografía histórica sevillana para poder escribir con acierto la historia de esta ciudad.*

Para que mis lectores puedan juzgar por una muestra, transcribiré á continuación algunos renglones:

«Al finalizar el siglo XV, época felicísima para

la nación española, Sevilla tuvo la alta honra de ser morada por algún tiempo de los señores Reyes Católicos y de que en ella se acabasen de completar los preparativos para la conquista del reino de Granada. Pero cuando Sevilla adquirió su mayor engrandecimiento y apogeo fué en los primeros años de la décima-sexta centuria. Centro entonces del comercio de las Indias, de todas partes acudían á la metrópoli andaluza comerciantes y aventureros que partían para el Nuevo Mundo ávidos de riqueza y de fama guerrera.

Hasta esta época, Sevilla no había tenido otra historia escrita que los hechos consignados en los historiadores romanos, en los cronicones antiguos y en las crónicas generales y particulares de la Edad Media. Necesitábase, pues, un ingenio atrevido, un investigador infatigable, un escritor entusiasta y admirador de tanta grandeza, que acometiese la ardua y penosísima tarea de leer los documentos que nos había legado la venerable antigüedad y entresacar de aquel inmenso fárrago de noticias generales las particulares referentes á Sevilla.»

Para terminar, réstame decir que entre los títulos y honores que posee mi biografiado, figuran el de Duque de T'Serclaes, gentil hombre grande de España, individuo de la Real Maestranza de Sevilla, Académico de número de las Reales Academias de Buenas Letras y de Bellas Artes, y correspondiente de la Española de la Historia.

MANUEL PÉREZ DE GUZMÁN Y BOZA

Hermano gemelo del duque de T'Serclaes, nació en Jerez de los Caballeros en el año de 1852, y como él se trasladó á Sevilla para cursar la carrera de Derecho, en la que creo no llegó á licenciarse, ó lo ha hecho hace poco. Pero, en cambio, se aficionó de tal modo á la bibliografía y á los estudios literarios, que no tardó en figurar á la cabeza de la *Sociedad de Bibliófilos Andaluces*. Y como sus inclinaciones le llevasen á deleitarse con las obras de nuestro siglo de oro, pronto logró reunir en su notable biblioteca una colección de *Romanceros* y *Cancioneros*, digna de competir con las mejores del mundo.

Á imitación de su hermano D. Juan, ha costeado infinidad de ediciones de libros raros ó curiosos, así como también de otros nuevos y originales, de escritores contemporáneos, á quienes con frecuencia protege, pudiendo citarse entre unas y otras, de estas publicaciones, las que llevan los títulos siguien-

tes: *Panegírico por la Poesía; Panegírico al chocolate*, por el capitán Castro de Torres; *Don Sancho el de Peñalén*, leyenda tradicional de la historia de Navarra, por Santos Landa; *Décimas á la Inmaculada Concepción de Nuestra Señora*, de diferentes autores; *Glosa de Jorge de Montemayor á las coplas de Jorge Manrique*; *Lágrimas de San Pedro*, por Rodrigo Fernández de Rivera; *Mesa florecida de romances, coplas y villancicos al Santísimo Sacramento*, por Jusepe Auñón; *Tratado de la caza del vuelo*, por el capitán D. Fernando Tamariz de la Escalera, con un Discurso, un Apéndice y Notas del Excmo. é Illustrímo Sr. D. José Gutiérrez de la Vega; *Descripción de varias fiestas de toros*, por D. Fermín de Saraza y Arce; *Soliloquios amorosos de un alma á Dios*, por Félix Lope de Vega Carpio; *Anfiteatro de Felipe el Grande*, por D. José Pellicer de Tovar, con un Discurso preliminar del Excmo. é Ilmo. Sr. D. José Gutiérrez de la Vega; *Los perros de caza españoles*, apuntes cogidos al vuelo, por el Excmo. é Ilmo. Sr. D. José Gutiérrez de la Vega, con un Apéndice sobre las Chasses á Mallorca; *Cancionero de Nuestra Señora para cantar la Pascua en la Natividad de Nuestro Señor Jesucristo*, compuesto por Rodrigo de Reinosa, nueva edición dedicada al Niño Jesús; *Cántico en acción de gracias á la Virgen del Sagrario de Toledo, por haber cesado la peste en dicha ciudad el día en que salió en procesión hasta Zocodover, 23 de Agosto de 1885*, poesías selectas de D. Juan Nepomuceno Justiniano y Arribas; *Historia de muchos Juanes*,

romances por D. Luis Montoto y Rautenstrauch; *Algunas rimas castellanas de el Abad D. Antonio de Maluenda, natural de Burgos; Chavala*, historia disfrazada de novela por D. J. López Valdemoro, Conde de las Navas, y *Glorias sevillanas,* noticia histórica de la devoción y culto que la muy Noble y muy Leal ciudad de Sevilla ha profesado á la Inmaculada Concepción de la Virgen María desde los tiempos de la antigüedad hasta la presente época, por el presbítero D. Manuel Serrano y Ortega, licenciado en Derecho Civil y Canónico.

Habiendo hecho constar que el Excmo. Sr. don Manuel Pérez de Guzmán y Boza, marqués de Xerez de los Caballeros, cuyo es uno de sus títulos, ha costeado ediciones de sus obras á escritores contemporáneos de Sevilla, al ser yo su biógrafo, podría suponer alguno que le tributo mis elogios para pagarle favores recibidos; y, para evitar toda infundada sospecha, debo hacer aquí francas aclaraciones.

No sólo no me ha editado obra alguna, sino que tampoco soy amigo de él ni de su hermano; es más, no los he saludado siquiera durante toda mi vida, y, por consiguiente, ningún lazo de gratitud ni de amistad me liga á ellos.

Al aplaudir la conducta del uno y del otro no hago más que manifestar la admiración que siempre me han inspirado por las noticias que de sus bellas cualidades he tenido, y lo mismo que yo los aplaudo los aplaudirá todo el que sepa quiénes son y cómo obran.

En lugar de dedicarse á visitar tabernas y garitos, cosa bastante frecuente en los jóvenes alegres de la nobleza española, tanto el marqués como el duque visitan más bibliotecas que reuniones y casinos, viven sin ostentación ni desenfrenado lujo, y, en vez de derrochar sus cuantiosas fortunas en bacanales ó en casas de juego, gastan sus rentas útilmente en fomentar la cultura de la muy noble ciudad de la Giralda.

Otrosí: No tengo conocimiento de que el marqués haya producido una sola obra original, y es fácil que haya quien piense que no debe figurar entre escritores el que nada ha escrito aún. Mas yo en este caso concreto, opino lo contrario.

Muchos de los que en su vida no han dado á luz nada propio, suelen ser doble más útiles á la historia y letras patrias que la mayoría de los que por necesidad ó por vicio se consagran, sin conciencia, á decir mil desatinos ó á destrozar el lenguaje.

Al ocuparme en esta ocasión de los escritores y artistas contemporáneos, que más contribuyen á enaltecer el nombre de Sevilla, incluyo entre ellos desde luego al Excmo. Sr. Marqués de Xerez de los Caballeros, no porque esgrima la pluma, sino por lo muchísimo que favorece á las Letras sevillanas; haciendo grandes sacrificios pecuniarios para proteger á sus cultivadores, y poniendo á la disposición de todos ellos los preciosos tesoros de su rica Biblioteca, á la que más de uno debe la erudición que revela en sus escritos.

MANUEL DE LA PEÑA Y FERNÁNDEZ

Aunque antiguo escritor sagrado y verdadero hombre de ciencia, ninguna de sus obras le han dado tanta popularidad como el interesante *Manual de Arqueología prehistórica,* que por orden del Cardenal Arzobispo de Sevilla, fray Zeferino González, escribió y dió á la estampa en el año de 1891.

Y sin embargo, desde que principió su carrera de sacerdote, ha sido tan ejemplar y laboriosa su vida, que sólo puede apreciarse examinando sus trabajos tan importantes como numerosos.

D. Manuel de la Peña y Fernández, nació en la ciudad de Sevilla, en el día 11 de Julio de 1848. Su vocación religiosa le condujo desde muy joven á los estudios eclesiásticos, y obtenido el grado de Bachiller en Teología, en 1871 pasó al Seminario de Granada, donde se licenció y doctoró en 1880; regresando después á la hermosa Hispalis, en la que no tardó en dar á conocer lo mucho que valía; viéndose col-

mado de honores que nunca pretendió, ni soñaría, quizás, dada su modestia; por más que los honores llevaran tras sí cargos tan penosos y delicados como el de catedrático de Griego, Hebreo y Arqueología Cristiana del Seminario Conciliar de San Isidoro y San Francisco Javier, examinador sinodal del Arzobispado de Sevilla y capellán de las religiosas de María Reparadora.

Á pesar del mucho tiempo que necesita consagrar á tantas ocupaciones como pesan sobre él, aprovechando las horas de descanso para leer y escribir, ha publicado desde que está en Sevilla una infinidad de libros, entre los que figuran los siguientes: *Reflexiones sobre la sociedad moderna; Algunas noticias sobre la sociedad de María Reparadora*; *Consideraciones para una novena de reparación* (especie de devocionario); *Discurso sobre la excelencia y superioridad de la Literatura hebrea*, y, por último, el citado *Manual de Arqueología prehistórica*, que es el que más renombre ha conquistado.

No obstante mis aficiones á este género de estudios, que parecen exigir de mí el juicio imparcial que dicho trabajo me merezca, no habiendo podido leerlo, ni visto ningún ejemplar, tengo que limitarme á transcribir la opinión de otro escritor sin poner ni quitar una palabra.

El Diario de Cádiz, en su número correspondiente al 24 de Septiembre del 91, copia un artículo de un periódico cubano, que dice así: (al hablar de la obra del Sr. Peña y Fernández *sobre los estu-*

dios de Arqueología prehistórica, Antropología, Geología y Astrología.)

. . . . . .

«Trátase de una obra seria, colmada de datos y rica en razonamientos; obra que, no obstante reconocer como fin esencial la apología del dogma católico, encierra un interés científico indiscutible, aun para aquellos que encuentran en las teorías de Lamarck, Darwin, Hœckel Vogt, etc., la explicación racional del desenvolvimiento de las especies naturales á través de los siglos. Porque el doctor Peña, fiel á la voz de su conciencia y al espíritu de la clase en que dignamente figura, combate la progenie animal del hombre y repudia al *pithecantropo*, como precursor legítimo del rey de la creación.

Niega que el estado salvaje fuese el primer paso ó movimiento inicial de la vida en el linaje humano para establecer, de conformidad con la Sagrada Escritura, «que el hombre nació adulto» y que «su decadencia fué un castigo derivado de la primera culpa: del pecado original».

Expresa claramente que «el transformismo no le inspira simpatía», mas no por eso anatematiza á los que se apoyan en esa novísima doctrina para remozar la tradición bíblica con argumentos sacados de la profunda sabiduría de nuestro siglo.

. . . . . .

No es el Sr. Peña un experimentador en el verdadero sentido de la palabra. Sus investigaciones no son directas ni originales; entre el libro y el

autor se interpone la observación ajena, la opinión del que ha visto y experimentado frente al objeto, del que ha sabido remover la naturaleza muerta para fundar su teoría, su doctrina ó su sistema en el descubrimiento de una verdad por él mismo realizado. Pero la ciencia de biblioteca á su turno estudia y metodiza lo que la ciencia experimental descubre y colecciona.

Tal es el papel que adopta el ilustre catedrático sevillano. Solamente con el título de las obras por él consultadas, podría formarse un libro de extraordinarias dimensiones. No hay hecho que no toque, ni parecer que no refleje, ni teoría que no exponga para afirmarla, esclarecerla ó combatirla.»

Emitida la opinión de D. Tomás Heredia, que así se llama el autor de los párrafos transcritos, bien quisiera reproducir también en este lugar algunos períodos del admirable discurso del Sr. Peña sobre *La Literatura hebrea*, que he leído, para dar á conocer, al menos, la corrección y galanura de su estilo; pero el limitado espacio de que dispongo me impiden continuar ensalzando su talento.

BLANCA DE LOS RÍOS

Pocos, muy pocos escritores habrá que, á pesar de pertenecer al sexo fuerte, monopolizador egoista del cultivo de la inteligencia, hayan logrado adquirir, en tan poquísimo tiempo, el justísimo renombre de que hoy goza D.ª Blanca de los Ríos de Lampérez, cuyos trabajos literarios y de escrupulosa investigación, compiten con las producciones más acabadas de nuestra rica literatura.

Como prueba incontrastable del talento de esta dama, me bastará citar su última obra *Estudio biográfico y crítico de Tirso de Molina*, premiada en público certamen por la Real Academia Española y aplaudida con entusiasmo por los críticos más exigentes.

En el dictamen que acerca de esta obra redactó el académico Menéndez y Pelayo, afirmaba, sin limitaciones ni rodeos, que «no sólo era de utilidad, sino de absoluta necesidad para el completo conocimiento de nuestra historia literaria».

Tirso de Molina, que (como dice Blanca) fué casi tan grande como Lope en la formación de nuestra dramática, tan grande ó acaso más que él en la elección de personajes, y superior á él en la dicción perfectísima, era el menos estudiado y el más desconocido de todos nuestros ingenios, no obstante ser, quizás, el más completo y desde luego el más interesante y ameno.

Tirso, insuperable en la lírica, en la épica, en el chiste, en el cuento, en las sales, en la ternura, en el epigrama, en el sarcasmo, en la intención y en el decir, sólo puede compararse á Shakespeare, á Calderón y á Cervantes como creador de caracteres, porque, aparte de otros muchos, que no hay para qué citar, *D. Juan* y *Marta la Piadosa* son tan perfectos y admirables como *Otelo*, *Segismundo* ó *Don Quijote*.

Y sin embargo, hasta ahora, nada menos explorado y discernido que la vida de Tirso y sus obras.

Mucho han investigado, es verdad, los insignes Durán y Hartzembusch; pero ni *La Talía española*, muerta al nacer; ni el *Teatro escogido de Tirso de Molina*, con ser trabajos excelentes, fueron ni podían ser ilustradas colecciones de Téllez, dado lo mucho que dejaron de desglosar en sus profanadísimas obras.

Es más: ni Hartzembusch escribió verdadera biografía, ni los ensayos biográficos de Nicolás Antonio, Mesonero Romanos, Schat, Thiknor y Gil de Zárate merecen este nombre.

De tal modo escaseaban las noticias de Tirso, que un contrincante de Blanca de los Ríos, en el concurso de la Academia Española, el distinguido catedrático de Valladolid, D. Pedro Muñoz Peña (quien no dejaría de leer todo lo que estuviese á su alcance) dice en el *Sumario* del primer capítulo de su libro (1): «Imposibilidad de hacer la biografía de Tirso por falta de datos»; y después de examinar cuanto se ha dicho, añade: «En resumen: tenemos de la vida de Tirso tres fechas..... y dos noticias ciertas.»

Tal era el estado de obscuridad en que se hallaban las obras y la vida del gran fraile, antes de aparecer el *Estudio*, de Blanca. Pues bien, merced á esta escritora ha desaparecido el *imposible* que el Sr. Peña decía, y ya no son dos ni tres, sino muchas, las fechas y las noticias que tenemos de todos los años que viviera: de su nacimiento, del día de su profesión, de los cargos que desempeñó en la Orden, de las amistades que tuvo en el claustro y en el siglo, de sus relaciones con los escritores contemporáneos, y la data exacta de sus comedias, á lo que hay que añadir diez ó doce documentos auténticos que descubren ignorados aspectos de su vida.

Á la altura de esta obra, de pacientísima investigación y de minucioso análisis, cuyo inestimable valor no necesita comentarios, se hallan todos los escritos de la eximia sevillana, quien, no ya por su

(1) *El Teatro de Tirso de Molina*, publicado en Valladolid en 1889.

educación y por su temperamento, sino hasta por herencia, parecía predestinada á brillar en el campo del Arte y de las Letras.

Su padre, D. Demetrio (hermano del eminente historiador de nuestra literatura D. José Amador de los Ríos), era un notable arquitecto, autor de varios libros de Arqueología, y de restauraciones tan importantes como las de la Casa Ayuntamiento de Sevilla y la de la Catedral de León, y su madre doña María Teresa Mosteuch y Rodríguez, era tan apasionada de las Bellas Artes, que no sólo obtuvo premios en varias Exposiciones de Pintura, por lindos cuadros de escuela hispalense, sino que guardaba con modestia los borradores de sentidas poesías y de una novela que dejó inconclusa.

De la unión de estos dos seres, tan superiores en talentos y virtudes, nació la que hoy es gloria de su patria (la encantadora Hispalis) en 15 de Agosto de 1862.

Así el culto de las musas, más que tradición, fué para Blanca la atmósfera de su casa y el ambiente de su vida; por lo que no es nada extraño, que desde niña, y aun antes de saber ella escribir, hiciera no solamente versos sino dramas y novelas que retenía en la memoria; dándose á conocer por vez primera en 1877, con una delicadísima poesía que tituló *La última joya;* teniendo al poco tiempo la desgracia de perder á su idolatrada madre.

Entonces, y por aquel año, para distraerse, tal vez, del doloroso recuerdo, escribió su primera no-

vela *Margarita*, dada á la estampa en el 78 con un Prólogo del correcto escritor D. Nicolás Díaz de Benjumea.

Á partir de esta fecha, y puede asegurarse que del 78 al 80, datan también la mayor parte de las poesías líricas de Blanca, entre las que figuran, siendo muy conocidas: *Madrigales; El Angel de las aguas* (escrita para el *Libro de la Caridad*, cuyos productos se invirtieron en socorrer á los inundados de Murcia), *Cantos de Ofelia* y *El soñador*, todas las cuales vieron la luz en el 81, en un tomo titulado *Esperanzas y recuerdos*.

Para que sirva de muestra transcribiré un fragmento de las *Rimas* que me parecen menos divulgadas:

«Yo he visto un angel pálido de inmaterial belleza,
Que sobre el arpa de oro doblaba la cabeza
Como azucena mustia de viva nitidez;
Apenas si escuchaba la voz de los querubes,
Dejando, imperturbable, rodar astros y nubes
Cual desmayado en medio de tanta esplendidez.

Las lánguidas guedejas de sus cabellos de oro,
De donde el sol naciente tomaba su tesoro,
Mezclábanse á las cuerdas del arpa celestial,
Y, á veces, conmovidas por invisible viento,
De aquel beso de rayos formábase un lamento
Más dulce que el suspiro del aura matinal.

¡Señor! dije á un arcángel de faz resplandeciente.
¿Por qué su rostro inclina? ¿Por qué dobla su frente?
¿Acaso es ese angel el angel del dolor?

¡Parece á un tiempo mismo la gloria y la agonía!
Nublóse del arcángel la faz hecha del día
Y en voz que era un sollozo, me dijo: ¡Es el amor!»

Posteriormente, en 1886, ha publicado la señora de los Ríos, en la *Revista Contemporánea,* el poemita de asunto sevillano *La novia del marinero*, y en 1888 pudieron saborear los suscriptores de *La España Moderna* otro trabajo suyo, de índole tan diversa, que se titula *Don Juan* y contiene la historia crítico-biográfica de las infinitas reencarnaciones de este famoso mito artístico, al que siguió el mencionado *Estudio de Tirso de Molina*, y el cual es tan leído y admirado, que todavía se escuchan elogios en su honor, habiéndose publicado recientemente un folleto del concienzudo bibliófilo Sr. Hazañas, en el que dice este escritor que la obra de Blanca es la primera de cuantas tenemos acerca de este punto.

Cuantos conocían la calidad de estos trabajos y los detenidos análisis que debieron precederles, hubieron de figurarse, en un principio, que el tiempo invertido en ellos habría impreso distinta dirección á las tareas literarias de su autora, cuando vino á desvanecer esta creencia el hermoso *Romancero de D. Jaime el Conquistador,* dado á la prensa en el 89, después de la cual fecha compuso diferentes versos líricos y un poema inédito aún, titulado *De sol á sol*, en el que sobresale la descripción de la Alhambra, hecha en versos alejandrinos.

Como el *Romancero de D. Jaime* admirase á cuantos le leyeron, tanto por la frescura de la versificación como por lo inspirado y sentido del argumento, no hubo escritor ni periódico que no le tributase sus elogios, y además de *El Resumen,* que llegó á publicar el retrato de doña Blanca, hablaron del *Romancero*, *La Ilustración Española*, *La Ibero-Americana*, *El Blanco y Negro*, *La Correspondencia, El Correo, El Estandarte, El Liberal, La Epoca* y otros, incluso *La España Moderna*, que reprodujo el primer romance, titulado *Tradición.*

Escribieron largos artículos acerca del mismo libro doña Emilia Pardo Bazán en su *Teatro Crítico*, D. Federico de Tejada en el *Heraldo de Madrid*; don Luis Vidart en *La Ilustración Nacional*; tres escritores anónimos, en *El Mercantil Valenciano* y en *La Estafeta* y *El Porvenir,* de León; D. Enrique Funes, en *El Universal*, de Sevilla; D. Alfredo Murga, en *El Español*, y D. Enrique del Castillo, en *El Defensor de Granada*.

Los mejores romances de los veintitres que forman la obra (artísticamente ilustrada por el esposo de la autora, el inteligente arquitecto D. Vicente de Lampérez), son los titulados *El banquete, ¡Al asalto!, Bodas reales, Relato de un trovador* y *El siglo XIII.*

Tal vez, conocedora de lo muchísimo que vale y con plena confianza en la victoria, la señora doña Blanca de los Ríos ha luchado en varias lides ó certámenes poéticos con los genios más gratos á las musas, y el resultado obtenido en los ocho concur-

sos en que ha figurado son, según mis noticias, seis premios de la *Sociedad Julián Romea*, de Barcelona; uno del *Ateneo y Sociedad de Excursiones de Sevilla*, y otro el ya indicado de la Academia Española por su *Estudio de Tirso de Molina*, trabajo por el que en justicia no ha recibido toda la recompensa que merece, pues quien al cabo de siete años de asídua labor logra resucitar á Tirso, despojándole de las nebulosidades que lo envolvían, y á más consigue ofrecernos copiosísima bibliografía del *Don Juan*, para que Molina no fuese menos que Moliére, su imitador, ni España menos que Francia, su tributaria dramática, quien con tal entusiasmo y constancia ha ensanchado los límites de nuestra historia literaria, más que merecido tiene, si no un puesto en determinada Academia (cosa que mi biografiada, por ser en todo mujer, de fijo no aceptaría), por lo menos un diploma ó una medalla honorífica que le igualase siquiera con muchos de los que han conseguido el título de *correspondientes* por haber descubierto algún legajo tan raro como viejo y como inútil.

¡Mas, no caigo en que pido gollerías!

¡Blanca es mujer, y estamos en España!

FRANCISCO RODRÍGUEZ MARÍN

Nació en Osuna, el día 27 de Enero de 1855, siendo sus padres D. José J. Rodríguez García y doña Antonia Marín Jiménez.

Cursó las asignaturas de la segunda enseñanza hasta obtener el grado de bachiller en el Instituto de su pueblo, y más tarde pasó á estudiar la carrera de Derecho en la Universidad de Sevilla, donde se licenció en dicha facultad. Entre tanto, se dedicaba al cultivo de la poesía con decidida afición, y á los dieciocho años de edad figuraba ya entre los literatos hispalenses, quienes le estimularon á publicar sus primeros ensayos: preciosa colección de poesías que, con el título de *Suspiros*, vió la luz pública en 1875, esto es, cuando apenas contaba veinte años el novel poeta, mereciendo su obra los elogios de hombres tan eminentes como Hartzenbusch y Patricio de la Escosura, y que le pusiera el prólogo su ilustre maestro D. José Fernández-Espino, á quien

debe Rodríguez Marín el profundo conocimiento que tiene de los clásicos y las bases de toda su cultura literaria.

Desde que, por decirlo así, dió el primer paso en su vida de escritor, ha cultivado con buen éxito todos los géneros de la literatura; y si como poeta es inspiradísimo y de elevados sentimientos, como prosista es correcto en alto grado, sumando á estas cualidades una prodigiosa fecundidad, cual lo demuestran las siguientes obras que ha publicado después de la citada: *Auroras y nubes*, poesías; *Flores y frutos*, idem; *Ilusiones y recuerdos*, idem, (en colaboración con D. José M. López); *Entre dos luces*, artículos jocoserios y poesías agridulces; *Cinco cuentezuelos populares andaluces; Juan del Pueblo*, historia amorosa popular; *Cien refranes andaluces de meteorología, cronología, agricultura y economía rural*; *Cantos populares españoles*; *Historias vulgares*, narraciones en prosa; *Quinientas comparaciones populares andaluzas*, trabajo folk-lórico; *Apuntes y documentos para la historia de Osuna; Basta de abusos; El pósito del doctor Navarro; El Gobernador de Sevilla y «El Alabardero»*, proceso de un funcionario público (en colaboración con D. Mariano Casos); *El Cantar de los Cantares, de Salomón*, traducción directa del hebreo en verso castellano; *De Academica cœcitate*, reparos al nuevo Diccionario de la Academia Española; *Sonetos y sonetillos; De rebusco; Ciento y un sonetos* y *La nueva premática del Tiempo*, imitación y continuación de la que escribió Quevedo, á cuyo

ingenio rinde el vate ursaonense un verdadero culto, encantándole tanto su prosa como sus versos; sin que por esto deje de leer á todos los demás autores castellanos, aunque estudia con preferencia las obras en prosa de Cervantes, Solís y Fray Luis de Granada y las poesías de Herrera, Rioja y Fray Luis de León, al par que las comedias de Tirso, Lope y Calderón de la Barca.

Durante sus estudios universitarios fué socio de *La Genuina*, sociedad precursora del *Ateneo Hispalense*, en la que se adiestró en la polémica y ejercitó su elocuencia, á la vez que era redactor de periódicos tan importantes como *El Posibilista, La Tribuna* y *El Alabardero*, en el cual hizo una campaña gloriosa que le costó varios procesos, y al suspenderse esta última publicación, tuvo la ocurrencia de escribir el citado libro, *El Gobernador de Sevilla y «El Alabardero»*, rasgo de talento que le hizo acreedor á entusiastas plácemes.

Entre las revistas científicas y literarias que honraba con su pluma, colaboró en *La Enciclopedia*, dedicada principalmente á los trabajos folk-lóricos, en los que es competentísimo el Sr. Rodríguez, quien ya sostenía relaciones amistosas con Pitré, Salomone-Marino, Schuchardt, Theófilo Braga, Köhler, Gianandrea, Rolland y otros muchos folk-loristas extranjeros.

Después ha escrito en *La Ilustración Española y Americana* y en *El Centinela de Osuna,* periódico que él fundó.

No satisfecho con pronunciar discursos en *La Genuina* y escribir en los periódicos, quiso luchar con los colosos en los torneos de la inteligencia, y tomó parte en uno de los certámenes de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras, de la que hoy es académico correspondiente. La casualidad le deparó también otra lucha en la cual no había pensado, y en la que sólo tomaba parte el valor personal; pero de los dos combates salió victorioso. En uno y en otro fué premiado y entusiastamente aplaudido.

En el certamen de la Academia, obtuvieron premio sus bellas décimas *La tumba de Cervantes*, y con motivo de las riadas de 1881, fué condecorado con la Cruz de Beneficencia, por los humanitarios servicios que, con peligro de su vida, prestó al vecindario de Triana.

Desde que por primera vez apareció en el campo literario manifestó *El Bachiller Francisco de Osuna* (pseudónimo con que se firma en diferentes ocasiones), las excepcionales dotes con que Dios le había favorecido para el cultivo de la gaya ciencia. El libro *Suspiros* no es sólo el trasunto de las impresiones de la juventud, sino que desde luego revela el alma de un inspirado vate, estando escrito con una corrección y limpieza de lenguaje extrañas en un principiante; *Auroras y nubes* ocupó más tarde la atención de la prensa y dejó sentada sobre sólida base su reputación de poeta; los *Cinco cuentezuelos populares* demuestran su amor á lo espontáneo y el concienzudo conocimiento de las le-

tras populares; *Juan del Pueblo* es una joya de literatura popular, cuya valía reconoció el célebre crítico alemán Fastenrath, traduciéndola íntegra al idioma de su país, en la revista internacional *Auf der Höhe;* como autor dramático le acreditó su comedia *Tanto tienes, tanto vales*, estrenada con buen éxito en el Teatro de Cervantes, de Sevilla; *Entre dos luces* lo dió á conocer como escritor festivo de agudo ingenio, y el opúsculo *De Academica cœcitate*, en el que da un varapalo á la Academia de la Lengua, es una hermosa muestra de sus conocimientos filológicos y de sus condiciones de crítico.

La colección de poesías que publicó en 1891 con el título de *Flores y frutos*, era, hasta hace poco, el libro en que se encontraban seguramente sus mejores composiciones poéticas. De él reproducimos esta sentida composición:

QUANTUM MUTATUS AB ILLO!

I.

Por la veredilla escueta
Que hasta tí me conducía,
Más que cazador, poeta,
Iba yo al rayar el día,
Sobre el hombro la escopeta.

Á veces, oyendo el trino
De algún pájaro vecino,
Retardaba un punto el verte
Y, abandonando el camino,
Me aprestaba á darle muerte

Mas al ver en otra rama
Otro pájaro cantando,
Como quien piedad reclama,
Decía, el arma bajando:
—¡Avecilla, vive y ama!

II.

Hoy, por la vereda escueta
Que hasta tí me conducía,
Ni cazador ni poeta,
Paso con alma sombría,
Sobre el hombro la escopeta.

En balde, en balde oigo el trino
De algún pájaro vecino:
Pensando en que no he de verte,
Sigo triste mi camino
Y no corro á darle muerte.

Mas si revela el cantor
Á otra avecilla su fe,
Exclamo: – ¿Tienes amor...?
Entonces, te haré un favor:
¡Infeliz, te mataré.

Entre sus trabajos folk-lóricos, es de fijo la obra magna de Rodríguez Marín, la que él más estima y la que hará imperecedero su nombre, la colección, en cinco tomos, de los *Cantos populares españoles*, que contiene más de 8.000 cantares y está sembrada de interesantes notas políglotas, en las cuales demuestra el original coleccionador su raro talento y su copiosa erudición.

Escribiendo pedimentos y poesías alternativa-

mente, se dedica además á las investigaciones arqueológicas, coleccionando cuantas monedas y objetos antiguos puede adquirir, con tanta competencia, que merced á ésta se halla propuesto para Académico de la Sociedad Arqueológica de Carmona.

Establecido en Osuna desde el 1883, y casado desde el 85, constituyen hoy la felicidad de su vida, su virtuosa mujer, dos hermosas niñas y un lindo niño, quienes le inspiran con frecuencia las más deliciosas poesías, en que ensalza los goces de la familia y las dulzuras de su hogar, sin que por esto descuide los trabajos de otra índole, de los que tiene en preparación varios, que llevarán estos títulos: *Gran refranero español; Adagialia juris*; *Romancerillo andaluz*; *Cantos populares de Andalucía: Supersticiones populares españolas; Anales de la villa de Osuna en los siglos XVI, XVII y XVIII; Los refranes del Almanaque* y un librito que se titulará *Paremiología geográfica de España.*

En la actualidad trabaja en la terminación de tres libros que serán los que dé primero á la estampa, á saber: uno que contendrá *La vida y las obras de Luis Barahona de Soto (el divino),* una colección de *Madrigales, Epístolas y Sátiras*, y un *Diccionario de andalucismos*, sin precedentes en nuestra bibliografía.

Á excepción de los *Cantos populares españoles*, la obra que más importancia ha dado en los círculos literarios á Rodríguez Marín ha sido, sin duda, su libro *Ciento y un sonetos*, publicado hace pocos

meses, al trasladar el poeta su domicilio y su bufete de abogado á Sevilla. Precede al libro, avaloráudolo, una admirable Carta del gran maestro: de Menéndez y Pelayo; y componen la obra dos epístolas en tercetos, cuarenta y siete sonetos de *El Br. Francisco de Osuna* y cincuenta y cuatro de Rodríguez Marín, autores que son *duo in carne una.* En cuanto al mérito del libro, me remito á la carta del prologuista, que dice entre otras cosas: «Hace mucho tiempo que no he leído sonetos castellanos que me satisfagan tanto, ni que recuerden en tanto grado los del buen tiempo»..... «Hay muchos (entre los de *El bachiller)* que por la intachable ejecución, y por el vigor de la sentencia, y por el nervio del estilo, hubiera prohijado el mismo D. Francisco de Quevedo.»

Citaré, como muestras, dos sonetos del mencionado libro: uno de *El bachiller* y otro de *El licenciado:*

ROBADO Y CRIMINAL

Hurtáronme la capa unos ladrones;
Conocílos y púseles querella.
¿Testigos...? No los hubo: el que atropella
Sabe escoger propicias ocasiones.

Gasté en pedir justicia mis doblones;
Absuelven á los cacos y ¡ahora es ella!
Que juran que *en su honor* hice gran mella
Y que han de hacerme cuartos y girones.

Me citan ante el juez... Ando entre herejes.
¡Cuántas capas me cuestas, capa mía!
¡Soy camarón que nada entre cien pejes!

¿Por qué olvidé lo que Jesús decía?
«Si te hurtaren la capa, no te quejes.»
¡Eso es virtud y, al par, mundología!

MENSAJE

Soneto que del alma enamorada
Vas brotando, sé tú mi mensajero;
Grata misión encomendarte quiero
Para mi dulce amiga y bien amada.

Entra calladamente en su morada
Y díle que rendido la venero;
Que ciego la idolatro y de amor muero;
Que para mí sin ella todo es nada.

Suplícale que acepte sin enojos
El alma, el corazón y el albedrío
Que le ofrezco por míseros despojos.

Díle, en fin, cuanto sueño y cuanto ansío...
Y que, pues has de ver sus lindos ojos,
Celos tengo de tí, soneto mío.

El Sr. D. Francisco Rodríguez Marín es, para terminar, según palabras de otro escritor sevillano, «esposo leal, padre cariñoso, ciudadano modelo, amigo generoso y digno, y, como corona de todos estos atributos, escritor eminente, literato eximio y poeta inspirado, cuyos versos respiran la suave fragancia de una conciencia honrada».

FRANCISCO RUÍZ ESTÉVEZ

Cuando este bardo empezó á revelar su numen poético, no conocía otra escuela que la clásica, y á ella reducía sus inspiraciones en forma de odas y sonetos, escribiendo también en el idioma del Lacio diferentes composiciones que fueron impresas á instancias de los sabios humanistas Nieto y Fernández Cabrera, y que le conquistaron las simpatías de los ilustrísimos Sres. D. Manuel González Sánchez y D. Antonio Ruíz Cabal, hoy Obispos de Jaen y de Pamplona, y entonces Rector y vice-Rector respectivamente del Seminario Conciliar de Sevilla, donde mi biografiado principió el cultivo de sus aficiones literarias, estimulado por el maestro D. Francisco Rodríguez Zapata y por los poetas sanluqueños D. José Ruiz de Somavia y D. Santiago Terán, á cuyas excitaciones publicó su primer tomo de poesías, que fué favorablemente acogido por la prensa.

En esta obra, se ve en todo su apogeo al entusiasta clasicista; mas á partir de aquella época, ha venido Ruíz Estévez á formar en las filas de los vates modernos, y aunque sin abandonar en absoluto sus antiguas inclinaciones, en sus últimos trabajos, tanto místicos como filosóficos, se nota el influjo de la escuela romántica y hasta de la naturalista, cual lo demuestran su leyenda *Patria* y sus odas *Á Castelar, Á Cervantes, Á la Caridad* y *Al fonógrafo*; todas las cuales han sido premiadas en diversos certámenes de Academias y Ateneos.

Apenas contaba 15 años, cuando ya dirigía una *Corona poética*, dedicada al Obispo auxiliar de Sevilla Sr. González Sánchez (en la cual colaboraban los señores Zapata, Fernández, Valero y otros escritores de justa fama) y hoy es D. Francico Ruíz uno de los más distinguidos poetas sevillanos, viviendo dedicado á la enseñanza en la hermosa Hispalis, donde tiene y dirige uno de los mejores colegios de la población, como lo acreditan las brillantes notas que ganan sus alumnos en los exámenes públicos.

Pero, antes de gozar de la desahogada posición que hoy disfruta, ¡cuántas penalidades no habrá sufrido y cuántos sacrificios no habrá hecho el que, careciendo de bienes de fortuna, sólo contaba al comenzar á vivir con la privilegiada inteligencia que todo el mundo le reconoce.

Hijo de honrados, pero modestísimos padres, nació D. Francisco Ruíz Estévez en Sanlúcar de

Barrameda en el 9 de Abril de 1859. Cuando tuvo edad suficiente, ingresó, después de vencer grandes dificultades, en el colegio que los Padres Escolapios tenían y tienen en aquella ciudad, y más tarde pasó á continuar sus estudios en el Seminario de Sevilla, donde obtuvo una *beca*. No tardó allí en conquistarse el cariño de sus profesores y el respeto y admiración de sus compañeros; y haciendo apuntes de las asignaturas y disertaciones académicas, que luego vendía entre estos últimos, lograba costear sus gastos con las ganancia de su trabajo intelectual.

De haber seguido Ruíz Estévez la carrera eclesiástica, tal vez sería á estas horas columna firmísima y lumbrera resplandeciente de la Iglesia; mas no salió con fuerzas para ejercer tan sagrado ministerio, y antes que profanar los hábitos se resolvió á colgarlos, y salió de aquella casa con el propósito de dedicarse á otros estudios más conformes con su temperamento de artista, y con los cuales pudiese igualmente ser útil á la sociedad y agradable á los ojos de Dios.

Al emprender su nuevo camino, se le presentó éste tan escarpado y lleno de insuperables obstáculos, que parecía lo más natural que sucumbiese en la travesía; pero la necesidad le hizo sacar fuerzas de flaqueza, y aceptando cuantos trabajos se le presentaban, pudo mantenerse y mantener á su familia, ora ejerciendo de maestro de escuela, ora de profesor particular, mientras cursaba las asig-

naturas de la carrera de Filosofía y Letras, que terminó con notable aprovechamiento, consagrándose á ilustrar á la juventud, misión para la que tiene envidiables condiciones de carácter y de talento, y disipándose desde entonces las negruras de su vida.

Entre tanto que ganaba, á fuerza de fatigas, el pan *suyo* de cada día, no eran obstáculos sus muchas ocupaciones, á que siguiese pulsando la lira y ensayándose en casi todos los géneros literarios. Siendo aún muy joven, escribió una comedia en un acto, titulada *El triunfo del sentimiento*, que se estrenó con éxito en el teatro de Sanlúcar de Barrameda, y más adelante compuso otra, denominada *Amor fraternal*, á la que siguió un magnífico drama en tres actos, titulado *Tras el pecado la penitencia*. Á un mismo tiempo colaboraba en importantes periódicos de Madrid y de provincias, y dejaba bien sentado su nombre en el campo de la novela con su obra titulada *María*.

Entre sus muchas composiciones poéticas se hallan versos religiosos tan llenos de fe y amor como el siguiente soneto:

Á JESÚS

Desciende de la Cruz, Dios Poderoso,
Tú que gobiernas el espacio inmenso,
Y á cuya sola voz el orbe extenso
Surgió del hondo caos tenebroso.

Mi corazón te mira pesaroso
Sufrir insultos y dolor intenso...
Rompe de tu verdugo el velo denso,
Que no le deja ver tu rostro hermoso.

Desciende de la Cruz: una palabra,
De tus cárdenos labios desprendida,
La conclusión de tu martirio labra.

Mas no bajes ¡oh Dios! y da la vida,
Y que tu muerte á los humanos abra
La venturosa patria prometida.

Francisco Ruíz Estévez piensa y siente con profundidad cuanto escribe, y cuanto escribe es bueno; pero tiene otro mérito mayor, que es su amor al trabajo, por lo que casi todas sus obras han sido y son escritas en los cortos instantes de descanso que la lucha por la existencia le permite, sin que le distraiga el ruido del mundo, ni le rindan la fatiga y el cansancio.

«Ni el sosiego de un lugar apacible, ni la amenidad de los campos, ni el murmurar de las fuentes, ni la quietud del espíritu, ni la seguridad de los cielos, ni ninguno de esos alicientes, que, según Cervantes, contribuyen á que las musas más estériles se muestren fecundas», nada de ésto, repito, necesita el actual poeta hispalense para que las suyas le estén siempre propicias.

Agobiado por las múltiples ocupaciones que le proporciona el establecimiento que dirige, y en medio de ese doloroso combate que empieza á librar

desde que despierta y no deja de sostener hasta que cae rendido en el lecho, en medio de la pelea, vuelvo á decir, coge la pluma, al sentirse inspirado, y descansando un momento, vierte á raudales bellísimas poesías, cubriendo el blanco papel de harmoniosos versos, llenos de melancólica ternura en unas ocasiones, y de varonil energía en otras.

VICTORINA SÁENZ DE TEJADA

Digna emuladora de Santa Teresa de Jesús es la madre María de los Angeles una de las poetisas religiosas más ilustres de nuestro siglo y una gloria literaria de la ciudad en que vive.

Nació en Granada en el año de 1841, y en 1852 fué llevada por su familia á la ciudad de Antequera, en la que principió á revelar su fecunda inspiración y sus tendencias místicas, escribiendo á los trece años sus primeros versos que dedicó á Jesús Crucificado, procurando imitar en ello el *Stabat Mater*, impulsada únicamente por su devoción á la Virgen.

Poco después, compuso unas estrofas *A una flor marchita,* imitando á Martínez de la Rosa, las cuales agradaron tanto, que más tarde se las hacían recitar en Madrid, delante de los contertulios de su padre, (el distinguido militar D. José Sáenz de Tejada, quien siendo Mariscal de Campo, murió en 1877, en Santiago de Cuba, donde ejercía el cargo de Gobernador Militar.)

La vida de esta escritora, ha sido tan azarosa mientras permaneció en el siglo, que sería difícil enumerar sus sinsabores.

Hé aquí como refiere D.ª Isabel Cheix las circunstancias que acompañaron á los primeros años de D.ª Victorina Sáenz de Tejada, hoy Sor María de los Angeles, quien parecía entrar en la vida por la puerta de oro de una felicidad perfectamente asegurada:

«Rodeada de los esplendores del lujo y de la ternura más afectuosa, cultivado esmeradamente su espíritu y recibiendo de la sociedad los halagos que merecía, si alguna criatura tuvo derecho á crearse ilusiones, y no temer los azares de la suerte, seguramente fué ésta. Pero la desgracia llegó de pronto, como un acreedor implacable á cobrar la deuda de su tranquila y dichosa niñez. Cuando apenas tocaba los umbrales de la adolescencia, el fausto de su posición se trocó en pobreza, el esplendor en el silencio de honrado y modesto hogar, el aprecio y cariño en abandono y olvido, y todo por complicaciones de circunstancias que le hacían víctima de inmerecidas desdichas. Cuantas tristezas y desencantos pueden reunirse para abatir una existencia, le rodearon, y sin embargo, hasta en aquellos días de dolorosas pruebas, su lira exhaló poderosas vibraciones»; porque, como decía años después el escritor D. Trinidad de Rojas, refiriéndose á la misma poetisa: «Si el hombre cuando nace trae al mundo una misión que cumplir, indudablemente, Victorina

nació para cantar. Puso Dios la lira en sus manos y la envió al mundo; ella comprendió su misión, las vicisitudes de su vida le obligaron á desempeñarla de una manera digna y grande.»

Durante la guerra de África, y hallándose todavía en Antequera, escribió la Srta. Sáenz de Tejada, una composición de actualidad para ser leída en aquel Liceo. Era la primera producción suya que se leía en público, y aunque por este motivo procuró ocultar su nombre, todos los oyentes reconocieron á la autora, quien desde aquella fecha empezó á adquirir popularidad, y su pluma se vió solicitada por diferentes revistas literarias de Málaga y Cádiz que deseaban honrarse con sus escritos, los cuales eran ya verdaderos lamentos de un corazón lacerado y espansiones de un alma que naturalmente amante de la estética, buscaba lo bello aun en el mismo dolor.

En el año 1866 era su nombre universalmente conocido y mientras obtenía un *accesit* por su leyenda *Nuestra Señora de Covadonga*, en el certamen que anualmente celebra la Academia Mariana de Lérida, quiso la ciudad de Antequera distinguir á la poetisa publicando en un tomo todas sus composiciones, como muestra de la consideración en que se la tenía. Con este fin fué á visitarla una comisión de la que formaban parte el Sr. D. Javier de Rojas, marqués de la Peña y el Sr. D. José Díaz de Tejada, barón de Sabasona.

Después de acceder Victorina á las honrosas

pretensiones de éstos, se encargó de hacer el Prólogo y de cuidar de la impresión el hermano del citado marqués, Sr. D. Trinidad de Rojas, el cual entabló una verdadera amistad con la escritora, á quien aconsejó que se dedicara al estudio de los autores clásicos, facilitándole á la vez las mejores obras que él tenía.

Hasta entonces no había estudiado la Srta. Sáenz más que lo necesario á una joven que ha de alternar con una sociedad culta, y cuando quería hacer versos le era preciso rimar ó medir antes los de otros poetas, para saber como había de componer los suyos; sirviéndole de modelos Carolina Coronado y Zorrilla. Pero, desde que recibió tan buen consejo principió á estudiar con detenimiento la Retórica y Poética de Gil de Zárate y leyó con avidez la Filosofía de la Elocuencia, dedicando además preferente atención á las Sagradas Escrituras y á los *Estudios filosóficos del Cristianismo*, de Augusto Nicolás.

Aumentado el caudal de sus conocimientos, con los estudios á que se consagró, compuso más adelante (en 1867), un precioso canto, lleno de erudición y de bellezas, el cual fué leído en una velada del Colegio de San Luis Gonzaga, de Antequera, mereciendo los elogios del auditorio y que le favoreciesen con una lira de oro, la que fué entregada á la joven literata por una comisión de alumnos.

Se titula este trabajo *Glorias de Antequera,* y está escrito con versos tan henchidos de inspiración como pueden apreciarse:

GLORIAS DE ANTEQUERA

Tierra de bendición, al cielo santo
Pide la suya tú para mi canto.
ZORRILLA.

Dame ¡oh lira! tus ecos más vibrantes;
Gigante inspiración, mi voz eleva:
Sube hasta el cielo y roba ¡oh fantasía!
Galas, colores, esplendor, riqueza.
Glorias voy á cantar; mas no pretendo
Anchos mares surcar en busca de ellas;
Ni recorrer las tierras apartadas
Donde extranjero pabellón ondea;
Ni remover el polvo de las ruinas;
Ni alcanzar las coronas que se ostentan
En la frente marcial, que aunque formadas
De inmarchito laurel, sangre gotean.
Bástame para hallar, de gloria escrito
Con oliva y laurel, rico poema,
Fijar mis ojos en la hermosa patria
Que en su próvido seno me sustenta.
En la amada ciudad de mis cantares,
Rica como los sueños del poeta,
Diamante de la hermosa Andalucía
Escondido entre rocas gigantescas.
Ni he menester, para que el sacro fuego
De ardiente inspiración mi pecho encienda,
Más que aspirar la atmósfera impregnada
De inspirador perfume que me cerca.
Ó contemplar la dilatada alfombra
De constante esmeralda de esta vega;

Ó el murmurio escuchar del Guadal-horce
Que risueño le da nítidas perlas.
Ó recorrer el vasto laberinto
Del soberbio Torcaz, gigante sierra,
Fantástica ciudad de mármol raro
Que en las nubes esconde su cimera.
Ó volver melancólica mirada
Hacia la triste y solitaria Peña,
Que de amor, de locura y de infortunio
En sus guijarros guarda una leyenda (1).
Que aquí donde la gracia, y la hermosura,
Y la *Lealtad* (2) y la virtud imperan,
El ángel celestial de la poesía
Sus alas de zafir y oro despliega.
Y el Espíritu Dios arroja un rayo
De su alta y divinal inteligencia,
Y un soplo de su aliento Omnipotente
Que orna, y encanta, y vivifica, y crea.
Mas si piensan tal vez que yo deliro
Tan alta inspiración dando á Antequera,
Vengan conmigo á levantar el velo
Que encubre su pasado y sus grandezas.
Y entre celajes de carmín y plata
Y cambiantes de luz, flotante y bella
La gloria de sus vates hallaremos,
Émula de las glorias de la Grecia.
No teman que el crujir de los aceros
Que homicidas chocando centellean,
Ni del cañón el hórrido estampido,
Ni los gritos de alarma ó saña fiera;

(1) Véase la escrita por D. Trinidad de Rojas.
(2) Título de la ciudad.

Ni el ¡ay! ó el estertor del moribundo,
Ni el hervor de la sangre, que se mezcla
Con lágrimas de rabia y de amargura,
Formando impura amenazante niebla;
Los horrores en fin, de un tiempo rudo
Que por dicha pasó, ¡tiempo de guerra!
Sofoquen los cantares de sus cisnes,
Su inspiración espanten ú oscurezcan.
No; que á la vez de tan brillante joya
Arrancarse del moro á la diadema,
Ya vibrante, sublime, harmonioso,
Su guerrero cantar alza un poeta.

Que con la misma mano que blandía
Triunfante espada que al Muslim aterra,
Al descansar, de lira vibradora
Galindo pulsará doradas cuerdas.
Su bélico cantar, digno preludio
Es de la dulce, y erudita, y tierna
Harmonía sublime que á raudales,
Entre sus flores, brotará Antequera.
Vedla, si no, en el siglo, para España
Tan fecundo en conquistas como en guerras,
En que el cetro de Carlos y Felipe
De hinojos á sus pies dos mundos besan;
Y á la vez que en Lepanto se combate,
Y el mar en rojos sus cristales trueca,
Y acrece su caudal y olas levanta
Con raudales de sangre sarracena;

El genio de *Montalvo* en nuestro suelo
Brillante y luminoso se desplega,
Y del *Pastor de Fílida* amoroso
Hace sonar la delicada queja.

Y del cantor de *Armida* y de *Reinaldo*
Repite los acentos; y rodea
Su frente con laurel que á sus pies brota
Y cubre por do quier su hermosa senda.
Mas los fulgores que al alzar su vuelo
De su aureola fúlgida destella,
Albores son no más, del claro día
De las ínclitas glorias de Antequera.
Juan de Vílchez el grande, el inspirado,
Aparece después; constante lleva
Un pensamiento lúcido en la frente,
La palma de los sabios en la diestra.
Y su genio creador y el de Nebrija (1)
Ángeles tutelares de las letras,
Dando forma á su noble pensamiento
Hacen surgir la Antequerana escuela.
Campo en que nacen águilas valientes
De la región excelsa de la idea,
Y se engalanan, se renuevan, suben
Y hasta el trono del sol rápidas vuelan.
¡Guerra! sonó otra vez; pero ¿qué importa?
Si valiente nació para proezas,
Para escribir cien páginas de oro
Nació también nuestra ciudad risueña.
Acallando el rumor de los combates,
Aquí la inspiración los aires puebla
De mundos encantados, luminosos,
Y el templo de la gloria abre sus puertas
Y la *Llana* recuérdanos á Horacio
Y hace vibrar del corazón las cuerdas;

(1) Nótese que no dice que Nebrija fuese de Antequera, sino que éste y Juan de Vilchez que sí lo era, fundaron la Escuela Antequerana.

Y la *Plaza* con bellos madrigales
Llévase el alma en su dulzura envuelta.
Y alza *Tejada* vibrador su canto
Que dilata la fama, es que penetra
Hasta el rincón oscuro de Cervantes
Que con Lope y Quintana le laurea.
Y entre ellos y otros cien, genio coloso
Espinosa levántase y descuella,
Y llenando el espacio de harmonía,
Al límpido Genil voces le presta.
Mas, seguida de *Hipólita* y *Luciana*,
La gran *Cristobalina* se presenta,
Hermosa cual las fúlgidas creaciones
De ardiente inspiración que la embelesan.
Y alfombran su camino las guirnaldas
Que arrojan á sus pies altos poetas;
Y ella en alas del raudo pensamiento,
Nubes rasgando, hasta lo excelso llega.
Y del ángel aprende melodías;
El fuego arrobador que hace su esencia
Toma del Serafín, para cantarnos
Los místicos amores de Teresa.
Mas la guerra cesó; ya se confirma
Con Holanda la paz, y al punto cuelga
Sus armas *Carvajal*, y vuelve ansioso
Á esta, de bendición su hermosa tierra,
Segundo Ercilla que al primero excede
En oportunidad, gala y belleza,
Canta ornado de bélicos trofeos
El *Asalto y conquista de Antequera.*
Catalina de Trillo, alta matrona
Que realiza los triunfos de Minerva,

Aparece también; y á *Ocón* su hijo,
Su gloria y su saber radiante lega,
Y en el último siglo, éste eslabona
De las pasadas glorias la cadena,
Con la gloria que al siglo de las luces
Arranca uno á la vez justo y poeta.
Que ¡ay! en tanto que trábase en España
Intestina, y cruel, rabiosa guerra,
Y hermanos contra hermanos se encarnizan
Y con su propia sangre se ensangrientan,
Capitán (1) sin justicia perseguido
Forma sin exhalar ni aun leve queja,
Su corona de justo allá en los cielos,
Su corona de vate acá en la tierra.
Y el mismo Guadalete que á Rodrigo
La diadema robó pedazos hecha.
Y ahogó entre su murmurio la agonía
De la ventura y libertad iberas,
Los dulces cantos del ilustre vate
Lleva do quier entre sus brisas ledas,
Y con el jófar nítido salpica
Verdes lauros que ciñen su cabeza.
¡Cuán glorioso esplendor, cuánta hermosura,
Tierra de bendición, radiosa ostentas!
¡Con cuanto orgullo el corazón aspira
Tu ambiente arrobador, y te contempla!
¿Quién puede enumerar, nuevo Parnaso,
Tus númenes sin fin, los que asemejan
El campo de tu historia á un almo cielo

(1) D. Juan Capitán sabio y virtuoso sacerdote é inspirado poeta desterrado ó refugiado en Jerez por falsas acusaciones que lo complicaban en cuestiones políticas.

Esmaltado de fúlgidas estrellas;
Si al Fénix de los vates españoles,
Al fecundo sin par Lope de Vega, (1)
Tu le diste las hojas más preciadas
Que en su verde «Laurel, Apolo» ostenta?
¡Bien haya tu esplendor una y mil veces,
Joya sin par de la corona Ibera,
Que en tu seno riquísimo, la industria
Al par que el arte y la cultura engendras!
¡Bien hayan esos genios protectores
Que cambiantes de luz áureos te prestan,
Y con su aliento de ámbares te mecen,
Y con su vuelo rápido te elevan!
De ese trono de lumbre diamantina
Donde exaltada estás, nunca desciendas
Ni se marchite el láuro que á tus hijos
La enardecida siendo orna y refresca.

Desgarrado, más tarde, su corazón patriótico por los desórdenes que producía la Revolución del 68, escribió, en este mismo año, una composición titulada *Una lágrima sobre España*, en la que se lamentaba de las calamidades que afligían á la Península, haciéndolo con tanto acierto y tan buen éxito, que apenas se publicó en Madrid, se vió reproducida por casi todos los periódicos literarios de provincias.

En 1869 se trasladó mi biografiada á la ciudad de Sevilla, de donde no ha vuelto á salir, y el pri-

(1) Este célebre poeta en su obra titulada *Laurel de Apolo*, cita con particular distinción las poesías de los de Antequera.

mer fruto que dió en la hermosa *Reina del Betis* fué un artículo acerca de *El culto externo*, inspirado por la procesión de Nuestra Señora de los Reyes, que veía por vez primera.

Ya en la capital andaluza, siguió colaborando en *Las hijas del Sol*, periódico que dirigía la baronesa de Wilson, y en el diario católico que publicaba en Valencia D. Salvador Fábrega, á la par que traducía del francés *La vida del Cura de Ars*, y componía, por complacer á Eslava, un libreto que éste le pidió para la primera ópera española, tomando el asunto de un pasaje bíblico y titulándolo *La hija de Jefté*. También escribió por entonces su novela moral *La víctima del deber*, que ha sido uno de sus mejores trabajos en prosa.

Lo mismo la traducción de *La vida del Cura de Ars*, que el libreto *La hija de Jefté* y la novela citada, proporcionaron á su autora más disgustos que placeres. El manuscrito de la primera se extravió en la casa editorial, y á poco salió otra versión con diferente nombre; el libro para la ópera le fué devuelto al cabo de mucho tiempo, bajo el pretexto de que necesitaba ir ella á Madrid para verse con el compositor; y la novela quedó á medio publicar por haber cesado el periódico hispalense en que veía la luz.

Todas estas contrariedades eran por otra parte sobradamente compensadas con nuevos y repetidos triunfos, pudiendo citarse entre otros, el conquistado en 1873 en el certamen que celebró la Real

Academia Sevillana de Buenas Letras, con ocasión del aniversario de Cervantes, obteniendo una rosa de oro por su leyenda *D. Miguel de Mañara.*

Entre las demás leyendas que ha dado á la estampa, deben citarse *La esposa de Farfán* y *La doncella laureada*, que con otras muchas vieron la luz en *El Último Figurín* y en las *Hijas del Sol.*

La decidida vocación religiosa de la Srta. Sáenz, le hacía desear con vehemencia la tranquila vida del claustro; todas sus esperanzas se cifraban en alejarse del mundo y al fin vió llegar el esperado día de realizar su firme propósito.

En la tarde del 25 de Octubre de 1876 se verificaba una conmovedora ceremonia en la iglesia del convento del Espíritu Santo. Victorina se presentaba en ella por última vez, en el solemne acto del exploro, acompañándola su madrina la poetisa doña Antonia Díaz de Lamarque.

Á la mañana siguiente se verificó la profesión, y Victorina Sáenz de Tejada comenzó á ser Sor María de los Angeles.

Desde aquel día no ha vuelto á escribir con su nombre del siglo sino en circunstancias especiales, firmándose casi siempre *Una hija de María* ó *Una religiosa del Espíritu Santo*, con cuyos nombres ha colaborado en *La Revista Mariana,* que dirigía el presbítero D. José Alonso Morgado.

Por un prodigio de que sólo Dios puede ser autor, no obstante seguir rigorosamente las largas horas de distribución de su Comunidad y teniendo á

su cargo la mayor parte de la enseñanza elemental y toda la superior del colegio de niñas nobles que hay en su convento, aún conserva inéditas algunas otras composiciones líricas, como también lo están las dramáticas que ha hecho para sus discípulas y son las siguientes, todas en verso: *El Martirio de Santa Justa y Rufina; La muerte de Santa Escolástica; La conversión de Santa Jacinta de Mariscoti*; *El Mártir de la Eucaristía*; *El triunfo de la Humildad: El monje enseñado en su propia experiencia; La conversión de San Agustín; Las siete coronas*; *La hermana Leona* y algunos otros juguetillos cómicos; habiendo escrito en prosa un artículo titulado *La Monja*, y un corto compendio de Geografía en romance para las niñas que instruye.

No hace mucho publicó un hermoso poema que obtuvo la bendición de Su Santidad León XIII, comunicada por carta del Cardenal Rampolla. Se titula este poema *El Rey del dolor*, y está realzado con versos tan lindos como éstos, con que principia el canto cuarto:

¿Vísteis en limpia mañana
Los aureos celajes bellos
Cuando asomado entre ellos
Un sol de topacio va?
Pues más bello, y más suave
Y más puro y delicado
Es el ser inmaculado
De la Virgen de Judá.

. . . . . .

La primera composición que ha firmado con su nombre de bautismo desde que pertenece á la comunidad de las hijas de San Agustín, se titula *El Triunfo de la Gracia, en el momento inefable de la Inmaculada Concepción,* y fué hecha á instancias del Excmo. Sr. Spínola, Obispo auxiliar y visitador del convento para que se leyese en la sesión literaria que la Juventud Católica sevillana celebró en 1882, con motivo del segundo Centenario de la muerte de Murillo, conquistando al ser leída nutridas salvas de aplausos.

Además, puso su nombre en otro trabajo que le pidieron para la *Kermesse* que se verificó en los jardines del Alcázar, con el objeto de reunir fondos con que socorrer á las víctimas de los últimos terremotos de Málaga y Granada, causando también esta poesía extraordinario entusiasmo en el distinguido auditorio.

La última obra de la madre Ángeles, ha sido un magnífico poema religioso, que ha llamado justamente la atención pública, y en el cual se ha ocupado para encomiarlo, toda la prensa, no obstante ignorarse el nombre de la autora, porque la natural modestia de ésta le ha impulsado á firmarse con el título de *Una Religiosa del convento del Espíritu Santo,* ocultando así el verdadero nombre con que es conocida en el mundo de las letras.

Azucena entre Espinas, esa filigrana literaria que tantos elogios ha recibido, es, ¡no debe ocultarse aunque pese á la poetisa! es digno fruto de Victo-

rina Sáenz, como habrán presumido los que conocen su lira.

El asunto del poema es la vida de la Santísima Vírgen desde que vino al mundo hasta que subió al cielo, después de haber presenciado todos los sufrimientos del Hijo de Dios.

En el último canto resume la escritora todo el argumento de la obra, que viene á ser el siguiente: Dios crea todo para su gloria y el universo va llevado á Él por los seres intelectuales, el Ángel y el hombre. Mas, cometido el pecado, no hay nadie que lo guíe y vuelva al Señor sino es el Verbo, que se ha de hacer hombre y busca una pura criatura en quien no haya pecado, para que sea la que encauce á la creación, dirigiéndola á su verdadero fin. Dios le hace ver al Ángel, con antelación, la vida de la Santísima Virgen, quien como madre de la Humanidad se presenta con toda ella, volviendo la gloria á su Creador. El Ángel queda confuso creyendo imposible que pueda llenar María su elevadísima misión si va envuelta en la maldición común y entonces le muestra Dios las gracias inefables que acumula para la concepción purísima é inmaculada de su madre, terminando aquí el poema.

Como muestra de la forma en que está escrito *Azucena entre Espinas,* transcribiré algunos fragmentos:

INVOCACIÓN

Van á sonar quizá por vez postrera
Los rudos tonos de mi tosca lira;
Que, lejos de fecunda primavera,
Mi existencia fugaz su otoño mira;
Mas no sueño falaz, vana quimera
Ni aun terrenal belleza ora me inspira:
Canto, elevando mi atrevido vuelo,
La flor que es Reina en el pensil del Cielo.
Que al Lirio de mi amor debo esta historia,
A mi «Rey del Dolor» sumo en la pena;
Pues al narrar la suya hice memoria
De que brotado fué de una Azucena:
Y porque brille más su excelsa gloria
En la de aquesta flor de gracia plena,
Voy á cantar grandezas y martirio
De la Azucena que nos dió tal Lirio.

En el canto cuarto, hablando del próximo desposorio de la Virgen, se lee:

En éxtasis quizá José la viera,
Llevada del Querub en tenues alas,
Dibujarae en azul de limpia esfera
Por contornos de luz, flores y galas:
Nada al sentido habló; cruzó ligera,
Pura visión, por las etéreas salas;
Mas le guió su huella refulgente
Hasta su Dios, en quien la amó ferviente.

. . . . . .

Basta lo dicho para poder apreciar las excepcionales dotes de la poetisa y las altas virtudes de la mujer que tantos aplausos recogió en el mundo y tantos méritos atesora entre los muros del claustro.

«Hoy—dice una ilustre amiga suya—es el único afán de la religiosa, ser olvidada de las gentes y que ningún ruido del siglo turbe la paz que disfruta.

Es el viajero que halló el oasis en la abrasada travesía del desierto, el marinero que llegó á la playa salvo de la tempestad y de los horrores del naufragio, la violeta humilde oculta entre el musgo de los valles y que procura recatar hasta su delicado perfume.»

JOSÉ SÁNCHEZ-ARJONA

Hijo de una noble y acaudalada familia de Villafranca de los Barros, D. José Sánchez-Arjona y Sánchez-Arjona nació en dicha población en 29 de Mayo de 1854. Pero, cuando apenas contaba los ocho años de edad marchó á estudiar á Sevilla, de donde puede decirse que no ha salido desde entonces, porque á poco de su marcha trasladaron también su residencia á ella sus padres D. Antonio y D.ª Josefa.

En Sevilla, por lo tanto, ha nacido y se ha desarrollado la musa de este vate, cuya primera producción que dió á luz siendo muy niño (en 1872) se titulaba *Ensayos poéticos*, á la que, en breves plazos, siguieron *Suspiros y lágrimas* (en 1873), *Poesías líricas y la Virgen de la Servilleta*, tradición sevillana, precedida de una carta del Sr. D. Juan Eugenio Hartzembuch (en 1874); *Pequeñas historias*, poesías (en 1875); *¡Guerra!* poesías (en 1875) y *Cantos y*

cuentos, poesías (en 1877), en todas las cuales se revelan las excepcionales dotes del autor como poeta y como prosista; su inteligencia de primer orden, su exquisita sensibilidad y su pleno dominio del lenguaje.

Al mismo tiempo, y con igual precocidad que á los géneros citados, se dedicó el bardo extremeño al cultivo de la dramática con tal acierto y tan buenas aptitudes, que desde que se estrenó en Sevilla, en el teatro de Cervantes y en 1874, su primera obra *Padres ante todo*, cuadro dramático en un acto y en verso, no ha recibido más que ovaciones por cuantos trabajos ha llevado á la escena, de los cuales fué el segundo (estrenado en el mismo año y en el mismo coliseo en la noche del 10 de Abril, beneficio del actor Felipe Díaz); *La ciencia de las mujeres*, comedia en un acto y en verso, al que prosiguió *¡Ni en África!*, apropósito en un acto y en verso que se estrenó también en Cervantes el 18 de Enero de 1876.

Las tareas literarias, sin embargo, no impidieron al Sr. Arjona que se consagrase al estudio de la facultad de Derecho, obteniendo inmejorables notas en los exámenes de sus distintas asignaturas, hasta licenciarse en 1876 en la Universidad sevillana, de la que pasó á la central para cursar el doctorado.

Al mismo tiempo que á las tareas escolares y á enriquecer con su pluma la literatura sevillana se consagraba el laureado poeta á las rudas labores de

la prensa, no de la política, sino de la literaria que también proporciona sus disgustos y exige más especiales condiciones, si ha de ser cultivada con provecho.

Entre los varios periódicos que dirigió y costeó en la ciudad de la Giralda, durante los primeros años de su vida, figuran *El Museo Artístico*, semanario ilustrado que empezó á publicarse en el 73, y *El Gran Mundo*, después del cual publicó la revista *El Liceo Sevillano*, órgano de la sociedad de este nombre, de la que á la sazón era presidente.

Últimamente ha costeado y dirigido además en Sevilla otra revista, titulada *El Teatro Español*, con cada uno de cuyos cuadernos se repartía una obra completa de nuestro famoso teatro antiguo.

Durante su estancia en Madrid y sin que fueran obstáculo para ello los estudios del doctorado, además de fundar y dirigir un periódico ilustrado de la importancia de *El Eco de Europa*, no dejó el villafranqués de seguir rindiendo culto á las musas del teatro, y entre las preciosas producciones con que enriqueció la escena, figuran las que llevan los títulos siguientes: *Vivir muriendo*, drama en tres actos y en verso, puesto en escena en el teatro hispalense de Cervantes en 14 de Enero de 1879 en un beneficio de D. Pedro Delgado; *Venganza cumplida*, drama en tres actos y en verso, estrenado en el teatro Español de Madrid en la noche del 7 de Marzo de 1882, por la compañía que dirigió D. Rafael Calvo; *Pendiente de un alfiler*, comedia en un

acto y en verso representada en el teatro de Lara en 19 de Febrero de 1883, en otro beneficio de la Valverde; *¡Pobrecito!*, comedia en un acto y en verso, estrenada igualmente en Lara en el 15 de Marzo de 1885; *Bromas pesadas*, comedia en un acto, estrenada en Lara después de *¡Pobrecito!*, y *La primera prueba*, juguete cómico en un acto que se estrenó también en Lara en el día 3 de Febrero de 1886.

Bien quisiera hallar á mano en este instante alguna colección de versos de las varias que ha publicado ya el Sr. Arjona, para poder escoger alguna de las mejores y más cortas y ofrecerla al lector como medelo; pero desgraciadamente sólo me es dado reproducir la única poesía que obra en mi poder, copiada del tomo de *Cantos y cuentos* y que si bien no es la peor no llega ni con mucho á la altura de las mejores. Dice así:

JUEGOS INFANTILES

En una estancia, alegre un tierno niño
Y una niña inocente, hermosa y bella,
Á los tranquilos juegos de la infancia
Con un placer sin límites se entregan.
Con un bastón el niño por caballo,
Llevando de papel blanca montera,
Con un pequeño sable entre las manos
Y radiante su cara de inocencia.
Dando gritos alegres acomete
Á los muebles y exclama: ¡Mueran, mueran!
Y con la voz imita entusiasmado

El ruido de tambores y cornetas.
Mas de pronto la niña le interrumpe:
—Calla, hermano, por Dios, que se despierta —
Y con amante afán acariciaba
Contra su corazón una muñeca.
– ¿Qué es eso, hermana, – le pregunta el niño
Que, fin poniendo á la sin par contienda,
Con sonrisa infantil y candorosa
Lentamente se acerca al lado de ella.
—Es mi niña, ¿la ves? yo soy su madre;
¡Mírala qué bonita! – Tonta, deja
Ese muñeco y vente ahora conmigo
Á jugar. Oye, mira, ven, yo era
Un general valiente ¡muy valiente!
Que á todos les cortaba la cabeza. —
Y grita y se revuelve y corre y salta
Y á los muebles sin treguas apalea,
Y con la voz imita entusiasmado
El ruido de tambores y cornetas.

. . . . . .

Y en tanto que él cifraba su ventura
En *matar* enemigos en la guerra,
Oculta en un rincón la hermosa niña
Era feliz *amando* á su muñeca.

Como justa recompensa á sus méritos y talentos fué nombrado Sánchez-Arjona, en el año 90, individuo numerario de la Real Sevillana de Buenas Letras, figurando hoy á la vanguardia de los académicos más laboriosos y activos, pues no obstante ser inmensamente rico y tener invertido su capital en un gran número de cortijos y dehesas

que él administra por sí, los escasos momentos de ocio que tan ingratos trabajos le dejan disponibles, los dedica al estudio de los asuntos más interesantes, ocupándose en la actualidad en reunir muchos datos curiosísimos, para la última obra que está escribiendo y publicará pronto con el título de *Anales del Teatro en Sevilla*, de la que puede considerarse como un ensayo el elegante tomo de 319 páginas que dió á la estampa el 87, acerca de *El Teatro en Sevilla en los siglos XVI y XVII.*

FRANCISCO SÁNCHEZ-ARJONA

Como nacido en Villafranca de los Barros, en 1858, D. Francisco Sánchez Arjona (hermano del eximio vate D. José) es extremeño por naturaleza, pero por educación y por temperamento es sevillano.

Á Sevilla fué con su familia desde que era muy pequeño; en Sevilla dió los primeros pasos de su vida; en Sevilla cursó el bachillerato y comenzó los estudios de facultad que después continuó en Madrid; bajo el hermoso cielo de la histórica ciudad sintió los primeros pujos literarios y en las imprentas sevillanas ha impreso todas sus obras, la primera de las cuales fué un precioso tomo de poesías titulado *Ensayo poético*, del que copio para muestra la siguiente composición:

Á UNA AMIGA

Después que el Hacedor hubo creado
La tierra, el mar, el sol y el ancho cielo,

Esto dijo Satán desde su trono
Allá en lo más profundo del infierno:
—«Imposible es que Dios hacer consiga
Otro sol más fulgente que el que ha hecho;»
Y como Dios oyese tal blasfemia
Desde lo más hermoso de los cielos,
Para dar un mentís á la osadía
Del monarca terrible del Averno
Dos soles más creó; creó tus ojos
Aun más que el sol de nuestra España bellos.

Entusiasta de buena fe por la causa de Castelar, á cuyo lado ha seguido consecuente hasta la última evolución del glorioso tribuno, el Sr. Sánchez-Arjona se consagró desde muy joven á la prensa democrática y ha escrito y dirigido infinidad de periódicos, tanto políticos como literarios. Desde *La Gaceta Comercial*, primer diario posibilista de la región andaluza hasta *El Iris*, revista madrileña de literatura estudiantil.

Más que con amor puede decirse que, el escritor extremeño se ha dedicado y se dedica con verdadero apasionamiento á fomentar el cultivo de las letras sevillanas, esgrimiendo la pluma con singular maestría y costeando á la vez de su bolsillo particular interesantes publicaciones que, como *El Arte Andaluz*, última que ha editado bajo su acertada dirección, sirven para pregonar y hacer patente cuanto de bueno se encierra en la *Ciudad de la Giralda*, así en literatura como en arte, pues si en el texto colaboran sus más distinguidos prosistas y

poetas, en los grabados y en las fototipias se reproducen con frecuencia las esculturas y los cuadros de sus mejores artistas.

Grandes son los sacrificios pecuniarios que en favor de las glorias hispalenses han realizado y realizan los Arjonas y los Pérez de Guzmán (nacidos unos y otros en la provincia de Badajoz); pero la célebre Hispalis los tiene muy merecidos por el interés con que viene protegiendo á los hijos de las provincias extremeñas que se educan y residen en las orillas del Guadalquivir; cual lo confirma el hecho recientísimo de pensionar á la bella *pacense* señorita Elena Fons, que tan aplaudida ha sido (no hace mucho) en el teatro Real de Madrid y á quien quizás no hubiera protegido igualmente el mismo Municipio del pueblo en que vió la luz.

Los Arjonas y los Pérez de Guzmán no hacen otra cosa, por lo tanto, que pagar á la patria de Murillo lo mucho que á ésta debe la patria de Zurbarán.

Volviendo á fijar la atención en mi biografiado, quédame por decir que, después de publicar éste otros dos tomos en verso con los títulos de *Poesías líricas* y *Fábulas de salón*, abandonó el culto de las musas que tan bellas producciones le inspiraron y sus obras posteriores han sido todas en prosa.

Á fin de que el lector juzgue por más de una muestra de las facultades del bardo, transcribiré de las fábulas la que se titula

LA MARIPOSA

Una linda y pintada mariposa
Vagaba con placer de rosa en rosa,
En todas se paraba
Y sus esencias dúlcidas libaba;
Gozando en los amores,
Que le brindaban las divinas flores,
Se engrió con su suerte,
No acordándose nunca de la muerte;
Mas, como en este mundo todo acaba
Sucedió que, muriendo cuanto amaba,
Galas y adornos, del invierno rudo,
Bajo el sudario crudo
La infelice murió, sin que tuviera
Quien por ella una lágrima vertiera.

Niñas bellas que haceis con los amores
Lo que la mariposa con las flores,
Recordad este cuento;
Pues, sé de más de ciento
Que en tener mil galanes
Cifraron sus afanes,
Y ellos uno por uno se marcharon
Y sólo les dejaron
Un desengaño más para su historia
Y un recuerdo infeliz en su memoria.

Si dispusiera de espacio para ello, reproduciría además en este sitio algún otro fragmento del ameno canto *El trabajo*, escrito en correctísimo lenguaje

y con el galano estilo que campea en todos los escritos de su autor; más, no siendo esto factible, sólo diré para terminar que entre los otros libros publicados por el Sr. Sánchez-Arjona figura una *Guía general de la provincia de Badajoz*, y entre los que prepara para darlos á la estampa se hallan los que habrán de titularse *El derecho político-administrativo en la práctica* y *Cuadros de buenas y malas costumbres político-sociales.*

RAMÓN DE LA SOTA Y LASTRA

Uno de los escritores que más han contribuido al progreso intelectual de la ciudad de San Fernando, cultivando las ciencias y las letras con éxito envidiable, es D. Ramón de la Sota, el ilustre doctor en Medicina y especialista sin rival en las enfermedades de la garganta.

Sus mejores obras han sido escritas en Sevilla, y en esta ciudad, donde reside de antiguo, es donde ha conquistado su indiscutible fama; pero él no es natural de la Perla del Betis, sino del mismo Santander, donde vió la luz en 8 de Diciembre de 1832.

Recibió la instrucción primaria en la escuela particular de D. Valentín Pintado, y en 1843 principió el estudio de latinidad, obteniendo en los exámenes la nota de sobresaliente, que siguió conquistando en casi todos los cursos de su carrera. En 1845 ingresó en el Colegio de las Escuelas Pías

de Villacarriedo, donde aprendió los dos primeros años de Filosofía, y después de cursar el tercero en el Instituto santanderino, se trasladó á la hermosa capital de Andalucía, en la que estudió el preparatorio de la Facultad de Medicina. De allí pasó á Cádiz para estudiar los siete años que entonces se exigían para adquirir el título de Médico, y el resultado de sus trabajos fué obtener en el primer año la nota de bueno, en el quinto y sexto la de notablemente aprovechado, y en el segundo, tercero, cuarto y séptimo, la de sobresaliente, consiguiendo, por último, el anhelado diploma (que por circunstancias especiales rivalidó en México en el 57), y se doctoró después en la Escuela Libre de Sevilla, en cuya capital adquirió más tarde la carrera de Filosofía y Letras hasta el título de Doctor.

Durante los años que permaneció en Cádiz, dió á conocer sus dotes de escritor con bellísimas producciones literarias, y entre las publicaciones que ostentaron su firma no dejaré de citar por ser las más importantes, las que llevan los títulos siguientes: *La Revista Médica*, *La Amistad*, de que fué fundador, *La Moda* y *El Comercio*, en el que escribió en Diciembre del 59 una oda *Á la Concepción Inmaculada de María* que fué reproducida por *El Correo de Ultramar*, notable revista que se publicaba en París.

Si esto no fuera bastante para justificar su nombre de poeta, puede alegar también el Sr. Sota y Lastra, el premio, consistente en una cítara de plata y di-

ploma de socio de mérito, ganado con su leyenda *La Expiación,* en el Certamen poético que en 1864 celebró en Lérida la *Academia Bibliográfica Mariana.*

Merced á sus condiciones de distinguido escritor y su acendrada fe católica ha sido además presidente de la Academia *La Juventud Católica de Sevilla*, en cuyas sesiones tomó parte muy activa con elocuentes discursos y bellísimas poesías.

Su amor al trabajo le ha llevado al mismo tiempo á desempeñar cátedras particulares en diferentes colegios de segunda enseñanza.

No obstante todo esto, donde más resalta la colosal figura del doctor la Sota y Lastra es en la difícil facultad de Medicina y Cirugía, en la que viene figurando como uno de sus astros más brillantes; habiendo sido durante un año catedrático de Medicina Legal y de Patología médica; durante cuatro, de Dermatología y durante diecinueve, de Patología quirúrgica; materias que ha explicado en la escuela provincial de Sevilla, donde aparte de la enseñanza oficial ha dado también un curso de Laringología y varias lecciones de enfermedades de la garganta, cuya es su especialidad.

Ha ejercido su carrera en tres puntos diferentes: en México, en la Habana y en Sevilla: lleva treinta y nueve años de práctica y ha pagado casi siempre la primera cuota de contribución.

Entre los muchos beneficios que el señor la Sota ha reportado á la ciencia, contribuyó con el doctor

Ariza á introducir en nuestro país los estudios de Laringología, siguió al doctor Olavide y á otros eminentes dermatólogos en el noble empeño de propagar los conocimientos de Dermatología, y ayudó al citado Ariza en la publicación de la *Revista de Laringología y Otología*, que éste fundó.

Colaboró en la *Crónica Médica* con los doctores Rubio, Moreno, la Rosa, Ferrando y Arderíus; ha escrito mucho y bueno en todas las revistas de Laringología que se han publicado en España, y además ha favorecido con su firma los periódicos profesionales, titulados: *El Siglo Médico*, *Revista Médica de Sevilla, Revista de Medicina y Cirugía prácticas*, *Archivü Italiani de Laringología*, que dirige el eminente profesor Massei, *Revue de Laryngologie d'Otologie et de Rhinologie,* de París. *The Journal of Laryngology, Rhinology, Otology,* de Londres ,y *The Anual of Universal Medical Sciences.*

Entre los trabajos de mi biografiado que han visto la luz en las mencionadas revistas, figuran los artículos y observaciones médicas siguientes: *Hipertrofia de las Amigdalas; Angina granulosa primitiva*; *Angina de Ludwig; Acción patológica del tabaco en la garganta; Cuerpos extraños en las fosas nasales*; *Cuerpos extraños en el conducto faringo-esofágico; Sanguijuelas en las vías aéreas; Laringitis hemorrágica; Artritis crico-aritenoidea; Caracteres clínicos que distinguen el cáncer, la lepra y el lupus de la garganta; Tratamiento local de la tisis laríngea, Traqueotomía en el período asfítico del crup; Una gran falsa mem-*

brana diftérica extraída después de la traqueotomía; Parálisis de los abductores de las cuerdas vocales; Dos casos de Esofagotomía; Extirpación de la laringe; Entubamiento de la laringe; Trece casos de entubamiento de la laringe; Quiste pretiroideo; Mis impresiones acerca del Método de Koch, y muchos más.

Invitado por el doctor Burnett á escribir artículos acerca de la laringitis luposa y laringitis leprosa, ha tenido, recientemente, la satisfacción de unir su nombre á los de los más renombrados otólogos y laringólogos en la obra titulada *System of diseases of the Ear, Nose and Throat* que acaba de publicarse, en dos gruesos tomos y con gran lujo, en Filadelfia.

A pesar del tiempo que ha necesitado consagrar á sus profundos escritos originales, ha utilizado los descansos el doctor la Sota y Lastra en hacer varias traducciones que le enaltecen no poco. Tales son las *Lecciones clínicas sobre enfermedades de la garganta,* del doctor italiano Massei; la *Higiene de los órganos vocales*, del doctor inglés Morell Mackenzie, y las *Enfermedades de la boca y de la faringe*, del doctor francés Ruault.

Al mismo tiempo que él ponía al alcance de todos sus compañeros los mejores libros médicos de escritores extranjeros, han sido vertidas varias producciones suyas á la generalizada lengua inglesa por el inteligente doctor Boyd, director de la revista *Edinburg Medical Journal.*

El ilustre santanderino, á quien tanto deben las

ciencias sevillanas y que tan grandes progresos ha realizado en las materias á que de antiguo se dedica, es hoy una autoridad á quien apelan los sabios, y merced á esto se han honrado citando sus trabajos y ocupándose en ellos con encomio: el famoso laringólogo americano J. Solis Cohen, en el volumen quinto de la *Enciclopedia Internacional de Cirugía*, editada en New-York; Lennox-Browne en su hermosa obra *La Garganta y sus enfermedades*, publicada en Londres y en París; Massei en su tratado clásico *Patología y Terapéutica de la faringe, de las fosas nasales y de la laringe*; D. Federico Gómez de la Mata en su excelente *Tratado teórico y práctico de las enfermedades de la garganta*; Bosworth en su reciente publicación de *Enfermedades de la nariz y de la garganta*, y otros varios publicistas franceses y alemanes como Moure, Lacoarret, Garel, Gouguenhein y Grümwald.

Todos estos méritos han valido al laborioso Sr. D. Ramón de la Sota para ser, entre otras cosas, presidente de la Real de Buenas Letras y académico de la de Santo Tomás de Aquino, de Sevilla, de la Médico-filosófica de Bolonia, de la Sociedad Laringológica española de Barcelona, socio extranjero de la de Laringología francesa y socio corresponsal de la de Laringología americana de los Estados-Unidos.

Para confirmar cuanto dejo dicho acerca de la importancia científica de la Sota, voy á permitirme transcribir la carta que desde Barcelona y con fe-

cha 14 de Diciembre de 1894, dirige á dicho doctor un compañero suyo:

«Sr. D. Ramón de la Sota y Lastra.

Muy señor mío y sabio maestro: De regreso de París, y cumplida del mejor modo en mí posible la honrosa y difícil misión que me confiaron el Excelentísimo Sr. D. Francisco Peris Mencheta y el *Hospital de niños pobres de Barcelona,* quiero escribir á usted, mi docto amigo, dándole cuenta de algunas impresiones allí recibidas, de alguna observación muy capital llevada á cabo en los Nosocomios franceses, donde se tratan enfermedades pertinentes á la especialidad que usted viene cultivando desde luengos años, para honra de la patria y provecho de la ciencia médica.

Y, es natural este comportamiento, en quien cree con firme convicción que es el doctor de la Sota y Lastra el más eximio, el más entusiasta y peritísimo en asuntos relacionados con los males de la garganta y el más hábil de nuestra nación en las difíciles intervenciones de la arte quirúrgica, á la laringe aplicadas. Todos reconocen en usted al venerable maestro, no porque le agobien los años, sino por el caudal de experiencia, todos le consideran como apóstol infatigable y elocuente de todo progreso laringológico y le disputan por el más tenaz y el más sincero de los propagandistas á cuyo verbo y destreza debe la generación médica española contemporánea conocer en parte principal cuan-

to de más notable y útil se hace en el extranjero. Gracias á usted, al inolvidable Ariza y á D. Federico Rubio entre otros, cuenta la nación con una falange de doctores que se consagran al cultivo de tan difícil especialidad con pujanza y frutos comparables á los extranjeros.

Por todos estos merecimientos y por su antigüedad gloriosa, más bien que propagandista le corresponde ya la gerarquía, el título del patriarcado en laringopatías.

Durante mi última estancia en París, donde procuraba ver mucho y observar más, en el tiempo siempre escaso de una delegación, abrumado por el estudio de tanto enfermo, admirado ante los pulquérrimos cuidados que á los niños se les dedicaban, y la habilidad y destreza con que los profesores llenaban vitales indicaciones con el *entubamiento;* esa operación casi incruenta que tantos conflictos resuelve y tantas vidas salva... cuando yo palpaba por densas las dificultades que sólo salva la intuición genial, el *ojo clínico*, muchas veces pronuncié el nombre de usted y recordaba al punto sus hermosos y correctísimos escritos en *El Anfiteatro Anatómico* y en *El Siglo Médico*, que me deleitaban de joven y admiraba al maestro que acertó á producir artículos rebosantes de doctrina en treinta y ocho periódicos y revistas nacionales y extranjeras, llevando así, y durante largo tiempo, á muchas naciones, valiosas muestras de que en España florecen hombres de ciencia comparables con los más repu-

tados de fuera. En las nieblas de la práctica laringológica quería traer á la mente con claridad, con la misma con que usted supo exponerlas, aquellas luminosas enseñanzas teórico-prácticas atesoradas en sus diez y ocho producciones de índole médica, que tan justamente han exaltado su apellido, y no cuento las traducciones alemanas, inglesas, italianas y francesas de obras de su especialidad, que, al entrar en España por conducto de usted, han beneficiado pródigamente el terreno de la cultura profesional.

Y, yo anhelaba traer al pensamiento todos sus hechos y escritos médico-quirúrgicos, no sólo para desvanecer dudas clínicas y alcanzar vislumbres pronósticos, si que también para satisfacción de mi patriótico orgullo, porque verdaderamente endulza el humor y produce bienestar inefable recordar á sabios compatricios que atraen sobre todos nosotros una cierta aureola por ellos alcanzada, y cuyos fulgores traspasan los linderos de nuestra amada nación.

Mi alegría fué intensa y verdadera, Sr. D. Ramón, cuando en el hospital de *Enfants Malades*, en el departamento clásico para las enfermedades de la garganta, las más graves y frecuentes que aquejan á los niños, no sólo se aplicaba el *entubamiento* de la laringe con presteza y habilidad, si que, además, se preferia á la *abertura* de la tráquea. Es decir, que me encontré con que aquella operación, años há por usted aconsejada, por usted defendida,

por usted propagada en nuestro país con ardiente y sabia exposición, se llevaba á cabo en el corazón de Francia, llenando las capitales indicaciones, por usted señaladas en plausibles escritos entre los cuales recuerdo los titulados *Entubamiento de la laringe* y *Trece casos de entubamiento laríngeo*, tan nutridos de sólidos argumentos y agudas advertencias.

Que en su día no se prestó la necesaria atención á sus juicios, que no se dió todo el asenso á los mentados escritos, bien está; pero hoy puede usted, señor mío, darse la satisfacción de saber que aquel método quirúrgico por usted preconizado y denostado por varios, no sólo se practica con frecuencia, sino que en tiempos cercanos será procedimiento universal, casi único. Porque ó yo me equivoco de medio á medio, ó el nuevo antidiftérico de Behring-Roux ha de franquear todas las puertas al entubamiento. Entiendo que el *serum* por sí sólo, á pesar de su eficacia, para mí indudable, no desvanece ni conjura los conflictos y tormentos originados por el crup diftérico grave, y juzgo que en los accesos de sofocación ó peligro de asfixia por causas múltiples, pellejuelas, infiltraciones, espasmos, etcétera, únicamente puede llenarse la indicación vital, que es normalizar ó restablecer la respiración, abriendo un boquete en la tráquea ó asegurando el paso del aire por la laringe mediante el *tubaje*, y como este último proceder no exige bisturí, sajas ni cuchillos, ni da lugar á derrame de sangre, ni en mi sentir á tantas complicaciones posteriores, se impondrá la

voluntad de los padres y así hallo que el *sucro* antidiftérico será el propagador más eficaz del entubamiento por usted preconizado, no obstante las discusiones que habrán de entablarse.

Así, pues, mi docto amigo, me complazco en felicitar á usted por sus añejos é inspirados trabajos, porque considero muy justo seguir el rumbo de la práctica quirúrgica actual, volver los ojos hácia el ilustre especialista que en pasados días y desde las márgenes del Guadalquivir, lanzó al mundo apreciaciones y consejos que no han caido en tierra estéril, hoy fructifican briosos para beneficio de la humanidad.

¡Lástima que los obstáculos inherentes á los discusiones médicas ó el silencio de la indiferencia, ó la pasional escoria impidieran el crecimiento y la extensión de sus juicios por todos los ámbitos de la península; mejor preparados estaríamos todos para ensayar con brillantez el nuevo antidiftérico, con todas sus auxiliares quirúrgicas!

Mas ¿qué de extraño que esto ocurra en nuestro país, donde un remendón cualquiera acecha las ocasiones para hacerse oir ensartando majaderías y chismes de bodegón á expensas de la verdad y del profesional decoro?

Y dígolo porque parece ser que en París me ha salido un desocupado, un Maese Cronista que se ha entretenido en seguir mis pasos y apuntarlos en forma gárrula y atrabiliaria. En valiente oficio gasta tiempo y dinero cuando tanto queda que saber.

Si al menos su voluntaria misión la desempeñara con veracidad y prosodia.... Yo me avengo paciente á servirle de escabel para que se le conozca, así como así no es infrecuente sacar algún parásito de los servicios clínicos.

Ignoro, ilustre amigo, el juicio que le han merecido mis artículos y conclusiones acerca del valor terapéutico del *serum;* procuré estudiar y escribir sin preocupaciones, y sobre todo sin *negocios* en lontananza, me someto á la sabia opinión de usted, y entretanto mil y mil gracias por las frases cariñosas que usted dedica á mis primeras epístolas desde Paris, forzosamente incorrectas y atropelladas, pero sinceras.

Siempre á sus órdenes su afectísimo, seguro servidor, Q. B. S. M.,

L. Comenge.»

Barcelona 14 Diciembre 94.

JUAN ANTONIO DE TORRE

Entre los más expertos folk-loristas, no ya de España, sino de Europa, ocupa muy distinguido lugar, por sus notables producciones, el que no obstante ocultar su nombre bajo el pseudónimo de *Micrófilo*, es por demás conocido en la república de las Letras, y hasta en el campo de la Filosofía, en el cual se manifiesta descreído como Diógenes y partidario de la duda universal como Descartes.

En la patria del eximio Adelardo López de Ayala, ó sea en Guadalcanal, vino al mundo D. Juan Antonio de Torre Salvador, el 15 de Diciembre de 1859; y en el colegio que los Padres Escolapios tienen en Villacarriedo empezó sus primeros estudios, revelando desde luego la superioridad de su talento y su decidida vocación á los trabajos literarios.

Al tratar de la enseñanza que entre aquellos religiosos recibiera y del cambio radicalísimo que des-

pués han sufrido sus ideas, dice uno de sus biógrafos (el núm. 11 de la revista sevillana *El Arte Andaluz):*

«Podemos asegurar, sin temor de ser desmentidos. que lo que sabe Juan Antonio de Torre lo sabe á conciencia, por más que los detractores del claustro y los anatematizadores del sistema educativo religioso pretendan negar á éste toda importancia; lo cierto es que los que en el retiro y en el silencio se entregan al estudio, alimentan su espíritu con los sanos manjares de la contemplación científica y del apartamiento del mundo, cuyas distracciones son la rémora de todo progreso para el verdadero filósofo.

No discutimos las ideas: hablamos sólo del sistema y creemos que al anotado deben su nombre muchas de las lumbreras que llenan de esplendor las páginas de nuestra historia; así, al menos, lo confirman con la elocuencia del ejemplo y con la virtud de su saber los grandes hombres de nuestra época, que, salvo ligeras excepciones, todos han recogido los primeros frutos de su entendimiento, ó en la clausura de un Colegio, ó en el alejamiento del mundanal ruído, como le llamara el inspirado autor de *La vida del campo.*

Sentado el anterior aserto como indiscutible, porque así lo declara la evidencia de los hechos, no lo es menos que la mayor parte de los que reciben los primeros rudimentos bajo las bóvedas del solitario claustro, al hacerse hombres, olvidan su prin-

cipio y se apartan de él, tocando el extremo opuesto en el orden de las doctrinas y de las ideas.

Entre ellos podemos contar á nuestro biografiado, pues al oirle y al leer sus escritos, el más avisado no pudiera adivinar que el sustentador de tales teorías hubiera escuchado en su niñez las saludables máximas del Evangelio.

Ya lo hemos indicado: Juan Antonio de Torre es descreído en lo que respecta á religión y en lo que atañe á otro género de creencias, lo mismo políticas que morales y sociológicas; siempre está al lado de los más exaltados y furibundos.

. . . . . .

Esto hace su retrato moral. Todo le es indiferente y su calma estóica llega á pasar los límites de lo verosímil.»

Debo añadir, por mi parte, que este exagerado estoicismo se limita en Juan Antonio al terreno especulativo y únicamente domina en su razón, mientras su corazón vive abierto á todas las impresiones, palpitando sólo á impulso de los sentimientos más generosos.

Rico propietario y amante desinteresado de la belleza, jamás ha esgrimido su pluma estimulado por el lucro que ésta le pudiera reportar, sino que la ha puesto siempre al servicio de todas las causas justas, sin esperar otra remuneración que muchos disgustos y el día menos pensado algún inícuo proceso, tan frecuente en las lides de la prensa.

Amigo verdadero de sus verdaderos amigos, se

sacrifica por éstos en cuantas ocasiones se le ofrecen; y buena prueba de ello la dió al ser director gratuito de la revista satírica ilustrada *Sevilla en broma* y del diario sevillano *El Cronista*, desde que su propietario D. Lorenzo Leal (en favor de cuya familia quedan todos los beneficios de este periódico) tuvo la desgracia de morir en el célebre choque de trenes ocurrido en Quintanilleja.

El corazón y la inteligencia rayan, pues, á la misma altura en Juan Antonio de Torre, quien, si como poeta y como prosista de valía comenzó á ser admirado desde niño, encargándose de dirigir el *Boletín literario de El Eco de Fregenal* y *El Pacto*, y colaborando en los periódicos y revistas más importantes, como polemista y orador brillante se acreditó en las discusiones del antiguo Ateneo Hispalense, denominado *La Genuina*, á cuya fundación contribuyó poderosamente con lo más escogido de la Sevilla intelectual.

Además de sus libros originales, entre los cuales figura *Un capítulo del Folk-lore Guadalcanalense,* le deben los eruditos una admirable traducción de *Cristo en el Vaticano*, hecha con esa maestría que muestra en todo lo suyo.

Ha escrito muchas y muy buenas poesías en que no se sabe que admirar más: si la galanura y corrección de la frase ó la profundidad y novedad de los pensamientos; tiene además dispuestos para la estampa varios libros de materias abstrusas, y ha leído y estudiado con detenimiento á todos nuestros

buenos poetas y prosistas, tomando de ellos numerosas notas con las cuales se podrían formar dos ó tres tomos en folio. Pero no quiere publicar sus libros: ni necesita obtener de ellos provecho material, ni la gloria le importa un ardite.

Como crítico vale también mucho: tiene el dón de acertar y á ello contribuyen, cada cual por su parte, su vasta ilustración, su certero golpe de vista y un buen gusto en materia de artes que para sí lo quisieran muchos que yo me sé y pasan por maestros en la corte. Así se explica que su opinión sea solicitada por los mejores literatos de Sevilla y que sus artículos críticos sean buscados y leidos y admirados por cuantos entienden de esas cosas.

Actualmente, sólo escribe para algunos periódicos sevillanos, principalmente para *El Cronista,* y rara vez pone su nombre al pie de sus trabajos: firma con su notorio nombre de *Micrófilo*, ó con el de cualquier conocido: el de *M. Monti,* por ejemplo, todo lo cual no obsta para que siempre se le encuentre cuando se le busca, bien para llevarlo al que llaman *campo del honor*, ó bien para *empapelarlo.* Sería curioso poner en claro cuántas causas criminales se han seguido contra Torre Salvador: habrían de pasar de veinte. Pero él... como si tal cosa. Ha estudiado y sabe derecho penal; pero todavía no ha acertado á comprender por qué no ha de llamarse *pillo* al tuno y *ladrón* al aficionado á lo ajeno. Considera que este vituperio al que no vive decentemente *(sicut decet)* más que justo castigo

para él, es premio para los hombres honrados, ya que la virtud no alcanza aquí otro galardón que el estar libre de esas enérgicas censuras.

Pero el estudio psicológico de Torre Salvador, por más que habría de ser muy interesante, nos llevaría más lejos de donde nos proponemos ir en estos esbozos biográficos. Concluiremos.

Para apreciar el talento de este vate y el indiscutible mérito de sus obras, bastará saber que, en alas de la fama, han llegado éstas á los confines más apartados de América, y que han sido traducidas á diferentes idiomas, al paso que el Sr. Torre era elegido, no hace mucho, para presidente de la sección de Arqueología y Bellas Artes del *Ateneo y Sociedad de Excursiones* de Sevilla y nombrado individuo de distintas Academias ó Corporaciones científicas, nacionales y extranjeras.

MERCEDES DE VELILLA Y RODRÍGUEZ

No siempre las flores más preciadas lucen por su hermosura ó delicadeza, sino, la mayoría de las veces, por el lugar que ocupan; y mientras la que nace en los jardines de un palacio basta que tenga una pequeña singularidad para ser conocida de los múltiples visitantes que acuden á contemplarla, divulgando después sus méritos, la que brota en la sencilla maceta ó en el patio de una casa particular, por muy notable que sea, difícilmente logra ser favorecida por más de un reducido número de admiradores, á no ser que supere los límites de la mayor y más rara belleza, para que su fama traspase los umbrales de la indiferencia y atraiga hacia ella la atención de los inteligentes.

Con una de estas últimas flores podemos comparar, sin incurrir en exageración, á la conocida é inspirada poetisa sevillana cuyo nombre encabeza estas líneas. No obstante vivir en una capital de

provincia, sin exhibirse en Academias ni Ateneos, sino obligada por las circunstancias, y escribiendo sus bellísimas composiciones en los ratos de ocio que le permiten los cuidados del hogar y las labores de su sexo, ha sabido conquistarse un nombre que seguramente envidian muchas de las que, á pesar de residir en la corte y bullir por todas partes, no han recibido de la naturaleza el delicado sentimiento y las excepcionales dotes de la ilustre señorita Mercedes de Velilla.

Hija de D. José de Velilla y Pons y de D.ª Dolores Rodríguez, la escritora en quien me ocupo nació en Sevilla en 24 de Septiembre de 1852. Estimulada quizás por el ejemplo de su hermano D. José, reputado poeta y aplaudido autor dramático, ó por natural intuición, empezó desde muy niña á manifestar sus aficiones literarias; y antes de cumplir los diez años, leía en público sus primeros versos, sorprendiendo á los oyentes, quienes no podían suponer que aquella tierna criatura fuese la autora de las composiciones que con tanta corrección como gracia pronunciaba.

Por los años que precedieron á la Revolución del 68, complicado en los preparativos de ésta, se hallaba en Sevilla el eminente poeta Adelardo López de Ayala, y como durante su permanencia visitase la casa de los padres de Mercedes, pudo conocer á la niña prodigio, como la llamaba Vidart. Enamorado de su genio, dejaba pasar las horas oyendo los versos que fluían de sus labios, y, admi-

rado algunas veces de los elevados pensamientos de la infantil poetisa, dudando que fueran suyos, le daba asuntos ó pies forzados para las poesías, convenciéndose por este medio de sus especiales condiciones para la lírica.

Alentada por los aplausos de cuantos la conocían, se decidió Mercedes de Velilla á publicar en un tomo sus primeras composiciones; y con el título de *Ráfagas*, dió á la prensa en 1873 un libro que fué muy favorablemente acogido por los periódicos de Madrid y Sevilla, mereciendo grandes elogios de distinguidos escritores y de vates como el eximio Montoto, el cual se expresaba así en el número 7 de la *Revista Andaluza:*

«Si fuera á indicar todas las bellezas que contiene este libro, no acabaría yo de hablar hoy, ni tú, lector, dejarías de escucharme. Yo de mí puedo decirte que he pasado algunas horas admirando la obra de la niña, que ya ha alcanzado un nombre envidiable en la República de las Letras, ocupando merecidamente un puesto entre las primeras poetisas españolas.»

Difícil sería, por no decir imposible, determinar con precisión, cuál es entre las poesías de *Ráfagas* la más bella, pues todas sobresalen, no sólo por la elevación del pensamiento, sino también por la harmonía poética de la rima. Para que juzgue el lector, reproduciré al menos la siguiente composición intitulada:

¡ES IGUAL!

Cuando murió, pusieron sus amigas
Entre sus blancas manos una flor,
Que mi mano agitada y temblorosa
De las suyas después arrebató:
Y al prenderla en mi pecho suspirando,
Contemplándola, dije con dolor:
Ay! ¡es igual que esté sobre un cadáver
Ó esté sobre mi yerto corazón!

. . . . . .

Esta colección de poesías fué distinguida más tarde con un premio de honor en la Exposición Bético-Extremeña celebrada en Sevilla en 1874.

La joven escritora se había propuesto cultivar con éxito todos los géneros de la poesía, y en la noche del 17 de Febrero de 1876 estrenó en el Teatro de Cervantes de Sevilla un cuadro dramático en un acto y en verso, titulado *El vencedor de sí mismo,* que fué muy aplaudido, como cuanto sale de su pluma.

El 17 de Abril de aquel mismo año tomó parte en el Certamen poético celebrado por la Real Academia de Buenas Letras, obteniendo el primer premio por su magnífica oda *Á Cervantes.*

La timidez y la modestia, que tanto enaltecen á la mujer, son prendas que avaloran á esta poetisa, quien siempre ha huído de la exhibición y de la lucha literaria, por lo que su vida carece casi por

completo de accidentes. Sólo uno se encuentra en su carrera; pero este vale por todos, á causa de la herida que produjo en su corazón, que no ha dejado de cantar la dolorosa impresión que le causara.

Cuando en la noche del 22 de Junio de 1877 se dirigía al Teatro de Eslava (de Sevilla) con el honrado autor de sus días, llena de felicidad y lisonjeras esperanzas, al cruzar por la plaza de Santo Tomás, el Sr. D. José de Velilla y Pons espiró repentinamente en los brazos de su virtuosa hija, la cual, si bien tuvo valor para recoger en un beso el postrer aliento de su padre, se afectó y le impresionó tan fuertemente aquel terrible golpe, como lo demuestran las sentidas composiciones que ha escrito acerca del fatal suceso. He aquí una pequeña muestra en la que se revela claramente que siente con toda el alma lo que dice con la pluma:

Á LA MEMORIA DE MI PADRE

(FRAGMENTOS)

¡Padre del alma! ¡Venerada sombra!
¡santa memoria que mi mente llena!
¡perdida luz que mi cariño nombra
en la infinita noche de mi pena!
Infundidme valor; prestad aliento
al débil ser que en su dolor desmaya,
y en el profundo mar del sufrimiento
hallar no puede salvadora playa.

. . . . . .

¡Por siempre te perdí! mi vista errante
revuelvo, sin cesar, en torno mío...
¡Ay! yo busco tu amor y tu semblante,
y hallo un sitio no más que está vacío.
Hallo, sí, de tu imagen adorada
la copia fiel, de mi pesar consuelo,
y la quiero animar con la mirada...
mas ella queda inmóvil y callada,
y te vuelvo á buscar, mirando al cielo.
¡Ay! ¡yo tan solo presenciar debía,
tu cuerpo con mis lágrimas bañando,
el momento fatal de tu agonía;
mi pobre corazón, mi pena impía
te estuvieron, no más, acompañando:
Yo enjugaba tu frente sudorosa,
de inquietudes mortales combatida;
tú, ya insensible á la doliente vida,
ni estrechaste mi mano temblorosa
ni me diste un adios de despedida.

. . . . . .

La *lira* de la poetisa hispalense es constantemente solicitada por las más conocidas publicaciones literarias, y debido á esto, viene colaborando desde hace tiempo, y sigue haciéndolo en la actualidad, en los periódicos y revistas más importantes de Madrid, Cádiz, Cartagena, Sevilla y otras capitales de provincia, para los que ha escrito entre otras poesías *Los dos crepúsculos*, *Confidencias*, *Á la memoria de Fortuni*, *Cielo y Tierra*, etc., etc., que, unidas á otras inéditas, piensa publicar dentro de poco en un libro.

En el tomo 38 de la *Biblioteca Universal*, publicado en Madrid con el título de *Escritores contemporáneos*, figuran sus dos composiciones, *Á la memoria de mi padre* y *Lágrimas*.

Siendo Mercedes de Velilla poetisa mujer y no poetisa hombre, como dice uno de sus admiradores, sólo á fuerza de verdadero mérito ha conseguido, sin intentarlo, que su nombre sea universalmente conocido.

Siempre escondida en su casa y alejada del gran mundo, en cuerpo, mas no en espíritu, es la violeta del Betis, como la apellida un célebre crítico, semejante en cierto modo á esta delicada flor, que, aunque oculta entre la hierba, sus exquisitos perfumes la delatan, á pesar suyo, impresionando agradablemente á cuantos pasan junto á ella ó reciben el delicioso aroma que exhala y que la brisa se encarga de difundir.

JOSÉ DE VELILLA Y RODRÍGUEZ

Si las letras rindiesen en España lo suficiente para cubrir las necesidades de la vida, de seguro que Velilla viviría consagrado de lleno y en absoluto al cultivo de la poesía, y especialmente de la dramática, en la cual raya á tanta altura como nuestros primeros autores. Mas no es posible en nuestra hermosa patria alimentarse tan sólo con el culto á las musas, y mi biografiado, ha tenido que licenciarse en la carrera de Derecho y que ejercer en la actualidad el cargo de procurador de los Tribunales, en cuya delicada misión tiene fama de activo y honrado.

Hermano de la inspirada Mercedes de Velilla y Rodríguez, nació D. José en la ciudad de Sevilla en el día 14 de Diciembre de 1847, y á los diez años ya sentía especial inclinación al cultivo de la literatura, componiendo versos, en los que, á pesar de sus defectos, se revelaba el genio del poeta.

Á causa de las lecciones que recibió de sus maestros, sus primeros trabajos se hallan influidos por *rastrero clasicismo;* pero no tardó en desatarse de aquellas rancias ligaduras, y pronto voló por sí propio, haciendo imperar en sus obras poéticas los más serios asuntos filosóficos y racionales.

Desde entonces han sido sus autores favoritos para el estudio, entre los poetas, Quintana, Gallego, Núñez de Arce, Campoamor y Víctor Hugo; entre los dramáticos, Lope de Vega, Calderón, Moreto, López de Ayala, Echegaray, Sakespeare, Ibsen y Sardou; y entre los novelistas, Galdós, Valera, Zola, Tolstoi, Daudet y otros.

Aunque el Sr. Velilla, como su ilustre hermana, ha cultivado y cultiva la poesía lírica, sus aficiones le han llevado con predilección á la dramática, y á los 17 años ya tenía escrito un drama, en tres actos, que, con el título de *D. Jaime el Desdichado,* estrenó la compañía de D. Pedro Delgado en el teatro de San Fernando, de Sevilla, en el mes de Febrero de 1865.

El estreno de aquel primer ensayo fué para el joven autor un verdadero triunfo, y el éxito que tuvo le estimuló á no abandonar el camino emprendido y á continuarlo con nuevos bríos para obtener mayores glorias y más ruidosas ovaciones.

La enumeración de los dramas que ha escrito desde entonces acá me la facilita la revista sevillana *El Arte Andaluz*, en el siguiente párrafo que me limito á transcribir:

«Á los dos años de estrenarse *D. Jaime el Desdichado*, ó sea en el 13 de Febrero de 1867, se estrenó en el propio teatro (de San Fernando) su drama *Mira de Amescua ó el valle de lágrimas;* en 1870, en el Coliseo Sevillano, el drama trágico *Witiza*; en 21 de Octubre de 1871, en el Gran Teatro Circo de Cádiz, *La expulsión de los moriscos*, el cual fué representado con gran éxito en el Teatro del Circo, de Madrid, el 10 de Febrero de 1873; en el Teatro de Cervantes (Sevilla) para su inauguración, el cuadro dramático *El último día*, (en colaboración con Luis Montoto); en 1874, en el Teatro Principal, de Córdoba, el cuadro dramático *Torrigiano*, (en colaboración también con Montoto); el 27 de Noviembre de 1875, en el Teatro Cervantes (Sevilla), el drama *La luz del rayo;* el 20 de Octubre de 1877, en el mismo coliseo de Cervantes el drama *Reinar para no reinar;* el 14 de Octubre de 1892, en Cervantes también, el drama *La Duda*, y en el Teatro Eldorado, de Barcelona, el 3 de Junio de 1889 el drama *Á espaldas de la ley*, representado en el Teatro Español, de Madrid, el 9 de Noviembre del propio año. Estos dos últimos en colaboración con don Luis Escudero.

Todas estas obras, menos los cuadros dramáticos, están escritas en tres actos y en verso, excepción hecha de *La Duda*, que lo está en correcta prosa castellana. *Witiza*, *La expulsión de los moriscos*, *La luz del rayo*, *Reinar para no reinar* y *Á espaldas de la ley*, que son las mejores de su autor,

sin negar á las demás su mérito, alcanzaron gran éxito y se representan con el mismo en España y América.»

Hasta aquí lo consignado por *El Arte Andaluz.* Ahora réstame manifestar que, con posterioridad ha escrito con Escudero la comedia en dos actos y en prosa *Los enemigos del orden,* estrenada en el Teatro de Cervantes (Sevilla) en 1892, y él solo la comedia en tres actos y en prosa *Daniel*, estrenada en el citado teatro de Cervantes (el 12 de Marzo del 94), donde obtuvo una ovación merecidísima que se ha reproducido en otros muchos teatros de España al ser representada en ellos.

Hablando de esta obra decía un escrupuloso crítico gaditano: «Ya en Sevilla fué este drama justamente aplaudido y celebrado, y estoy seguro que donde quiera que se ponga en escena tendrá iguales éxitos: pues es una obra perfectamente escrita y de verdadero fondo; porque su argumento está bien meditado y no es de relumbrón.»

Últimamente ha estrenado con envidiable fortuna en el Teatro de San Fernando de Sevilla (el 16 de Mayo de 1894) por el joven y ya reputado actor D. Francisco Fuentes, un monólogo dramático, en verso, titulado *¡Vencido!*

El Sr. D. José de Velilla y Rodríguez es además un periodista de no escaso valer y un historiador de mérito, cual lo demuestran: su curioso libro *El Teatro en España* y sus estudios literarios *Liberales y realistas*; sus artículos acerca de la *Historia y origen*

de los instrumentos musicales, sus estudios acerca de *La Necrópolis de Carmona* y su admirable discurso de *Los juegos florales*, pronunciado en la fiesta del Ateneo Sevillano, celebrada en 29 de Mayo de 1888; revelándonos también su fecunda inspiración como poeta lírico en la colección de poesías que publicó en 1875 con el título de *Meditaciones y Recuerdos*. Sus composiciones *Mi muerte*; *Á Daoiz; El Castillo; La Cita; Á la muerte de Víctor Hugo; El Arte;* la leyenda en verso *El manto de la Virgen* y *Á Fernández y González*, así como el Prólogo á las poesías de Concepción Estevarena, bastan para acreditar su justa fama, que acrecienta diariamente con la publicación en la revista *Blanco y Negro* de castizos y pintorescos artículos y excelentes poesías, de las cuales han causado, recientemente, gran sensación las tituladas *La huelga de Mayo* y *Á mi madre muerta*.

También ha merecido grandes elogios su *Recuerdo y homenaje á la poetisa Excma. Sra. D.ª Antonia Díaz de Lamarque,* estudio en prosa que precede á la *Corona poética* que varios eximios autores dedican á esta ilustre escritora.

En la actualidad, Velilla prepara el estreno de una zarzuela titulada *El año veinte*, y ocúpase en escribir otra que llevará por título *El espada*, y un drama en prosa que se titulará *La resurrección civil*.

Como muestra de las producciones de Velilla transcribiré algunas de ellas.

LA HUELGA DE MAYO

Cesó el trabajo: la alta chimenea
de la fábrica, ayer tan bulliciosa,
con el aliento cálido no humea
de la hulla enrojecida y poderosa;
el estridor de ruedas y de dientes
al afanado obrero no acompaña,
que silenciosa y en quietud extraña
la máquina de miembros relucientes,
apagado el hogar, mudo el silbido,
ocupa su macizo emplazamiento
como cadaver ya sin movimiento
sobre el angosto féretro tendido.
Del campo abandonadas las fatigas,
yermos los prados, las cabañas solas,
ondulan jaramagos y amapolas
en valles que cubrieron las espigas.
La nave, como el pájaro, no vuela
surcando el mar, á la codicia abierto,
con fugitiva y bullidora estela,
é inmóvil cruje en el callado puerto
sin dar al aire la rollada vela,
sin que el dócil timón gire chirriando,
ni espante á la atrevida gaviota,
copo de espuma que en las aguas flota,
el vapor en sus cárceles bramando.
En las minas, que en mágicos filones
de oro y plata cascadas deslumbrantes
ofrecen á febriles ambiciones,
hierro y carbón á industrias é invenciones
y á la hermosa esmeraldas y diamantes,
no muestra el sol eléctrico su brillo,

ni la lámpara el tenue centelleo,
ni resuena tenaz el golpeteo
del pico, de la azada y del martillo.
La audaz locomotora, que respira
vapor y con el fuego se alimenta,
posada en los carriles, soñolienta,
de su quietud insólita se admira.
Cuanto es fuerza creadora, y movimiento,
y ley eterna del vivir humano,
paraliza la acción en un momento,
como la gran corriente al Oceano
la dura nieve, en la región temida
que con puntas de hielo se corona.....
¡El trabajo á la huelga se abandona!
¡Cesó el trabajo, y se paró la vida!

Tribu, horda, turba, ejército, ó emjambre
que de sus antros la miseria expulsa
y que acaudilla descarnada el hambre,
muchedumbre fanática y convulsa
por el dolor y el odio convocada,
en son de guerra formidable asoma
y recuerda la hueste contra Roma
á la voz de Espartaco levantada.
¡Son los obreros! ¡Trágicos semblantes
en que graba el rencor sus huellas rudas,
frenético ademán, frentes ceñudas,
roncas gargantas, ojos centelleantes
de recia fiebre con el brillo insano,
ágiles cuerpos que el furor disloca,
con la amenaza en la robusta mano
y el fiero grito en la rugiente boca!
¡Entre esa muchedumbre que, bravía,

maldiciones y muertes vocifera,
llama de incendio, resplandor de hoguera,
surje el rojo pendón de la anarquía!

¡Qué mucho que fermente en el abismo
de los males la amarga levadura,
si á los ojos presenta el egoismo
espectáculo vil de infame hartura!
Juguete es la virtud de la impudicia;
única ley que rige, la del fuerte;
el débil, dònde quiera, halla la muerte,
y esclava del poder es la justicia.
El amor, en el mundo, nombre vano;
la caridad, también, es hueco nombre;
y no el puro y dulcísimo de hermano,
el de siervo ó señor, distingue al hombre.
¡Luchar para vivir! ¡Siempre la lucha!
¡De esa constante y renovada guerra
el vocear famélico se escucha
desde el primer albor que vió la tierra!
Siglos há que del monte solitario
han bajado la Cruz; que tiene altares
aquél Mártir divino del Calvario
en templos que le elevan á millares;
pero con el sudor de la agonía,
rasgado el pecho, con la faz doliente
y corona de espinas en la frente,
en sus propios altares, todavía
el Cristo gime, de la cruz pendiente!

Justos son, en verdad, esos clamores
que arrancan la miseria y los martirios;
mas nada justifica los rencores
que engendran la maldad y los delirios.
¿Queréis que el odio vengador destruya

la sociedad, que al sol de las ideas,
en borrascosa noche, sustituya
el humoso fulgor de rojas teas
que, por furiosas manos agitadas
con ímpetus nerviosos y violentos,
lancen, al deshacerse, desgreñadas
cabelleras de chispas á los vientos,
que avivan las crujientes llamaradas?
¿Que arda el mundo queréis? Principio falso
en error criminal os precipita,
y á la espantosa y ciega dinamita
responderá fatídico el cadalso.
¡La destrucción universal! ¡Ilusos!
Aun en el seno mismo de la muerte
palpitan ya los gérmenes confusos
con que la vida su presencia advierte.
De apagado volcán en la ceniza
la vid renace con lozano brío:
si el campo arrasa desbordado el río,
con su légamo, al par, lo fertiliza.
¡Y con el odio por horrible norma,
señalando con sangre vuestro paso,
queréis unir y transformar acaso
lo que sólo el amor une y transforma!
¡Ah! No más haya ni opresor ni opreso,
ni verdugo ni víctima, y sus males
remedien, sin encono, los mortales
con la ciencia del bien y del progreso.
¡Dé el poderoso al mísero la mano,
cálmese, al fin, la devorante fiebre,
y en los años futuros se celebre
la santa *Huelga* del amor humano!

Á MI MADRE MUERTA

De mi niñez, todavía,
recuerdo el tiempo alejado;
tiempo en que tú, madre mía,
desvelándote el cuidado,
despertabas con el día;

alegre y trabajadora,
atenta al deber, que abruma,
como ave madrugadora
que despereza la pluma
y canta al nacer la aurora.

¡Oh, qué grato era sentir
tu leve y furtivo andar....
y más grato recibir
un beso tuyo al dormir
y otro beso al despertar!

Recuerdos, que el alma aviva,
de la infancia candorosa,
¡cómo, en visión fugitiva,
pasais, con alas de rosa,
por mi frente pensativa!

Tú no dejaste de ser
hermosa en la edad madura,
madre; que, al envejecer,
ni el tiempo tuvo poder
para borrar tu hermosura.

Si alguna mujer pensara
que lo afirmo por error,
ser tú mi madre bastara

para que yo te juzgara
la más bella y la mejor.

Negros tus ojos, de aquellos
en que el alma se retrata,
y muy negros tus cabellos,
con finas hebras de plata,
que eran adornos en ellos;

noble faz, viva y risueña;
mano que el bien nos enseña
y, viéndola, no se sabe
cómo en mano tan pequeña
caridad tan grande cabe;

pie breve, que apenas pisa;
el vestir limpio y modesto,
santa virtud por divisa,
el pensar grave y honesto,
y blanda y fácil la risa....

¡Así eras tú, madre amada;
así tu imagen renuevo
por el cariño evocada,
y así en mis ojos te llevo
presente, fija, grabada!

Tus miembros paralizó
mal terrible y sin consuelo,
mas tu inteligencia nó,
como el arroyo en que heló
y que corre bajo el hielo.

Y de mi amor sin igual
creció, por eso, la llama;
que es la madre, en caso tal,

niña otra vez que reclama
el auxilio maternal.

Por eso, más tiernamente
sellaba con beso ardiente
tu rostro; ¡y es bien seguro
que nunca un beso más puro
fué á posarse en una frente!

Cuando, en las noches, constante
y afanoso trabajaba,
sobre mi techo escuchaba
el gemido rechinante
de tu sillón, que rodaba.

Si el hálito que revela
el sueño llegaba á mí,
solía exclamar así:
«¡Madre, duerme; tu hijo vela
y trabaja para ti!»

Sin tregua, paz, ni reposo,
luché con noble interés,
y tú feliz, yo orgulloso,
ponía el laurel glorioso
por alfombra de tus pies.

¡Oh gloria desvanecida,
que el laurel último viste,
dulce madre de mi vida,
casi al tiempo en que sentiste
la mortal y última herida!

¡A mi cuello te abrazaste
con dolor y angustia inmensa,
y en mis brazos te arrojaste;

que en ellos quizá buscaste
refugio, amparo y defensa!

Tú también me acariciabas
siendo yo niño y doliente,
y en los tuyos me amparabas ...
sí; pero tu me salvabas,
más dichosa ó más valiente.

Y yo, madre, al combatir
con tus dolores impíos,
no te salvé de morir....
¡Débiles brazos los míos,
que te dejaron partir!

¡Cobarde, que el nudo estrecho
de nuestros amantes brazos
ví con asombro deshecho
y rotos tan firmes lazos....
teniendo sangre en mi pecho!

Mas ¡ah! no fué cobardía,
te pongo á Dios por testigo:
no me culpes, madre mía,
que vencer tal enemigo
tan sólo Dios lo podía.

¡La muerte! cuando la vi
pronta el golpe á descargar,
mi vida sin vacilar,
por la tuya le ofrecí....
¡y no la quiso tomar!

¡Ruego inútil! ¡Lucha vana!
Se abrió la cárcel humana;
sorda al grito de mi amor,

te fuiste con el albor
primero de la mañana!

Cesó en tu pecho el latido;
sollozando te llamé....
¡ya mi voz no hirió tu oído,
porque, oyéndome, yo sé
que tú no te hubieras ido!

¡Albor primero del día,
dudé, perdida la calma,
si eras la luz que nacía
ó estela que dejó el alma
de la triste madre mía!

Luego, venciendo el dolor,
así tu mano piadosa,
y en tu frente sin calor
puse, al borde de la fosa,
mi último beso de amor.

¡Tierra, que la has de envolver
y oprimir con peso grave,
que es mi madre esa mujer!
¡ve cayendo tan süave
que no te sienta caer!

Ya en mi casa está vacío
tu acostumbrado lugar,
y ya sin ti.... ¡qué sombrío,
qué solitario, qué frío,
qué silencioso mi hogar!

Bien sé que la Providencia
fijó inmutable el destino;
que todo es sueño, apariencia;

que la mísera existencia
no es el fin, sino el camino;

que la dicha siempre es corta;
que lo humano muere aquí.....
Todo eso, madre, aprendí;
pero el saberlo, ¡qué importa,
si yo me quedo sin tí!

Á la presencia de Dios
de mi padre fuiste en pos,
y en mi oración os reuno.....
¡Antes lloraba por uno,
ahora lloro por los dos!

¡Qué vestida de crespones
y qué muda está la lira
que acompañó tus canciones.....
y cómo el alma suspira
por verte en otras regiones!

Pues aunque cierto no fuera
que otra vida nos espera
del lado allá de la muerte,
por la esperanza de verte
lo pensara y lo creyera.

¡Mi amor no se ha de extinguir!
Esa esperanza no pierdo,
y pronto te he de seguir.....
¡porque vivir de un recuerdo
ya es empezar á morir!

Como modelo de la prosa de Velilla reproduzco las siguientes líneas del *Homenage y Recuerdo* á la Excma. Sra. D.ª Antonia Díaz de Lamarque:

«En las composiciones inspiradas por un sentimiento político, y que por fortuna son muy escasas, se descubre la bondad ingénita de que nunca se desposee la autora. Pavorízala el fragor de los combates, la atribulan los estremecimientos y las reivindicaciones de los pueblos, la espanta la lucha por el derecho y por la existencia, y sólo desea la paz y la fraternidad. ¡Ah, si todos las deseamos como ella, visionaria y soñadora del bien, fuera de la realidad humana! Pero toda fecundidad es dolor: el hijo, al nacer, desgarra el cuerpo de la madre; el labrador las entrañas de la tierra para depositar las semillas; las ideas, como un fuego sagrado, abrasan y consumen á los que las conciben; las sociedades se regeneran todavía por medio de la espada, y la civilización se abre camino engrasando con sangre las ruedas de la locomotora que la conduce á las más apartadas regiones. *¡Dura lex, sed lex!* ¿Ley forzosa, inevitable, á la que el hombre no tiene más remedio que obedecer? ¿Ley arbitraria, forjada por las pasiones y la ambición del hombre? No lo sé; pero hay que acatarla, aunque con profunda tristeza, toda vez que la destrucción y la muerte son gérmenes de renovación y de vida, la cual se mantiene y reproduce con el contínuo morir y renacer de las cosas y de los seres.

Hallábame en París en 1889 y visité un día la Exposición histórica de la Revolución francesa, instalada en el Louvre, en el pabellón de la izquierda, llamado de Flora. Allí se amontonaban los des-

pojos y las reliquias de aquellas terribles escenas y de sus actores; y si tenía señales de lágrimas la tapicería bordada por la inocente hija de Luis XVI y María Antonieta, en la cautividad del Temple, también las tenía el chaleco de Camilo Desmoulins que bordó la apasionadísima é infortunada Lucila, á quien la guillotina reunió con el marido idolatrado; y de igual modo me conmoví ante la labor de la princesa que ante la labor de la esposa del convencional.—Bustos, estampas, autógrafos, banderas, picas, fusiles, joyas, dijes, adornos, vestidos, cerámica, cuanto puede representar una sociedad y una época, se mostraban allí á los ojos del visitante, como sombría resurrección del gran drama revolucionario, evocando sus visiones apocalípticas. La cerámica ofrecía una importante colección de platos, y por sus letreros y dibujos podía seguirse paso á paso la marcha de la Revolución, desde sus primeros movimientos nobles y generosos hasta los días nefastos y aborrecibles del Terror, pasando por la corrupción del Directorio y acabando con la gloriosa tiranía imperial. Había platos del tiempo de la Constituyente y de la Convención, y otros posteriores que revelaban el cansancio y el deseo de la paz: en uno se leía *paix;* en otro *la paix, qui regne ici*; y otro cuyo dibujo del lado derecho figuraba una casa con una bandera y en ella la inscripción *Hotel de la Paix*, tenía á la izquierda esta leyenda: *je désire y arriver*.—Compréndese que la sociedad hondamente perturbada suspire por el reposo y el

sosiego, que sólo son altos para reponer las fuerzas y proseguir luego la marcha con nuevos bríos. Los dolores se olvidan, la sangre se borra, disípanse las tinieblas, la luz resplandece y queda reconocido el derecho humano.»

Para terminar, réstame decir que hoy es Velilla y Rodríguez Académico de número de la Real Sevillana de Buenas Letras, á la que pertenece desde 1875, siéndolo á la vez de la Colombina Onubense y de otras importantes Corporaciones españolas y extranjeras.

Pintores

EDUARDO CANO DE LA PEÑA [1]

¿Quién es D. Eduardo Cano de la Peña? Si haceis esta pregunta á un Villegas, á un Jimenez Aranda ó á cualquier pintor de los mejores que han salido de Sevilla en nuestros días, todos os contestarán enorgullecidos:—ese es mi maestro y el de los artistas más notables de la *Tierra de María Santísima*, al par que el regenerador de la que hasta hace poco se llamaba *Escuela Sevillana*.—

La influencia del Sr. Cano tiene tal importancia para los pintores hispalenses, que sólo puede apreciarse comparando los cuadros de las generaciones que sucedieron á Murillo con los que hoy hacen sus discípulos.

Desde los tiempos del inmortal pintor de las *Concepciones*, á quien podemos considerar como el

(1) Aunque he adoptado el orden alfabético para la colocación de todas las biografías, hago excepción en la de este maestro por haberlo él sido de casi todos los pintores de que trato en este libro.

último genio de la preponderante *Escuela Sevillana,* los artistas que aparecen después, no viendo otros horizontes más allá del maestro, se limitan á plagiarle, y á una generación de gigantes siguió una generación de enanos, ó lo que es igual, de vulgares copistas, quienes convirtieron la renombrada *Escuela* en mercantil fábrica de cuadros.

En tan lastimoso estado se encontraba la pintura en Sevilla, cuando, al comenzar el renacimiento artístico de nuestro siglo, llegó á esta capital el laureado artista D. Eduardo Cano, y á la manera que el insigne Goya en España, y el escultor veneciano Canova en Italia, transformó por completo los procedimientos y el carácter de la pintura sevillana, devolviéndole sus días de gloria y consiguiendo que volviera al estado en que estuvo en su período de mayor florecimiento, formando esa pléyade de eminentes pintores cuyos nombres ensalza diariamente la prensa.

Así es que dada la resonancia de los discípulos, tiene doble interés la biografía del maestro, que no carece de interesantes detalles, como suele ocurrir con la de casi todos los ingenios.

Hijo del arquitecto D. Melchor Cano y de doña Águeda de la Peña, nació Eduardo en Madrid en 22 de Marzo de 1823, permaneciendo en la corte hasta el año 1826 en que se trasladó su padre á Sevilla, por haber sido nombrado arquitecto mayor de la ciudad, donde procuró dar una educación esmerada al que estaba llamado á ser ilustre artista.

Mas, no comprendiendo la vocación de éste, le dedicó al estudio de las matemáticas, con el fin de que cursara también la carrera de arquitecto, en la que ya habían brillado, no sólo el autor de sus días, sino sus dos abuelos, quienes fueron académicos de la Real de San Fernando.

Pero, no obstante el empeño de D. Melchor en que su hijo fuese arquitecto, éste sentía repugnancia hacia semejantes estudios, demostrando, en cambio, una afición decidida por el dibujo y por la música; visto lo cual por aquél, resolvió dejarle seguir sus inclinaciones; y al efecto, buscó profesores que le enseñaran, siendo el de dibujo el reputado don José Domínguez Becquer, padre de los malogrados hermanos Gustavo y Valeriano, y el de música don José Navarro.

Sus adelantos en las artes fueron tan rápidos que no tardó en ser nombrado profesor de la Academia de Bellas Artes de Santa Isabel y académico de la misma; y cuando se formó en Sevilla la primera *Sociedad filarmónica*, bajo la dirección del conde del Águila, cantó en diferentes conciertos, tomando parte en el *Stabat Mater*, de Rossini, que se ejecutó por vez primera por la familia de Rosillo y varios aficionados en la Parroquia de San Estéban, en el Septenario de Dolores.

Cuando más ilusiones abrigaba el Sr. Cano de la Peña, empiezan las desgracias en su familia y mueren sus cariñosos padres, teniendo él y una hermanita suya, llamada Ramona, que depender de un

tío paterno, lo que le obligó á dejar los trabajos artísticos, casi por completo, y á punto estuvo de abandonarlos para siempre, si una circunstancia imprevista no hubiera obligado á su tío á trasladarse á Madrid con toda la familia.

Una vez en la coronada Villa, se matriculó mi biografiado en la *Real Academia de San Fernando*, y en ella cursó tres años bajo la dirección de don Carlos Rivera, D. José y D. Federico de Madrazo, no tardando en sobresalir entre sus compañeros y mereciendo las alabanzas de sus maestros por los trabajos que ejecutó, entre ellos los cinco cuadros de reyes que le encargó el Excmo. Sr. D. José de Madrazo, con destino á la galería que se formaba en el *Real Museo* y los cuales le valieron una pensión del Ministerio de Fomento para continuar sus estudios en París, á donde marchó en 9 de Julio de 1853.

Rodeado de tan buenos amigos como D. Benito Soriano Murillo, D. Martín Tovar, D. Salomé Pina y D. Gabriel Maureta, procuró aprovechar el tiempo en la enseñanza que allí se le ofrecía, y no tardó en demostrar el resultado de su viaje, enviando á la Exposición Nacional de Madrid su primer cuadro de historia que representa y se titula *La Conferencia de Colón en la Rábida*, por el que obtuvo una primera medalla.

De regreso á su patria, á los tres años de pensionado, se trasladó á Sevilla donde vivía su familia, y después de estar al lado de ésta poco más de

un año, volvió á Madrid para empezar su segundo cuadro *El entierro de limosna de D. Alvaro de Luna*, que también ganó una primera medalla en la segunda Exposición Nacional de 1858.

Desde entonces acá, ha pintado tantos y tan notables cuadros, que sería difícil enumerarlos todos; pero baste decir que, ninguno ha desmerecido de los primeros, sino que cada vez han sido mejores, y todos se han vendido por altos precios. Entre los que se han quedado en Sevilla, adquiridos por particulares, figura un hermoso techo representando las *Bellas Artes,* que se conserva en la casa conocida por el *Recreo de Juan Cruz*, y que atrae con justicia la atención de los inteligentes.

Cuando se disponía á emprender un viaje por Italia, quedó vacante en la Escuela de Bellas Artes de Sevilla, por fallecimiento del profesor Sr. Escacena, la cátedra de *Colorido y Composición* que éste desempeñaba, y como el Sr. Cano prefería á todos los viajes estar al lado de su buena hermana, á quien no quería abandonar, hallando acasión oportuna para realizar sus deseos, solicitó la citada plaza y ésta le fué concedida por el Gobierno, después de consultado el Consejo de Instrucción Pública, y en consideración á sus dos primeros premios.

Trasladado á Sevilla tomó posesión del cargo en Mayo de 1859, y desde esta fecha se dedicó á la enseñanza con tanto talento y tan buena suerte, que no sólo consiguió levantar la pintura sevillana de la decadencia en que venía viviendo, sino que ha

tenido por discípulos cariñosos á la mayoría de esos genios que, como Villegas, Jiménez Aranda, García Ramos, Arpa, Mattoni, Garnelo, Sánchez Perrier, Peralta, Becquer, Vega, Senent y cien más, figuran hoy con gran renombre en el mundo de las Artes.

¿Puede darse una corona más hermosa y llena de gloria, para premiar al genio hacedor de genios tan grandes como él? ¿Hay alguna cosa en el mundo con que remunerar mejor el penoso trabajo de la enseñanza?

Con nada puede comprarse tan alta honra, ni nada hay tan dulce para los sentimientos elevados de un artista como el afortunado Maestro.

JOSÉ ARPA Y PEREA

«Arpa es de los hombres que á la gloria proporcionada por el laurel del artista, une la satisfacción de haberse encumbrado por su propio esfuerzo, y es mayor la simpatía que inspira cuanto mejor se conocen las vicisitudes porque ha atravesado para llegar al pináculo de la gloria.»

Así se espresaba, hace pocos días, la *Revista de Tribunales*, de Sevilla, al ocuparse en este pintor con motivo de su último cuadro, y para honra del interesado, es verdad cuanto dice.

Nacido en Carmona en 1860, fueron sus padres D. Antonio Arpa y D.ª María de Gracia Perea, quienes disfrutaban de una posición muy modesta. Desde pequeño empezó el afortunado artista á manifestar sus aficiones y á molestar á sus padres con la loca pretensión de que le dedicaran á la pintura y le mandasen á Sevilla, donde él sabía que se enseñaba á pintar. Semejante exigencia era poco menos que imposible de satisfacer; su honrado pa-

dre carecía de bienes y en cambio contaba con una familia muy numerosa. Pero, ¡oh poder de la constancia! él mismo halló medios de salvar todos los obstáculos que se oponían á la realización de su sueño, y á los diez años pasó á la capital, para dedicarse á la pintura de brocha, y alimentándose con el escaso jornal que ganaba, poder asistir por las noches á las clases del Museo, en el que comenzó desde luego á ganar premios en metálico que le ayudaron á continuar en los estudios superiores.

Más tarde abandonó la pintura de brocha, dedicándose á pintar cuadros de batalla ó *vambochadas*, como decían los pintores antiguos, y como este trabajo le rentaba lo suficiente para vivir con desahogo, mandó por su familia y teniéndola á su lado, la principió á mantener con el producto de su paleta.

Siendo sus adelantos, en los cuadros serios, muy notables por el mucho interés que le dedicaba su querido maestro D. Eduardo Cano, no tardó en dejar para siempre los de batalla; y aprovechando la ocasión de salir á oposiciones la plaza de pensionado en Roma, aspiró á ella con tan buena suerte, que obtuvo el primer número, no obstante tener que luchar con jóvenes artistas, que si no le igualaban en genio ni en aptitudes, le superaban en influencia.

En 18 de Junio de 1883 marchó D. José Arpa y Perea á la decantada *Ciudad Eterna*. Allí pudo ya dedicarse en mejores condiciones al estudio, en las Academias y Galerías particulares, inspirándose

en los grandes maestros italianos, y sus progresos fueron tan rápidos como lo demuestran los trabajos que remitió á la Diputación provincial durante los dos años de pensionado. Eran éstos: un cuadro titulado *El soldado de Maratón*, (estudio del desnudo,) tres bocetos y varios dibujos de academia. Los asuntos de los bocetos eran: *La llegada de Colón á Barcelona, en el momento de hacer la narración de su viaje delante de los Reyes y la Corte; Marco Antonio presentando el cadáver de Julio César al pueblo romano*, y *La exposición del cadáver de D. Miguel de Mañara en la Caridad de Sevilla.*

La *Academia Sevillana de Bellas Artes* aprobó estos trabajos, y por tal motivo se le concedió un año más de prórroga, para percibir la pensión, que él intentó aprovechar en hacer el cuadro de don Miguel de Mañara, (inspirándose en el citado boceto de este personaje), que empezó lleno de ilusiones. Pero á los tres meses tuvo á bien la Diputación el faltar á su compromiso, cosa no rara en esta Corporación, que viene cometiendo tal abuso desde hace tiempo, y, aún no ha variado. Este contratiempo puso al Sr. Arpa en la necesidad de dejar en suspenso la terminación del cuadro, y falto de recursos, se trasladó á España, regresando á Sevilla en 1886.

Desde entonces, vive en la *ciudad de los artistas* pintando cuadros para la venta que le valen buen dinero y mayor fama, como se deduce, entre otras cosas, del techo y los ocho *paneaux* que le encargó el

Casino Mercantil hispalense para adornar el mejor de sus salones, cuya parte arquitectónica y decorativa ha sido dirigida por el mismo Arpa. El techo representa la Fama coronando á las Artes y al Comercio, y los *paneaux* las cuatro estaciones, y cuatro floreros.

Asímismo, el primer vestíbulo del Casino Militar de Sevilla, cuyas paredes decoran seis *paneaux* de los mejores artistas sevillanos y cuatro de Arpa, fué hecho bajo la dirección de éste con la ayuda de sus compañeros.

No satisfecho con las excursiones que realiza á los pueblos más pintorescos de la hermosa Andalucía, hace algunos viajes á Tetuan, y fruto de ellos son, entre otros apuntes, *La entrevista de la embajada italiana en la plaza de Tetuan; El juego de la pólvora*, en la misma plaza, algunos estudios de las afueras de la población y diferentes retratos de tipos africanos.

Entre los cuadros que ha vendido para Buenos-Aires y Berlín, deben citarse uno que figura el interior de su estudio y otro una bacanal, de los cuales reprodujo los grabados la *Ilustración Artística* que ya había dado á conocer otras obras del mismo maestro.

El cuadro que pintó Arpa para remitirlo á la Exposición de Madrid (con motivo del Centenario de Colón) donde fué premiado, es ya más que conocido por lo mucho que acerca de él dijo la prensa, aunque casi todos los periódicos, incluso *El Imparcial,* se equivocaron al describirlo. Sus dimensiones

son, de dos metros treinta centímetros de alto por cuatro de ancho, y el asunto es el mismo que le sirvió para uno de los bocetos que dejo enumerados y para el cuadro que empezó en Roma, esto es, la *Exposición del cadáver de D. Miguel de Mañara en la Caridad de Sevilla.*

Á la derecha del lienzo aparece el cadáver de D. Miguel, envuelto en su manto de Calatrava, descalzo y descubierto, tendido sobre la parihuela de los pobres; á la cabecera está el Cristo y un farol, de cristales azules, con la mecha ardiendo, magistralmente ejecutado. En el lado izquierdo de la cabecera, hay un hermano de la Buenaventura, leyendo un libro y arrodillado á los pies del ilustre muerto, un pobre viejo, con una niña al lado. La cabeza de este mendigo es uno de los mejores detalles que contiene la obra. Detrás del viejo se ve á un niño harapiento y un grupo de tres curiosos, y á la izquierda del lienzo, aparecen Valdés Leal, al que sigue Murillo, y más hacia el fondo, el autor del cuadro, quien se ha colocado en su obra como lo hicieron en sus mejores producciones Velázquez y Zurbarán. Á espaldas de Valdés Leal se encuentra un acólito sosteniendo una vela, cuya luz tapa con la mano, para que no se apague, dejando ver entre los dedos los resplandores que, reflejando en su rostro, le dan tal expresión de realidad, que materialmente se ve arder la vela y moverse la ropa del monaguillo. Detrás de éste hay dos frailes que están hablando.

El plegado del manto que envuelve al cadáver ocultando los brazos, lo bien dibujado y construido de los pies, detalle que Arpa modela bastante, el rostro de D. Miguel y otras bellezas del cuadro, son un nuevo testimonio de lo mucho que vale el inteligente pintor que lo ha hecho, el cual se ha servido para dar la expresión al semblante de don Miguel, de un retrato que hizo él mismo del cadáver de su padre D. Antonio Arpa, y que conserva con el amor que es de suponer.

GONZALO BILBAO

Tan dibujante como colorista, y tan buen colorista como el que más lo sea, D. Gonzalo Bilbao tiene un nombre envidiable en el campo de la pintura, perteneciendo por derecho propio á la aristocracia de los artistas, no ya de la Bética, sino de España entera.

Hijo de un acaudalado propietario de Sevilla, nació en esta población en el año de 1861; y, cuando entró en la adolescencia, principió á estudiar la carrera de leyes, á la vez que recibía lecciones de música y de pintura, para que le sirviesen de adorno únicamente, aprendiendo el dibujo bajo la dirección de D. Pedro de Vega.

Licenciado, al fin, en Derecho, con notas inmejorables, quiso el autor de sus días premiar de la mejor manera la aplicación de mi biografiado, y conociendo las aficiones que le dominaban, le propuso un viaje á Francia y á Roma, en compañía de D. José Villegas.

No hay para qué decir que el joven abogado aceptó gustosísimo tan agradable oferta. En 1881 partió á París con el citado maestro, y así que habieron estudiado sus principales museos y curiosidades, se trasladaron los dos á la Ciudad Eterna.

Ya en Sevilla, había sido instado por D. José Jiménez Aranda para que abandonase la jurisprudencia, dedicándose al bello arte que tanto le seducía, y, al hacerle Villegas la misma indicación cuando se encontraban en Roma, concluyó por decidirse, si obtenía para ello el permiso de su padre.

Éste miró con agrado la resolución de su hijo, dejándolo en libertad de seguir el camino que quisiera, y desde aquella fecha comenzó el joven Bilbao á consagrarse por completo á la pintura.

Con tal motivo, permaneció en Roma cerca de tres años, durante los cuales trabajó con asiduidad al lado de su paisano Villegas, y, al paso que estudiaba las obras de los antiguos maestros, visitaba, en las estaciones veraniegas, las mejores ciudades de Italia, deteniéndose largas temporadas en Nápoles y en Venecia, especialmente en la segunda, donde pintó bastantes cuadros que vendió luego en Londres.

Deseoso de abrazar á sus padres, vino á España en el 84 con una cimentada educación artística, y después de pasar algún tiempo entre las personas para él más queridas, regresó de nuevo á la ciudad de los Césares en 1886.

En esta ocasión recibió los buenos consejos y

hasta puede decirse que la dirección de Palmaroli, y en el estío del 87 volvió á su querida patria, antes de que se cerrase la Exposición Nacional de aquel año, á la que había concurrido presentando un magnífico lienzo titulado *El idilio ó Dafnis y Cloe,* el cual fué agraciado con una segunda medalla, habiendo estado propuesto para una de oro.

Antes de conseguir tan señalado triunfo, sólo había tomado parte en dos Exposiciones de menos importancia, en las que también salió victorioso: en un concurso del Círculo Artístico de Madrid y en un certámen regional de Cádiz. Este último fué el primero á que asistió, y lo hizo con tal acierto, que mereció una medalla de plata por su lindísimo cuadro *La vuelta al aprisco,* hoy propiedad de la Infanta Isabel.

Terminada que fué aquella Exposición Nacional, realizó varios viajes á las principales poblaciones de España, visitando, entre otras, á Toledo y á Segovia, que le ofrecieron abundante material para sus trabajos pictóricos, y, finalmente, se detuvo en Sevilla para preparar su excursión á Marruecos, adonde marchó en 1888 en compañía de D. Andrés Parladé.

Dos años próximamente vivió Gonzalo Bilbao en las playas africanas, pintando cuadros bellísimos en Tetuan y en Tánger. En este segundo pueblo, y por una inesperada coincidencia, lució sus dotes de músico el distinguido pintor, del que se dice que «está tan cerca de Tomás Bretón como de Velazquez».

Al ir á visitar á sus amigos los Padres Franciscanos, en la víspera de la Inmaculada, los encontró muy afligidos á causa de un contratiempo que surgía para la función del día siguiente. El único orador de la Comunidad lo era el padre organista, y si éste necesitaba estar tocando en el coro, le era imposible pronunciar el sermón que todos deseaban. Conociendo Bilbao que estaba en sus manos la solución del conflicto, ofreció á los Padres su generosa cooperación, y aceptada con entusiasmo por ellos, cedió el organista su puesto al músico sevillano, quien, transformado en fraile accidental, ejecutó al órgano con gran maestría las composiciones de ordenanza, y el señor predicador pudo lucir sus facultades oratorias.

Desde Marruecos envió D. Gonzalo á la Exposición Universal de París dos encantadoras tablas con asuntos marroquíes, que obtuvieron medalla de bronce; y con objeto de estudiar en aquel Certamen las demás producciones de sus compañeros, pasó él también á la capital francesa, de donde regresó últimamente á la esplendorosa ciudad de la Giralda, en la que fijó su residencia, teniendo desde entonces su estudio en una frondosa huerta cerca de la población.

La mayoría de los cuadros que este ingenio pintó en África, fueron expuestos más tarde en la Exposición de Munich, donde se vendieron en seguida, cotizándose á buen precio y colocando á respetable altura el nombre de su inspirado autor. Titulábanse

aquellos trabajos *Una calle de Tetuan*, *El santón árabe*, *Esclavas negras en la terraza*, *Primavera* y *Pasatiempos árabes*, todos los cuales estaban preñados de luz y de vida, reflejándose en ellos, al par que la fantasía oriental, la imaginación del artista, genuinamente española.

Entre los cuadros de grandes dimensiones debidos á la paleta de Bilbao, figuran en primer término: *El Idilio*, anteriormente citado, que fué adquirido por la duquesa de Medinaceli, y el que lleva por título *La vuelta al hato*, premiado también con medalla de plata en la Exposición general de Barcelona de 1891.

El Idilio representa el momento en que en las pastorales de Sougo aparece Dafniz ante el ara del dios Pan, y poniendo una mano sobre un macho cabrío coronado de yedra, jura amor eterno á Cloe, que así se lo exige.

Acerca de esta obra, dijo el exigente crítico don Pedro Madrazo, en *La Ilustración Española y Americana*, «que era superior al Dafnis y Cloe de Gerard y al *Idilio* griego de Herzent, que perteneció á la galería Perier.»

La vuelta al hato, ha sido descrito y juzgado por D. Augusto Comas y Blanco, quien se expresa de esta manera: «Es la caída de la tarde; el crepúsculo llega y la luz se apaga. En el horizonte empiezan á dibujarse las tintas violáceas de la noche, y los campesinos, después de todo un día de trabajo, vuelven por la senda que separa los sembrados,

cantando con la alegría de las gentes honradas que han cumplido con su deber, ganando el pan con el sudor de su frente.

Nada falta ni sobra, y el cuadro resulta sencillo. Cada personaje ocupa su sitio y se mueve con el movimiento que le es propio y natural. La madre, al llegar al hato, del primero que se acuerda es del hijo de sus entrañas, al que levanta en alto con transportes de indecible alegría. El padre, que viene conduciendo los bueyes, sujetos aún por el yugo, contempla extasiado aquel grupo que simboliza para él todos sus afanes y desvelos; y el perro que no quiere ser menos en el reparto de las caricias, también pide para él una palabra de cariño por haber guardado cuidadosamente al pequeñuelo, según es costumbre en Andalucía. El conjunto resulta un cuadro muy bien pensado y admirablemente hecho, que acredita á su autor de artista concienzudo, experto dibujante y fino colorista.»

En la Exposición Internacional, celebrada en Madrid con motivo del cuarto Centenario del descubrimiento de América, ganó, además, Bilbao otra medalla de plata por un precioso cuadro que con el título de *Un sombrajo de vacas* fué comprado al momento por D. José María Olabarri. Representa un cobertizo, debajo del cual hay varias vacas comiendo forraje; y como ya he dicho que obtuvo premio, me ahorro comentar sus muchas bellezas.

Acompañaron á este cuadro en la mencionada Exposición, otros tres que se titulan *Aprovechando*

el descanso, *Que vuelvas pronto* y *Los cogedores de naranjas.*

Aprovechando el descanso consiste en un campo cubierto de árboles y de doradas mieses, y los personajes son una campesina y un segador, quienes, tendidos sobre la hierba pasan hablando, quizás de amores, la hora de la siesta. Los tonos morados que el sol de Mediodía de un mes de Julio y los reflejos de las plantas, dan á la cara de los dos labriegos, y la corrección del dibujo, así como la composición en general, bastarían para acreditar de maestro al autor, si ya no lo estuviese.

Que vuelvas pronto, figura una enamorada pareja que, en la puerta de una casa, se despide á la caída de la tarde. después de haber pelado la pava. Ambos visten traje andaluz antiguo y están perfectamente ejecutados.

Los cogedores de naranjas, representa una huerta de naranjos. En primer término aparece uno de estos árboles, sobre el que está apoyada una escalera de mano, y, subida en ella, una campesina, recogiendo el sazonado fruto y echándoselo á otra que lo espera desde el suelo. A la derecha del lienzo, y á la sombra del naranjo, se ve á varios hombres colocando las naranjas en grandes cestos.

Es uno de los mejores detalles de este cuadro, el dorso y cabeza de la mujer que, colocada delante del naranjo, se halla mirando á la que está subida en la escalera, quien resulta á la vez magistralmente dibujada. Los rayos del sol que, atravesando la

copa del árbol, van á dar en las ropas de aquellos trabajadores, no pueden ser otra cosa que verdaderos rayos de sol, pero del sol de Sevilla. Con tanta propiedad están pintados.

Estos tres últimos lienzos, mas *La vuelta al hato, Un cementerio árabe,* y *un canal de Venecia,* han figurado tambien, ganando premios, en la famosa Exposición de Chicago.

Últimamente ha ejecutado Bilbao el soberbio lienzo *La siega en Andalucía,* que figuró en la pasada Exposición de Madrid de 1895, y del cual nada he de decir yo dado lo mucho y bueno que ha dicho toda la prensa.

Es defecto, muy frecuente en nuestros buenos artistas, dar la preferencia al dibujo ó al color, descuidando bastante el uno ó el otro; y el mayor mérito, á mi juicio, de las obras de Bilbao, consiste en que ambos factores están siempre en harmonía, sin que resalte el uno con perjuicio del otro, sino completándose los dos en las sublimes creaciones de su genio.

ANDRÉS CÁNOVAS Y GALLARDO

Entre los más notables paisajistas de Sevilla, figura en primera línea el tan modesto como ya famoso pintor D. Andrés Cánovas y Gallardo, para quien la interpretación de la Naturaleza no tiene secretos que él no haya visto, ni dificultades que no haya superado; por esto son tan hermosos y perfectos todos sus cuadros y tan unánimes los elogios que hasta sus mismos compañeros le tributan, considerándole como una gloria de la pintura sevillana.

Hijo de D. Andrés Cánovas y de D.ª Manuela Gallardo, nació mi biografiado en el Pardo (de Madrid) en el día 10 de Diciembre de 1856; pero á los diez años se trasladó á Sevilla, y en esta ciudad cursó las asignaturas del bachillerato hasta el 1874 en que comenzó su educación artística en la Academia de Bellas Artes, siendo su profesor el glorioso don Eduardo Cano, maestro de los más laureados artistas contemporáneos.

En las excursiones que durante su aprendizaje

hacía á los alrededores de la capital y á los pueblecitos inmediatos, comenzó á sentir especial predilección por los cuadros de paisajes, y, al concluir su carrera, se consagró en absoluto á este género de trabajos con tan buena suerte y grandes disposiciones, que no tardó en hacerse un inspirado maestro.

Entre sus cuadros más notables figura uno que se titula *La caída de la tarde*, premiado en la Exposición Nacional de 1884. Como carecía de padrinos y él no quiso molestarse en buscar recomendaciones, sólo le dieron una tercera medalla; pero, en cambio, toda la prensa, animada por el sentimiento de la más estricta justicia, aplaudió con entusiasmo el mérito de aquella obra, y le dedicaron encomiásticos artículos casi todos los periódicos de Madrid y de provincias, entre ellos *La Ilustración Española y Americana*, en su número del 30 de Junio de 1884; *La Epoca*, en un suplemento extraordinario dedicado á la Exposición de Bellas Artes; el *Diario de Barcelona*, en el número del 17 de Julio, y *La Correspondencia de España*, en el número del 30 de Mayo de aquel mismo año 84, dando este último diario algunas noticias biográficas del autor.

La Sociedad Económica de Amigos del País, de Sevilla, le premió otro cuadro titulado *El anochecer en un pinar*, en un Certamen que se celebró en Octubre del 90; y el público ilustrado le favorece constantemente comprándole cuanto pinta.

El asunto del trabajo premiado, esto es, de *El anochecer en un pinar*, es un espesísimo bosque de

pinos, que cubre todo el lienzo, dejando un hueco á la derecha del espectador por donde se ve un trozo de cielo con algunos celajes cárdenos, como los propios de la caida de la tarde.

El suelo del bosque es áspero y pedregoso.

Aunque todos los pueblos de Andalucía le brindan con preciosos panoramas, que él recoge en apuntes y pasa después al lienzo, el que más le atrae es Alcalá de Guadaira, en cuya pintoresca campiña pasa casi todo el año copiando del natural.

Cuando un hombre llega por su talento, ó su genio, á llamar hacia sí la opinión pública, difícilmente se libra de los mitos que el vulgo forma acerca de su vida y obras, y así se oye contar de Andrés Cánovas, que principió á revelar sus dotes de artista haciendo preciosos cuadritos desde muy niño, para los cuales le servía de pincel una cerilla apagada y de pinturas las cenizas de un cigarro.

Hoy tiene la honra de que figuren en nuestro Museo Nacional de pintura tres cuadros que el Gobierno le compró y que llevan los títulos de *Un Pinar*, *El Puente de Sevilla al anochecer* y *Orillas del Guadalquivir*.

El verdadero mérito no puede quedar nunca obscurecido, y por esta razón se ha revelado tan ventajosamente y es tan afortunado Andrés Cánovas y Gallardo.

Para robustecer mis aplausos, me bastará transcribir los siguientes juicios que acerca de sus trabajos, han emitido diferentes periódicos:

Del *Diario de Barcelona*, número del 17 de Julio de 1884:

«*La caida de la tarde.*—Andrés Cánovas y Gallardo.—Estaba por decir que nunca he visto tan sentida la Naturaleza como la veo en este paisaje sobrio, justo, nimio y grande á la vez, aunque pequeño de tamaño. ¿Quién es Cánovas? Un joven modesto que reside en Sevilla, donde no logró vender su obra. Aquí ha sido adquirida en cuanto se presentó: admirada por todo el mundo. Hay en ella una delicadeza de forma y una medida en la proporción, en la atmósfera, en el horizonte de tibia luz, en los árboles, en el humo de lumbre que no ha tomado incremento; están tan observados, pero tan sueltos los detalles y tan harmonizado el conjunto, que asombra. Cánovas y Gallardo, alentado por este legítimo éxito y por la medalla de tercera recibida, no debe escasearnos los frutos de su talento, y así lo hará.»

Del mismo cuadro hace un discreto crítico esta descripción:

«Una laguna ó tranquilo remanso formado por el Guadaira, ocupa casi todo el cuadro; en el fondo, un abrupto, inaccesible y empinado cerro cubierto de riquísima vegetación, dejando ver por algunas partes la roca viva y coronada de pinares muy espesos: al pie, y en la orilla misma, un molino cerca del cual hay una pequeña lumbre abandonada y próxima á extinguirse, cuyos leves girones de humo flotan en la apacible atmósfera: el agua profunda

y en reposo absoluto refleja y copia, cual tersísimo espejo, invertidos, todos los detalles del cuadro: en primer término, juncos, hojas de nenúfares y otras plantas acuáticas cubren por algunos sitios la superficie del agua; cielo diáfano y sin nubes con entonación de la hora que indica el título.»

De *La Correspondencia de España*, número del 30 de Mayo de 1884.

«El cuadro de Cánovas (1) fué presentado al Jurado de la Exposición sin recomendación de ninguna clase y por medio de una simple carta de un muy querido amigo nuestro. Al ver la firma del cuadro, é impresionado sin duda alguna el Jurado por el mérito de la obra, fué colocada ésta á buena luz y se hizo objeto de broma si el presidente del Consejo de Ministros, de cuyo universal talento nadie duda, sería el autor del cuadro; y cuando el señor Cánovas del Castillo se presentó en la Exposición, dos ó tres días antes de inaugurarse, los individuos del Jurado le llevaron ante el cuadro y le preguntaron si éste sería obra de algún pariente suyo. El Sr. Cánovas del Castillo, con esa gracia familiar que nadie le niega, contestó:—«Si el paisaje es de algún pariente mío, debe ser muy rico y no necesita de mis favores, porque es el único del que no tengo noticia.»

Y el Sr. Cánovas del Castillo se equivocaba. El joven artista es pariente suyo y no ha recurrido jamás á la protección de su ilustre deudo.»

(1) *La caida de la tarde.*

De *El Cronista* de 28 de Junio 1888, periódico de Sevilla.

«El Sr. Cánovas es un paisajista sobresaliente que ha trasladado al lienzo con delicado pincel los parajes más bellos del inmediato pueblo de Alcalá de Guadaira y de su pintoresco río, en cuyas orillas tiene ordinariamente su mudable estudio. Sus obras son sentidísimos idilios. Por una especie de instinto artístico sabe elegir los lugares más apropiados, y, sin que se lo proponga, producir efectos encantadores.

Busca siempre tonos que estén en consonancia con la dulzura de sus sentimientos; así es que huye de los fuertes y ama los sobrios, apacibles y melancólicos. Por eso se distingue como pintor de los crepúsculos vespertinos.

Nadie como él sabe sentir y recojer esas notas dolientes del día que desfallece y baña sus cuadros de esa dulce vaguedad de la Naturaleza. Su obra titulada *Crepúsculo á orillas del Guadaira*, es una maravilla de entonación tranquila y de sentimiento.»

ALFONSO CAÑAVERAL

Sus trabajos favoritos son, desde hace tiempo, los cuadros alegóricos y decorativos, y en esta clase de pinturas habrá muy pocos artistas que puedan aventajarle, siendo también una notable especialidad en los bocetos de historia. Mas no por esto ha dejado de cultivar todos los géneros con verdadero éxito y en cuantos lienzos ha puesto sus pinceles ha demostrado brillantemente que su potencia creadora es fecundísima y su genio más superior todavía.

Aunque los cuadros de D. Alfonso Cañaveral son conocidos de todos los admiradores del Arte, de fijo que no ocurre lo mismo con la historia de su vida; y para llenar este vacío voy á consignar, al menos, algunos datos biográficos de este ilustre hijo de Sevilla, donde vió la luz en el mes de Febrero de 1855.

Ocioso es decir que sus aficiones al dibujo datan desde la infancia. Pero, por complacer á sus padres D. José Cañaveral y D.ª Josefa Pérez, se vió

obligado á estudiar la carrera de Filosofía y Letras que empezó en la Universidad de Sevilla, licenciándose, por último, en la de Madrid.

La obligación de consagrar el tiempo á las tareas universitarias fué causa principalísima de que no se dedicase á la pintura tan pronto como deseara, y hasta la edad de 23 años no comenzó de lleno á recibir su educación artística; principiando por asistir á la Escuela oficial de Sevilla, en la que sólo permaneció un curso, durante el cual fué discípulo del venerable D. Eduardo Cano.

Sus principales estudios pictóricos los hizo en la antigua *Academia Libre de Bellas Artes*, de la que fué socio fundador y uno de los más entusiastas en los trabajos que allí se hacían, no tardando en distinguirse entre sus camaradas por las obras que ejecutó y que exhibió después en la Exposición celebrada por dicha Academia.

Deseoso de aumentar sus conocimientos artísticos marchó más tarde á la coronada villa, lleno de fundadas esperanzas, y, á la vez que asistía á las clases de nuestra Escuela Superior de Pintura, visitaba con gran asiduidad los salones del Museo del Prado, donde contempló detenidamente los cuadros del inmortal Velázquez, de quien es ferviente admirador,

Mientras estuvo en la corte tomó también parte activa en las lides de la paleta y su nombre figuró honrosamente en tres certámenes consecutivos, celebrados uno por el Círculo de Bellas Artes y

los otros dos por la Sociedad de Escritores y Artistas.

En el primero presentó un cuadro de costumbres, que fué muy elogiado, y en la Sociedad de Escritores y Artistas dos lienzos más, cuyos títulos eran *La tarde en la aldea*, inspirado en la poética Galicia, y *La pavera*, que representa á una campesina, apacentadora de pavos, tendida sobre el suelo, en pleno medio día, lo que da motivo para un admirable efecto de sol.

Ambos fueron dignamente premiados y vendidos al momento: *La tarde en la aldea*, con destino á una colección de la Gran Bretaña, y *La pavera* para el palacio de la infanta D.ª Paz.

Así que hubo adquirido la perfección que buscara en el manejo de los pinceles, y de regreso en su querida Hispalis, ejecutó una serie de cuadros de costumbres que le acreditaron ya como un maestro.

Según la opinión de sus mismos compañeros, aquellos trabajos rebosaban poesía y delicadeza y estaban tratados con especial distinción y originalidad.

Como era de suponer, no tardaron en hallar golosos, y apenas concluidos fueron comprados, á buenos precios, por el ministro de Chile en España, almirante Lynch, y por el opulento inglés Mr. Clerck, quienes se repartieron la colección, enviando el ministro su parte á un Museo de Valparaiso, y remitiendo Clerck la suya á otros mercados de Amé-

rica, donde, al par que dió á conocer la firma, hizo un buen negocio, vendiendo muy caras aquellas primeras muestras de lo que era capaz el novel pintor.

Del mismo modo que para terminar por completo una carrera científica se necesita ir á la Universidad central á obtener el doctorado, los artistas creen no ser doctores en su profesión, sino hacen el indispensable viaje á la pintoresca Italia, y he aquí el motivo de que volviese Cañaveral á dejar las comodidades de su casa para marchar á Roma, en la que permaneció dos años visitando todos los rincones donde había algo bueno que mirar.

Durante su estancia en la ciudad de los Césares, pintó cinco curiosos y bellísimos cuadros del carácter é interés del que con tanta razón elogió todo Sevilla al examinarlo en la Exposición verificada por la Sociedad Económica de Amigos del País; y para que el lector pueda formarse una idea (aunque remota) de ellos, intentaré describir la composición de algunos, omitiendo la del titulado *Un ochavito para la Cruz de Mayo*, por no recordarla en este momento. Titúlanse los otros *El triste camino*, *Salus infirmorum*, *Bella Giornatta* y *La sorpresa*.

El triste camino consiste en una pequeña niña que, montada en un borriquillo, va camino del cementerio, llevando en sus manos un modesto farol y una cruz con flores, para colocarla quizás sobre la tumba de su madre.

Salus infirmorum, representa una ermita á la cual llegan para cumplir un voto una anciana y una joven, la que sube al altar con el objeto de colocar una vela encendida, de cuyos resplandores resulta un hermoso estudio de luz.

En *Bella Giornatta* aparecen tres chiquillos, músicos ambulantes, quienes sorprendidos por una tormenta, se refugian bajo el dintel de un antiguo y lujoso portón adornado con mascarillas riéndose, las que hacen un contraste singular con los rostros de los muchachos afligidos por su desgracia. Estos se hallan con los filarmónicos instrumentos al brazo y cubiertos por andrajosas mantas empapadas en agua.

La sorpresa es un lindísimo trabajo hecho á luz abierta. La escena se verifica en el campo y los personajes son tres niños que juegan y cogen flores conduciéndolas en un carrillo de mano, hasta que aparece una vaca tras la valla de un cercado y se quedan cohibidos al verla.

No digo nada del color y del dibujo de estos cuadros porque basta con saber que son de Alfonso Cañaveral, el que también hizo entonces una infinidad de apuntes y bocetos caprichosísimos, que he tenido el gusto de admirar en su característico estudio de Sevilla, situado en la Alameda de los Hércules, encontrando entre aquellas obras un magnífico retrato del joven y conocido modelo italiano Raphaello.

De Roma pasó á la capital de Inglaterra, donde

estuvo pintando hasta cumplir una contrata con el citado banquero M. Clerck, y por último, volvió á Sevilla en la que se ha establecido definitivamente.

Entre los cuadros que ha hecho en estos últimos años figura uno titulado *Rosa mística,* encargado por el Cardenal fray Zeferino González, quien le estimaba tanto que lo llevaba consigo á donde quiera que marchaba por alguna temporada. El asunto es una alegoría de la Virgen, envuelta en una gasa y contemplando la rosa de la pasión que está coronada de nardos bajo el arco iris.

De idéntica índole es un encantador boceto que con el título de *Estrella matutina* regaló el día de sus bodas á sus amigos D.ª Carolina Benjumea y D. José Ochoa.

La principal figura que se destaca en el lienzo, iluminada por la luz del alba y sentada sobre un capitel de flores, es la Virgen María, á cuyos pies duermen tres ángeles que sueñan con el amor, la constancia y la pureza. Debajo de los ángeles fulgura la estrella de la mañana y á lo lejos se distingue la torre de una iglesia, en el campanario de la cual

Voltean los viejos bronces
Anunciando el nuevo día.

Como ya he dicho que mi biografiado cultiva todos los géneros, rayando en todos ellos á igual altura, deseo citar, para demostrarlo, otro cualquiera de sus muchos trabajos, de estilo diferente á los an-

teriores, y el primero que viene á mi memoria es el conocido con el nombre de *Petenera*.

En un alegre mirador del barrio de Triana se encuentra sentada una seductora hija de la tierra de María Santísima, teniendo sobre su falda y entre sus manos una guitarra, en la que toca el mencionado canto popular. Por un espacioso arco, de donde cuelgan cinco jaulas, se ve el puente de hierro y parte de Sevilla difuminada por la distancia, y á los lados del arco, sobre un poyete revestido de azulejos mudéjares, lucen *tiestos* de enredaderas y frondosas macetas de claveles.

El cuadro está completamente acabado con la bizarría y buen gusto que sabe hacerlo su autor.

Siento no poderme detener en la reseña de otro lienzo titulado *La batalla de flores*, donde se contemplan los grupos más bellos de la primera, celebrada en Sevilla; pero, como dispongo de poco espacio, quiero consagrarlo al boceto alegórico del descubrimiento de América, que fué expuesto no hace mucho en uno de los sitios más céntricos de la ciudad de la Giralda.

Está inspirada la composición del citado trabajo en la atrevida empresa del piloto genovés y en el sentimiento, altamente cristiano, que le movió á llevar la luz del Evangelio á las regiones que descubriera.

Saliéndose el artista del camino trillado por la generalidad de los pintores *colombinos*, nos presenta la escena en alta mar, destacándose la carabela *San-*

ta María sobre la superficie tranquila del líquido elemento. En el castillo de popa de la famosa nave aparece sentada la Virgen titular cubierta de amplio y vaporoso manto blanco y teniendo en sus brazos al niño Jesús, quien sostiene con sus manecitas el asta del estandarte de la Cruz. Á la sombra del estandarte, cuyos paños henchidos al soplo de la brisa parecen acelerar la marcha de la carabela, se destaca Colón, arrobado en éxtasis profundo y recostado sobre una esfera, tocando con sus manos la tierra presentida objeto de sus ansias y desvelos. Delante de la carabela van tres figuras simbólicas, que representan la luz del Evangelio, la Fe y la Esperanza tan arraigadas en el pecho del ilustre marino. Un geniecillo tiende á los pies de la Virgen María rico tapiz con el escudo de los Reyes Católicos; tres siguen á la embarcación, y un precioso grupo de cuatro más van delante de la misma con atributos alegóricos.

La concepción, como se vé, es seria y original, el color es brillante y todo el cuadro, que está artísticamente sentido, puede decirse que tiene más novedad que cuantos se han pintado referentes á Colón en estos últimos tiempos.

JOSÉ CAÑAVERAL

Hermano del distinguido artista D. Alfonso, á quien ya conocen mis lectores, D. José Cañaveral es también un pintor inspiradísimo, honra de Sevilla, donde nació en 9 de Noviembre de 1833, y digno de su familia, todos cuyos individuos poseen en alto grado las condiciones que distinguen á las razas meridionales; viveza de imaginación, sensibilidad exquisita y privilegiado ingenio.

El padre de estos artistas, vástago de ilustre casa y dueño de una brillante fortuna, consagró gran parte de su vida al cultivo de la literatura; más tarde se aficionó al *bell canto,* poseyendo una magnífica voz que competía con la de Selva, y por último, se despertó en él tal afición á los buenos cuadros, que llegó á reunir una de las mejores colecciones de España, de la cual sacaron obras notables, el marqués de Salamanca, lord Dudley, el infante don Sebastián y el duque de Fernán-Núñez, quien adquirió á buen precio una hermosa tabla del Francia.

El trato que los hijos tuvieron con los grandes maestros que visitaban al padre, despertó en ellos, desde niños, irresistible inclinación al Arte, y, abandonando el D. José los estudios científicos á que en un principio se dedicara, resolvió consagrarse á la pintura, empezando á dibujar con el señor Wssel.

Cuando ya dominaba el dibujo y comenzaba á manejar los colores, se trasladó á Madrid en 1875 para perfeccionarse al lado de D. Federico Madrazo, y después de recibir durante algún tiempo lecciones de este señor, permaneció en la corte varios años, haciendo infinidad de paisajes de abanico, que se admiraron en la famosa Exposición de Hernández, y multitud de cuadros de costumbres andaluzas que le conquistaron justo nombre.

Entre estos cuadros figura el titulado *La Castañera*, que aparece representada en el Postigo del Carbón de Sevilla, y junto á un puesto de hortalizas. La actitud de la gitana que asa las castañas, lo mismo que la de la otra que las está pesando, unidas á la gracia de la joven compradora, revelan hasta en el menor detalle al artista que ha nacido en la tierra de María Santísima.

Otro de los cuadros pintados y vendidos en Madrid al opulento señor Girona, se titula *La Feria de Sevilla*, y es una exacta reproducción de la vida y del movimiento que se observan en la ciudad de la Giralda en esos hermosos días del risueño mes de Abril. Tan bien interpretado está el asunto, y

tal derroche de luz y de colores se contempla en esta obra.

Recuerdo de Galicia fué el primer trabajo que Cañaveral presentó en un Certamen artístico (en el celebrado por la Sociedad de Escritores y Artistas, en el edificio construído por la testamentaría de Aguirre), y á pesar de ser la primera vez que asistió á esta clase de concursos, su obra fué elogiada por todos y premiada como se merecía.

Recuerdo de Galicia es una poética representación del amor al hogar, que tan intenso es en los hijos de esa fértil comarca, y está expresado por un quinto que, cansado y estropeado del camino, se arrodilla al pie de la rústica cruz que hay á la entrada de la aldea.

De las preciosas vitelas ó paisajes de abanico que he citado, sólo diré para hacer su elogio que fueron adquiridos casi todos por la difunta infanta Isabel, la marquesa de Gándara, la condesa de Balbon, embajadora de Portugal en Madrid, la condesa de Almedina y el conde de las Almenas.

Estando todavía en la coronada villa, se dedicó Cañaveral á la imitación de tapices, y entre los muchos que hizo, merecen especial mención los que sirvieron para decorar un gabinete de la residencia en Nierfenburg de la infanta doña Paz, el que le compró el conde de Fuente el Salce y, últimamente, los que se hallan adornando un salón ojival del Casino Militar de Sevilla, donde también existen dos

arañas, una gótica dorada y la otra mudéjar de hierro dulce, dibujadas y dirigidas por él.

Uno de los mejores tapices de este Casino es el alegórico de la conquista de Granada, representada por un doncel, armado de punta en blanco, que se apoya sobre el escudo de los Reyes Católicos y tiene á sus pies el Corán atravesado por una daga que sujeta un listel con el *Ave María*. Á lo lejos se distinguen los muros y torreones de la pintoresca Granada; y la orla, que es de una rica labor mudéjar, está ilustrada con el «Tanto Monta,» con las iniciales de Isabel y Fernando y con la fecha de la rendición.

Desde el año 86 reside mi biografiado en la clásica ciudad de la Giralda donde ha pintado y vendido para Inglaterra y New-York diferentes cuadros de fiestas del país, muchos lienzos religiosos para templos y oratorios particulares, y algunas cabezas de tipos de la tierra, como la que posee con gran estima el Sr. D. Juan Rózpide.

También ha hecho varios retratos, que son notables por la verdad con que están ejecutados, y hoy es una de sus especialidades los cuadros de flores, sobre todo los de claveles, de los que he visto algunos que no es fácil encontrarlos iguales.

Los verdaderos méritos del Sr. Cañaveral no podían ser desconocidos por sus inteligentes paisanos, y á esto obedece el que la Diputación provincial le haya encargado de una de las clases del Museo que más requisitos pueden exigir en las condi-

ciones del profesor: la clase de señoritas, para la que reune singulares dotes, dada su educación artística y social.

Después de escrita esta biografía, he leído en las columnas de *El Noticiero Sevillano* correspondiente al día 24 de Diciembre de 1894:

«Ayer tarde dejó de existir, víctima de agudísima y larga dolencia el Sr. D. José Cañaveral y Pérez, hermano de nuestro querido compañero de redacción, D. Manuel.

Era el Sr. Cañaveral uno de los pintores distinguidos de la escuela sevillana, en la que se había creado un nombre estimado. En la pintura de tapices creó una especialidad, por el dibujo y colorido correcto y bien entonado.

Recientemente avaloróse con su firma los tapices que adornan el gran comedor de la fonda de Madrid.

La enfermedad crónica que le ha llevado al sepulcro impidió al Sr. Cañaveral desarrollar todas sus aptitudes y ocupar el puesto que, por sus condiciones, mereció en el mundo artístico.

Últimamente desempeñaba una cátedra en la Escuela de Bellas Artes, cátedra que tuvo que abandonar para atender al cuidado de su salud, cada día más quebrantada por la traidora enfermedad que al cabo le ha vencido.»

SALVADOR CLEMENTE

Hace muchos años que vive este pintor en la hermosa ciudad de Sevilla, y lo menos doce que no ha salido, apenas, de ella, por lo que viene formando parte de la ilustre pléyade de artistas hispalenses, aunque haya nacido en Cádiz, donde vió la luz primera en el año de 1859.

Estudió primero en la Escuela de Bellas Artes de su pueblo natal, ganando muchos premios por sus adelantos, y más tarde fué á París en donde recibió lecciones de M. Leon Bonar y de D. Francisco Domingo, regresando por último á España y estableciéndose definitivamente en Sevilla desde 1880.

Los trabajos favoritos de D. Salvador Clemente fueron siempre los efectos de luz, y aunque cultiva otros géneros, es hoy una notabilidad en los fondos de sol, por los cuales ha merecido tantos y tan repetidos elogios de la prensa, que al hacer la descripción de sus mejores cuadros casi me basta co-

piar los juicios emitidos por algunos de los muchos periódicos que en ellos se han ocupado.

La obra que más nombre le empezó á dar fué un cuadro que pintó inspirándose en la poesía de Becquer y que tituló *Volverán las obscuras golondrinas,* acerca del que decía lo siguiente el *Boletín Gaditano*, en su número del 24 de Julio de 1882:

«.....empapado en el pensamiento ajeno lo ha idealizado con su pincel.

Sirviéndole sólo la Naturaleza de forma de expresión, la idea brota en el ambiente, engriéndose en el conjunto, admirando cómo se prestan el color y el dibujo á hermosear el perfecto maridaje de la poesía y la pintura. No ha necesitado de una figura para expresar el sentimiento que rebosa la rima de Becquer, y esto es tan peligroso por cuanto como dice Houssaye—la Naturaleza sin el hombre es inanimada.

Yo no sé por qué miramos el cuadro entristecidos. Allí vibran el aire y la luz; la Naturaleza se ofrece graciosa y rica en las golondrinas y las madreselvas, el color es vivo; se ha prodigado tal lujo de detalles en el balcón, donde se hacen los nidos y en los torreones por donde trepa la enredadera, que parece que se ha buscado lo más hermoso para seducir al pensamiento, apartándolo del ideal; y sin embargo, y á pesar del ambiente, de la luz, del color y del dibujo, aquel lienzo es melancólico, como la poesía en que se ha inspirado. El pintor ha sentido como el poeta.

De inspirada fantasía debe calificarse esta poética obra del Sr. Clemente, en la cual revela la exuberante riqueza de los colores de su paleta y la más rigorosa corrección en el dibujo.»

Así se explica que le hayan encargado tantas copias de este cuadro, del que está haciendo todavía una, que le han pedido desde Uruguay.

Acerca de otro cuadro, titulado *Rosas del tiempo,* dice un diario de Sevilla que «el autor ha representado en el lienzo uno de esos tipos de mujer que revelan el doble origen musulmán y cristiano, que tan escasos van siendo ya en las hijas del suelo andaluz. Se halla sentada negligentemente y tiene sobre la falda, de un rico traje blanco, lindas rosas de variados colores. En su pecho, oprimido suavemente por la clásica mantilla de terciopelo negro con vueltas rojas, se destaca otro precioso ramo de flores, que sus diminutas manos tratan de arreglar en caprichoso desorden, y su rostro animado por una expresión de voluptuosa coquetería y sombreado por los rizos de su negra cabellera, que se apresuran á velar su frente, sonríe graciosamente.

Lo correcto del dibujo y el tono y colorido de este lienzo revelan maravillosos adelantos en el arte pictórico.»

Muchas son las revistas artísticas y no pocos los periódicos de información que, como ya he dicho, han dedicado con frecuencia algunas líneas al laborioso Clemente. Y ya que no me es posible reproducir los juicios de todos ellos, no quiero de-

jar de copiar los de algunos, que son los más concisos.

El Defensor de Granada núm. 750, dice: «En el Estudio de Clemente.—Hemos tenido el gusto de ver los cuadros y apuntes que el notable artista sevillano ha hecho durante el tiempo de su permanencia en Granada y en todos ellos se revelan sus condiciones de gran colorista.

Tres fondos de importancia y algunas tablitas de menor tamaño, son los estudios del natural que llevará consigo al ausentarse de nuestra querida Granada.

Entre los primeros hay una pintoresca calle de las varias que se derivan del cerro de los Mártires, y llegan á la de los Molinos; el conjunto de casas no puede ser más artístico y original; la luz vivísima del estío se halla estudiada con demasiado cariño, casi con alguna dureza para quien no haya vivido bajo este cielo.

Otro fondo, quizás el mejor y más luminoso y fino de tonos, es el que recuerda una de esas callejas de nuestros barrios extremos, en que á través de chumberas y toscas tapias se ven casitas de pobre, pero de precioso aspecto.

Por último, un recuerdo del Albaicín es el tercero de los notables estudios; un conjunto de árboles y tapias de esos pequeños huertos que se destacan encima de los caballetes de los tejados, como contradiciendo las leyes de la estática, y son tan característicos de Granada, aparecen en ese fondo, di-

bujados con tanta exactitud, coloridos con tal verdad, que la ilusión es completa».

El Figaro, en su núm. 597, se expresa en esta forma al tratar del cuadro titulado *Los Pavos:*

«El cuadro recientemente concluido por D. Salvador Clemente, y que lleva por título el que encabeza estas líneas es, sin duda, uno de los más poderosos sostenes de su reputación, obtenida al precio de sus grandes aptitudes y de sus no menores esfuerzos.

Es el Sr. Clemente un pintor de tanta conciencia que no olvida un detalle ni deja de utilizar todos los medios en cualquiera de sus obras; creeríase que hasta en sus trabajos de menor importancia juega su reputación. En el que hoy ha terminado da evidente prueba de lo que decimos, porque está hecho con cariño y con un deseo manifiesto de no dejar á los inteligentes nada que hablar en su contra, que parece haberlo pintado á presencia de los críticos más exigentes á quienes debía contentar, ó que es el último que pinta y quiere echar en él el resto, como suele decirse.

No es raro que tanto admiren los cuadros de este autor, si se tiene en cuenta que él, á diferencia de otros muchos, ha tomado su profesión en serio, como una carrera dificilísima».

Además de los mencionados ha pintado, entre otros muchos, los siguientes: *Últimas notas*, vendido en Montevideo en dos mil duros; *La Tarde*, adquirido en 8.000 pesetas por el presidente de la

República del Uruguay D. Julián Herrera; *La feria de pájaros*, que es un primor de color y de ejecución; dos tablas, representando *Recuerdos de la feria de Sevilla*, vendidas en Londres á Mr. Arthur Tooth; *Bajo la parra*, adquirido por Mr. London Snowden, Ministro Plenipotenciario de los Estados Unidos de América en Madrid; *Costumbres andaluzas*, comprado para Berlín; *La vuelta al Cielo; Palique; La merienda* y varios, menos importantes, que vendió á buenos precios.

Petenera fué el nombre que puso á uno de sus más lindos cuadros y al tratar de él la prensa, se expresaba así el diario sevillano *La Andalucía*, en su número 8476: «No es una figura justa de color, correcta de dibujo y desposeída de expresión, que no revela el genio del pintor, sino su talento cuando más; es el amor que canta por boca de una morena hermosísima, rodeada de todo el misterio y de toda la poesía de que sólo un artista es capaz; es una creación; por eso Clemente es, además de pintor, artista; sabe dibujar, sabe pintar, posee el medio, pero además sabe sentir, sabe crear».

Si fuera á enumerar y describir todos los cuadros de este artista, tendría material para llenar muchas páginas; pero baste decir que su fecundidad está en relación directa de ese genio que todo el mundo le reconoce.

JOSÉ GARCÍA RAMOS

El que ha sabido reproducir en sus cuadros una Andalucía característica y verdadera, el original pintor de las tradiciones y costumbres sevillanas, D. José García Ramos, nació en en la hermosa patria de Murillo en el mes de Marzo de 1852. Á los nueve años de edad empezó sus estudios elementales de dibujo en la Escuela provincial de Bellas Artes. Sus escepcionales dotes y su laboriosidad hicieron que no tardara en sobresalir entre sus compañeron y en poco tiempo ganó un puesto de distinguido en la clase de natural y colorido, de la que era profesor el ilustre artista D. Eduardo Cano.

Suspendidas las clases oficiales durante la revolución de 1868, pasó García Ramos á continuar su aprendizaje al lado del ya célebre D. José Jiménez Aranda, y bajo la dirección de éste dió á conocer sus primeros cuadros, que hicieron concebir grandes esperanzas por las singulares aptitudes que en la carrera emprendida revelaba el joven artista.

En un corto número de años había llegado á dominar casi por completo la pintura y sólo necesitaba hacer algunos viajes para educar su gusto y perfeccionarse por completo; pero sus padres tenían una posición muy modesta y les era casi imposible sufragar los gastos que necesariamente había de ocasionar en sus excursiones.

Por el año de 1872 tuvo Jiménez Aranda que marchar á Roma, y deseando llevar con él á su discípulo, le aconsejó que solicitara de la Diputación provincial una de las pensiones que este Centro suele conceder á los jóvenes más aventajados en la carrera del Arte. García Ramos no contaba con más recomendación que sus propios méritos y su amor al trabajo, y como carecía de protectores que apoyasen su justa pretensión, no le fué concedida la pensión solicitada, y sus honrados padres tuvieron entonces que hacer grandes sacrificios á fin de reunir la suma necesaria para que su hijo pudiera permanecer en el extranjero un tiempo limitadísimo.

Una vez en la Ciudad Eterna, aunque tuvo que luchar con la influencia del clima, poco favorable á su salud, consagrando su vida al trabajo, logró vencer el principal obstáculo que se oponía á su brillante carrera, y pintando infinidad de cuadros, que vendía fácilmente, le fué dado costear sus gastos con el fruto de su pincel y prolongar su estancia en aquel centro del arte antiguo y moderno á donde afluyen diariamente artistas de todo el mun-

do, ansiosos de conocer las obras maestras y de recibir nuevas y grandes inspiraciones.

Entre los muchos cuadros que pintó en aquella época, figuran, en primer término: *La salida de un baile de máscaras,* y *El primer ensayo,* asunto de teatro.

En el año de 1877 visitó á Nápoles y á Venecia, donde hizo varios trabajos, y de regreso en Roma terminó una de sus obras más notables, que tituló *El Rosario de la Aurora,* adquirido por la casa de Goupiel y compañía, de París, y entabló á la vez relaciones con la importante casa de Mr. Arthur Zooth, negociante de cuadros en Londres, para donde vende á buenos precios casi todas sus producciones.

El pintor hispalense se había convertido en un maestro, y cansado de estudiar las obras clásicas y de contemplar grandezas muertas ó ruinas ennegrecidas por el tiempo, decidió volver á España, regresando en 1882 á la alegre ciudad que le vió nacer, en donde fijó desde entonces su residencia, dedicando su paleta y su talento al género puramente de costumbres y tipos sevillanos, en los cuales es hoy una especialidad.

Aunque sale poco de Sevilla, no deja de hacer algunas expediciones á las capitales más pintorescas de Andalucía, como lo demuestra su viaje á Granada, en 1883, del que son fruto sus cuadros titulados *Los Novios, El patio del Generalife, La boda* y *La despedida del contrabandista.*

Aparte de las envidiables cualidades que tiene como colorista y dibujante, contribuye á que sus obras no resulten amaneradas, el buen gusto que le distingue para la elección de modelos, entre los que escoge siempre á los jóvenes más apuestos, á los viejos más nobles y simpáticos, y á las mujeres más graciosas y encantadoras. Para el fondo de sus lienzos busca los rinconcillos más caprichosos, ó los paisajes más llenos de poesía, resultando de aquí que la Andalucía que él pinta tiene todo el encanto de la originalidad.

Al contrario de esos artistas, quienes apenas principian á pintar se afanan porque sus cuadros figuren en cuantas Exposiciones se celebran, García Ramos era universalmente conocido cuando concurrió por primera vez á esta clase de certámenes, enviando á la Exposición oficial de Madrid de 1884 un precioso dibujo á la sepia, titulado *El secuestrador,* que fué premiado con una tercera medalla.

He visto una copia de este trabajo y á mi modesto juicio, habrá muy pocos que le aventajen, en su género, pues si correcto es el dibujo, la composición es atinadísima y el conjunto admirable. El aspecto estrafalario y el rostro siniestro del secuestrador, así como las majestuosas figuras de los guardias que lo conducen, no pueden ser más típicas ni estar mejor presentadas.

Este mismo dibujo volvió á ser premiado en la Exposición Universal de Barcelona de 1888.

En el año anterior, ó sea en el 87, había mandado

á la Exposición de Madrid otro cuadro titulado *La Jitana,* de tamaño natural, de medio cuerpo, y en la que se celebró en la misma corte en 1890, figuraron: un cuadro al óleo con el título *¡Fué un artista!* y además, los originales de varias aguadas y dibujos á la pluma, pertenecientes á la obra ilustrada por él, y escrita por el inspirado poeta Mas y Prat, *La tierra de María Santísima.* Estos trabajos obtuvieron por unanimidad medalla de plata, y el primero fué comprado después por la Diputación provincial de Barcelona con destino á su Museo moderno de pintura.

Octavio Picón y el Conde de San Román, en el libro que publicaron con motivo de aquella Exposición, se expresaban así, acerca de estos trabajos:

«Á la presente Exposición han enviado los originales de los dibujos que ha hecho para ilustrar la obra de Mas y Prat, *La tierra de María Santísima,* dibujos que si son habilísimos en cuanto á la ejecución, todavía son más dignos de elogio por lo bien que reflejan lo que es la vida popular en la hermosa región que los ha inspirado.

El cuadro *¡Fué un artista!* que también ha enviado, representa un pobre músico callejero que toca la flauta, mientras colgado por el barbuquejo al brazo, presenta el sombrero donde quiere que le echen la limosna.

La figura está bien sentida; aquel hombre á quien conocen todos los sevillanos, inspira lástima; pero principalmente debe ser considerada como una

hermosa muestra de lo que García Ramos vale como dibujante.»

En estos últimos años ha terminado varios interesantes y acabadísimos cuadros, entre los que se encuentran los titulados: *Se aguó la procesión*, *Mucha luz*, *En mi estudio* y *El constructor de imágenes*, que han merecido los mismos aplausos que cuantos salen de su mano.

En la, para los pintores, célebre calle de Gerona, tiene actualmente su estudio lleno de bocetos, apuntes y fotografías de los cuadros vendidos, y, allí, entre azulejos árabes, pedazos de alicatado, jarrones orientales, pañolones de Manila y mantos de imágenes, ha pintado casi todos esos lienzos que tan bien retratan la alegre vida de las gentes que han nacido en la Ciudad de la Giralda.

Este verdadero artista, gloria de su patria, ha conquistado la fama que hoy tiene, sin que haya obtenido jamás la protección de nadie, y sólo merced á su laboriosidad y á su genio.

JUAN GARCÍA RAMOS

Hermano del incomparable pintor de las costumbres sevillanas, se distingue D. Juan por sus cuadros del mismo género y en ellos ha demostrado tan excepcionales aptitudes, que hoy es una esperanza para el Arte al par que honra de Sevilla, en la que vió la luz.

Nacido en 1856, hubo de revelar desde la niñez sus disposiciones para la pintura, y siendo aún muy joven ingresó en la Escuela provincial de Bellas Artes, donde no tardó en descollar por sus rápidos progresos.

Después de ser un aventajado discípulo de don Eduardo Cano, pasó á formar parte de diferentes Centros y Academias, y sus primeros trabajos, en éstas, sólo merecieron elogios de cuantos llegaron á verlos.

Al regresar de Roma su citado hermano D. José, se puso á estudiar bajo la acertada dirección de

éste, y desde aquella época principió Juan García y Ramos á ganar el renombre que disfruta.

Desde entonces solicitan su paleta, con afán, lo mismo propios que extraños; sus obras adquieren cotización elevada en cuantos mercados se presentan, y el Continente Americano se las compra casi todas para hermosear con ellas sus museos. En la República Argentina, en Chile y en América del Norte, especialmente, es raro visitar una galería en que no exista la firma del artista hispalense.

Pero, no satisfecho él con la acogida que el público le dispensa, procura medir sus armas con las de insignes maestros, tomando parte activa en los torneos artísticos, y sus bellísimos cuadros han sido justamente premiados en diferentes Exposiciones, entre las que deben citarse la Regional de Cádiz, de 1879, la Artística de Madrid, del 85 y la última General de Barcelona. En la de Cádiz obtuvo medalla de bronce, por un cuadro de costumbres del siglo pasado; en la de Madrid le premiaron otro lienzo de costumbres andaluzas, que representa un grupo de figuras saliendo de la plaza de toros; y en la de Barcelona fué favorecido su cuadro titulado *Lavanderas en el río Guadaira*, en el que aparecen unas cuantas mujeres lavando sobre la valla de uno de los molinos que bordan el río de este nombre.

Entre los demás trabajos del Sr. García, mencionaré, cuando menos, los que llevan los títulos de *Granada; Gira campestre; Molino de Zacatín; Orillas del Guadaira; La calle Zafra en Granada;*

Lavaderos de la calle Ancha, en Alcalá; La vuelta de la Alpujarra y *Cuesta del aceituncro.*

La vuelta de la Alpujarra, que es una de sus mejores creaciones, tiene por fondo una calle del Albaicín, de Granada. Al pie de característica fuente, se destacan unas cuantas caballerías con mujeres, montadas en hamugas, quienes conversan con los arrieros mientras las acémilas beben; completando el asunto varios chiquillos, que, llenos de curiosidad, observan los trajes y equipos de la caravana.

La cuesta del aceituncro es otra de sus obras más originales, y está inspirada también en la ciudad de la Alhambra. Figura una estrecha y empinada calle á la orilla del Darro: el pavimento es de toscos lanchones, formando gradas, para facilitar el acceso á los transeuntes. Á la derecha, y bajo un doselete, se ve un cuadro del Nazareno, alumbrado por cinco farolillos, entre los que se distinguen dos muletas colgadas en la pared, como signos de algún milagro. Á regular altura existe una pequeña caja ó cepillo para que los fieles depositen la limosna. En una fachada del lado izquierdo hay un hermoso cierro del siglo XVII, con su clásico alero, y más hacia el espectador un balcón lleno de macetas cubiertas de flores. En el centro del cuadro, sentadas y á la puerta de una casa, cosen diferentes mujeres vestidas con trajecillos de percal. Un hombre del país aparece en primer término, de espaldas al observador, y para que

nada falte de característico en tan interesante escena, baja por el arroyo un escuálido perro.

El último cuadro que le vi pintar á D. Juan García, se titula *Una tarde de primavera*, cuyo asunto se desarrolla en los jardines del Alcázar. En el fondo se divisa parte de la fábrica de tabacos, y á la izquierda del lienzo una de las fachadas del pabellón de Carlos V, rodeado de árboles y arbustos, al pie de los cuales florecen multitud de rosales y borlones. En el suelo se ve una sencilla y artística fuente de surtidor, y junto á ésta y á la derecha del espectador aparecen sentadas cinco lindísimas muchachas, que pasan la tarde cantando y riendo, mientras una de ellas ejecuta en la guitarra alguna de esas melodías que constituyen los cantos populares de la original Sevilla.

El dibujo es correcto y valiente, los rostros de las sevillanas están llenos de gracia y en toda la obra hay una gran verdad; siendo el conjunto una preciosa nota de las costumbres andaluzas, á la vez que una muestra delicadísima de las seductoras mujeres de esta tierra.

MANUEL GARCÍA Y RODRÍGUEZ

Hijo de D. Manuel y de doña Gertrudis, naturales de Sevilla, nació este ilustre artista, en la misma capital, en el año de 1863.

La esmerada educación religiosa que recibiera desde niño, despertó sus aficiones á la carrera eclesiástica, y, con este motivo, ingresó en el Seminario, donde principió á estudiar para hacerse sacerdote. Pero su ferviente vocación se fué debilitando con el tiempo, y el joven seminarista pasó de allí al Instituto, en el que siguió estudiando, con gran aprovechamiento, hasta obtener, por último, el grado de Bachiller.

Al par que cursaba las asignaturas del Bachillerato, quisieron sus buenos padres que recibiera, como adorno, lecciones de música y de pintura, y esta enseñanza que comenzó siendo secundaria, concluyó, para él, por ser la principal; sobre todo la del segundo arte, para el que reveló, desde luego, excepcionales aptitudes.

Observando que sus modestos ensayos eran ala-

bados, con entusiasmo, por cuantos peritos los contemplaban, consideró que había dado con la profesión que le convenía, y ya no volvió á pensar en ninguna facultad literaria sino en hacerse pintor á todo trance.

Impulsado por tales deseos, se puso á trabajar bajo la dirección de D. José de la Vega y Marrugal, y después de copiar del antiguo, al lado de este señor, asistió á las clases del Museo, donde tuvo de catedrático á D. Manuel Wssel y á D. Eduardo Cano.

Como la Infanta D.ª Paz le comprase á buen precio su primer apunte, se vió doblemente estimulado para no desmayar en el cultivo de la pintura, y por una circunstancia fortuita, no tardó en dedicarse al género de obras que más renombre le han dado; esto es, al paisaje, pues antes se distinguía en los cuadros de figuras, habiéndole ocurrido con Sánchez Perrier lo que á éste le sucedió con Rico.

Al ver pintar á su paisano uno de esos bellísimos panoramas que tan admirablemente sabe copiar de la Naturaleza, le sedujo en extremo esta clase de trabajos, y desde el año 85 se hizo él también paisajista, siguiendo la escuela de Sánchez Perrier, aunque por un fenómeno extraño conservó su propia personalidad, sin imitar al maestro, teniendo, además, el privilegio, que no tienen muchos, de que su manera robusta sea á la vez fina y delicada, y de que copiando exactamente lo que ve, no vea sino aquello que la Naturaleza tiene de más hermoso.

D. Manuel García y Rodríguez se perfeccionó

enseguida en los nuevos asuntos pictóricos á que hubo de consagrarse, y en la Exposición nacional del 87, se reveló como un genio con su primer cuadro de paisaje, titulado *Orillas del Guadalquivir*.

Tan grata impresión produjo esta obra entre los críticos y aficionados, que antes de que se abriese la citada Exposición se daba ya por cierto, en los estudios y centros artísticos, que en ella figuraría un paisajista nuevo de grandes esperanzas. Así resultó, en efecto: el público corroboró con sus elogios la opinión de los inteligentes, y el jurado otorgó una medalla á *Orillas del Guadalquivir*.

Aquel honroso triunfo alentó al joven artista á concurrir á otros certámenes, y como García y Rodríguez no se duerme en los laureles conquistados, tomó parte al siguiente año en la Exposición Universal de Barcelona, presentando un segundo cuadro con el título de *Sevilla*, que aventajó en vigor y robustez al anteriormente favorecido y fué premiado también con otra medalla.

En la Exposición que se celebró en Madrid en el año 1890, figuró otro cuadro suyo titulado *La Tarde*, con el cual conquistó una medalla de plata, siendo justamente elogiado por nuestros mejores críticos de Arte.

He aquí como se expresaba D. Augusto Comas y Blanco al hablar de tan precioso lienzo:

«Sobre el agua limpia y tranquila como un espejo, refléjase la silueta de los obscuros pinares y los torreones de derruido molino. Unos álamos blancos

se destacan en primer término sobre un cielo plomizo, y unas blancas palomas vienen á ponerse sobre unos pedruscos de la orilla, cortando la línea del horizonte.

El asunto no puede ser más sencillo ni puede estar mejor tratado en su encantadora sencillez.

El paisaje frío y panorámico—sigue diciendo el Sr. Comas—de Nicolás Paussin y el paisaje falso y pretencioso de Cabat, han pasado para siempre.....

El viejo Corot, el que pocos días antes de su muerte estaba aún bajo el quitasol, con su larga blusa y su histórica pipa, copiando del natural con la misma escrupulosidad y con el mismo entusiasmo que en sus primeros años, inauguró la poesía de la verdad en el paisaje moderno.

Unos. como él, hacen más poesía que realidad; otros, y entre ellos está García y Rodríguez, hacen más realidad que poesía.

La Tarde es la realidad copiada por un poeta, y tal vez por esto es una de las notas más finas y delicadas de la Exposición.»

Me faltaría espacio seguramente si fuese á describir ahora todos los cuadros debidos á la paleta de García y Rodríguez. que han obtenido justas recompensas en cuantos concursos han figurado. Mas, ya que otra cosa no sea, no quiero dejar de mencionar los títulos de algunos, por lo menos.

En la Exposición general que volvió á celebrarse en Barcelona en 1891, ocupó preferente lugar el cuadro que se titula *Entrada de una huerta en Sevi-*

lla, que, además de ser premiado como se mereció, fué adquirido por el Municipio de aquella ciudad para el Museo local de la misma; á la vez que su autor obtenía otra recompensa por el lienzo titulado *Sevilla*, en la Exposición internacional de Berlín, donde le dieron un diploma y le compraron su obra para el Estado de Prusia.

Á la Exposición de Madrid de 1892 mandó cuatro lindísimos paisajes, que no fueron premiados; pero como esto suele ocurrir en ocasiones con las obras que más valen, debe importar poco el hecho al que tantas veces ha triunfado del pernicioso favoritismo, y doblemente cuando no tardó en recibir el desagravio en la Exposición universal de Chicago, á la que remitió su cuadro *El Verano*, y en la de Munich, donde figuraron con su firma: *Una calle de Granada*, *Una mañana de Marzo en Sevilla* y *La casa del gobernador de Tánger*.

En la pasada Exposición de Madrid, de 1895, ha obtenido otra medalla de segunda clase por el poético lienzo *La presa del molino*.

El color, el dibujo y la composición en general de sus cuadros llevan constantemente el sello de la magistral ejecución del artista sevillano, del que afirma un compañero suyo que jamás suele mentir: «Dice lo bueno y se calla lo malo, y esta cualidad hace que sus obras gusten por igual al inteligente y al aficionado, pudiendo estar de la misma manera en el salón de alguna Pinacoteca, que en el gabinete de la dama más distinguida y elegante.»

JOSÉ GARNELO Y ALDA

Muy joven, casi un niño todavía y ya ha obtenido primeras medallas por sus magníficos cuadros, mereciendo que su nombre sea bastante conocido y que le hayan tributado justísimos elogios los críticos más severos de España y de otros países.

La Gaceta de Colonia y los principales periódicos de Berlín alaban con frecuencia sus bellísimas producciones; Octavio Picón le consagra algunas páginas en su Catálogo de la Exposición del 90, y *El Resumen*, de Madrid, lo mismo que *El Globo* y otros diarios de la corte, dedican serios artículos á cuanto sale de las manos de Garnelo, hijo privilegiado de la tradicional *Escuela Sevillana*.

Nació este artista en el pueblo de Enguera (provincia de Valencia); pero, en 1868, y cuando sólo contaba un año de edad, fué llevado por sus padres á la ciudad de la Giralda, bajo cuyo hermoso cielo se desarrollaron su espíritu y su cuerpo. Allí empezó á balbucear las primeras palabras, y allí

dió los primeros pasos, en la tostada tierra, y en el campo de la pintura. En Sevilla abrió los ojos á la vida de las ilusiones y el pecho á los halagos del amor, así es, que bien puede decirse, que antes que valenciano es hispalense por educación y por temperamento. Por este motivo le considero andaluz, y le coloco al lado de los sevillanos más ilustres.

La carrera artística de D. José Garnelo y Alda, no pudo ser más breve ni más brillante. A la edad de quince años, principió á estudiar filosofía en la Universidad literaria, y al mismo tiempo á recibir lecciones de dibujo del profesor D. Francisco Requena; más como las horas de unas y otras clases concluyeran por ser incompatibles, viéndose Garnelo en la alternativa de escoger entre la Ciencia y el Arte, se decidió por éste, consagrándole toda su atención y abandonando los estudios científicos; conducta que, felizmente, respetó el autor de sus dias. Dicho señor sabía, por dura experiencia, lo sensible y perjudicial que es contrariar las inclinaciones naturales; sus padres le obligaron á ser médico, cuando él mostraba vocación de pintor y de poeta, y como lamentaba su infortunio, no quiso que á su hijo le sucediera otro tanto; procurando, á la vez, probar todas sus aptitudes, por lo que le hacía modelar y componer versos.

Para nada reveló este tantas dotes como para la pintura, y después de ser discípulo del hoy venerable D. Eduardo Cano, quien iluminó su paleta en esa bendita tierra de la luz y del sentimiento, con-

vertido en un maestro mi biografiado se trasladó á Madrid donde acabó de perfeccionarse en la Escuela superior de Pintura.

Al lado de D. Casto Plasencia, y sobre todo estudiando las obras maestras que atesora el Museo de la coronada villa, consiguió progresar notablemente, dándose á conocer como un talento con su primer cuadro *Adiós por la patria*, acerca del cual se expresa así el distinguido escritor E. Contreras y Camargo.

«Es un lienzo grande, en el que se representa una escena interesantísima. Un ciudadano que, al escuchar la voz de la corneta que llama al combate, coge un fusil y marcha á defender la patria en peligro. Ni súplicas de la esposa, ni el llanto de los hijos, debilitaban el valor del patriota que, sugestionado por un arranque de heroismo sublime, todo lo sacrifica en aras del más grande de los amores. La esposa cae en tierra sobre la cuna del pequeñuelo que, con las manos levantadas, parece pedir al padre protección para los que quedan desamparados, el otro hijo se abraza á sus rodillas, y él, loco, emocionado, enardecido, desatiende súplicas y ruegos, y tendiendo la mano como en señal de despedida, se dirige á la puerta pronunciando la sublime frase. En toda la obra se deja ver la tendencia del artista que, sin buscar recursos, persigue la verdad y la dignifica y la embellece con sus alientos y facultades.»

En el verano de 1886 pasó Garnelo á Montilla, llamado por doña Dolores Moreno, virtuosa funda-

dora del Asilo de ancianos, de aquella población, y por encargo de la ilustre dama pintó en el techo de la capilla (perteneciente al establecimiento) una hermosa alegoría que tituló *Un canto á la Virgen.* Las enjutas están adornadas por los cuatro Evangelistas y en el presbiterio se destaca majestuosa la figura del Creador.

Este trabajo, para el que hizo muchos estudios de composición y factura larga, ha sido comparado por un crítico á los preciosos frescos de Sanzio, «existiendo trozos dignos de Rafael por la dulzura mística de su concepción, pintados, sin embargo, con toda la energía y colorismo que son la nota característica de las obras de Garnelo.»

Terminada que fué la decoración de esta capilla, regresó Garnelo á la *Ciudad de San Fernando*, y en el corto tiempo que faltaba para la Exposición del 87, concibió y puso por obra el soberbio lienzo *La muerte de Lucano*, que obtuvo medalla de plata y fué adquirido por el gobierno, con destino al Museo del Prado, donde figura entre los colosos del Arte.

Al anunciarse las oposiciones para cubrir la plaza de pensionado en Roma (que costea la Academia Española), volvió D. José á Madrid para medir sus fuerzas en el singular torneo, y como era de esperar, triunfó en toda la línea, marchando acto seguido á la Ciudad de los Césares.

Durante cuatro años pudo dedicarse á la contemplación de tanta grandeza muerta como atesora

la famosa Italia, estudiando en unas partes los reflejos de la belleza griega, en otras la hermosura de las venecianas ó el carácter de los florentinos, y por último, cuanto de bueno existe en la región meridional y en la septentrional de aquella península, coronando sus excursiones artísticas con un viaje final, por Austria y Alemania, del que sacó no poco fruto.

El primer cuadro reglamentario que mandó á la Academia de Bellas Artes en su calidad de pensionado, lleva por título *La madre de los Gracos*, y fué premiado en aquella ocasión, como lo ha vuelto á ser en el último certamen, donde ha obtenido primera medalla, al par que justísimos encomios y unánimes aplausos.

El segundo envío consiste en una copia del cuadro de Botticelli, *La Primavera,* que es una maravilla artística, realzada por el pincel del insigne copista.

No obstante estas y otras brillantes muestras de su genio, el cuadro que le ha dado mayor popularidad es, sin duda alguna, *El duelo interrumpido*, inspirado en la capital de Francia por la variedad de escuelas y modernismos que contempló en sus museos, entre el bullicio de la última Exposición de París.

Paseaba con su padre por el bosque de Bologne cuando se le ocurrió la idea de representar una escena dramática moderna en un lienzo de grandes dimensiones. La consultó con aquel, su mejor com-

pañero, y como éste aprobase el proyecto, dió principio á su trabajo tan pronto como regresó á Roma.

Á *regaña dientes* del director de la Academia Romana, quien se oponía á que pintase más cuadros que el reglamentario, terminó al fin su admirable obra, y con fundadas esperanzas la remitió en seguida á la Exposición del año 90.

El duelo interrumpido fué un acontecimiento en aquel concurso. Se admiró y elogió por todos los inteligentes: se discutió mucho en el Jurado, parte del cual quería darle una primera medalla, y después de un reñido combate, se le adjudicó un segundo premio por las escrupulosidades de unos jueces faltos... de valor para prescindir de ciertos convencionalismos académicos.

Á pesar de todo, no ha podido ser más grande el triunfo conquistado por Garnelo, pues la deficiencia de los jueces ha sido compensada por el éxito extraordinario que aún sigue teniendo la obra, la que ha recorrido y recorre las principales capitales de Europa, dando á su autor merecido renombre y considerable utilidad.

Sin perder su propiedad, y con un seguro de 12.000 duros, entregó el citado cuadro á una empresa de industriales, y estos se encargan de explotarlo por todo el Viejo Mundo, con la obligación de entregar á Garnelo la mitad de los productos que rinda la exhibición de *El duelo interrumpido*, el que ha rentado ya una fuerte suma.

Su aversión al amaneramiento que produce el

encastillarse en una tendencia determinada y el deseo de finalizar el plazo de la pensión con una obra de gran estudio, decidió á mi biografiado á emprender un cuadro de distinto género que el anterior, tomando el asunto del descubrimiento de América.

Después de luchar con grandes dificultades, entre otras la no pequeña de caracterizar las razas, á fuerza de trabajo y de talento, pintó un soberbio cuadro, que, con el título de *Colón obsequiado por los indios*, figuró brillantemente en la Exposición de Madrid del 92, y más tarde en la de Chicago, donde obtuvo justa recompensa. Á este certamen mandó también otros cuadros de género moderno, cuyos títulos son: *La suicida, Un inglés, Duda, Pudo ser ministro, Un interior de San Marcos de Venecia,* y *Después de Monte-Carlo.*

Además de los cuadros citados y de otros muchos que figuran en la Escuela de Bellas Artes de Madrid y en poder de particulares, han salido de su paleta el célebre de *La Cornelia*, que se conserva en el Ministerio de Estado (después de ganar un primer premio en la Exposición madrileña del 93); *La Dolores*, propiedad de la Infanta Isabel; *Arrepentida*, y *Un anacoreta*, obra de tamaño natural, que existe en el Museo de Sevilla; habiendo sido su adquisición, por aquel Centro, el primer rayo de luz que animó las aspiraciones y el entusiasmo del entonces reciente artista.

La fecunda inspiración de Garnelo es tan infatigable y prodigiosa, que desde que se abrió la Ex-

posicion Internacional hasta el día de hoy, en tan poco tiempo, ha pintado ya tres cuadros bellísimos, destinado uno de ellos al Museo de Munich, y los otros dos á una biblioteca de Londres. Se titulan estos últimos *Aspasia y Pericles* y *Veturia y Coriolano*, y el primero, ó sea el que fué á Munich, *Una lectura del Quijote.*

Acerca de este lienzo decía la prensa de Madrid (apenas se terminó) que «es el más notable de sus últimos trabajos. Tres mosqueteros y dos damas saborean una de las páginas más geniales de la obra inmortal. Mientras uno lee, escuchan con atención suma los otros, y la impresión que la lectura causa en el ánimo de cada uno, hállase reproducida en su semblante de un modo magistral.

Especialmente las figuras de primer término, en una de las cuales, á más de la expresión ha vencido dificultades de color muy dignas de tenerse en cuenta, y la del que en segundo lugar inclina la cabeza para no perder una sílaba de la lectura, están pintadas de modo imponderable.»

Si dispusiera de más espacio transcribiría las opiniones de otros críticos acerca de las demás obras de Garnelo, y dedicaría á éste algunas líneas más de mi cuenta, que bien merece ser ensalzado el que ha conseguido elevarse, hasta competir con los mejores artistas, explotando con laudable constancia la mina inagotable de su talento.

JOSÉ JIMÉNEZ ARANDA

Entre los muchos ingenios que, en el momento de naufragar, debieron su salvación al oportuno auxilio del tantas veces ilustre D. Eduardo Cano, figura en primera línea el inspirado y original artista D. José Jiménez Aranda, cuyos cuadros son universalmente conocidos, no sólo de los inteligentes que se apresuran á contemplarlos, apenas reciben la última pincelada, sino del público todo que forma juicio de ellos por las reproducciones que hacen las principales revistas y periódicos ilustrados.

Hijo del hábil ebanista D. José Jiménez Prieto y de su virtuosa señora doña Rosario Aranda Alonso-Alcocer, nació mi biografiado en la ciudad de Sevilla, en el mes de Febrero de 1837. Cuando aún no contaba doce años, comenzó el aprendizaje de la pintura, por la que sentía especial predilección, y después de recibir algunas lecciones de dos profesores, poco conocidos, entró en el estudio de don Antonio Bejarano, con quien estuvo dibujando el

Antiguo, hasta que se resolvió á pintar por sí sólo «empezando—según él—á dar palos de ciego». Más tarde estudió un curso académico de escultura, para la que tambien revelaba grandes aptitudes; pero carecía de constancia y pronto hubo de abandonarla para dedicarse á litografiar santos de batalla; siguiendo así durante algún tiempo, sin saber lo que él valía ni por donde iba, hasta que fué á la capital andaluza el citado Sr. Cano, el cual llegó á tiempo de impedir que aquel talento privilegiado concluyera por extraviarse. Dicho señor comprendió enseguida las excelentes condiciones de Jiménez Aranda, y con el acierto que siempre ha tenido para todos sus alumnos, principió á dirigirle por el verdadero camino, siendo en realidad su primero y único maestro.

Desde aquella época sufrió el joven discípulo un cambio radical; se consagró con fe á los trabajos serios; y en pocos años (cuando él tenía veinte) había hecho notables progresos en el terreno del Arte.

Con fuerzas para volar sin protección extraña, se trasladó á Jerez de la Frontera, donde conoció á su esposa, y, casado con ésta en 1868, hubo de establecerse en Madrid, ansioso de examinar las bellezas que atesora el Museo del Prado, en el que le encantaron los cuadros de Velázquez, que fueron para él como una revelación.

Jiménez Aranda no ha sido pensionado jamás por persona ni corporación alguna; todo se lo debe á sí mismo; desde niño ha vivido del producto de

sus trabajos, y como estos le dieran lo suficiente para sostenerse y sostener á su familia, no sólo ha podido mantener á sus padres siempre al lado suyo, sino que sus pinceles le han facilitado, al par, los recursos necesarios para hacer importantes excursiones artísticas y dedicarse al estudio de las obras maestras, del que son hermoso fruto sus bellísimos cuadros; todos originales, porque el pintor sevillano no ha copiado jamás lienzos de otro.

A los tres años de estar en la corte, ó sea en 1871, hizo su primer viaje á Roma, llevando consigo á sus padres y hermanos, á más de su mujer y tres hijas. Allí pudo contemplar las inmortales obras que existen en templos y museos, y en 1874 regresó á España, permaneciendo un año en Valencia, desde la que pasó á Sevilla. En ésta hizo estación hasta el 81 en que partió para la capital francesa (seguido igualmente de todos sus deudos, excepto sus padres que habían fallecido), y en el 90, volvió á Madrid, donde continuó ganando mucho dinero y no poca fama, hasta hace pocos años que regresó definitivamente á su ciudad natal.

Sus cuadros valen miles de duros; pero como tienen muchos golosos, salen de su casa tan pronto como están terminados, para honrar, con la firma que llevan al pie, las colecciones más suntuosas de la península y del extranjero.

Cuanto hace su mano lleva el sello de la perfección, y si os proponeis analizar cualquiera de sus producciones no sabreis que admirar más, si la

acertada composición, la valentía del dibujo, ó la riqueza de los colores. Sin embargo, consultad el parecer del autor y habrá de deciros que no ha quedado satisfecho; porque lo que él concibe es todavía superior á lo más perfecto que se puede hacer con los elementos de la Naturaleza.

Jiménez Aranda figura hoy entre las glorias de la patria, y merced á su paleta es uno de los soles más resplandecientes del arte contemporáneo.

Sería, tras de inútil, pretencioso, hacer la descripción y crítica de los sublimes cuadros que ha pintado; éstos son conocidos de cuantos rinden culto al bello Arte, y hasta la hora presente, sólo han merecido entusiastas elogios. Por tales razones me limitaré á recordar los títulos de los siguientes: *Un sermón en el patio de los Naranjos de la Catedral de Sevilla*; *Un lance de las corridas de toros; La carta de recomendación*; *Dios guarde al Rey N. S.; La lectura de «La Gaceta»*; *El recomendado; Los murmuradores*; *Que viene el capitán; La presentación*; *El café; Una desgracia; La partida perdida*; *¿Quién engañará á quién?; Los últimos recursos; El día del Santo*; *Los políticos; El santero; El barbero en lunes; Consumatum est; Los bibliófilos; Abrid en nombre del rey; La consulta al abogado; Noticias de la guerra*; *Inválidos de la primera República* y *La visita del novio*, la mayoría de los cuales han obtenido los primeros premios en cuantos certámenes han figurado.

Si algún lector no ha tenido la suerte de contemplar esas bellísimas creaciones, consulte las crí-

ticas de pintura de *La Ilustración Española y Americana*, ó de cualquiera revista profesional, y me dará la razón cuando vea lo que dichos periódicos afirman de todas y de cada una de las obras mencionadas.

He aquí como se expresa la citada *Ilustración* al tratar de *¿Quién engañará á quién?* «Es un lindísimo cuadro de género, de composición admirablemente dispuesta, de fino dibujo y color, de accesorios característicos, y su asunto no pide explicación de ninguna clase porque el observador lo comprende en el acto de mirar al cuadro.

¡Qué expresión en el semblante del leguleyo y en la actitud de los que le consultan! ¡Qué riqueza de detalles en los trajes, en los muebles, en los empolvados legajos, en el armario de enrejado de alambre! Y para que nada falte con relación á la época, una imagen de la Soledad alumbrada por sedienta candileja, preside á la intencionada escena».

El mismo autor de estas líneas, Sr. Martínez de Velasco, dice al hablar del hermoso cuadro titulado *Una desgracia*, y premiado con medalla de oro en la Exposición de Madrid de 1890.

«El asunto es dolorosa escena que ocurre con lamentable frecuencia: un albañil se ha caido del andamio en que trabajaba, revocando la fachada de una casa en construcción, y los transeuntes se agrupan alrededor del desgraciado para socorrerle y compadecerle.

»Jiménez Aranda (ha escrito en este periódico el concienzudo crítico D. Federico Balart, en su es-

tudio de la Exposición nacional de Bellas Artes) prueba, mejor que otro alguno, lo que vale la reunión de las principales cualidades artísticas. Sus asuntos predilectos son humildes y hasta vulgares, pero siempre pictóricos; su composición es sencilla casi siempre, pero siempre clara y acomodada al asunto; sus personajes siempre están bien caracterizados, y la expresión que les presta nunca resulta fría ni en desacuerdo con su índole ni con su situación; su modelado nunca es falto de solidez; su claro obscuro va en ocasiones desde el blanco hasta el negro, pero jamás confunde los valores correspondientes á los distintos planos de la composición; por último, su colorido es justo, sólido y sin notas discordantes. Además, todos los cuadros llevan el sello de su personalidad, desde el característico retrato de Núñez de Arce, hasta la composición titulada *Una desgracia*. Toda esta suma de buenas cualidades hacen del Sr. Jiménez Aranda un maestro de su género. En los dominios elegidos por su talento es señor absoluto.»

Juicios tan favorables y aún más encomiásticos que los transcritos han merecido todos los trabajos de este eximio pintor, quien tantos laureles ha conquistado en su brillante carrera artística. Mas como sería interminable mi trabajo si fuese á transcribirlos todos, hago aquí punto final, porque Jiménez Aranda es ya más que conocido, y sus triunfos no necesitan pregonero.

LUIS JIMÉNEZ

Aunque hijo ilustre de España, el célebre autor de *La visita al hospital*, es más conocido y justamente admirado en la vecina República y en las demás naciones cultas, que en la hermosa patria donde vió la luz y donde empezó á dar los primeros pasos de su brillante carrera artística.

Hermano del famoso J. Jiménez Aranda, nació en la ciudad de Sevilla en 1845, y al cumplir los doce años principió el aprendizaje del dibujo, bajo la dirección de su hermano, y asistiendo, á la vez, á las clases del Museo, donde fué discípulo de don Eduardo Cano, en la de Colorido y Composición.

Como ya existía un pintor en la familia, sus padres miraron con disgusto las inclinaciones de Luis por el cultivo de la pintura, y hubieran deseado mejor verle consagrarse á otra profesión cualquiera; pero, contra la voluntad de todos, él siguió dedicándose á la carrera del Arte con gran aprovechamiento y á los veintiun años de edad pasó á Madrid, lleno

de ilusiones, para estudiar la Exposición de Bellas Artes, en que figuraba el magnífico cuadro de Parmaroli, *La Capilla Sixtina.*

Al contemplar las obras de aquellos maestros, sintió, como era natural, vivos deseos de igualarlos, y, considerando que en Sevilla le era imposible adquirir la perfección que deseaba, resolvió separarse de las personas para él más queridas y marchar á Roma, donde van á inspirarse los verdaderos gigantes, emuladores de Rafael.

Mas le faltaban recursos materiales para costearse el viaje y cubrir las necesidades de la vida, en la monumental ciudad de los Césares, y, fácilmente habrían fracasado sus propósitos, si la casualidad no le deparara un inesperado protector.

Éste lo fué un señor de Sevilla, de apellido Bon, quien se comprometió á pasarle una pensión de 15 duros mensuales, durante cuatro años, á cambio de cuatro cuadros que Jiménez le debía pintar.

Con estos pequeños recursos salió nuestro artista de su ciudad natal, acompañado del insigne Villegas, y después de permanecer siete meses en Madrid, estudiando las obras de Velázquez, y haciendo unos bocetos del Quijote, que le compró Tamberlik, marchó á la Ciudad Eterna, en Junio del 68, habiendo hecho antes un retrato del Duque de Valencia, el cual le encargó dos trabajitos más para que se los hiciera en Roma.

Una vez en la capital de Italia, quiso D. Luis Jiménez dedicarse de lleno á los cuadros de Histo-

ria, que le enseñó á sentir su maestro Cano; pero la falta de recursos y la necesidad de pintar cuadros de fácil venta con que atender á sus gastos más precisos, le impidieron realizar sus aspiraciones con la tranquilidad y holgura que requerían, y en los primeros meses apenas tuvo tiempo más que para ejecutar algunos cuadritos con asuntos de la época de Luis XV y Luis XVI. Apesar de todo, el joven artista, deseaba cumplir dignamente el compromiso que contrajera con el Sr. Bon, y con este fin dió comienzo á un precioso cuadro con figuras de medio tamaño, que había de titularse *Italianas en la escalera de la plaza de España.*

Ésta iba á ser su primera obra de pensionado y por tal razón quería esmerarse en ella, para, que al ser expuesta en Sevilla, pudieran apreciar sus paisanos los grandes adelantos realizados por él. Pero sus nobles intenciones se veían contrariadas, porque al mismo tiempo que trabajaba en él, tenía que trabajar en otras obritas para unir sus productos á la escasa pensión y costearse con ellos modelos y colores, en una época en que los negocios de pintura estaban paralizados á consecuencia de la guerra franco-prusiana.

No obstante tales contratiempos, Jiménez Aranda continuó en Roma hasta la terminación de aquellas sangrientas luchas, y como al finalizar éstas volvió á resucitar el comercio de cuadros, consiguió vender algunos lienzos, y después de terminar el de las *Italianas*, regresó por primera vez á España en 1871.

Al pasar por la capital de Francia vendió á la casa Goupil varios cuadros que traía con ese objeto, y al ver los representantes de dicha casa el que venía destinado al Sr. Bon, se lo compraron también en 2.000 francos, cantidad que recibió su protector de manos de Jiménez, tan pronto como éste llegó á Sevilla.

Vuelto á Roma por segunda vez, permaneció allí hasta el 1876, y en esta fecha trasladó su residencia á París, donde se ha establecido definitivamente, pasando los veranos en Pontoise, en el que hace la vida del campo, empleando el día en pintar al aire libre escenas de costumbres campestres.

Durante los años que lleva de residencia en París ha sufrido una completa transformación en el género de asuntos que cultivaba en Roma. El inspirado pintor de género es desde hace tiempo uno de los astros más brillantes de la preponderante escuela moderna, en la cual puede decirse que hizo su entrada con el admirable cuadro *Una sala del hospital al hacer la visita el médico en jefe*, (acompañado de los alumnos de la clínica), obra inapreciable que no necesito describir ni encomiar, porque se ha reproducido en infinidad de periódicos ilustrados, y porque basta con decir que ha obtenido medallas de honor en la Exposición de París de 1889 y en la de Berlín de 1891.

Además de este gran lienzo se deben á la paleta de Jiménez los siguientes cuadros, verdaderas obras de arte todos ellos: *Galantería andaluza, Las niñas*

casaderas, Los tambores de la república, La antecámara de un ministro y *Los juegos florales*, en tamaño pequeño, siendo el último el más importante.

En el género moderno ha pintado también los titulados: *El desayuno de los campesinos, Los enamorados, El mercado de trapos viejos del Temple, El retrato de M. Duvernoy, profesor de piano del Conservatorio de París,* y *Campesina Picard*, que fué premiado en el Salón de París en 1887.

Cada uno de estos trabajos ha sido un glorioso triunfo para su laborioso autor, y hoy figura éste por derecho propio á la cabeza de nuestros maestros, siendo á la vez caballero de la Legión de Honor, gracias á su talento de preeminente artista.

¡Lástima grande que no siguieran su ejemplo esos émulos del modernismo, quienes siendo verdaderos colosos, continúan dedicando su talento exclusivamente á los cuadros de historia, anacrónicos ó disparatados en la mayoría de las ocasiones! Con la mitad del esfuerzo que emplean en una obra de esta clase, realizarían mejor la belleza y aportarían á las generaciones venideras, en vez de errores crasísimos, datos y notas de un valor incalculable.

Por muchos conocimientos que tenga un pintor de Historia de la época que trata de representar, siempre está expuesto á que un descubrimiento arqueológico eche á tierra toda la indumentaria de sus personajes ó el lugar de la escena; y si son los caracteres de raza la verdadera expresión de los tipos, eso es imposible de reproducir cuando ha

pasado algún tiempo que desaparecieron de la tierra.

Si el que pintó á los 12 Apóstoles montados á caballo y vestidos con trajes griegos, hubiera hecho un simple retrato de cualquier amigo suyo, habría ejecutado una obra más artística y nos habría dado á conocer la fisonomía, por lo menos, de un hombre de su tiempo.

A los cuadros que representan á Colón, les ocurre lo mismo; cuantos se refieren á la conferencia de la Rábida, lo presentan en una sala del siglo XVII.

El modernismo, por el contrario, no puede equivocarse jamás, como lo demuestran los lienzos de Velázquez; y la escuela que lleva este nombre, que es tan antigua como la pintura, no ha obedecido ni obedecerá nunca al capricho ni á la moda; la determina el verdadero sentimiento del artista, que se inspira en los caracteres y costumbres de la sociedad en que vive, y, á más de una obra bella, hace una brillante página con que enriquecer á la Historia.

Mi distinguido biografiado no comprende ya otro género más á propósito que éste para ejecutar sus cuadros, y á mi juicio no existe otro que pueda ser más útil á nuestros sucesores, quienes podrán formar idea de la época en que se han pintado, al par que contemplen las perfecciones que tengan.

JOSÉ LAFITA Y BLANCO

Si en nuestra Edad de Oro anduvieron casi siempre juntas las armas y las letras españolas, en nuestra Edad presente suelen juntarse también las armas y las artes más sublimes, y entre los muchos ejemplos que pudiera citar, me proporciona uno ahora el primer teniente de infantería D. José Lafita y Blanco, quien al par que soldado valiente es un concienzudo pintor y de los más trabajadores de la Ciudad de la Giralda, donde tiene establecida su residencia, habiéndose educado antes en su famosa escuela.

Su pueblo natal es Jerez de la Frontera, esa hermosa población andaluza donde se destetan á los niños con el néctar de las uvas, y en la que vió la luz en 8 de Mayo de 1855; siendo sus padres los Ilmos. Sres. D. José Lafita y Liaño y D.ª Isabel Blanco y Martín.

Aunque desde la infancia mostró aficiones al dibujo, pintorreando sin orden ni concierto cuan-

tos papeles caían en sus manos, sus primeros estudios no los hizo en el Museo, sino en la Universidad de Sevilla, donde empezó á cursar la carrera de Derecho. Pero ¡oh fuerza del destino! el que soñaba con vestir la toga y manejar el Código, fué incluído en una leva cuando ardía en nuestro suelo la pasada guerra civil, y, de este modo, se vió precisado á vestir el uniforme militar y á esgrimir la espada en su diestra.

No ingresó de recluta porque tuvo la suerte de aprovechar un nombramiento de alférez de Milicias provinciales, y con este grado hizo su *debut*, saliendo en seguida á campaña á las órdenes del general Moriones para sufrir, durante el último año de aquella fratricida contienda, todas las acciones que se dieron, más los mil encuentros y escaramuzas parciales con que se despedían del campo de batalla los testarudos y bravos servidores del Pretendiente.

Interesante sería la descripción de los combates en que expuso su vida y demostró su valor el joven Lafita y Blanco; mas como no voy á tratar del soldado, sino del pintor únicamente, omitiré, con gran disgusto mío, la lista de sus victorias.

Sólo diré que á consecuencia de las muchas fatigas que sufrió en los campamentos, cayó enfermo con fiebre tifoidea, y en el mismo día que entraba Alfonso XII victorioso en San Sebastián, recibió él los Santos Oleos, sin darse cuenta de ello, por estar ya entre la muerte y la vida.

Por un milagro de la Providencia escapó, al fin,

de tan peligroso trance, y una vez convaleciente, en pleno período de paz, pensó regresar á Sevilla para concluir la Facultad de leyes.

Sin embargo, como la falta de ejercicio había entorpecido su memoria, tuvo que resignarse á cultivarla un poco antes de volver á frecuentar las aulas, y con este aplazamiento se fué debilitando su entusiasmo por las letras, al paso que concebía el feliz proyecto de aprender en serio la pintura y consagrarse á ella en absoluto.

Firme en tal propósito, ingresó desde luego en la Escuela hispalense de Bellas Artes, matriculándose en la clase de Antiguo y Natural y en la de Colorido y Composición, de las que eran profesores D. Manuel Wssel y D. Eduardo Cano, respectivamente, y no tardó en distinguirse entre sus buenos compañeros.

Desde que empezó á ir á la citada Escuela, se convirtió en pasión su amor á la pintura, y cuando no estaba en las clases del Museo se iba por las noches á las de acuarelas de la Academia Libre, y durante el día se le encontraba en el campo haciendo estudios de paisajes. Era tanto su entusiasmo por aquel género de vida, que para él no había ocupación más grata ni que de más ilusiones llenara su fantasía.

Ya cimentada su educación artística, fué trasladado su batallón á la ciudad de Cádiz, y él, aunque con gran disgusto, no tuvo más remedio que seguirle, por disponerlo así la disciplina militar.

No obstante, Lafita siguió trabajando allí en cuanto las ordenanzas se lo permitían, y la nueva población salió pronto ventajosa con el traslado del artista, porque, relacionándose éste con todos los pintores gaditanos, consiguió fundar una Academia Libre de Pintura, exactamente igual á la que dejaba en Sevilla; por más que sólo duró cuatro años, á causa de abandonarla su fundador para volver á la gloriosa Hispalis, en la que vive desde entonces.

El tiempo que Lafita permaneció en Cádiz, lo dedicó casi por completo á los cuadros de marinas, haciendo frecuentes excursiones á Rota, al Puerto de Santa María, á Sanlúcar de Barrameda, y á los pueblos más pintorescos del litoral, en todos los cuales reprodujo en el lienzo bellísimos panoramas, que en unión de sus trabajos de otra índole, han sido vendidos para diferentes puntos del Viejo y del Nuevo Mundo, después de figurar en varias Exposiciones, donde fueron premiados algunos de ellos.

La firma de Lafita figura, por consiguiente, en las principales galerías de New-York, de América del Sur, de Londres, de Munich, de Berlín y de Viena, y sus originales creaciones han llegado á reproducirse en los mejores periódicos ilustrados de España y del extranjero, entre otros, en *La Ilustración Española y Americana* y en la *Artística*, de Barcelona.

Siendo por tal razón bastante conocidas las obras de Lafita, considero ocioso reproducir aquí la inte-

resante composición de cada una de éstas, y sólo me limitaré á recordar las dos que ha presentado en los últimos certámenes celebrados en Madrid.

En el concurso del 90, figuró el cuadro titulado *Riberas del Puerto de Santa María*, que representa un astillero de barcos de pesca, en cuyos palos tienden las redes, para que el viento las oree, los patronos que regresan á tierra. Es la caída de la tarde; la ribera está envuelta en la misteriosa penumbra del crepúsculo, y á lo lejos se extiende el mar, bajo un cielo azulado, con ráfagas de luz.

En la Exposición Internacional del 92, presentó el que se titula *Recuerdos de Sevilla*. Éste consiste en una vista del río Guadalquivir, en el que se destacan las proas de los buques amarrados al muelle; y á las orillas, cubiertas de árboles, se ve la Torre del Oro y el barrio de Triana.

El inspirado Lafita es hoy, merced á su talento y constancia, uno de los primeros marinistas españoles; en esta clase de trabajos realiza su paleta verdaderos prodigios, y él, que así lo conoce, aunque también es paisajista, prefiere una peña y una ola, á los mejores bosques del mundo.

VIRGILIO MATTONI DE LA FUENTE

Murió Murillo y con él se eclipsó el Arte en Sevilla. Dos siglos transcurrieron sin que saliera un verdadero pintor de la capital hispalense, hasta que D. Eduardo Cano le llevó el renacimiento artístico, educando genios como el de su discípulo Villegas. Pero de todos los maestros que desde 1860 empezaron á salir de la «Ciudad de los artistas», ninguno se consagró al género que había inmortalizado al divino aùtor de las *Concepciones*, hasta que apareció Mattoni en el campo del Arte, y con él, puede decirse, un segundo Murillo, cuyos asuntos preferentes son los histórico-religiosos, que siente con tanta delicadeza como ciega y profunda es la fe católica que abriga su corazón. Hoy es, si no el único, el primero entre los pintores religiosos de la más bella ciudad de Andalucía, y tan notable en esta clase de trabajos, que seguramente no tiene competidores en toda la península.

D. Virgilio Mattoni es de la misma tierra de María

Santísima, y nació en Sevilla en el día 30 de Enero de 1852, siendo hijo de D. Felipe Mattoni y de doña María Lutgarda de la Fuente, sevillanos como él.

Desde muy joven principió sus estudios en la Escuela de Bellas Artes de Sevilla, y después de tener por maestro á D. Joaquín Domínguez Becquer y al célebre D. Eduardo Cano, pasó á Roma en 1872, permaneciendo dos años en la Ciudad Eterna, donde, á la vez que estudiaba, pintó varios cuadritos de género como el titulado *Una lección de heráldica*, y concibió además su gran cuadro de *Las Termas de Caracalla,* que realizó más tarde, de vuelta en su patria.

Las Termas de Caracalla, representa un suntuoso salón de dimensiones colosales, en el que se entretienen varios poetas leyendo sus mordaces y satíricas composiciones.

Las inmensas galerías, formadas con enormes columnas de granito rojo, están adornadas de grandes estátuas de dioses y emperadores romanos. El pavimento es de mosáico formando cuadros, en los que se ven pintadas cabezas de musas, alusivas al lugar en que se hallan, que bien pudiera llamarse el salón de los poetas; pues como es sabido, las Termas romanas, no sólo servían para establecimiento de baños, como indica su nombre, sino para multitud de recreos y pasatiempos.

Además del asunto principal, que es el grupo de los poetas, se ven otros grupos donde se desarro-

llan episodios distintos y variados, destacándose por todas partes, ora una gran litera conducida por esclavos, ora la indolente matrona envuelta en su manto de púrpura, pintado de rojo el cabello y adornada con el fastuoso lujo de las hijas del Tíber, que lanza provocativas miradas á un joven y pálido poeta que con la lira en la mano y coronado de rosas habla con ella, á cuyos pies están echadas dos esclavas etiopes.

Otros grupos de patricios romanos forman corrillos para saber y comentar las noticias del día, y por todos lados se nota el movimiento y la animación de los sitios públicos.

La primera Exposición de pintura en que figuró este artista, fué en la regional, que se celebró en Cádiz en 1879, y como ganase en ella una medalla de plata, alentado con este premio, remitió á la Exposición Nacional de 1882 el descrito lienzo de *Las Termas de Caracalla*, que también obtuvo otra medalla de plata, como asímismo el famoso cuadro de *Las postrimerías de San Fernando,* que remitió á la siguiente Exposición de 1887, y que es sin duda el mejor de todos sus trabajos y el que más justo renombre le ha conquistado. Tiene siete metros y medio de longitud por cuatro de altura, y tanto el colorido como el dibujo y la difícil composición de esta obra magistral, son muy elogiados por cuantos la contemplan en el Museo de Pintura de Sevilla, donde ocupa lugar preferente.

Su asunto está tomado de la *Crónica general de*

España (escrita por D. Alfonso el Sabio), en la cual se lee que «E cuando el Rey vió que la dolencia crecía en pocos días é entendió que la hora del finar le llegaba, é que venía la vida duradera en el cielo, fizo venir á D. Remondo é otros Obispos é Arzobispos que y eran é toda la clericía é en el trayesen el cuerpo de Dios..... E cuando lo sintió venir dejóse caer de la cama abajo; é teniendo los ojos fijos, tomó un pedazo de soga é echándosela al cuello..... é pidiendo á Dios perdón, creyendo é otorgando todas las creencias verdaderas de Santa Iglesia, recibió el cuerpo de Dios de manos del dicho D. Remondo, Arzobispo de Sevilla».

Fiel á estos datos es toda la obra, que describe un crítico, del que copio las siguientes líneas: «Á la derecha del cuadro, aparece el Santo Rey postrado de rodillas, en el desnudo pavimento de mármol blanco, y envuelto en alba vestidura de amplia forma. Rodea su cuello un grueso cordel, cuyos extremos descansan en el suelo. Su cabeza inclinada se halla cubierta de blanca ceniza en señal de penitencia y sus brazos estendidos en forma de cruz y en actitud contrita, revelan el fervor de su alma, al mismo tiempo que el decaimiento de sus fuerzas y la falta de vida. Dos religiosos, uno dominico y otro franciscano, sostienen su exánime cuerpo. Delante del Monarca, y sobre un cogín de terciopelo con franjas y borlas de oro, está expuesta la real diadema, el cetro y la espada, que, como muestra de veneración, presenta el Rey de la tierra y

gran conquistador cristiano ante la Magestad del Rey del Cielo.

Detrás de los citados personajes se descubre parte del abandonado lecho, cubierto con grandes cortinas de tela carmesí, orladas de cuarteles blancos y morados, con castillos y leones de heráldica hechura. Delante del lecho se ve un gran candelero de bronce, de estilo románico, sosteniendo un grueso blandón de cera amarilla que está encendido, y representa el cirio que se encendía en la agonía de los fieles moribundos. Más allá del candelero hay otro fraile dominico con un breviario en la mano, y un mercenario, redentor de cautivos cristianos, cuya Orden religiosa también acompañaba al Santo Conquistador en sus campamentos. Á la derecha de la cama se observa un sitial blasonado, en el que se apoya llorando en silencio y quedando casi oculta en las sombras, la figura de un paje, del que se descubre la blonda cabellera.

En el fondo de la estancia se abre un arco de arquitectura árabe, que sirve de entrada á un pequeño oratorio, iluminado con multitud de lámparas encendidas sobre el altar en que se halla la pequeña imagen de marfil de la Virgen de las Batallas.

Á los lados de dicho arco y colgadas del muro se contemplan, á la derecha, la armadura y pavés del Rey, y á la izquierda, un Crucifijo de carácter bizantino, encima de una pileta para el agua bendita.

Delante del oratorio se descubre un reclinatorio tallado, en el que se apoya una rica cruz de oro y piedras preciosas con un *Lignum Crucis* engastado.

Á la izquierda del cuadro y figurando estar en el centro de la régia cámara, se alza sobre una pequeña plataforma, cubierta de brillante tapiz rojo con franjas de oro, un sencillo altar vestido con blanquísimo mantel é iluminado por seis grandes candeleros de plata labrada que rodean á una cruz colocada en el centro.

En medio de todo y dando espaldas al altar se iergue severa y magestuosa la figura del Obispo don Remondo, revestido con ropas pontificales y en actitud de mostrar al Monarca la Sagrada Hostia que, como Viático, se dispone éste á recibir.

Á la derecha del altar, sobre el que se halla el Copón, está de rodillas un joven diácono sosteniendo en sus manos la patena, delante de la familia real que ha venido acompañando al Señor, y aparece en el mismo lado, representada por la reina Doña Juana, segunda mujer de San Fernando, y por los infantes D. Alfonso (el Sabio), D. Felipe, D. Juan, D.ª Leonor y otros deudos. Á la izquierda del mismo altar se encuentra de rodillas un subdiácono con un gran libro abierto. Delante del altar exhala tenue y blanca espiral de transparente humo un incensario de oro.

En el primer término de esta comitiva, en actitud reverente, y casi desplomada por el sentimiento, sobre lujosos almohadones se vé á una noble dama

de la Corte que ciñe sus sienes con rica diadema. Su amplio brial de color morado está blasonado con el escudo de ilustre y antigua casa.

Por encima de esta figura aparecen varias otras de clérigos, próximos al altar, como la del sacerdote con capa pluvial que sostiene en sus manos el báculo del Obispo, adornado de magníficos esmaltes.

Dos acólitos, con blancas vestiduras y rubia cabellera, se destacan, iluminados sus rostros por las luces de los cirios, como igualmente los de dos jóvenes pajes que detrás de aquellos asisten á la triste ceremonia.

Otra joven y bella dama se divisa poco más detrás de la que está postrada, también de rodillas. Y, por último, tocando al borde del cuadro y en primer término, aparece un heraldo ó rey de armas, con rica dalmática, blasonada de castillos y leones, con sus correspondientes cuarteles, apoyado con actitud reverente en una gran maza de plata. Su noble cabeza, de blonda y rubia cabellera, revela la antigua raza de los *fijos-dalgos,* leoneses y castellanos de la noble España. Es, en suma, esta figura como el guarda de honor que cierra la composición de tan sublime obra.»

Al par que hacía estos cuadros para competir tan ventajosamente en los certámenes de pintura, no dejaba ni deja de trabajar en otros asuntos del mismo género, y entre sus mejores producciones, á más de las mencionadas, figuran las siguientes: dos cuadros encargados para el nuevo retablo de la

iglesia de los Venerables, de Sevilla, donde están colocados; el uno representa á *San Clemente,* y el otro á *San Isidoro; La Virgen, desmayada al pie de la Cruz, en los brazos de San Juan,* de propiedad particular; *La aparición de Jesús á San Pedro sobre las aguas del mar de Tiberiades; La aparición de Jesús á María Magdalena en la mañana de la Resurrección*, adquirido por los señores Isern, de Sevilla; el retrato de *Fray Zeferino González, Arzobispo de Sevilla*, que está colocado en la Sacristía mayor de la Catedral, y el de *Sor Bárbara de Santo Domingo,* monja muerta en opinión de santidad, en el convento de Madre de Dios, de Sevilla, en el coro del cual está colocado.

Entre los otros cuadros y apuntes de este pintor. se encuentran dos alegorías representando *La Historia y la Ciencia* y *Las Bellas Artes* y *La Poesía,* hoy propiedad de los excelentísimos señores de la Cerda, de Santiago de Chile; *Un árabe, mercader de tapices,* que vendió á otro particular, y por último. varios bocetos de gran tamaño, de asuntos históricos, de costumbres y fantásticos.

El digno sucesor de Murillo, el inspirado artista Virgilio Mattoni de la Fuente, ha llegado á ser por sus propios talentos y virtudes, académico de número de la de Bellas Artes, de Sevilla, y correspondiente al mismo tiempo de la Real Academia de San Fernando.

FRANCISCO NARBONA

Este joven pintor ha demostrado ya cumplidamente, en su corta carrera artística, que tiene verdadera inspiración y le sobran condiciones para llegar á donde llegaron los primeros ingenios del arte de Murillo.

Nacido en Sevilla en el día 15 de Mayo de 1861, ingresó á los catorce años de edad en la Academia Hispalense de Bellas Artes, y sabiamente dirigido por D. Eduardo Cano, no tardó en manifestar las dotes que presagian á un notable artista, obteniendo honrosos premios por su aplicación y sus adelantos.

En 1882 pasó á Madrid para conocer los cuadros de Velázquez y las demás joyas que encierra el Museo del Prado, y en 1887 se trasladó á Roma, en donde, bajo la dirección de su paisano D. José Villegas, estudió las obras de los primeros pintores italianos y los magníficos frescos del Vaticano, de-

bidos á Rafael y á Miguel Angel; regresando, por último, á su patria convertido en un maestro.

Fué el primer cuadro que hizo, estando todavía en la Academia de Sevilla, el que lleva por título, *¡Cómo nacen y cómo mueren!* historia de unas flores, al que le siguieron: *Una escena del feudalismo*, adquirido por el duque de Tamames, y *La muerte de Espartaco*, que hoy figura en un museo de los Estados-Unidos.

En el primero, de los dos últimos, retrata don Francisco Narbona, la barbarie del feudalismo, presentando un grupo de señores feudales, quienes, sin más ley que su capricho, prenden fuego á la humilde choza de un colono, y mientras la mujer y los hijos de éste salen despavoridos de entre las llamas, aquellos contemplan la escena con satánica sonrisa, disponiéndose á continuar la interrumpida partida de caza.

El segundo lienzo, ó sea *La muerte de Espartaco*, representa á este desgraciado y valiente gladiador, crucificado en compañía de otros muchos á lo largo de la Vía Apia. El que llegó á inspirar terror á la misma Ciudad Eterna, se retuerce agonizante en el madero, y mientras su fiel compañera de triunfos y adversidades levanta en sus temblorosos brazos el fruto de su amor, el fugitivo de Capua hace inútiles esfuerzos para inclinar la cabeza y besar con sus cárdenos labios al idolatrado hijo.

Durante su primera época pintó, además, Narbona un cuadro titulado *Un cantar popular,* que le

compró D. Federico Rubio, y cuatro grandes lienzos representado las Estaciones, encargados por el entonces rico banquero D. Tomás de la Calzada, en los cuales dió á conocer su autor sus aptitudes para los cuadros de flores.

Cuando más tarde visitó á Madrid, hizo las copias de *El Testamento de Isabel la Católica* y de *La Lucrecia,* de Rosales, y en Roma aprovechó el tiempo pintando: *Un Mártir en el Circo, Una Ciociara, Leo y Géminis, Una Pierrot, Un Etiope* y *Un Paje florentino,* que después fué premiado en una exposición de Cádiz; y cuando volvió á Sevilla terminó un hermoso lienzo con el título de *El Toque de Oraciones,* en el cual retrató de admirable manera el recogimiento y la fe que lleva el toque del *Angelus* al corazón de un campesino. Esta hermosa muestra del genial artista fué adquirida por el marqués de Gandú.

No deja mi biografiado de hacer viajes á todos aquellos puntos que ofrecen material de estudio y nuevos motivos de inspiración, y una de las excursiones más interesantes que ha realizado, ha sido la que hizo á Tánger, movido por el deseo de estudiar los tipos y costumbres marroquíes.

Fruto de esta expedición fueron los cuadros: *Un bazar árabe, Beduinos* y *Moro de rey.*

Después ha pintado los siguientes: *Un sueño de mujer, El Monaguillo, Dos flores, De mi tierra, Divagando, Una Sevillana, En el Estudio, La Victoria,* alegoría bélica, *Embelesada, Una Dolora, Un Paje,*

Recuerdos, Fray Filipo, inspirado en una novela de Castelar, y últimamente el boceto *Vázquez de Leca,* tomado de una tradición sevillana, y premiado por el *Ateneo y Sociedad de Excursiones,* en uno de los certámenes que celebra esta sociedad anualmente en el mes de Abril.

Francisco Narbona tiene, pues, á más de un exquisito gusto para elegir los asuntos de sus cuadros, gran corrección en el dibujo, delicadeza en el colorido y las relevantes condiciones de ser modesto y trabajador infatigable, con un alma de poeta.

JOSÉ DE PANDO Y FERNÁNDEZ

Hijo de unos ricos industriales de Sevilla, nació en la hermosa patria de Velázquez en el año de 1856.

Desde muy joven le dedicaron sus padres á los negocios de la casa, y cuando era ya tenedor de libros de la misma, se matriculó en la Escuela provincial de Bellas Artes, en 1879, no asistiendo á las clases del Museo sino en los breves ratos que le dejaran libres sus muchas ocupaciones.

La industria y la pintura se le hicieron cada vez más incompatibles; tenía que decidirse por una ú otra si había de sacar fruto de cualquiera de las dos; y como D. José Jiménez Aranda y otros eximios pintores le aconsejaran que se dedicase á la segunda, para la que revelaba excelentes aptitudes, se resolvió al fin por el Arte, consagrándose á él en absoluto desde 1881.

Deseoso de adquirir una perfecta educación artística, se trasladó en aquel mismo año á la famosa capital de Italia, centro al que afluyen los principa-

les maestros del mundo, y convencido de que le faltaban algunas nociones, que no pudo aprender en su laboriosa infancia, trató entonces de adquirirlas, procurando hacerse, al menos, inteligente en pintura.

Ante las muchas dificultades que necesitaba vencer, jamás pensó el novel artista en llegar á donde hoy lo ha elevado su paleta, y con el objeto de conseguir sus modestos deseos, emprendió una serie de importantísimos viajes, en los que pudo contemplar las inmortales obras de los antiguos ingenios, al par que él se ejercitaba en el difícil manejo de los pinceles.

Proponiéndose ver cuanto de notable encierra Italia, permaneció allá dos años, pasando los inviernos en Roma y visitando en las demás estaciones las ciudades más notables de la Península, entre otras, Venecia, Florencia y Nápoles. Después de vivir una temporada en la isla de Capri, marchó á Francia en la primavera del 83, deteniéndose en París un año, y en 1884 reanudó sus excursiones, trasladándose á la Bretaña, y de ésta á Bélgica, desde donde volvió á Venecia.

En 1885 regresó por primera vez á España, convertido en un artista de verdadero talento; y así que estuvo un año en la ciudad de la Giralda, marchó de nuevo á París, de París á Normandía, donde pasó todo el verano, y de Normandía se dirigió á Marruecos en el invierno del 86, quedándose allí seis meses para estudiar las costumbres y los tipos africanos.

Vuelto á España en el 87, descansó un poco de tiempo al lado de su familia: en 1888 fué otra vez á la capital de la vecina República, encaminándose desde ésta á Picardía, y desde Picardía á la Ciudad Eterna. Al celebrarse la Exposición Universal de París, partió para éste sitio, en el que se detuvo casi otro año, y en 1890 regresó definitivamente á su pueblo natal, del que sólo se aleja en las estaciones veraniegas, para visitar algunos Museos y trabajar también en el campo.

D. José de Pando y Fernández consiguió hacerse un pintor de reconocido mérito, y el gran fruto que sacó de aquellas expediciones lo están demostrando á todas horas los magistrales trabajos que á su inspiración debemos.

Bien quisiera citar todos porque todos son muy dignos de repetidos elogios, mas, por carecer de espacio, me limitaré á mencionar los que han figurado únicamente en los concursos pictóricos de mayor importancia.

El primero de éstos á que asistió el artista sevillano fué al celebrado en Venecia en 1885 con objeto de socorrer á la familia de un pintor muerto, y la obra que presentó con el título de *Mariette*, consistía en una media figura de mujer, cuya admirable ejecución mereció las alabanzas de cuantos peritos la vieron.

Este primer triunfo alentó á Pando y Fernández para seguir concurriendo á nuevas y más importantes Exposiciones, y en 1889 remitió á la que se

celebraba en el Salón de París otro cuadro titulado *Frailes en el refectorio.* Como prueba de lo que valía esta obra, bastará decir que, figuró después en la Exposicíón de Londres, entre los cuadros escogidos del célebre salón de París. Á la Exposición Universal de aquel mismo año, en Francia, mandó mi biografiado su precioso lienzo *Una salida de primera Comunión,* y en 1890 tomó parte á la vez en dos certámenes que se celebraron en el Salón del Campo de Marte de la capital del Sena, y en el Círculo de Bellas Artes de Madrid. En el primero de éstos tuvo expuesto un lindo cuadro de *Saltimbanquis en un bodegón*, y en el segundo el magnífico pastel *Perezosa,* consistente en una esbelta joven que aparece en el campo tendida sobre la hierba.

Acerca de este trabajo, decia un respetable crítico: «Pando es el autor de una acuarela de gran tamaño, que representa á una muchacha dormida en un prado. Se nota en esta obra el influjo de los pintores franceses modernistas, ansiosos de llevar lo desnudo al aire libre. Pando ha tenido el acierto de no incurrir en exajeraciones ni extravàgancias, logrando, sin embargo, el ansiado contacto de lo desnudo con el verde intenso de la campiña. En esta pintura, difícil escorzo pintado con mucho amor al natural, se descubre esa inexplicable harmonía con que se enlazan los tonos más opuestos, compenetrándose y suavizando sus contrastes, y se observa cómo desaparecen las sombras y los tonos oscuros de las carnaciones en pleno aire libre.»

Este cuadro, acompañado de otros dos al óleo *En el corral* y *Al trabajo*, conquistó un premio más tarde en la Exposición general de Barcelona, siendo ensalzado por toda la prensa y adquirido además por aquel Ayuntamiento para su Museo de Pintura.

Los otros dos cuadritos que figuraban en aquella Exposición son tan bellos como sencillos. *En el corral*, representa á una niña dando de comer á las gallinas, y *Al trabajo,* á una robusta mujer que marcha por una huerta llevando en una carretilla las herramientas de las faenas agrícolas.

Merecen citarse, igualmente, los preciosos lienzos titulados: *Margaritas silvestres*, una muchacha echada en un prado de margaritas, y *La cogida de la aceituna,* que obtuvieron favorable éxito en la Exposición de Munich, de 1892.

En la que se verificó en Chicago, tuvo el pintor hispalense tres cuadros más al pastel, que no deben omitirse, sino al contrario, incluirse entre sus producciones más notables. Se titulan respectivamente: *En el baño*, *La hortelana* y *El bien ajeno*, habiendo sido premiados, como desde luego se esperaba.

En el baño contiene dos niñas de tamaño natural que se están desnudando á la orilla de un arroyo; *La hortelana* una mujer sentada á la sombra de un árbol, y *El bien ajeno* un perro saltando para arrebatar á una niña la pitanza que ésta conduce en un plato de madera.

Antes de terminar este artículo, he de repetir

mis encomios á los tres cuadros citados que figuraron en la Exposición General de Barcelona y que, como ya he dicho, se titulan *Al trabajo*, *En el corral* y *Perezosa*.

Al trabajo es una pequeña maravilla de dibujo, de color, de perspectiva, de claro oscuro y modelado, y sin embargo, nada más pobre de circunstancia; una labradora es el único personaje de la obra; pero ésta resulta una creación acabada, palpitante, murillesca.

En el corral se nota esa misma finísima pincelada, esa corrección de dibujo y ese color tan justo de *Al trabajo*, y en el pastel *Perezosa*, es de admirar, ante todo, el relieve que tiene la indolente figura de la joven echada á través sobre el césped.

En una palabra: son tres obras de lo bueno, y donde quiera que se presenten, acreditarán al autor de concienzudo maestro.

ANDRÉS PARLADÉ Y HEREDIA

Hijo de acaudalada y aristocrática familia, nació Andrés Parladé en la ciudad de Málaga en el año 1859. Mas, aunque nacido en esta población, puede considerársele como verdadero sevillano, porque en la patria de Velázquez vive y en ella se ha educado desde su más temprana edad.

No había salido de la infancia, cuando ya empezó á revelar sus especiales disposiciones para el Arte, en el que tuvo por primer maestro al señor Wssel, de Sevilla, quien le enseñó las primeras nociones de dibujo; pero sus padres los excelentísimos señores condes de Aguiar, D. Andrés Parladé y Sánchez de Quirós y doña María Heredia, dudando quizás de las aptitudes de su hijo, no quisieron que éste se dedicara á la pintura sin terminar antes una carrera literaria, y Andrés se vió obligado, contra sus aficiones, á cursar la carrera de Derecho, en la que se licenció al fin con bastante aprovechamiento.

Durante los últimos años que asistió á la Uni-

versidad, tuvo por director en el aprendizaje de la pintura al notable artista malagueño Moreno Carbonero, al lado del cual comenzó á pintar algunos cuadritos, hasta el año 1883 en que marchó á Roma. En esta fecha, puede decirse que principió Parladé á consagrarse al estudio seriamente, siendo tal su aplicación en la Ciudad Eterna, que no tardó en manifestarse como un genio, dándose á conocer á los artistas con un hermoso cuadro, el primero que allí hizo, y que tituló *Gladiadores victoriosos ofreciendo sus armas á Hércules*, el cual fué premiado con medalla de cobre en la Exposición Nacional de Madrid de 1884, y adquirido por el Gobierno. Hoy existe en la Universidad de Zaragoza.

Á la vez pintó un retrato de *Felipe V á caballo*, y otro cuadrito titulado *Un Heraldo de Carlos V*, y más tarde ejecutó otra magnífica obra representando la *Entrega de los trofeos de la batalla del Salado al Papa Benedicto XII, en Avignon.*

Andrés Parladé reprodujo en este gran lienzo el momento en que, victorioso el ejército español, se presentan al Papa los enviados del Rey de España y le entregan en su nombre los trofeos del combate, su espada y el caballo que él montaba. En uno de los lados llama la atención del espectador, un grupo de guerreros, cubiertos con ricas armaduras, y en el otro la majestuosa figura del Pontífice, acompañado de su corte; notándose, desde luego, que éste es el protagonista del cuadro, por lo atinadamente que se destaca del grupo general.

Como no podía menos de suceder, fué premiado en Madrid con mención honorífica, y más tarde con diploma de honor, en la Exposición de Londres de 1889; saliendo del local de ésta para la casa del coronel Morth, quien lo adquirió por 2.500 duros.

Entre los últimos cuadros de este pintor, es, sin duda el que más laureles le ha conquistado, el que lleva por nombre *El Compromiso de Caspe*, que ha sido también el mejor acogido. Figuró primero en la Exposición de Madrid de 1890, mereciendo grandes elogios de cuantos lo contemplaban, y al siguiente año de 1891 fué premiado con medalla de oro en la Exposición nacional de Berlín.

En la Exposición que se celebró en la corte con motivo del cuarto centenario del descubrimiento de América, fué premiado con tercera medalla otro lienzo de grandes dimensiones, cuyo asunto es *La Batalla de Pavía*, en el momento de la prisión de Francisco I. En primer término aparece el caballeresco Rey entregando la espada; arrodillado delante de él se ve á uno de sus vasallos, tal vez rogándole que se entregue, para evitar una muerte segura, y alrededor del que recibe la espada, varios personajes que contemplan la escena. En el fondo del lienzo, y á lo lejos, se distinguen los dos ejércitos, empeñados en terrible combate y casi cubiertos por el polvo y el humo de la pólvora.

Hablando de otros trabajos de este astista, decía hace algún tiempo *La Ilustración Española y Americana*, al referirse al que se titula *Una desgracia:*

«En la enfermería de la plaza de toros, herido gravemente el matador y sostenido por su mujer y un banderillero, se dispone á recibir el Viático que le lleva un fraile cartujo, acompañado del sacristán y otro sacerdote; el médico á la derecha del espectador y en estado de ansiedad. La cuadrilla aparece en el fondo, después de matar el último toro. Por la puerta de la enfermería, se ve parte del circo y la multitud que se agolpa, sostenida por el alguacil.»

Si meritorio es el trabajo en quien lo necesita para satisfacer las necesidades de la vida, todavía es más laudable en el que, teniendo una brillante fortuna, pasa los malos ratos que la ejecución de un cuadro proporciona, y achicharrándose en verano y tiritando en invierno, por las especiales condiciones de los estudios, se sacrifica realmente para correr en busca de la gloria, despreciando el oro y el boato que le rodea y que aprecia en menos ó en nada como buen artista.

Mientras su familia pasa el verano en los balnearios de moda ó en las frescas playas del Norte, y el invierno en los puntos más templados del Mediodía, rodeada de todas las comodidades que el dinero proporciona, D. Andrés Parladé y Heredia viaja en todo tiempo y en todas las estaciones, sin temer al calor ni al frío y sólo buscando nuevos asuntos para nuevos cuadros, que suelen ser casi siempre nuevos triunfos.

JOSÉ PINELO

Es muy general creer que la pintura de paisaje ofrece menos dificultades que la de figura, en la cual se necesita más corrección de dibujo, aparte de los mil inconvenientes con que se tropieza para dar á los personajes el carácter y la expresión de las pasiones que deben animarlos, á fin de no hacer un guerrero con rostro de sacristán ó una *flamenca* en lugar de una santa, como le sucedió al gran autor del cuadro *Santa Justa* y *Santa Rufina*, que se conserva en la catedral de Sevilla.

No obstante, tal opinión es puramente gratuita, porque si difícil es saber sentir y trasladar al lienzo una figura humana, no lo es menos saber interpretar la Naturaleza.

Si el paisajista no hiciera otra cosa que copiar servilmente lo que ve, y ésto con una luz favorable, sus trabajos carecerían por completo de mérito. Pero no es así. El pintor de paisajes necesita distinguir en éstos, lo que es bello de lo que no lo es,

quitar de un lado para poner en otro, clarear la copa de un árbol ó aumentar su ramaje, y, hasta, para que no resulten de mal efecto, ha de variar muchas veces el color de algunas flores, sustituyéndolo con aquellas notas de color que más convengan á la composición y al conjunto del cuadro. Para que su obra no aparezca vulgar, ha de reproducir, por último, á la Naturaleza; de tal manera, que sin dejar de parecerse al original, resulte la copia todavía más bella.

Mas, para conseguir este objeto, tiene que vencer obstáculos casi insuperables en ocasiones.

Mientras el pintor de figuras trabaja en su estudio con la luz al gusto que la desea tener, recibiéndola del techo ó de los lados, según le agrada, y con un modelo obediente que toma y conserva la actitud que se le manda, el paisajista se ve obligado con frecuencia á recibir la luz de la manera menos conveniente á su fin; unas veces de cara, impidiéndole ver los contrastes que él desea buscar, otras la posición del sol respecto á la del terreno, da lugar á efectos de luz, que descomponen por completo el paisaje ó destruyen los mejores detalles, y para remate, los objetos no se colocan en el sitio que el hombre quiere, sino que cada mata ó cada piedra permanece en su puesto, estorbándose las unas á las otras, y el artista necesita saber mirar el valle, el monte ó el río sin esos defectos, y suprimirlos al realizar su obra.

Con todas estas dificultades tiene que luchar

para pintar sus preciosos cuadros y conservar la fama que se ha conquistado D. José Pinelo y Llull, quien nació en Cádiz en 14 de Octubre de 1861, siendo sus padres D. Manuel Pinelo y doña Margarita Llull.

Discípulo de D. Eduardo Cano, hizo sus primeros estudios en la Academia de Bellas Artes de Sevilla, hasta el año de 1879 en que pasó á Roma para continuar su aprendizaje bajo la dirección del célebre D. José Villegas, al lado del cual, pintó su primer cuadro, consistente en un retrato de la baronesa de Neserberg, y más tarde hizo otros dos titulados *Admítala usted*, *tío* y *En la azotea*, que merecen ser citados, tanto por la intención y gracia del dibujo, como por la verdad de su comprensión artística.

Cuando en 1881 abandonó á Roma para volver á su patria, era tenido ya en tan buen concepto por los aficionados, que los negociantes ó *explotadores* en cuadros le compraron todos los apuntes y acuarelas que adornaban las paredes de su estudio, y como esto no sucede á todos, pudo regresar á Sevilla lleno de satisfacción.

Á los pocos meses de encontrarse en la hermosa capital de Andalucía, empezó á resentirse su salud, y, por prescripción facultativa, tuvo que marchar á una finca de campo, abandonando por algún tiempo sus trabajos favoritos. El contacto en que vivía con la Naturaleza le hizo dedicarse á la pintura de paisajes, y de aquella época son sus primeras ma-

nifestaciones en este género, que principió á revelar con seis tablitas que expuso en Cádiz y vendió en seguida. Al mismo orden pertenece su cuadro *Orillas del Guadalquivir,* que hoy existe en la colección de los Sres. Castillo, y por la ejecución del cual le fué concedida la cruz de Carlos III. Con motivo de este acontecimiento le dieron sus amigos de Cádiz un expléndido banquete, y como se encontrase Villegas en esta capital asistió á él lleno de satisfacción por el triunfo de su discípulo.

Otro de los mejores paisajes de Pinelo, y por cierto de grandes dimensiones, se titula *El Pinar de Oromanas,* de Alcalá de Guadaira. Figuró en la Exposición de Barcelona de 1888, y después de ser muy elogiado por la prensa, fué adquirido por un particular.

Deseoso José Pinelo de conocer nuevos países en que inspirarse para sus trabajos, ha realizado varios viajes á diferentes puntos; pero los más importantes son uno que hizo á Lisboa y otro al Brasil, donde ya eran conocidas sus obras como también en Buenos-Aires, á la cual República había enviado en 1889 algunos lienzos, que se vendieron á buenos precios.

Marchó á Lisboa en el verano de 1886, y allí se detuvo una larga temporada pintando multitud de cuadros que vendía antes de terminar. Como algunos fuesen al Brasil, los inteligentes, que vieron sus producciones, le invitaron á pasar al entonces Imperio, y en 1891 hizo el viaje, permaneciendo

entre sus admiradores sólo quince días, durante los cuales ocurrieron los famosos sucesos de la plaza de San Francisco, que cambiaron las instituciones del país, y de los que casualmente fué testigo el pintor español, quien á más de recibir toda clase de agasajos, regresó lleno de tantos encargos que aún no ha podido dar cumplimiento á todos.

El año antes de ir al Brasil, ó sea en 1890, envió á la Exposición de Madrid un cuadro titulado *Ribera de Santiponce*, del que ni el Jurado hizo mención, ni nadie dijo una palabra; pero seguro el autor del mérito de su obra, no desmayó ante aquella indiferencia y remitiéndolo al siguiente año 91 á la Exposición internacional de Barcelona, consiguió que fuese premiado, y vendido también.

En la Exposición de San Feliú de Guixols figuraron cuatro tablas suyas, que fueron compradas, y para la que se celebró en Madrid en 1892 remitió otro magnífico trabajo con el título de *Arroyo de los Molinos*, que transcribiré aquí á fin de unirlo á la biografía.

El *Arroyo de los Molinos*, es uno de los paisajes más encantadores de Guadalcanal (pueblo de la provincia de Sevilla), por el cual paisaje circula un pintoresco arroyo en dirección opuesta á una laguna que aparece en primer término. Á la izquierda del lienzo se ve la casita de un molino harinero, rodeada de frondosas plantas y un grupo de álamos negros cubiertos de ramaje. La otra orilla del arroyo se halla poblada de heno y cardos silvestres. Está

declinando el día, y en el cielo se notan los pálidos tonos de carmín que lo coloran á la puesta del sol. Sobre unos trozos de roca, que la corriente ha descubierto y desgastado, se encuentran dos mujeres, la una lavando ropa y la otra sentada, esperando que su compañera termine, mientras por el camino de la loma baja una tercera con la canasta al brazo.

El que haya visitado la campiña de Guadalcanal y conozca el arroyo en que se encuentra el molino llamado de Rosas, al contemplar el cuadro de Pinelo se creerá trasladado á los mismos sitios que aparecen en el lienzo. Ni aquel suelo, ni aquellas rocas, ni aquella vegetación pueden ser de otro punto que del *Arroyo de los Molinos*. Con tal naturalidad están interpretados; siendo el conjunto, de una composición acertadísima y de una ejecución esmerada.

MANUEL DE LA ROSA

El pintor, por excelencia, de las flores, entre las que figura casi siempre ún hermoso busto de sevillana; el más perfecto intérprete de la Naturaleza, como Murillo lo fué del cielo, el que no sólo da color, sino vida y movimiento á las plantas más bellas, lo es, hoy por hoy, el ilustre y jóven artista don Manuel de la Rosa; el cual nació en 1860 en el pequeño pueblecito de Coria del Río, siendo hijo de una modesta familia, y habiendo conquistado el glorioso nombre que actualmente tiene á fuerza de penalidades y sacrificios.

Su vida puede presentarse como modelo de abnegación y perseverancia. Desde muy joven manifestó su decidida afición al dibujo y á la pintura, mas no pudiendo el autor de sus días costearle ninguna clase de estudios, hubieran fracasado sus aspiraciones, si no se decide á ir á Sevilla para ingresar en la Escuela de Bellas Artes, sin mirar ni temer á los obstáculos que, como inmensas montañas,

habían de estorbar su paso, haciéndolo más difícil y escabroso.

Bajo la dirección del ilustre D. Eduardo Cano, empezó su educación artística, lleno de esperanzas que no tardaron en verse cumplidas con exceso; aunque como dice un amigo suyo «sólo su afición, su constancia y su decidida vocación, pudieron conservarle en el camino que hoy recorre con inquebrantable fe y tranquilidad, seguro de alcanzar la gloria reservada á los grandes artistas.» Á los 20 años había terminado sus estudios académicos, y era ya un maestro, sin que desde aquella fecha haya vuelto á tener otros guías que su fecunda inspiración y los más preciosos frutos de la Naturaleza, en cuya reproducción nadie le ha igualado todavía.

No obstante ser especialista en flores, mi biografiado cultiva ventajosamente todos los géneros de la pintura, y en todas sus obras se revela la corrección del dibujo, la valentía de la ejecución y la verdad del colorido, lo mismo en los retratos que en los paisajes y en los cuadros de figuras, por los que ha obtenido diferentes premios.

En la Exposición de Cádiz de 1885 ganó una medalla por su cuadro titulado *Una andaluza*; en la que se celebró en la misma ciudad en 1887 presentó dos floreros que obtuvieron medalla de oro, y en la que se verificó en Madrid, en este mismo año 87, le dieron un diploma de honor por dos cuadros de flores.

Entre los muchos trabajos que ha hecho para la venta, figuran: dos cuadros (hoy propiedad de los Sres. Lacave, de Cádiz), titulados *Preludios de amor*, que son dos obras notables por la poesía del asunto, lo harmonioso de la composición y lo perfecto de la factura; pero los que más se distinguen, por lo bien acabados y hechos á toda conciencia, son los que tituló: *Por Sevilla* y *Restos de una ovación*. El primero representa una graciosa sevillana, de tamaño natural, en actitud de brindar por *su tierra*, con una caña de manzanilla en la mano y envuelta en lindas flores que nacen á su alrededor. El segundo consiste en una gran corona compuesta de variadas rosas, que son un prodigio de frescura y color.

Para la última Exposición de Cádiz, pintó un hermoso lienzo en el que figura un ajimez rodeado por una enredadera de flores, entre las que asoma, sin eclipsarlas, el rostro de una encantadora joven, andaluza por añadidura.

El ajedrezado que recubre las enjutas y los angreles de los arcos del parte-luz son también un prodigio de delicadeza en la ejecución.

No falta quien haya tratado de imitar á la Rosa, al ver la aceptación que tenían y tienen sus originales producciones; pero, ninguno ha conseguido ni aún aproximársele, porque el género que él cultiva es propio y exclusivamente suyo.

Entre sus mejores producciones figuran además de las citadas: *El retrato de un niño*, *Bandeja de flo-*

res, *Una azotea de Sevilla* y *Retrato de la Srta. Blanca Fernández*,

—*El retrato de un niño*, es de busto y tamaño natural, apareciendo rodeado de flores, de colores delicadísimos, entre las que dominan las margaritas, los jazmines y las violetas. El traje del niño es de finísimo encaje, sobre el que se destaca su bella cabecita, que es lo mejor de la obra. Esta es de admirable factura y está bien sentida.

—*Una bandeja de flores*. Sobre una hermosa bandeja repujada, estilo del renacimiento, que aparece en fondo obscuro, se destacan artísticamente combinadas gran número de violetas, celindas, rosas vírgenes, claveles y lilas de exquisito gusto.

—*Una azotea de Sevilla;* representa en primer término un pretil revestido de azulejos mudéjares del siglo XV, sobre el que se ven algunas macetas de claveles, rosales y margaritas dobles.

Por encima, y á lo lejos, se distingue la silueta panorámica de Sevilla. Es la caída de la tarde, esa hora misteriosa en que las golondrinas de Becquer saludan al rey de los astros, mientras vuelan á ocultarse en sus diminutos nidos; esa hora en que los muchachos del pueblo juegan por las calles al salir de las escuelas y las campanas de la Giralda atruenan el aire con su tenaz repiqueteo, en tanto que en las azoteas y balcones se dejan sentir las moriscas notas de la guitarra, y se llena el espacio de harmonías con la voz de las bellas sevillanas, que esperan á sus novios cantando, tal vez, sus amorosas cuitas.

La obra está henchida de poesía y encierra todo un poema, para el que conoce las costumbres del país.

—*El retrato de la Srta. Blanca Fernández*, es un completo modelo de perfecciones; además de la expresión y vida del semblante, son dignas de todo encomio las faldas de raso blanco, sobre las que se destaca un ramo de flores, rosas y jazmines, ejecutadas con delicadeza suma.

La muchacha, que es bonita de verdad, puede verse en el lienzo con la misma exactitud que en un espejo, porque en él, aparece retratada su expresión y su carácter, á la vez que sus bellísimas facciones.

Sólo viendo y contemplando detenidamente las obras de este pintor, es como puede apreciarse todo el mérito que encierran. En el género que constituye su especialidad, casi compite con la Naturaleza. En vez de palidecer ó disecarse, como le sucede á muchas, las flores que él pasa al lienzo adquieren más lozanía, más jugo, más color, más movimiento, y el espectador siente, al observarlas, irresistible atracción hacia ellas; le entran ganas de acercarse y olerlas, porque parece que están exhalando sus delicados perfumes.

Manuel de la Rosa es, en fin, lo que se llama un verdadero artista, y aunque sin sobrados medios para viajar y estudiar otras escuelas, porque el Arte, sabido es que produce poco, vive constantemente en la hermosa Hispalis disputando sus bellezas á la exuberante vejetación y al alegre cielo de la decantada Andalucía.

EMILIO SÁNCHEZ PERRIER

El laureado artista D. Emilio Sánchez Perrier, quien de tan justo renombre goza, lo mismo dentro que fuera de España, nació en la ciudad de Sevilla en 15 de Octubre de 1855, siendo hijo de D. Manuel Sánchez y de doña Carmen Perrier, también sevillanos.

Durante sus primeros años estuvo dedicado al arte de relojería en el establecimiento que su padre tuvo, y sus hermanos conservan, en la calle Sierpes; más no aviniéndose con sus aficiones el ejercicio de esta profesión, y demostrando grandes aptitudes para el dibujo y la pintura, que constituian su recreo favorito, ingresó, por fin, á los trece años de edad, en la Escuela de Bellas Artes, donde se consagró al estudio con tan decidida vocación y amor al trabajo, que no tardó en distinguirse entre todos sus compañeros, mereciendo los elogios de sus ilustres maestros D. Joaquín Becquer y el tan repetido D. Eduardo Cano.

Más tarde, y bajo la dirección de estos mismos señores, empezó á sobresalir en los cuadros de Historia, por los que desde un principio sentía gran predilección, y á este género pensaba dedicarse en absoluto, cuando una casualidad vino á dar distinto rumbo á sus aficiones.

En uno de los viajes que hizo á Sevilla el eminente paisajista D. Martín Rico, tuvo ocasión Sánchez Perrier de admirar las obras de este pintor, y enamorado de ellas se dedicó al cultivo de aquel género de pintura, que tanto le encantaba.

Durante su asistencia á la Escuela de Bellas Artes, ejecutó numerosos trabajos al óleo y algunos dibujos al carbón; pero desde que conoció á Rico abandonó las clases del Museo y consagró todo el tiempo y toda su atención á los cuadros de paisajes, no tardando en darse á conocer como una notabilidad en esta clase de asuntos.

Ansioso de contemplar las obras de los grandes maestros, aspiró á la plaza de pensionado en Roma, que costeaba la Academia Española á un grabador en hueco ó á un pintor, y en 1878 se presentó á las oposiciones que para este objeto se celebraron en Madrid.

Doce fueron los competidores de mi biografiado, mas ninguno llegó á igualarle, y obtuvo por consiguiente, el número uno entre los pintores; pero siendo potestativo del Ministro de Fomento el conceder la pensión al pintor ó al grabador, la concedió al segundo que se presentó solo en su clase.

El artista sevillano había, no obstante, conseguido un señalado triunfo, y entre las muchas felicitaciones que por tal motivo le enviaban, recibió la de la Academia Libre de Bellas Artes de su pueblo natal, suscrita por cuantos individuos la constituían, viéndose, además, coronados sus esfuerzos con una medalla de oro que obtuvo en la Exposición de Cádiz de 1879, por el mismo cuadro que hizo para las citadas oposiciones, el cual fué vendido á la vez en muy buen precio.

Desde esta fecha no ha dejado de progresar en su brillante carrera artística, y como es natural, ha ganado muchos premios en distintos certámenes europeos, pudiendo citarse entre otros: una mención honorífica en el Salón de París de 1886; una medalla de plata en la Exposición Universal que en 1889 se celebró en la misma capital de la vecina República, y otra medalla también de plata en la Exposición de Bellas Artes de Madrid de 1890, conquistada con su cuadro *Febrero*, el cual fué considerado como el mejor de todos los que allí figuraban y unánimemente aplaudido por los críticos más imparciales é inteligentes.

No hace mucho tuvo el honor, el artista hispalense, de que le comprara el Ayuntamiento de Barcelona, para el Museo que dicha Corporación está formando, el cuadro que presentó en la Exposición Internacional de esta misma ciudad, y finalmente la no pequeña gloria de ser nombrado individuo de la Sociedad Nacional de Bellas Artes de Francia,

en virtud del cuadro que figuró en el Salón, del año 91.

El nombre que hoy tiene Sánchez Perrier hace que sus obras sean universalmente solicitadas, y aunque la mayor parte de éstas son vendidas para los Estados-Unidos, le hacen frecuentes encargos de Francia y de Inglaterra.

Sus campos de operaciones son: la capital de la nación francesa, los bellos alrededores de la *Perla del Betis*, y el pintoresco y alegre pueblo de Alcalá de Guadaira, donde pasa casi todas las primaveras.

En todos estos lugares encuentra sobrados motivos de inspiración el que tiene tan lozana fantasía, y en todos ellos reproduce á la Naturaleza sobre el lienzo, con tal exactitud, que los arroyos de sus paisajes tienen la transparencia y el verdadero movimiento de las aguas, y hasta parece que se oye el murmullo que producen al serpentear entre las flores silvestres que adornan las orillas; los árboles figuran mecerse á impulsos del viento que pone en revolución las hojas de sus ramas; las yerbas del prado no pueden ser más verdaderas, y el cielo que pinta en un hermoso día de sol, es tan diáfano y azul como el de la patria que le vió nacer.

Emilio Sánchez Perrier es, para terminar, uno de los más distinguidos paisajistas contemporáneos y una gloria de España.

SALVADOR SÁNCHEZ-BARBUDO

Este eximio pintor es gaditano, ó mejor dicho de la provincia de Cádiz, natural de Jerez de la Frontera, donde vió la luz en 14 de Marzo de 1857; pero su educación artística es toda sevillana, como lo revelan sus cuadros, en los que se hallan cuantas cualidades distinguen á los ingenios hispalenses.

Sus padres D. Francisco Sánchez-Barbudo y Salcedo y D.ª Catalina Morales Arenas, en sus deseos de que adquiriese una carrera literaria, le matricularon en el Instituto de Segunda Enseñanza de Jerez, en 1869; mas como á los dos años de esto falleciera D. Francisco, no volvió á las aulas Salvador, quien permaneció sin inclinaciones decididas hasta que su amistad con un pintor, en 1872, le llevó al estudio del notable restaurador de cuadros D. Pablo Vera, en el que empezó á demostrar sus disposiciones para la pintura, siendo dirigido por dicho señor al dar sus primeros pasos por el camino del Arte.

Después de aprender las nociones más elementales del dibujo, se trasladó á Sevilla con su madre y sus hermanos, en 1875, ingresando en la Escuela provincial de Bellas Artes y haciéndose socio de la Academia Libre de Acuarelas, á la vez que abría su estudio en la calle de Levíes y recibía lecciones del gran Villegas.

Hecho ya un maestro, con pleno conocimiento del natural y absoluto dominio del color, se marchó á Madrid en 1879, para completar su educación ante las obras del Museo del Prado. Entonces dió á luz una de sus primeras y mejores creaciones titulada: *Una sala de esgrima del siglo XVII,* que fué premiada enseguida con medalla de segunda clase.

«El asunto de este cuadro—decía un crítico madrileño—se comprende á primera vista: jóvenes soldados españoles del siglo XVII se ejercitan en el manejo de la espada y de la daga, en presencia de algunos experimentados profesores y de un anciano maestre de campo que sigue atentamente los asaltos, sentado en ancho sillón de vaqueta.

El cuadro, en suma, es de buena composicion, de fondo bellísimo y accesorios característicos.»

En 1882, una vez conocidas las obras de los más eminentes artistas españoles, pasó Barbudo de la histórica *Villa del Oso y el Madroño* á la monumental Ciudad de los Césares, ansioso de admirar las bellezas que en ella se contienen y de respirar aquel ambiente de grandeza.

Muchos han sido los lienzos pintados por don Salvador desde que reside en Roma, siendo difícil recordarlos todos. El primero que desde allí remitió á su patria para la Exposición Nacional de 1884, se titula: *Hamlet* (última escena), y como era de esperar, fué premiado, aunque sólo con una medalla de plata, y como el trabajo mereciese bastante más, desengañado su autor de los abusos que suelen cometerse en este género de concursos, quedó tan desazonado, que no ha vuelto á presentar su firma en ningún otro.

Sin embargo, esta soberbia producción atrajo sobre él la envidia de los compañeros, con la admiración de los inteligentes, y desde aquella fecha viene dándonos á conocer los mejores frutos de su paleta *La Ilustración Española y Americana*, de la que transcribiré, para demostrarlo, algunos juicios emitidos por los redactores de tan selecta revista. En el número correspondiente al 30 de Enero de 1890, se lee: «En la página 65 damos á conocer un nuevo cuadro del distinguido artista D. Salvador Sánchez-Barbudo, autor de *Hamlet* y *Salón de esgrima:* titúlase *La Puérpera*, y ha sido reproducido en madera, según fotografía, por el reputado grabador italiano F. Cantagalli.

La nueva madre, sentada en ancho sillón y sobre mullidos almohadones, recibe la visita de enhorabuena de sus parientes y amigos; cerca de ella aparece la cuna, envuelta en finos encajes, donde duerme el recién nacido, á quien contemplan dos

lindas muchachas; enfrente se encuentra el anciano Obispo de la diócesis, rodeado de sus familiares, y en el sofá están otras personas que con ellos mantienen conversación animada.

El fondo es de gran riqueza de ornamentación: alfombras y tapices, espejos y cornucopias, colosales macetas y jarrones de porcelana, todo artístico y elegante.»

En el número del 15 de Agosto de 1892, dice la misma *Ilustración*, del cuadro titulado *El café:* «La escena es en un café de Sevilla, frecuentado especialmente por oficiales del ejército; el vapor del aromático moka y de los ponches, el humo de los cigarrillos y el reflejo de las luces de gas forman un ambiente azulado y denso; los camareros cruzan á través de la sala, llevando relucientes bandejas con botellas y vasos; los parroquianos, varios oficiales de húsares y algunas damas superficialmente amables, revelan en el semblante grata expresión de mundano contento.

Tal es el asunto del cuadro *En el café*, que publicamos en el grabado de la página 93: una página de costumbres contemporáneas, narrada con distinción y gracejo por el laureado autor de *Hamlet*, D. Salvador Sánchez-Barbudo, hoy caballero de la Real y distinguida orden de Carlos III.»

RAFAEL SENET

Aún recuerdan los críticos de Arte y nos refieren con elogio, cuando de Exposiciones se trata, el efecto que en la del 84, de Madrid, produjo el gran cuadro de Senet, titulado *La vuelta de la pesca*, agraciado con segunda medalla, no obstante ser propuesto para una de primera, y adquirido por el Gobierno español, que justificó con su conducta los clamores de cuantos protestaron de la escasa recompensa otorgada por el Jurado.

La corrección del dibujo, el discreto uso de los colores, lo acertado de la composición y la verdad de toda la obra, conquistaron á su autor el unánime aplauso de todos los inteligentes; y los periódicos de Italia, en cuyo suelo fué ejecutado, así como los de España, en donde se le admiró después, llenaron sus columnas con tantos artículos laudatorios y tantas descripciones del hermoso lienzo, que, si se coleccionaran y reunieran, formarían más de un grueso volúmen.

Pocos artistas contarán una ovación tan completa y merecida como la obtenida entonces por Senet, de quien tenemos, además, en la coronada Villa y en los salones del palacio de Oriente, esa linda acuarela á la que tituló *Después del baile*, y que basta por sí sola para acreditar á un maestro.

Mas ¡cuántos disgustos y penalidades no ha sufrido el victorioso artista antes de escalar la altura á que ha llegado! Hijo de una modesta familia, nació en la Perla del Guadalquivir en 1856, y á la edad de diez años, cuando cursaba la segunda enseñanza en el colegio de D. Juan Naranjo, con el propósito de seguir la facultad de Medicina, sufrió la inmensa desgracia de perder á su querida madre, quedando en la orfandad más absoluta.

Entonces se lo llevó á vivir con él su padrino de bautismo, quien, siendo tenedor de libros en una casa de banca de Sevilla, quiso dar á su ahijado igual carrera. Pero al cabo de unos meses de consagrarse á las prácticas mercantiles, las aborreció éste en tal extremo, que no pudo prescindir de manifestarlo así á su protector, indicándole á la par su decidida afición á la pintura.

Accediendo el buen señor á complacerle, hubo de llevarlo al estudio de su amigo D. Teodoro de Aramburo, donde recibió el joven Senet las primeras lecciones de dibujo, y como no tardase en desarrollar sus aptitudes, pronto ingresó en la Escuela de Bellas Artes, matriculándose en las clases de Antiguo y de Colorido y Composición, que dirigían,

respectivamente, D. Joaquin Becquer y D. Eduardo Cano. Desde que principió á ser alumno de esta Escuela, no volvió á pensar jamás en los asuntos del comercio, y se dedicó por completo á la pintura, sosteniéndose con el producto de los cuadritos que pintaba y haciendo vida independiente para no ser gravoso á su padrino.

Arrendando una sala para estudio y durmiendo sobre el duro suelo, mientras ganaba para comprar los muebles, lo que hacía más dura aún su independencia, inauguró su vida artística, llena de peripecias, hasta el día en que conoció á D. Ramón de Ibarra, quien, después de comprarle algunas obras, concluyó por pensionarle desde Julio del 79.

En este mismo año tuvo Senet la fortuna de que le premiaran en la Exposición de Cádiz su trabajo *Recuerdo de Sevilla,* y así que lo vendió al señor conde de Morphy, hizo un curioso viaje por las provincias gallegas, de las que recogió interesantes apuntes, tanto en Vigo y Pontevedra, como en la Coruña y Santiago.

Entre sus primeros cuadros se halla un retrato que pintó del rey D. Alfonso XII (á quien se lo regaló por conducto del general Laserna) cuando recién subido al trono de España visitó éste príncipe á Sevilla; y, como S. M. deseara conocerle fué llamado Senet al regio alcázar, donde aquel le recibió en audiencia particular, manifestándole su gratitud y colmándole de atenciones.

En 1880 se trasladó mi biografiado á la coro-

nada Villa, para estudiar los tesoros del Museo del Prado y copiar los grandes lienzos de Velázquez, y en 1881 regresó á su ciudad natal, de la que partió para Roma en Marzo de aquel año, sin otro capital que su talento y su paleta; pues aunque hizo oposiciones á la plaza de pensionado de la Diputación provincial, no fué de los preferidos por carecer de influencias, tan necesarias en casos semejantes. Antes de marchar á Italia, había conocido en su país á los maestros Villegas, Jiménez Aranda y Rico, el primero de los cuales le proporcionó la venta de algunas tablas para el barítono Pandolfini, y para el comerciante inglés Mr. Ruid, y así que le vió en la capital del mundo, le ofreció su protección, prodigándole favores por los que le guarda Senet la gratitud más intensa.

No sólo procuró relacionarlo con los mejores artistas nacionales y extranjeros, cuyos estudios, lo mismo que el de su compatriota Pradilla, pudo visitar frecuentemente, sino que le dió los mejores consejos cuantas veces consultóle; le permitía á todas horas ver sus cuadros, y por las noches le retenía á su lado, haciendo acuarelas en compañía de Moreno Carbonero, Hernández, García Ramos y Bilbao. Al finalizar el año 81 emprendió la serie de excursiones que habían de darle á conocer las bellezas del pueblo de los Césares. Primero estuvo en Florencia con Moreno Carbonero; después en Venecia, donde ejecutó interesantes trabajos, entre otros, el titulado *Puerto de Venecia,* vendido allí mismo al

Gran Duque de Sajonia Weimar, (el cual fué á visitarlo á su taller, en el que conversaron largo rato en la hermosa lengua castellana, que aquél posee con perfección), y en 1882 marchó á la poética Nápoles, de cuyos monumentos y alrededores copió gran parte para sus cuadros de género, y en donde llegó á esbozar el soberbio de *La vuelta de la pesca*, que si tan favorablemente fué acogido en la citada Exposición de Madrid, no lo fué menos en la que antes se celebró en la Academia de Roma (dirigida por el eximio Palmaroli), donde figuraron también las firmas de Sánchez-Barbudo y Carbonero.

No ya sólo Palmaroli, sino el director de la Academia francesa, y, sobre todo, el embajador de España, señor marqués de Pidal, felicitaron con entusiasmo al artista sevillano, cuyo nombre se hizo tan famoso, que hubo de ser presentado á la reina Margarita, quien quiso admirar de cerca al digno hijo del pueblo de los genios.

Desde que llegó á la pintoresca Italia, y con anterioridad á esta última obra, había pintado Senet un gran número de cuadros, teniendo la fortuna de que le comprasen todos apenas les daba la mano de barniz y los exponía en los certámenes que, periódicamente, celebraban las ciudades de Viena, Buda-Pesth, Berlín y Londres. Entre los vendidos en Berlín en 1885, se encuentra el titulado *Un vendedor de gallinas, africano,* y entre los vendidos en Londres en el 83, para *The united arts Gallery, Conductores de cabras* y *Pescadoras de almejas.*

Pero en cuanto saboreó los placeres del triunfo, queriendo aumentar su gloria con más notables creaciones, dió principio á otras dos, de las que tuvo que desistir últimamente ante los crecidos gastos que exigian y la escasez de sus recursos pecuniarios, razones poderosas que le obligaron á contratar con los Sres. Tooth, de Inglaterra, cuantas tablas ó lienzos pintase en un plazo determinado.

El contrato con dichos señores le prohibía hacer trabajos que no fuesen para ellos; mas, no obstante tal esclavitud, pudo mandar unos cuantos á varias Exposiciones en las que, con frecuencia, obtuvo premios, inesperados para él, que no los procuraba, tales como una medalla de segunda clase en Munich por un grupo de *Campesinas romanas* y un diploma de honor en Barcelona por *El canal de Venecia,* con los que compiten en valor artístico *Las lagunas de Venecia* y *Pescadoras napolitanas,* hoy propiedad de D. Ramón de Ibarra.

Á pesar del mucho tiempo que por la contrata con Tooth ha estado separado del verdadero camino que en sus comienzos emprendiera, no tardará en volver con dobles bríos á cosechar nuevos laureles, mediante otros dos futuros cuadros titulados *¿Á quién será?* y *Vía Crucis.*

JOSÉ VILLEGAS

Basta pronunciar su nombre ante los mejores artistas de nuestros días, para escuchar acto seguido exclamaciones de entusiasmo y elogios merecidísimos en honor del gran pintor, al par que maestro insigne de muchos de los que cuenta hoy en primera línea el arte de Velázquez y Murillo.

Villegas tiene más alta representación en el campo de la pintura sevillana que nuestro venerable Espartero en el campo de la guerra. No ya Napoleón, ni la gran figura de Alejandro, coronando sus extensas conquistas, se destaca tan colosal y radiante de gloria como la superior figura de este artista andaluz, coronando sus originales y bellísimas creaciones.

Admirador de Fortuny le ha superado en más de una ocasión, y cuanto sale de su paleta, demuestra claramente que el Arte no tiene secretos para él.

Su pupila, más sensible que el paladar del gastrónomo más refinado, sabe encontrar en un mismo

tono, escala variadísima de gradaciones, y así observamos en todos sus cuadros que, á más de ser el dibujo admirable y la composición acertadísima, no hay en ellos dificultad de color que no esté vencida con magistral talento y habilidad suma, apareciendo en cada uno de sus lienzos una orgía de colores valiente y animada.

¡Con razón se enorgullece Sevilla al contarle entre sus hijos! porque el ilustre Villegas nació en esta *Perla del Betis* en 26 de Agosto de 1848, siendo sus padres D. José Villegas y D.ª Antonia Cordero.

En 1865 principió su educación artística, aprendiendo el dibujo con D. José María Romero, bajo cuya dirección estuvo dos años, y durante otros tres estudió en la Escuela provincial de Bellas Artes, donde fué sobresaliente discípulo del famoso don Eduardo Cano, catedrático de Colorido y Composición.

Cuando estaba recibiendo las lecciones del señor Romero, se celebró en Sevilla una Exposición de pintura, en la que figuraban cuadros de los Jiménez Aranda, de Peralta, de Vélez, de Piñera, etc., y al visitarla Villegas, salió tan impresionado, que al día siguiente manifestó á su maestro su decisión de no seguir copiando obras de otros y dedicarse á estudiar el natural.

Romero le contestó:—«No es posible por el momento; cuando V. sepa ver el natural, entonces le pondré á estudiarlo,»—y esta respuesta le movió

á marcharse al momento, sin replicar una palabra, con su caja de materiales, matriculándose desde entonces en la clase de Colorido y Composición; lo que fué para él como pasar de Herodes á Pilatos, porque si con Romero copiaba sus cuadros, en la clase del Museo, copiaba estampas ó reproducciones de la galería francesa contemporánea. La Diputación provincial no daba dinero para costear el modelo vivo, y sólo (muy de tarde en tarde) cuando el Sr. Cano lo pagaba de su bolsillo, es cuando los alumnos podían copiar del natural.

Tan absurdo sistema de enseñanza impulsó al joven Villegas á trasladarse á Madrid, ó á donde le fuera posible ver y estudiar racionalmente.

Como sus buenos padres no tenían medios de poder costear este viaje, apelaron á la Diputación y al Duque de Montpensier, á fin de que le pensionaran, pero todos le cerraron sus puertas, y hasta sus maestros se oponían á su marcha, diciéndole algunos, como el Sr. Becquer, «que hacía una locura en irse de Sevilla, donde se aprendía mejor que en todas partes.»

Él no dió oidos á otros consejos que á los de su propia convicción, y pasó de Sevilla á la corte, donde por espacio de seis meses hizo muchas copias de Velázquez y del Tiziano, á la vez que varios retratos de amigos; y, pintó interesantes bocetos que mandaba á sus padres, quienes los vendían á pintores ingleses.

Su inspiración no tardó, desde luego, en mani-

festarse fecunda y vigorosa. Sus ensayos obtenían las alabanzas de cuantas personas peritas llegaban á contemplarlos, y estimulado, al fin, por las excitaciones de sus camaradas y admiradores, se trasladó á Roma en 1869 lleno de esperanzas, que pronto se vieron realizadas.

Allí se consagró al estudio del natural, á la vez que bebía en la fuente de tantas obras inmortales como atesora la Ciudad de los Césares, trabajando por las noches en la célebre academia de Gigi, (por la que han pasado casi todas nuestras eminencias pictóricas de 50 años acá, entre otras, Rosales, Fortuny, Gisbert, Casado, etc.,) y en poco tiempo llegó á revelarse como un gigante con su primer cuadro, *El descanso de la cuadrilla*, escena que aparece representada en la plaza de toros de su pueblo natal, al que siguieron un boceto para un cuadro grande titulado *Alfonso el Sabio escribiendo las Partidas*, y multitud de bocetos de asuntos y costumbres de España.

Uno de estos últimos gustó tanto al pintor Benito Mercader, que tuvo que dedicárselo, y como éste lo colocara en su estudio de París, fué visto y admirado por casi todos los artistas parisienses, dando motivo á que desearàn conocer á su autor, cuando estuvieron en Roma Mr. Stuart y Zamacois, á quienes presentó Fortuny en casa de nuestro paisano, en donde al ver Mr. Stuart los bocetos de *La cuadrilla que descansa* y *Un reñidero de gallos*, le encargó que le hiciera dos cuadros con los mismos asuntos.

Desde entonces hasta hoy no ha dejado de producir obras de indiscutible mérito, y su renombre crece de día en día lo mismo en el Viejo que en el Nuevo Mundo. Sus cuadros tienen puesto preferente en las galerías más opulentas, y en Buda-Pesth, Londres, New-York, París, Niza, Viena y Munich, ostentan los Museos la firma del pintor hispalense con la satisfacción propia del que posee una obra maestra, no siendo pocas las personas Reales que han adquirido, por precios fabulosos, cuadros y hasta bocetos suyos. Entre otras, podrían citarse: el Rey de Sajonia, quien le compró el célebre lienzo titulado, *Unos tanto y otros tan poco;* el de Wutemberg, á quien pertenece el que se titula *En la misa*, y la reina Margarita, de Italia, que tiene un boceto, cuyo título es *Los primeros frutos*, consistiendo el asunto en un grupo de niñas campesinas, que se destacan en el fondo de un bosque, corriendo entre flores y yerbas, para llevar al mercado los productos del suelo.

Repartidos entre las principales colecciones de Europa y América se encuentran además los siguientes trabajos de Villegas: *El zapatillero árabe*, *Una huelga después de los toros*, *En el interior del Serrallo*, *El sueño del Atchis*, *Última entrevista (en el Escorial) entre D. Juan de Austria y Felipe II, antes de marchar D. Juan á Flandes*, *Un bautizo en Sevilla*, *El Domingo de Ramos*, *La fiesta de las Marías*, *escenas de la historia de Venecia*, *Después de la función de las palmas en San Marcos de Venecia*, *La paz de*

las damas ó de Cambray, El Aretino lee las epístolas que manda á los príncipes y á sus amigos Tiziano y Sanzovino, Fin de la Audienciad el ministro de Estado de la Corte pontificia, El Doge Foscari, saliendo del palacio ducal después de su deposición, El paje del Doge, ¡Atrás, miserable!, figura de tamaño natural, que representa un caballero del siglo XVI, tirando una estocada al espectador, como si se viera sorprendido por él: distinguiéndose en el fondo parte de la portada de un palacio y una escala de cuerda que pende de un balcón, y por último, para no cansar más al lector, citaré: *La muerte del maestro*, ó del matador de toros (herido en la corrida) en el acto en que la cuadrilla le da el postrer adiós.

Inspirándose en este mismo asunto terminó hace poco mi biografiado un cuadro de tamaño mayor, acerca del cual decía un periodista que, cuando se estaba terminando, visitó su estudio: «*La muerte del torero* conmueve y atrae, palpitando en todas sus figuras la impresión del horrible drama comenzado en el anillo y concluido en la modesta capilla donde al pie del altar, sobre tosco camastro, muere el matador á quien minutos antes aclamaban las muchedumbres...

»Ese cuadro quedará en nuestra historia, como nota elocuente, dentro del drama representado á diario en el circo. El alguacilillo de la derecha, que declara el hecho con un movimiento de manos, y el chulo ó mozo de estoques que lía el petate, porque

ve que todo se acabó, son figuras dignas de hacer con ellas dos obras capitales».

Á la par que *La muerte del torero*, ha concluido otro trabajo de grandes dimensiones y distinto género, titulado *El triunfo de la Dogaresa Foscari*, la que se destaca en el fondo de un amplísimo lienzo, con su Corte de damas y doncellas, rodeada de los embajadores y magnates que atisban el lujo de la comitiva. Tanto estas figuras como las del grupo de pajes, escuderos y curiosos, parecen animadas de vida propia; todas ellas están llenas de movimiento, hay luz en sus ojos y materialmente parece que hablan.

La primera Exposición á que asistió Villegas por invitación del Rey Carlos, fué á la celebrada en Stutgard en 1891. En ella no había premios ni figuraron más que 300 obras; pero como sólo pudieron concurrir los artistas invitados, y éstos, naturalmente, fueron los mejores de todos los países, aquel concurso resultó el mejor de cuantos hasta hoy se llevan hechos.

Desde el 91 no ha vuelto á concurrir á ninguna Exposición hasta el año 94 en que presentó sus cuadros *Murió el maestro* y *El triunfo de la Dogaresa*, en los concursos verificados en Munich, Berlín, Viena y Buda-Pesth, al paso que en la Academia de Bruselas presentaba dos estudios del segundo de estos cuadros, con motivo de los cuales se leía en *El Imparcial*, número del 4 de Junio del 94, el párrafo siguiente:

«Los dos soberbios cuadros del pintor español señor Villegas, titulados *La Dogaresa* y *Murió el maestro*, han llamado la atención de los críticos más intransigentes. Desde la hora en que se inauguró este certamen hasta la de retirarse el público, ha sido tal la aglomeración de curiosos delante de dichos trabajos, que se hizo preciso colocar una especie de valla enfrente del que representa *La muerte del torero.*»

Este breve cuanto expresivo telegrama, remitido desde Munich á los periódicos de Italia, fué reproducido por toda la prensa extranjera, que apuró el vocabulario de los elogios al tratar de nuestro insigne compatriota; quien, por los citados trabajos, mereció en la Exposición internacional de Viena la «Gran medalla de oro del Estado de Austria», distinción que sólo alcanzan los verdaderos é indiscutibles maestros. Á esta medalla hay que añadir otra de oro también y de primera clase conquistada por *La Dogaresa*, en Berlín.

El lienzo *Murió el maestro*, confirma de una manera evidente las afirmaciones hechas por el artista andaluz en carta dirigida á uno de sus más entusiastas amigos y admiradores, de la que por el interés que siempre despierta su autor, reproduciré algunos párrafos:

. . . . . .

«Pruebas de poder concebir y ejecutar una página histórica—dice—la he dado ya muchas veces, así es, que hoy no pienso gastar la imaginación y

el tiempo en averiguar cómo vivían y pensaban las sociedades de antaño, cuando tanto tenemos que estudiar en la sociedad en que vivimos y más directamente nos impresiona.

Los cuadros de Historia son un débil reflejo de la realidad que trata de pintarse, porque no conociéndola sino por las crónicas, literaturas y obras artísticas que los hombres de otras generaciones nos legaron, aunque nos sirva de modelo la indumentaria de los mismos personajes, nunca podemos sentirlos, y el momento dado que representa todo cuadro ó estátua debe estar sentido; pues tanto la Literatura como las Bellas Artes, deben ser, ante todo, el fonógrafo encargado de transmitir á las generaciones venideras nuestras ideas, nuestras costumbres y nuestras luchas, para que los hombres estudiosos que nos sucedan puedan ver palpablemente el carácter especial de la generación que las realizara.

Por desgracia, de tantas cualidades como abundan en nuestros artistas, lo que menos se cuida de anatomatizar son las dos condiciones principales que deben predominar en toda obra artística: la Psicología y la Estética; lo que predomina en ellos es saber pintar un torso del natural, cuando siendo esta cualidad pictórica innata en nuestra raza, no debiera preocuparles tanto; siendo un grave daño que absorbe por completo todo el pensamiento de los pintores. Pero, si un día llega, que creo llegará pronto, en que estudien el concepto estético y el

psicológico, nuestros artistas serán los que ocupen el escalón más cerça de la meta.»...

Si tan claro es el talento que tan brillantemente se expresa, la musa de Villegas es sólo comparable á la flora de su país. Como las frondosas plantas que crecen junto á la *Torre del Oro,* siempre verdes y echando cada día nuevos brotes, como esos rosales de *Las Delicias,* constantemente matizados de delicadísimas tintas y en los que no ha terminado de abrir un pimpollo cuando aparecen los botones de otros cien, cual soldados de la belleza, impacientes por revelarse; á semejanza de tan exuberante vegetación, el que nació en ese mismo terreno, en la *Ciudad de la Giralda,* no llega tampoco á concluir un cuadro, cuando está dando los primeros toques á nuevas creaciones que ha concebido su mente. Por eso, apesar del tiempo que le han absorbido los dos cuadros consignados, ya tiene entre manos diez ó doce más, entre los que citaré: *La Cadoro de Venecia, El primer baño, La prueba del gallo, El doge Marino Faliero, condenado á muerte por los veinte patricios más viejos de Venecia, El Cardenal penitenciario, El cepo, Sesión preparatoria para el primero de Mayo, En el locutorio del Convento, Contrastes de la vida, Pinturricio presenta al Papa Borgia los proyectos de decoración del apartamento* y *El último beso.*

El Sr. D. José Villegas Cordero, este digno español, que, según frases suyas, «ama al Arte como á su propia madre», y conste que la quiere con delirio, ha llegado por sus únicas fuerzas y muchísi-

mos merecimientos, no sólo al colmo de la gloria, sino de la felicidad humana, viéndose rodeado de cuanto al hombre puede halagarle más, fama, posición y dicha.

En medio de la campiña, y á poca distancia de la Ciudad Eterna, ha edificado un palacio árabe, especie de filigrana arquitectónica, bajo cuya cúpula labra sus obras inmortales, y en él vive halagado por el cariño de una hermosa mujer con quien unió su nombre y su vida para que ella embellezca con su espíritu el amor de aquel hogar, mientras él embellece con sus pinceles los principales museos del mundo.

De su paleta salen por docenas los miles de duros; pero como su corazón es tan grande como su genio, por docenas los reparte también entre los compatriotas necesitados, y á pesar de su opulencia, vive con la llaneza castellana.

Este artista es, por sus cualidades inapreciables, el amigo de cuantos le conocen.

Á la inversa de otros pintores, tiene abierta su casa para todos los colegas que van en busca de un consejo ó á mirar lo que él hace, y no se desdeña ni mucho menos de correr al estudio del que comienza para darle su parecer cariñoso y leal.

Á su elegante morada acuden igualmente Reyes y Emperadores, sabios y poderosos, y todos son recibidos por Villegas con la misma cordialidad que emplea con sus huéspedes más modestos. Es sevillano de pura raza, y no puede amoldarse á ridí-

culas ceremonias; su distintivo es la naturalidad.

Nunca tiene reparo en decir lo que siente, y si tratais de investigar sus aspiraciones, os contestará con estas palabras: «trabajé y trabajo mucho, siempre con la fiebre de llegar á que mi patria pueda un día creerme, con orgullo, hijo digno de ella.»

Ese día ha llegado ya, aunque el interesado no lo crea. ¡Gloria á la madre de tan eximio hijo y al cielo que lo vió nacer! ¡Viva la *Tierra de María Santísima!*

RICARDO V. CORDERO

Digno hermano del famosísimo Villegas, es también D. Ricardo, uno de esos privilegiados artistas que han recorrido casi todas las Exposiciones del mundo, cosechando laureles y los primeros premios.

Tiene enemigos y envidiosos, como todos los que valen; pero él se sobrepone á ellos, contestando á las murmuraciones con los prodigios de su paleta.

Nacido en Sevilla en 3 de Abril de 1849, quiso dedicarlo su familia, no al cultivo de la pintura, sino al estudio de las ciencias, y, por tal causa, ingresó en el Instituto y después en la Universidad, pasando, por último, á Madrid, donde, con grandes aptitudes, principió la carrera de arquitecto. Mas cuando le faltaban dos años para terminar ésta, ó sea en 1873, no pudo resistir ya los vivos deseos que desde niño tuviera por consagrarse al Arte de Murillo, y abandonando la capital de España, se trasladó á Roma en busca de su hermano, á quien manifestó su irrevocable propósito, solicitando de él la dirección que necesitaba.

Disgustado Villegas de la inesperada resolución del estudiante, negóse en un principio á complacer sus deseos; pero viendo su resuelta actitud, accedió al fin á darle las primeras lecciones, y no tardó en alegrarse de haber procedido así, tan pronto como empezó á notar las grandes condiciones que el discípulo mostraba.

Ricardo se hizo pronto un maestro, y como tal se presentó en el campo de los artistas, asistiendo á una Exposición de Munich con su primer cuadro, *Una riña de gallos en África,* que fué premiado con la cruz de primera clase de San Miguel de Baviera.

Más de veinte personajes entran en la difícil composición de este interesante cuadro, y á pesar de su gran número, no hay uno sólo que se halle de más ni que no esté en el sitio que le corresponde; los caracteres de la raza y las fisonomías de aquellos bereberes están interpretados con singular maestría: unos tendidos, otros sentados y otros en pie, se agrupan, llenos de curiosidad, alrededor de los gallos, esperando el resultado de la lucha, y el conjunto que ofrecen rebosa por completo colorido y naturalidad.

La segunda Exposición á que asistió Ricardo V. Cordero, que así se firma éste para diferenciarse de su hermano, fué la celebrada en Madrid, en la que figuraron sus dos hermosos lienzos *Un herrero* y *Una vendedora de peces.* Acerca de éstos sólo diré que fueron considerados como dos magníficos Velázquez hasta por los críticos más intransigentes, á

pesar de lo cual sólo les concedió el Jurado un diploma de honor, que rehusó el Sr. Cordero, á quien le dieron por ellos en Munich una medalla de oro.

En el año 90 volvió á presentar en la coronada Villa otra excelente obra, en gran tamaño, titulada *La muerte de Viriato*, á la que, en venganza, quizás, de lo ocurrido anteriormente, se colocó en el peor sitio para no darle ningún premio. Sin embargo, los verdaderos inteligentes y la prensa toda de la corte no hicieron nada de más colmando de merecidos elogios la acertada interpretación de la trágica muerte de aquel valiente caudillo.

En el fondo de la tienda de campaña duerme Viriato, sobre tosco catre, iluminado por la luz de una antorcha, que refleja sobre el colgado escudo del guerrero. Á los pies de aquel camastro se halla colocado el cobarde asesino, quien, levantando el brazo por encima de su cabeza, va á clavar el puñal en el pecho de su jefe. En la puerta de la tienda aparece, contemplando la escena, uno de los traidores conjurados, y dos soldados más, de igual aspecto, se asoman por detrás del que da la puñalada; manifestándose en el semblante de todos la febril incertidumbre que les embarga y el temor de que despierte el lusitano antes de recibir el primer golpe.

La composición, la luz y el dibujo demuestran de admirable manera las excepcionales dotes del maestro, y si en vez de predominar las pequeñeces, predomina la justicia en el Jurado, el cuadro de V. Cordero no se queda sin premio.

Pesada sería mi tarea si me propusiese citar todos los triunfos conseguidos y todos los trabajos ejecutados por el hermano de Villegas; mas ya que esto no sea fácil, voy á citar, siquiera, los títulos de varias de sus producciones y describir ligeramente el asunto de algunas de éstas.

Entre sus mejores obras figuran las siguientes: *Una esclava antes del suplicio*, *Interior de un serrallo*, *¿Qué dirán?*, *Andalucía*, *Colón ante los Reyes Católicos después de descubrir las Américas*, *La lucha*, *La murmuración*, *La procesión de las palmas*, *Partida interesante*, *Fígaro y Rosina* y muchas más.

El argumento de este último cuadro lo indica ya su mismo título. Una clásica ventana del siglo XVI, cuyo zócalo está revestido de mudéjares azulejos y cuya fachada superior se halla cubierta de espesa enredadera, cuajada de bellas flores, constituye el fondo en que se desarrolla la escena. Rosina, que está sentada tras los cincelados hierros, es uno de los personajes, y el otro es Fígaro, que de pie sobre la acera y apoyando un brazo en la reja, le dirige á su amada las frases que son de suponer. Ambos visten traje español antiguo, ó mejor dicho, andaluz, y apoyada en la pared se distingue una guitarra que Fígaro acaba de soltar para dar descanso á los dedos mientras trabaja la lengua.

Partida interesante es otro de los lienzos que inspiran gran interés, como su mismo nombre indica. Viene á constituir una página de nuestra historia social llena de vida y tranquilidad, de realidad y de

poesía al mismo tiempo, y sin embargo, nada más sencillo que su argumento: dos soldados de nuestros antiguos tercios juegan á las cartas con un reverendo fraile, sirviéndoles de mesa un hermoso tonel, al lado del cual se ve la jarra del vino y destacándose á la espalda del padre, las figuras del mesonero y la mesonera, quienes, como esperando alguna ganancia de la jugada, contemplan la partida llenos de curiosidad.

En el que se titula *Andalucía*, ha sintetizado el Sr. V. Cordero, con una habilidad extraordinaria, cuanto de más hermoso existe en su esplendoroso país; arte, flores, luz, hombres y mujeres. Cinco de éstas y tres de aquellos celebran una fiesta en un alegre jardín; sobre el blanco mantel que cubre á rústica mesa hay botellas y cañas de manzanilla dispuestas á refrescar los labios y caldear las almas de aquellas hijas de Eva. Un *majo* tañe la guitarra, no muy distante del dorado vino; una seductora flamenca baila unas seguidillas sobre una manta morellana, haciendo resonar las castañuelas que ostenta en sus lindas manos, y sus bulliciosas compañeras cantan y baten las palmas bajo un tupido parral.

Trabajo me cuesta no seguir describiendo siquiera dos ó tres cuadros más de los que ya he citado; pero creo que los descriptos bastan para dar una idea, aunque remota, de lo mucho que vale el pintor hispalense que, con su eximio hermano, vive en Roma.

Escultores

PEDRO DOMÍNGUEZ Y LÓPEZ

No es sevillano, ni andaluz siquiera, pero vale muchísimo como escultor ornamental y sus mayores y más importantes obras han sido todas ejecutadas en Sevilla, en cuya Escuela de Bellas Artes es, desde hace tiempo, uno de los profesores de más talento é inspiración, contribuyendo de este modo al progreso escultórico de la Ciudad de la Giralda, con la educación de sus futuros artistas.

Esta es la razón de incluir entre los hispalenses á D. Pedro Domínguez y López, no obstante ser del pueblo de Cobeña (provincia de Madrid), en el que vió la luz en 17 de Septiembre de 1861.

Empezó sus estudios en la Escuela de Artes y Oficios de la Villa y Corte, donde fué aventajado discípulo de D. Francisco Molinelli; y, así que cimentó sus conocimientos, al lado de otros escultores notables, hizo oposición á la cátedra de mode-

lado y vaciado de adorno que se hallaba vacante en la mencionada Escuela de la *Perla del Betis*.

Los demás opositores que le disputaron el triunfo, eran todos verdaderos colosos del Arte, y el tribunal lo componían los catedráticos más sabios y exigentes, ó sean: los eminentes maestros D. Jerónimo Suñol, D. Juan Sanssó, D. Francisco Bellver, D. Eugenio Duque, D. Sabino Medina, D. Vicente Esquivel y D. Plácido Francés.

Ocioso es decir el rigor que desplegaría con los valientes campeones y cuán grande fué la victoria de Domínguez al conquistar el número uno, ocupando en seguida el anhelado puesto.

Desde aquella fecha vive el joven profesor en la ponderada Hispalis, y á la vez que da sus clases, con gran aprovechamiento de los alumnos, toma parte importantísima en las construcciones ó restauraciones de los principales monumentos.

Buena prueba de ello tenemos en las obras de la Catedral, en las que ha trabajado durante ocho años á las órdenes del arquitecto D. Adolfo Casanova; debiéndose á él, entre otras cosas, casi toda la ornamentación de la célebre puerta de San Cristóbal, labrada en el estilo gótico ú ojival del siglo XV

Ultimamente ha estado restaurando, por encargo del Ayuntamiento, la antigua fachada plateresca de las Casas Consistoriales, haciéndose todos los trabajos bajo su única dirección, y teniendo consigo para que se ejerciten en el manejo del cincel ó de

los palillos, á sus discípulos más aprovechados.

Lo mismo la puerta de San Cristóbal que la fachada del Municipio, demuestran, con los mejores datos, el genio potentísimo y la facultad asimiladora de tan experto escultor, hasta el punto de que el día en que la influencia de la intemperie iguale el color terroso de las partes vieja y nueva, habrá muy pocos peritos que distingan lo antes fabricado, de lo que se acaba de hacer en el siglo XIX. De tal manera ha sabido apropiarse el inteligente artista el diferente gusto de ambas épocas, y con tal acierto ha interpretado el carácter de cada una de ellas.

Á la vez que estas obras, ha realizado otras muchas de géneros bien distintos, y en todas ha confirmado que su fantasía es de primer orden, y que tiene sobre el Arte un dominio absoluto; mas, las restauraciones descritas son bastantes, por sí solas, para levantar su nombre á considerable altura, y para asegurarle eterna fama entre arquitectos y arqueólogos.

ADOLFO LÓPEZ

Á la manera que Susillo ha hecho renacer en su patria el sublime arte de la escultura monumental, D. Adolfo López ha sido el primero, y hasta hoy el único sevillano que se ha consagrado en este siglo á la no menos grandiosa escultura decorativa, distinguiéndose, además, en los trabajos místicos ó de asuntos religiosos, que son los que más le hacen sentir, por amoldarse á sus ideas sinceramente cristianas.

Y he aquí también la razón de que en las obras arquitectónicas prefiera á todos los otros el bello estilo ojival, sin que por esto le consagre toda su atención, ni deje de cultivarlos todos, lo mismo el greco-romano, que las distintas variedades del árabe.

Pero, el Sr. López no es solamente escultor; maneja los pinceles con la misma facilidad que los palillos, y á pesar de lo que dice nuestro refrán cas-

tellano, no hablareis con uno de su oficio que no le colme de elogios si le preguntais por él.

Lo más asombroso de todo está en que no ha salido de Sevilla para recibir su ya cimentada educación artística, y, no obstante ser un maestro, sus viajes más largos han sido á los antiguos barrios de la ciudad y á este ó al otro pueblo de la comarca andaluza, en busca de datos ú objetos arqueológicos, especialmente del gusto mudéjar, al que es bastante aficionado.

¿Cómo ha llegado, entonces, á formarse? Voy á decirlo.

Hijo de D. Juan López Vega y de D.ª Paula Rodríguez Gascón, nació en la gloriosa Hispalis en el 17 de Septiembre de 1862, y desde muy joven empezó á concurrir á las clases del Museo, donde tuvo de profesor á D. Leoncio Bagheto. Más tarde recibió lecciones de D. Antonio Peñas, quien le enseñó á modelar el barro, y antes de cumplir los dieciseis abriles, admiró á sus mismos maestros con un hermoso busto, ejecutado por encargo de los Padres Jesuitas del Puerto de Santa María, y consistente en el retrato, vaciado en hierro, del fundador de aquel Colegio.

Á partir de aquella fecha, son innumerables los estudios que hizo en la Academia Libre de Bellas Artes y las obras que ha realizado en multitud de edificios públicos y particulares. Con el fin de no ser prolijo, me limitaré á citar únicamente aquellas que más renombre han llegado á conquistar.

Entre éstas figura una efigie de tamaño natural y en talla, de San Felipe de Cantalicio, existente en la iglesia de Capuchinos, y un plano en relieve de la mina de cobre Cueva de la Mora (provincia de Huelva), trabajo que fué premiado en la gran Exposición minera de Lisboa, cuando contaba su autor los veinte años de edad.

Al mencionado plano siguió una preciosa cabeza de niño, que, con el título de *Un seise*, estuvo expuesta en Sevilla, mereciendo las alabanzas de cuantos inteligentes la veían y apreciaban las dotes del novel escultor, de cuyas manos salió después una virgen bizantina, encantador bajo-relieve en barro pintado.

Sus propios merecimientos conquistaron pronto á López una extraordinaria fama y los encargos escultóricos de todas clases llovieron sobre él. Entonces hizo para los PP. Felipenses una hermosa figura en madera (tamaño académico) del Beato Juvenal; restauró en la Catedral las esculturas en barro pintado de Santiago el Mayor y el Menor y de la Virgen del Reposo; modeló un lindísimo bajo-relieve decorado de pilastras y ventanas para la iglesia del Corazón de Jesús; hizo los proyectos y modelos, en estilo greco-romano, de las portadas del Salvador, que es una de las mejores parroquias de la capital andaluza, y, finalmente, le fueron encomendadas importantes construcciones en palacios y casinos.

De estos últimos mencionaré, por lo menos, el Círculo Militar y el Mercantil del pueblo de la Giral-

da, y el Gaditano de la ciudad de Cádiz. En el primero existe suyo un vestíbulo plateresco; en el segundo una salita mudéjar, y en el tercero un salón de puro gusto árabe.

En la restauración del histórico monasterio de la Rábida, con especialidad en las pinturas decorativas del claustro y de la iglesia, tomó parte importantísima, bajo la dirección del arquitecto D. Ricardo Velázquez, y á él se debe casi en absoluto la restauración de los antiguos frescos que aparecieron en las capillas laterales, al raspar de sus paredes la gruesa capa de cal que las cubría.

También ha trabajado en la notable obra de la Catedral hispalense, donde permaneció durante mucho tiempo, á las órdenes de los arquitectos D. Adolfo Casanova y D. Joaquín Fernández. Al lado del Sr. Casanova hizo el emplantillado de la piedra de la portada de San Cristóbal y algunos modelos de ornamentación y dibujo, y por encargo del Sr. Fernández, trazó varios planos de lineal y detalles de reforma para la Real Academia de San Fernando.

Varios son los retratos, estátuas y relieves que han salido, además, de las manos habilísimas del joven Adolfo López; pero, sólo mencionaré los magistrales bustos, en barro cocido, de los dos artistas Arpa y Mattoni.

El Sr. López ha sabido grabar en la dócil arcilla hasta la más pequeña expresión del rostro y de la mirada de cada uno de estos pintores, y en el retrato de Mattoni, sobre todo, se revela brillante-

mente hasta lo que es más difícil de expresar con la materia, el carácter, los sentimientos y el genio superior del retratado.

Dicho Sr. Mattoni tuvo no hace mucho á su cargo, en colaboración con mi biografiado, la pintura y decoración escultórica de una lindísima capilla mudéjar, en la parroquia de San Andrés.

Cuanto contiene esta capilla, es obra de estos señores, (sobre todo de López) desde el mayor al más pequeño detalle.

Yo he tenido el gusto de admirarlo todo detenidamente, y puedo decir que he pasado pocos ratos tan agradables como el que me proporcionó la contemplación de tanta belleza.

Cubre las paredes un alto zócalo de azulejos, imitación del siglo XV, por encima de los cuales están pintadas con características labores; la cúpula está dorada y revestida de pinturas, y en el frontón, sobre el altar mayor, en que se ve una hermosísima efigie del Corazón de Jesús, obra de López, como el retablo, hay un precioso fresco semejando los de la época, y debido á la paleta de nuestro actual Murillo, que es D. Virgilio Mattoni.

El día en que se abrió al culto esta capilla, se encontraron los sevillanos con una joya más que honrase á su patria, y los nombres de López y de Mattoni fueron ensalzados por cuantos saben ver y apreciar las verdaderas obras de Arte.

Adolfo López se ha distinguido tanto en esta clase de obras y es tan fecundo en sus creaciones,

porque siempre procura hallar el modo más fácil de interpretar la Naturaleza, con relación á una idea de belleza. Á su juicio se encuentra ésta «por la sensación, por efecto del contraste ó por el estudio»; mas él da la preferencia á la parte científica, y en sus producciones desempeña el principal papel la geometría, la harmonía de los colores y la perspectiva.

ANTONIO SUSILLO

Cerca de dos siglos há que la Escultura no daba muestras de vida en la capital andaluza. Así como desaparecieron los grandes pintores con el inmortal Murillo, no volvió á escucharse el nombre de un escultor eminente desde que pasaron á mejor vida Martínez Montañés, Roldán y Alonso Cano.

La fecunda madre de tan notables artistas parecía condenada á perpétua esterilidad cuando á mediados de este siglo llamó á sus puertas un hombre que redimió á la Pintura. Este redentor fué don Eduardo Cano, quien, después de estudiar en París los últimos adelantos del Arte, los comunicó á una pléyade de inspirados jóvenes que, próximos á naufragar, rompieron las ligaduras que los oprimían, y dando al traste con los inveterados resabios de sus antiguos maestros, consiguieron salvarse y brillar como hoy brillan en el mundo sublime de lo grande y de lo bello.

Pero si la Pintura ha podido tener un redentor,

y á éste deben parte de su gloria los famosos pintores sevillanos, la Escultura no ha tenido redentor algunos y el único escultor monumental con que hoy cuenta Sevilla se lo debe todo á sí mismo, á lo superior de su talento y á su incontrastable vocación.

D. Antonio Susillo nos ofrece un magnífico ejemplo de lo que puede la fuerza de voluntad y de cómo triunfa el genio de los mayores obstáculos, cuando le acompañan una inteligencia privilegiada y un corazón dotado de exquisita sensibilidad.

Nacido en la hermosa Hispalis en 18 de Abril de 1857, reveló desde niño su decidida inclinación al cultivo de las Bellas Artes; mas no fueron pocos los inconvenientes que necesitó vencer para conseguir sus deseos, siendo los dos mayores la oposición de su padre y la carencia absoluta de maestros.

El autor de sus días, rico comerciante de aceitunas aderezadas, miró, al principio, con disgusto las aficiones de Susillo y para distraerle de ellas procuró dedicarle al negocio de la industria aceitunera, teniéndole á su lado con el fin de que le ayudase y se impusiera á la vez en los trabajos de la casa. Sin embargo, y esto demuestra lo que influye una pasión, en los ratos de asueto, marchaba el pequeño operario á la alfarería más próxima, compraba con sus ahorros un puñado de barro y con él hacía muñecos que causaban las delicias de sus compañeros de la infancia.

Á medida que iba creciendo en edad se iba de-

sarrollando más su afición á la escultura, y las figuras que modelaba eran cada vez más perfectas. En esto quiso la suerte que el distinguido pintor D. José de la Vega Marrugal conociese algunas obras del novel escultorcito, cuando éste contaba ya 18 años, y prendado de sus excepcionales aptitudes, tomó á empeño el enseñarle las primeras nociones de dibujo, que él recibió con gran aprovechamiento, llegando muy pronto del Natural al Colorido y Composición.

En vista de los preciosos trabajos escultóricos que realizó en poco tiempo, titulados *Bajo la esfinge*, *El último día de una cortesana* y *La madre hebrea*, los que presentó en la Exposición regional celebrada en Sevilla en 1882, y estimulado por el consejo de cuantas personas peritas le trataban, abandonó desde entonces la industria de su familia y se consagró por completo al ejercicio del sublime Arte.

Con tan felices auspicios triunfó al fin en la lucha el que tantas dificultades necesitó combatir; desde aquella fecha camina constantemente en brazos de la fortuna, y Sevilla volvió á tener un eximio escultor, sin que existiese en ella la consiguiente escuela que lo educase.

Á poco de establecer su estudio fué visitado Susillo por la ex-reina de España D.ª Isabel II, la cual le colmó de frases afectuosas, celebrando cada una de las obras que tenía terminadas y adquiriendo la que lleva por título *Los dos guardianes*, consistente en un encantador idilio de la vida del cam-

po. Por aquellos mismos días le visitó también el príncipe ruso Romualdo Gredeye, competente admirador de la escultura, quien, al ver en aquel joven una esperanza para el Arte, le propuso un viaje á París, donde podría completar su enseñanza, y aceptada por éste la protección que le ofrecía, emprendió su marcha á la capital de la vecina República en el mes de Abril de aquel año.

Al llegar á París ingresó, lleno de ilusiones, en la *Ecole de Beaux-Arts*, empezando por donde todos empiezan, por amasar el barro y por sufrir todas las molestias que los veteranos imponen á los novatos. Al poco tiempo le encargó su profesor, el notable Bonaumax, que copiase un torso del Antiguo, y aún no había terminado su trabajo, cuando el ilustre maestro vió en la obra del nuevo discípulo tal seguridad y acierto, que le puso en seguida á copiar del natural ó de modelo vivo.

Además de recibir las lecciones de la Academia, procuró visitar todos los Museos y edificios notables que encierra la capital de las orillas del Sena, y, fruto de aquellas excursiones, fueron los lindos bajo-relieves que dió á conocer allí, con los títulos *Un mercado de flores*, *Siempre joven*, *La consulta de una hechicera*, *En el campanario* (que fué inmediatamente comprado por D. José Guillermo de Osma) y dos cuadros con asuntos de la vida de San Antonio de Padua, que hoy son propiedad de D.ª Isabel II.

En el año 84 y después de alcanzar entre sus

condiscípulos el núm. 2, que es el más honorífico posible, porque el 1 se reserva á los franceses, regresó á Sevilla con el corazón apenado por ser la causa de su venida una grave enfermedad de su padre, quien, á consecuencia de ella, dejó de existir.

Susillo volvió á su patria con una reputación; nuestro gobierno no pudo prescindir de fijarse en él y en 1885 fué pensionado por el Ministerio de Fomento para que marchase á continuar su carrera en la ciudad de los Césares, inspirándose en las creaciones de la clásica antigüedad.

Durante tres años permaneció en Roma, produciendo obras de indiscutible mérito, que le valían honrosos premios, al par que justa fama. El primer trabajo que remitió, conservado hoy en el Museo de su pueblo natal, es un precioso grupo titulado *La primera contienda*, que simbolizan dos niños luchando por coger el pecho de su madre, arrogante matrona, admirablemente ejecutada.

Entre los muchos triunfos conquistados por Susillo en los comienzos de su noble profesión, obtuvo una medalla de oro en la Exposición celebrada en la corte por la Sociedad de Escritores y Artistas, y para mayor gloria suya, fué adquirido el objeto premiado (que era un bajo-relieve), por su majestad el rey D. Alfonso XII, á quien agradó tanto, que en su virtud hizo al autor caballero de la Real y distinguida Orden de Carlos III. En la Exposición Universal de París en 1889, presentó el soberbio grupo *La raza latina,* y aunque por razones especia-

les no le dieron sino una medalla de bronce, debo advertir que las de oro no se concedieron á nadie. En cambio, en las Exposiciones nacionales que se celebraron en Madrid en 1887 y en 1890, merecieron sus obras medalla de plata; siendo la escultura que presentó en el 90, la tan celebrada de *El beso de Judas.*

Todas estas victorias fueron tan merecidas como puede apreciarse leyendo los juicios de los más exigentes críticos de Arte.

He aquí como se expresa D. Augusto Comas y Blanco al hablar de Susillo, con motivo de la citada Exposición del 90: «Antonio Susillo es el más poeta de todos nuestros artistas y el más artista de todos nuestros escultores.

Hace muy pocos años que se dedica al Arte y desde la última Exposición á que concurrió, el paso que ha dado ha sido de gigante. Su nota característica es la sencillez, y la sencillez es el mayor de los encantos de una obra de arte. El eminente artista sevillano no es de los que creen que el arte estatuario es un arte inmóvil, ni tampoco de los que comprenden el movimiento á la manera de Carpeaux, violentando las aptitudes, sino de aquellos que escogen el movimiento en el instante preciso, es decir, en el momento inicial; dando de esta suerte un impulso á la imaginación del espectador que es el que se encarga de completar la representación.

Sus paisanos le llaman el Becquer de la Escul-

tura, y la frase condensa todo su temperamento artístico. Sí, la musa de Becquer es la de Susillo; Susillo hace rimas con el barro como Becquer las hacía con la palabra. Los bajo-relieves *Risas* y *lágrimas*, *La quimera*, *El entierro de una virgen*, *El sueño de una novicia* y *Los dos besos*, son las rimas del escultor hispalense.»

Hablando de esta misma clase de trabajos, dice Balsa de la Vega: «Susillo es un apasionado tan ferviente del cuadrito escultórico, en que á la par de accesorios donde puede dar fácil muestra de sus entusiasmos por la ornamentación árabe, sirvan de complemento á las figuras, con las cuales da forma á sus ideas, como pueden ser amante de las fantasías del color el más colorista de los pintores meridionales. Según la feliz expresión de un admirador de Susillo, es éste un Fortuny con el barro, en cuanto se refiere á la factura y al lujo é importancia de los detalles... Así, para este género del cuadro escultórico nada tiene que pedir á la Naturaleza; debiendo advertir que las otras grandes obras que ha exhibido no desdicen del mérito de su genial autor.»

Pesada sería mi tarea si me propusiese copiar cuantos artículos laudatorios se han escrito acerca de Susillo, y más pesada todavía si fuese á describir cada una de sus originalísimas y magistrales producciones; pero como, aparte de la falta de espacio, son éstas conocidas de todo el mundo, por las descripciones que á su debido tiempo ha hecho la

prensa, me limitaré á citar los títulos de las obras que recuerdo.

Figuran entre los bajo-relieves en barro, *La oración de la tarde*, propiedad de D. Evaristo Sagastizábal (que fué el primero que adquirió una obra de Susillo), *El grito de independencia*, *La leyenda de Prometeo, Dos hojas secas*, *La caída de un ángel, Muerte de San Juan Crisóstomo, Ya pasó él*, *Al toque de maitines, Volverán del amor á tus oidos, En la Macarena, Una noche de ánimas en la torre de una aldea, Aquelarre, La huída de los moriscos de las Alpujarras, El suspiro del moro, La hostería del Laurel, El toque de ánimas, La batalla de las Navas*, *La idem de Tetuán, La idem de los Castillejos*, *Jesús en casa de Jairo, El bardo popular*, *La botica del diablo, Paolo y Francesca*, *El sueño del árabe*, *El ciego de la Porciúncula, El ángel de la noche*, *La bacanal*, que es de lo mejor que yo he visto, y *D. Miguel de Mañara,* boceto.

Además deben consignarse: *La última gota*, *La religión y el genio*, *Colón á la puerta de la Rábida,* el sentido grupo de *El lazarillo de Tormes*, los jarrones de la escalera de la Duquesa de Denia, y los retratos del general Polavieja, de los Marqueses de Pikman y de la Duquesa de Alba.

Entre los prodigiosos monumentos públicos que se encargan de aumentar el renombre de Susillo, están en primer término, el erigido en la Habana á la memoria de Colón, el levantado en Ceuta á *La guerra de África*, las estátuas de Daoiz, Lope de

Rueda, Martínez Montañez, Arias Montano, Fray Bartolomé de las Casas, Afan de Rivera, Mañara, Ortiz de Zúñiga, Herrera, Murillo, Velázquez y otras que se ostentan en Sevilla, la de D. Clemente de la Cuadra que existe en Utrera, y la del arquitecto Villanueva. Parecerá asombroso, por fecundo que se suponga su talento, que un hombre produzca tanto como produce Susillo; pero tal asombro dejará de existir en cuanto sepa el lector que este privilegiado artista apenas tiene horas de recreo y trabaja de noche tanto como de día, dirigiendo al mismo tiempo á sus aventajados discípulos D. Miguel Sánchez-Dalp y D. Joaquín Gallego.

De este modo, y no por gracia de nadie, es como ha conseguido convertirse en un coloso, en los pocos años que otros invierten para aprender las primeras lecciones de escultura.

¡Lástima que me falte lugar para seguir escribiendo! ¡Cuánto bueno podría decir de las obras de Susillo! Mas ya que esto no es posible, daré, antes de terminar, una ligera nota de su carácter:

«Sus ojos grandes y obscuros están siempre impregnados de una dulce tristeza, y sin que pueda tildársele de taciturno, porque al fin es andaluz y su conversación es animada, no por eso deja de transparentarse, á través de sus palabras y de sus actos, algo parecido á abstracción melancólica de persona que vive tanto en la región de los sueños, como entre simples mortales.»

Músicos

RAFAEL CEBREROS Y BUENO

El que ha conseguido arrancar entusiastas aplausos en los mejores salones de conciertos de París, donde sólo se presentan los maestros del divino Arte; el que ha sido escuchado con delectación hasta por las personas Reales más encopetadas, nació en Córdoba en el mes de Mayo de 1851; siendo sus padres D. José Cebreros, abogado, y doña Carmen Bueno, quien rendía culto á la Música, á la Pintura y á la Poesía.

Á poco de nacer el Sr. Cebreros y Bueno, el autor de sus días trasladó su residencia á Sevilla, y mi biografiado, por consiguiente, empezó á recibir su educación artística en la hermosa ciudad de la *Torre del Oro*.

Contaba sólo ocho años cuando principió el estudio del solfeo, y á los diez años de edad se había desarrollado en él una preciosa voz de niño que cultivaba, á la vez que la música, cantando en algunas festividades religiosas. Mas su afición favo-

rita era el teatro, y como fuese todas las noches á donde se representaban zarzuelas, no tardó en aprender todo el repertorio de las más modernas. Á sus dotes para el canto se unía decidida vocación á la carrera lírico-dramática, y frecuentemente le sorprendía su familia, encerrado en alguna habitación, cantando y declamando las escenas más salientes de *Catalina* ó de *Jugar con fuego;* pero, aquella voz, que tantas esperanzas le hiciera concebir, huyó con los soldaditos de plomo, y sólo pudo seguir cultivando la enseñanza del piano, á la par que empezaba los estudios literarios, cursando la Filosofía, que abandonó á los tres años, para dedicarse por completo á la música, en la que pronto hizo rápidos progresos, llegando á merecer en 1866 (previo examen ante un Jurado de los mejores profesores de Sevilla), una pensión de la Diputación provincial para continuar sus estudios en el extranjero, como lo verificó, marchándose á París inmediatamente.

Entre las cartas de recomendación que llevaba á la gran ciudad, había una de D. José Mizó, profesor de los duques de Montpensier, para el célebre pianista Enrique Herzt. Con aquella carta se hizo la ilusión de que Mr. Herzt, de quien ejecutaba un buen número de obras, le daría lecciones particulares y hasta lo consideraría como discípulo predilecto tan pronto como lo oyese.

Presentóse á Mr. Herzt y su entrevista con el gran profesor y fabricante, para quien el tiempo valía mucho, fué breve.

Las lecciones del famoso maestro costaban cinco duros: Cebreros no podía pagar tanto, y aquel se limitó á recomendarle al Conservatorio, donde entre diez ó doce alumnos cabría á muy poca parte de lección, aunque también fuera recomendado por el embajador español D. Alejandro Món al ilustre Auber, director entonces de aquel centro.

Eran tales los castillos que había construído en el aire, contando con la enseñanza de Herzt, y fué tanta su contrariedad al ver desvanecerse sus ilusiones, que este contratiempo no dejó de influir poderosamente en su vida futura. Sin embargo, una vez en el Conservatorio, no tardó en distinguirse entre sus compañeros y pronto consiguió leer su nombre en la lista de los que aspiraban á ingresar en las clases superiores, cuyas vacantes cubrían por oposición los discípulos más aventajados.

En tanto que llegaba la época de los ejercicios, procuró recibir lecciones privadas del catedrático Mr. Marmontel, á casa del que iba diariamente á las seis de la mañana, con un frío de ocho grados bajo cero, á pesar del cual y de lo molesto de la hora, ya había discípulos esperando turno. En aquellos ratos que pasaba aguardando su ración de enseñanza, solía presenciar la de buen número de compañeros, y esto le hizo aprender más que cuantas lecciones recibió, más tarde, del mismo Marmontel y de otros artistas.

Llegado el día de las oposiciones, se presentaron cuarenta aspirantes para cubrir diez plazas, y

el joven andaluz obtuvo uno de los primeros números, teniendo, después, la desgracia de que le destinasen á una clase de menor categoría que la de Marmontel, á la cual aspiraba y donde ingresaron otros que no habían rayado á su altura en el certamen; lo que contribuyó á que, disgustado, mirase con indiferencia las clases del Conservatorio y empezase á faltar á ellas, estudiando á su capricho y asistiendo, en cambio, á todos los conciertos que se celebraban en París, para indemnizarse escuchando á los más distinguidos pianistas de la dirección que no pudo recibir de Marmontel, á quien debieron su celebridad y cuanto sabían, músicos como Panté, Diemer, Prudent Ketterez, Asecher y otros de no menos mérito, de los que fué maestro.

Por aquel tiempo frecuentaba Rafael Cebreros los salones más aristocráticos de la Corte francesa y arrancaba inspiradas notas al piano en presencia de personajes como la emperatriz Eugenia, el pretendiente D. Carlos, su esposa doña Margarita, doña María Victoria de Saboya, los duques de Montpensier y doña Isabel II, quienes le prodigaron sus aplausos en distintas ocasiones, animándole á tomar participación en los conciertos de las Tullerías, donde estaban las notabilidades del Arte, circunstancia que le valió ser más conocido, á la vez que se relacionó con hombres que han dejado fama imperecedera en las letras y en las ciencias, cual Víctor Hugo, Rossini, Auber, Ricardo Wagner y Berlión; los pintores Rosales y Meissonier, los pianis-

tas Vay, De la Borde y Rubinstein, y el embajador D. Salustiano Olózaga, el cual le dispensó una protección decidida.

Cuando más esperanzas abrigaba Cebreros, ó mejor dicho, cuando empezaba á sonreirle la fortuna y su primera composición *La enredadera*, (wals capriclio), publicada por el editor Girard, corría de mano en mano por los salones más aristocráticos, sobrevino la guerra *franco-prusiana*, de tan fatales consecuencias para Francia, y en 1870 cayeron por tierra todos los planes del ilustre pianista sevillano, quien viendo perdidas las esperanzas de crearse una posición independiente en la gran capital, salió de ésta poco antes de la rendición de Metz, regresando á su patria y estableciéndose en Madrid, donde se dedicó á la enseñanza, protegido por Eslava y por Arrieta, quienes le dispensaron cariñosa acogida.

En la Corte española siguió completando sus estudios de harmonía y composición, escribiendo buen número de obras, que le editaba D. Antonio Romero, y tomando parte activa en cuantas sesiones musicales se celebraban; pero á los cuatro años de permanecer en la coronada Villa, decidió regresar á las márgenes del Betis, y marchó al lado de su familia con el objeto de reponer su salud bastante quebrantada por el excesivo trabajo y por la agitada vida de sociedad á que se había entregado.

Una vez en Sevilla, se fué á vivir á casa del abogado D. Juan J. Bueno, hermano de su madre y jefe de la Biblioteca de la Universidad, no tardando

en contagiarse de las aficiones literarias de su tío, con tal pasión, que, excepto algunas horas que dedicaba al piano, para no perder el mecanismo, todo el resto del tiempo lo pasaba en la Biblioteca hojeando libros y legajos; y lo que pensaba fuese una temporada de descanso, se convirtió en años de asidua lectura, de la que fué fruto una colección de *Pensamientos filosófico-morales y de arte*, que publicó en 1877, mereciendo grandes elogios de la prensa, y especialmente de *La Epoca*, que lo colocaba al lado de los primeros pensadores modernos.

Ya que no me es posible, por falta de espacio, consignar aquí todos los pensamientos que deseara, de la segunda edición de este libro hecha en 1894, transcribiré por lo menos algunos:

«Un hombre de voluntad firmísima—dice Cebreros,—que siga el camino que se ha fijado, venciendo todos los obstáculos que puedan oponerse á su objeto, tal vez llegue al fin que se haya propuesto, pero dejando en el camino pedazos de su vida, de su corazón, de su dignidad y tal vez hasta de su conciencia.»

«La inspiración es el alma gozando la belleza y confundiéndose con ella en ardiente y voluptuoso beso de amor; las grandes obras artísticas son los hijos de esta unión.»

«La contemplación de lo sublime nos hace sentir la ligadura que sujeta nuestra alma á la tierra.»

«Una de nuestras desgracias consiste en no poder olvidar el pasado, fiar mucho en el porvenir y

no ocuparnos del presente. Otra es la de empeñarnos en ser felices y buscar contínuamente la felicidad.»

«El amor, á medida que se aleja, crece y crece... llega á su mayor altura y muere; á medida que se acerca y se realiza, disminuye, disminuye... llega á su mayor pequeñez y muere. Muere por falta de alimento y por sobra, tísico ó de apoplegía.»

Cuando menos se esperaba, el honrado y laborioso Sr. Bueno dejó de existir repentinamente, á consecuencia de un derrame seroso, y al encontrarse solo el artista, resolvió hacer una excursión á todas las ciudades más importantes de España, y mientras daba conciertos para costear los gastos de viaje, tomaba apuntes de los monumentos más notables y de los recuerdos históricos que aquellas poseían, á fin de coleccionarlos y escribir un libro acerca de nuestra patria, trabajo que tiene ya terminado y dispuesto á ver la luz.

Á falta de grandes recursos recogió durante aquel viaje gran cosecha de aplausos y elogios de casi todos los periódicos de las localidades por que pasaba, habiendo tenido ocasión de quedarse en algunas capitales como la Coruña, Valencia, Bilbao y otras, seguro de hacer un buen negocio, dedicándose á la enseñanza; mas su amor á Sevilla le hizo volver á esta ciudad, donde continúa, y en cuya Diputación provincial desempeña un buen destino, á la vez que se dedica á las lecciones de piano.

Entre las hermosas obras musicales que ha pu-

blicado Cebreros en Madrid, París y Barcelona, figuran las siguientes:

Para piano: *Marcha fúnebre*, que se ejecuta por las bandas que acompañan á las cofradías en la Semana Santa de Sevilla.—*Al caer la tarde*, nocturno. —*Enredadera*, (wals capricho)—*El sueño de un ángel*, melodía.—*Cuatro romanzas*, sin palabras.—*Mabille*, wals.—*El Jaleo de Jerez*, fantasía de concierto.—*Gran galop*, de concierto.—*Brisas de Andalucía*, bolero.—*Las ondas*, wals de salón.—*Impromptu*, estudio de salón.—*Hojas de otoño*, wals.—*Las ondinas*, wals poético.—*Hiedra*, wals.—*Arrullos*, balada.

Entre las composiciones que tiene inéditas, figuran muchas que habrán de llamar la atención el día que se publiquen, porque el Sr. D. Rafael Cebreros y Bueno une á sus dotes de pianista grandes facultades para la composición.

Algunas de ellas llevarán estos títulos: *Inquietud*, estudio de concierto.—*El sueño de las flores*, fantasía.—*Serenata andaluza*.—*Mazurka romántica*.—*Mazurka sentimental*.—*Pasionaria*, (wals capricho). —*Á la muerte de una rosa*, marcha fúnebre.—*La Jota aragonesa*.—*El Carnaval de Venecia*.—*Tandas de walses*.—*Colección de romanzas*, para canto y piano, con letras española é italiana.—*Ave María*.—*Método de solfeo y piano* y *Seis zarzuelas*, en uno y en dos actos.

BUENAVENTURA ÍÑIGUEZ

Este notabilísimo compositor, y organista de la Catedral de Sevilla desde el año 65, es hoy, merced á su talento, una de las figuras más salientes del sublime Arte de Beethowen; debiéndose advertir, para mayor justicia, que casi todo cuanto es, se lo debe á sí mismo.

Hijo de unos acomodados comerciantes, nació en la ciudad de Sangüesa (provincia de Navarra) en el mes de Julio de 1840, y desde su más tierna edad mostró vocación por la música, en la que empezó á iniciarse cuando apenas contaba los seis años, teniendo por primer maestro al organista de la parroquia de Santa María de aquella población.

Á los once años salió de su casa para ingresar en las Escuelas Pías de Sos, donde cursó la segunda enseñanza; y, aunque durante esta época careció en absoluto de profesores de música, procuró estudiar por sí solo las mejores obras que pudo adquirir, tanto de harmonía como de instrumentación y ma-

nejo de las voces. Á esto obedeció que, pocos años después, cuando estudiaba Filosofía en el Seminario de Tudela, se revelase allí como un inspirado artista, componiendo algunas misas y otros trabajos, con los cuales alcanzó sus primeros triunfos.

Terminados en Tolosa los tres años de Filosofía, pasó al Seminario de Pamplona, en el que estudió *Lugares Teológicos* con bastante brillantez; mas, no pudiendo resistir sus inclinaciones á los estudios musicales, los simultaneó con los de Teología; y fué aventajado discípulo del organista de aquella Catedral, Sr. D. Damián Sanz, adquiriendo en ocho meses grandes conocimientos de la harmonía en toda su extensión, del contrapunto y fuga, y de la instrumentación.

Concluído el primer curso de Teología, y encontrándose de vacaciones en su pueblo natal, le ofreció el Ilmo. Sr. Asensio y Pobes, obispo á la sazón, el magisterio de música del Seminario de Jaca, y aceptado por el joven Íñiguez, estuvo desempeñando aquel puesto mientras estudiaba dos años de Teología dogmática y otros dos de Moral, manifestando una privilegiada inteligencia en el conocimiento de las ciencias sagradas.

El renombre alcanzado por D. Buenaventura Íñiguez, ha hecho que se escriban de él hasta cinco biografías que han visto la luz respectivamente en los siguientes periódicos de España y del extranjero: *El Eco de Navarra*, *La Ilustración Católica*, de Madrid; *La Música Hispano-Americana*, de Barce-

lona; *La Gaceta de Berlín* y *El Gil Blas*, de París.

Esta circunstancia me proporciona datos abundantes y facilita al mismo tiempo mi trabajo, permitiéndome transcribir lo que ya han dicho los otros.

Refiriéndose á los progresos que el maestro Iñiguez hizo en el Conservatorio y las causas que le llevaron á la ciudad de la Giralda, se expresa de esta manera su ilustrado biógrafo D. Joaquín Guichot y Parodi:

«Ordenado de presbítero á la edad de veintidos años y dos meses, merced á un buleto de Su Santidad, marchó á Madrid, donde perfeccionó sus conocimientos musicales en el órgano, al lado del famoso organista D. Román Jimeno; en la harmonía, con D. José Aranguren y en la composición con el gran maestro Eslava, de quienes recibió las más señaladas pruebas de afecto, por ser, como decía Eslava, *un prodigio de disposición*, elogio de inestimable valor en aquellos labios y que tenía bien merecido quien, como el Sr. Íñiguez, *ganaba los cursos por semanas,* y era en todas las clases el consultor de sus condiscípulos.

Pronto se hizo notable, bajo todos conceptos, en la composición y en el órgano; lo que dió ocasión á D. Román Jimeno, para asegurar *que era en aquella época el mejor organista del Reino.*

En el mes de Diciembre de 1864, el maestro Eslava llamó al Sr. Íñiguez, su discípulo predilecto, y le habló de esta manera: «Se han verificado en la

Catedral de Sevilla oposiciones al beneficio de primer organista. Se me escribe que el concurso ha quedado abierto, porque el Cabildo no está satisfecho con el resumen de las censuras de los aspirantes, pues se quiere un artista digno de aquella Iglesia; y se me pregunta si conozco alguno que quiera y pueda ocupar aquel puesto, en cuyo caso se abrirán nuevas oposiciones. Yo he pensado que en aquella capital hace falta un profesor como usted... Y, hablando con franqueza, debo decir á usted que yo considero á algunos de mis discípulos como apóstoles que deben propagar la buena doctrina del Arte.»

El Sr. Íñiguez se inclinó ante la indicación de su maestro, y ofrecióse á tomar parte en las oposiciones.

Celebráronse éstas en el día señalado, y tan brillantes fueron los ejercicios que hizo el Sr. Íñiguez, que el resumen de las censuras, de los que con él actuaron, comparado con el de las anteriores oposiciones, es un elogio que honra inmensamente á dicho señor, á quien se consideró como único merecedor de la plaza.

En 20 de Mayo de 1865, el Sr. Íñiguez tomó posesión del cargo que tan dignamente desempeña en la actualidad en la Catedral de Sevilla.»

Hablando de las facultades del Sr. Íñiguez, dice D. Joaquín Guichot, que: «tiene un conocimiento superior del mecanismo del órgano, y sabe adaptar con gran maestría todos los géneros que caben en

las innumerables combinaciones que se pueden hacer de los registros de ese grandioso instrumento. En el arte de acompañar no tiene rival... y como improvisador es inimitable. Las improvisaciones son tan clásicas en cuanto al género, y tan metódicas en cuanto á la estructura, que más parecen grandes piezas, fruto de un estudio concienzudo, que inspiraciones del momento.

. . . . . .

Como compositor le coloca la fama al lado de los primeros de España, no sólo por su genio, sino por la facilidad que tiene para amoldarlo á todos los géneros.»

Á fin de que el lector pueda formarse una idea de la rica y variada inspiración del Sr. Íñiguez, nada será tan útil como la enumeración de algunas de sus producciones. Entre ellas figuran la magnífica *Misa* á grande orquesta y ocho partes reales, que compuso y dedicó al Cabildo de la Catedral de Sevilla en los primeros meses de su estancia en ésta; las obras que hizo para la solemnidad religiosa con que se celebró la restauración del cuadro de *San Antonio de Murillo; Malagueñas jaleadas*, características para piano; la preciosa sinfonía titulada *La Española*, de género puramente instrumental, que se ejecutó con general aplauso en la inauguración de los conciertos de la Sociedad Hispalense; diferentes trabajos para cuartetos de cuerdas y para otros instrumentos; un *Método de órgano*, que ha sido calificado de uno de los mejores de Europa;

otro *Método de Canto-llano*, escrito con el objeto de destruir todas las corruptelas introducidas en él desde principios de este siglo; *El Misal y el breviario del organista*, con el que se propuso unificar la música sagrada; treinta y seis obras vocales instrumentales religiosas, entre ellas el *Te-Deum* á cuatro voces y grande orquesta, premiado en el certamen del centenario de San Agustín, celebrado en el Escorial; el *Tota pulcra*, á cuatro voces, sobre la alegoría del famoso pintor Luis de Vargas; multitud de obras orgánicas como cantos litúrgicos, instrumentales y pianísticos, y en el género dramático una hermosa ópera que no ha dado á la escena, por faltarle para terminar el cuarto acto dos números, cuya letra no ha recabado aún del autor del libreto.

Además tiene publicado un libro que se titula *Nociones históricas de la música.*

Actualmente se ocupa en terminar otro libro de alto vuelo, cuya publicación habrá de ser favorecida por la Academia de Bellas Artes de San Fernando. Se titulará *Tratado de los géneros*, y constará de cinco partes: 1.ª La poesía y la prosa aplicadas á la música; 2.ª Modelos, análisis y preceptos del género popular; 3.ª Género religioso; 4.ª Género dramático, y 5.ª Género sinfónico.

Como es de suponer, dada su competencia, D. Bnenaventura Íñiguez ha obtenido honrosos premios en cuantos certámenes ha tomado parte, y entre los muchos que podrían citarse, á más del conquistado en el del Escorial (consistente en una

batuta de plata, de gran valor artístico), se halla el que ganó en la Exposición regional de León, por unas barcarolas para orfeón; habiendo sido premiadas todas sus obras con medalla de plata en el concurso internacional que se verificó en Barcelona.

Estos gloriosos trofeos, en unión de muchos más, los tiene depositados el señor Íñiguez en el pueblo de su nacimiento, en casa de sus padres, quienes los conservan cuidadosamente con el orgullo que es de suponer.

No pudiendo detenerme en otras consideraciones, terminaré diciendo que el primer organista de la Catedral hispalense es además académico correspondiente de la de Bellas Artes de Madrid, socio de la de Amigos del País de Sevilla, presidente de la Junta auxiliar de la Sociedad sevillana de socorros mutuos, titulada *Unión Artística*, y, por último, socio de honor de la Real Academia de Música de Londres, nombramiento que mereció por haber satisfecho á catorce cuestiones que se le propusieron sobre diversas materias musicales, entre ellas la del diapasón normal y la del temperamento con que se afinan los órganos en España, con relación á la orquesta y á la capilla.

JERÓNIMO JIMÉNEZ

Digno hijo de la histórica Sevilla, en donde vió la luz en 10 de Octubre de 1854, el notable compositor D. Jerónimo Jiménez es por demás conocido del público de Madrid, á quien tanto ha deleitado con sus inspiradas obras, y dirigiendo las orquestas de muchos de sus teatros.

El primer maestro que tuvo en el divino Arte de la música fué su padre, modesto profesor, con quien desde niño se trasladó á Cádiz, y en esta capital aprendió el manejo del violín con el ilustre aficionado y protector de varios artistas, D. Salvador de Viniegra (padre del pintor de este apellido).

Á los doce años de edad ejecutaba Jiménez las composiciones más difíciles, entrando á formar parte, como primer violín, de la orquesta gaditana del Teatro Principal; á los diecisiete era ya director en compañías de ópera, siendo *Safo* la primera que dirigió en el Real coliseo de Gibraltar, y á los veinte mereció ser pensionado por la Diputación de

Cádiz, para que perfeccionara sus estudios en el Conservatorio de París.

Una vez en la capital de la República, ganó, en reñidas oposiciones, la única plaza que había vacante en la clase del catedrático de violín M. Alard, y á poco de recibir las lecciones de M. Savart y de M. Ambroise Thomas, obtuvo el primer premio en harmonía y contrapunto.

Cuando creyó cimentados sus conocimientos musicales, abandonó el Sr. Jiménez la gran ciudad francesa, y para apreciar mejor el movimiento artístico contemporáneo, emprendió un largo viaje por Italia, de la que regresó por fin al patrio suelo, siendo llamado á Madrid en 1885 para que dirigiese la orquesta del popular teatro de Apolo.

Desde aquel año hasta la fecha ha desempeñado tan importante función en casi todos los teatros de la corte, incluso en el de la Zarzuela, donde permaneció la pasada temporada, y, merced á sus raras dotes, le han honrado, á la par, sus compañeros, nombrándolo no hace mucho, director de la *Unión Artístico Musical,* y reeligiéndolo actualmente de la Sociedad Madrileña de Conciertos.

La primera vez que se cantó, en la coronada Villa, la hermosa ópera *Carmen,* fué dirigida también por el maestro Jiménez, y, á pesar del tiempo que le absorben los trabajos que pesan sobre él, ha sabido robar horas al sueño para escribir delicadísimas composiciones, lo mismo para grande orquesta, de las que recuerdo dos preciosas sinfo-

nías para instrumentos aislados, entre las que figura una melodía para violín que no se puede escuchar sin aplaudirla.

Constituyen, sin embargo, la especialidad del laureado compositor hispalense las zarzuelas de todos géneros, en cuya materia hay pocos que le igualen; y para que no se crea que digo esto á humo de paja, transcribiré aquí los nombres de las que me son más conocidas, á fin de recordar las entusiastas ovaciones de que han sido y son objeto, á los que tuvieron la dicha de escucharlas y, sobre todo, la de asistir á los estrenos.

Encuéntranse entre éstas: *La República de Chamba, La puerta del infierno, Caballeros en plaza, Ya soy propietario, Peluquero de señoras, El estudiante de Maravillas, Las niñas desenvueltas, La madre del cordero, El hijo de Su Excelencia, Trafalgar, Un viaje de los demonios, Candidita, La mujer del molinero, Los voluntarios, Viento en popa,* y, últimamente, *Los húngaros,* cuyo éxito recientísimo no ha menester comentarios, siendo debido el libreto al ilustre Fiacro Iráyzoz.

LUÍS LEANDRO MARIANI

No era posible que Sevilla, la patria de los artistas, fecunda madre de escritores y poetas, dejara de tener también grandes músicos y entre éstos, figura dignamente el ilustre compositor D. Luís Leandro Mariani, de cuya vida y obras voy á tratar, por ser una de las personalidades mas salientes del arte músico español, y cuyo nombre, más que en España, es conocido y respetado en el extranjero.

Nació en la hermosa Hispalis en el día 13 de Marzo de 1864.

Nada revelaba en su niñez las aptitudes musicales que más tarde habían de popularizar su nombre, y en todo pensaba menos en ser músico, cuando un tío suyo, beneficiado de la catedral, quien rendía gran culto al divino Arte de Beethoven, se propuso iniciarle en él, aunque á Mariani se le resistió en un principio semejante enseñanza, y el buen sacerdote necesitó nada menos que tres años para conseguir que su sobrino aprendiese, á medio solfear, lecciones de corcheas.

Conociendo el maestro que, por el camino adoptado, jamás sacaría fruto de las disposiciones que desde luego debió ver en su discípulo, resolvió variar de sistema, anunciando al pequeño que comenzaría á enseñarle la ejecución del piano si le daba palabra de aplicarse más en el solfeo. Esto produjo un efecto mágico en el que había necesitado tres años para no saber casi nada. Al cabo de un mes, era consumado solfista y aprendía con pasmosa facilidad el método de piano, prosiguiendo en los estudios con tal aplicación, que al poco tiempo ejecutaba las obras más difíciles.

Á pesar de estos adelantos, nunca pensó sino en seguir una carrera literaría, y terminado el Bachillerato, siempre con nota de sobresaliente, se disponía á empezar los estudios de Derecho, cuando aprovechando unas vacaciones, fué con su padre á París, donde cambió por completo de sus primeros propósitos. Allí tuvo ocasión de oir á los principales pianistas de la época y de conocer las magníficas obras *La Africana* y la *Novena Sinfonía*, y el entusiasmo que le produjeron, lo decidió á consagrarse en absoluto al cultivo de la música.

De regreso en Sevilla, procuró perfeccionar su mecanismo en el piano, con el examen de los clásicos y comenzó á ocuparse en los arduos estudios de composición, sabiamente dirigido por el maestro de capilla Sr. García Torres, componiendo obras religiosas como *motetes* y *misas*, algunas de las cuales quedaron de repertorio en las capillas andaluzas.

No obstante aquellos progresos, su nombre no llegó á ser conocido hasta el 1878, en que se creó en Sevilla una compañía infantil de zarzuela, de la que le nombraron director, cuando sólo tenía diez y ocho años de edad. Por las dotes que para la dirección poseía, le tributó entusiastas aplausos toda la prensa local, ovaciones que después se multiplicaron al estrenarse por dicha compañía la primera obra escénica del joven compositor, titulada *El Andaluz por amor*.

Si tuviera que seguir detallando desde esta fecha, todos los pasos dados por Mariani en su brillante carrera, ó hacer la crítica de sus obras, que pasan de 200, necesitaría llenar muchas páginas; pero ya que otra cosa no sea, apuntaré siquiera los títulos de sus más importantes composiciones.

Un nuevo acorde se titula un folleto que publicó en 1881, y en el que, como decía un periódico de entonces, «se expone nada menos que un nuevo agrupamiento de sonidos, por medio del cual obtiene su autor un sistema completo de modulación, no practicado por nadie antes que por él. Maravilla, en verdad, que, dado el actual desarrollo de la ciencia harmónica y sus múltiples combinaciones, estuviera reservado á un joven de veinte años, un niño casi, descubrir un nuevo y artístico ayuntamiento de notas y derivar de él un completo y admirable sistema de modulacióú, lo cual es una innovación, una reforma que ha sido siempre en música, como en otras artes, la obra colectiva de muchos

artistas de genio, perfeccionada más tarde por los didácticos.»

Alentado el autor con este triunfo, remitió el folleto á los principales Conservatorios y á los más renombrados compositores de Europa, pidiendo á los primeros que emitieran dictamen oficial, y á los segundos que le manifestaran su opinión. Los más famosos maestros como Gounod, Gevaert, Bossy, Saint-Saens, Barbieri y Verdi, le contestaron con cartas de adhesión á su obra, y los directores de las Academias Filarmónicas le remitieron certificados honrosísimos, á la vez que le nombraban profesor honorario de algunas de ellas.

Un nuevo acorde, es una de las composiciones que más reputación han conquistado á Mariani, mereciendo ser traducida al francés, al italiano y al alemán, á cuya nación llegaron más adelante dos primorosísimos *scherzos,* del mismo autor, una *Marcha* y una *Suite* para coro y orquesta, que se distinguen por su colorido instrumental y por la admirable originalidad de la forma, habiendo sido estrenadas en los grandes conciertos de la Sociedad Filarmónica de Sevilla y ejecutadas después con brillante éxito en Alemania, en la sala del *Frankfurte Hofes* y en *Genelleschaft der Musikifreude.*

Fecundo como pocos, ha cultivado Luis L. Mariani todos los géneros de la música y por tal motivo ha compuesto también muchas zarzuelas (estrenadas con éxito en diferentes teatros de Madrid y de provincias), en todas las cuales se revela el sello

especial de su *savoir faire,* más sólo citaré la última por el extraordinario entusiasmo que produjo cuando se estrenó en Sevilla. Me refiero á la original zarzuela del malogrado Mas y Prat titulada *Agustina de Aragón,* á la que puso la música, derramando á manos llenas tesoros de inspiración y sembrando la partitura de mil primores de instrumentación que han contribuido seguramente á que recorra en triunfo esta obra dramática los principales teatros de España.

Las notas distintivas de todas las composiciones del artista sevillano son la inspiración, la franqueza de la concepción melódica y la facilidad con que la realza con elegantes y felices combinaciones contrapúntico-harmónicas. Ciego adorador del *fraseo carré,* son sus autores predilectos Beethoven, Mendelssohn, Schumann y Gluck.

En la actualidad se ocupa en instrumentar la partitura de una zarzuela titulada *El año veinte,* original del ilustre dramaturgo Velilla, y que muy en breve ha de estrenarse en el teatro del Duque, de la capital andaluza; y trabaja en la composición de una ópera, en que cifra grandes esperanzas, dedicándose á enseñar el piano, en cuya ejecución ha llegado á formar discípulos de verdadero mérito; y siendo á un tiempo habilísimo pianista, compositor de alto vuelo, organista de la Catedral de Sevilla y director de la Academia de Música de la *Sociedad filarmónica hispalense.*

Cantantes

ANTONIO ASTILLERO ROGERIO

Siendo Sevilla tan fecunda madre de poetas, pintores, escultores y músicos eximios, no podían faltar entre sus hijos quienes brillaran por su voz y demás facultades para el canto, y uno de los que más lucen hoy en este dificilísimo Arte, es Astillero Rogerio, el barítono de moda en casi todos los teatros europeos.

Desde que se presentó al público por primera vez en el teatro de Isabel la Católica, de Granada, debutando con *Favorita*, en Marzo del 86, ha cantado con artistas de la celebridad de Massini, Cardinali, Gabbi, Darclée, Mariano Mancinelli y los hermanos Eduardo y Juan de Reské, aprendiendo mucho de ellos y cosechando á la par multitud de aplausos y verdaderos triunfos en los mejores coliseos de Turín, Pisa, Moscow, Andria, Vaghera, Odesa, Novara y Pésaro; en los de Manzon y Dal-Verme, de Milán; en el de Constanzi, de Roma; en el de Verdi, de Padova; en el Sociale, de Como; en los municipales, de Piacenza y Módena; en el Imperial de Varsovia; en los principales, de Bolonia y Ancona;

en el Lírico, de Río Janeiro; en el Real, de Lisboa; en el Príncipe Alfonso, de Madrid; en el más aristocrático de Cádiz y en el Liceo de Barcelona, hallándose actualmente escriturado para cantar en la temporada de Cuaresma en el Imperial, de Chakoff (Rusia), donde también habrá de dar una serie de conciertos. Este ilustre andaluz, cuya frente ciñen hoy tantos laureles y cuyas arcas no tardarán en verse repletas del oro que su garganta le produce, era, hace pocos años, cuando se dedicó á su gloriosa y lucrativa carrera, el modesto tenedor de libros de una casa de comercio sevillana.

Nacido en la muy noble Hispalis en 22 de Septiembre de 1864, y mostrando desde niño gran vocación religiosa, ingresó en el Seminario Conciliar, donde comenzó desde el 74 á cursar los estudios eclesiásticos, obteniendo inmejorables notas en las asignaturas del Bachillerato y en las de Metafísica, Griego, Hebreo y Teología, hasta que á los diez y siete años de su edad se transformó en mediano estudiante el que hasta entonces había sido modelo.

La causa de este cambio obedecía á la vehemente pasión que desde que oyó á Massini y á Uetam, y sobre todo á Gayarre, principió á sentir por la música y el canto, llegando pronto á detestar los libros, mientras encontraba un inmenso placer en ir á cantar en las iglesias ó en tomar parte en los conciertos de aficionados, hasta que en Mayo del 83, supo que salía á oposición la plaza de pensionado que, para estudiar canto en el extranjero cos-

tea en ocasiones la Diputación hispalense, y creyéndose con fuerzas para salir airoso en la demanda, como sólo necesitase una ligera preparación, se dirigió para adquirirla al organista de la Catedral, á quien nunca había tratado; pero á quien admiraba desde niño por su famoso *Ave-María*. Esta fué la obra que le hizo aprender en seguida el bondadoso Sr. Íñiguez, estimulando en sus proyectos al neófito cantante, que extendió la solicitud correspondiente apenas separóse del inspirado compositor.

Verificáronse, al fin, los ejercicios, en los que cantó Astillero lo mejor que supo y pudo, mereciendo felicitaciones de los jueces; pero éstos, á pesar de tributarle sus elogios, no le apreciaron con dotes para la misión á que aspiraba y le dejaron sin pensión, teniendo el desairado pretendiente que volver á las tareas que abandonare una hora antes.

No bien repuesto del disgusto que el funesto fracaso le causara, y al otro día de ocurrido, recibió Antonio Astillero una visita, original é inesperada para él, en cuyo porvenir influyó de una manera decisiva. El que hacía esta visita era uno de los jurados que defraudaron sus deseos; el Sr. D. Francisco Reynés, peritísimo profesor que se le ofreció espontáneamente para darle lecciones gratuítas, en la confianza de sacar un buen discípulo.

Oficioso creo decir con qué placer recibiría Astillero ofrecimiento tan generoso é importante. Su principal, el Sr. Chico y Ganga, le autorizó para que dedicase á sus estudios una hora cada dos días,

y desde aquel momento hasta el 85, en que se marchó á Milán, dispuesto á no cejar en la persecución de sus ideales, fueron tantas las disposiciones que demostró y su aplicación tan grande, que el benemérito maestro se enorgullecía de su obra.

El inteligente y discretísimo Reynés cimentó sólidamente la educación artística de Astillero y perfeccionó de tal modo la emisión de su argentina voz, que únicamente necesitó el joven barítono adquirir del célebre Mattino somerísimas lecciones de arte escénico, regresando á la querida patria en Marzo del 86, contratado por D. Rafael Badía para cantar *Favorita* en el teatro de Granada, donde, como ya he dicho, hizo su debut, obteniendo ruidosas ovaciones. De Granada marchó á Córdoba, de cuyo público también se hizo admirar, y desde aquí se trasladó á Sevilla donde, teniendo que vencer infinidad de pequeños obstáculos, consiguió dar un concierto en el teatro de la calle Tetuan.

De regreso á la poética ciudad italiana, en Julio del mismo 86, sonó en los oidos de Astillero que en el teatro Dal-Verme se *hacían oir los cantantes*, y presentándose al empresario, ante quien interpretó las romanzas de *I Puritani* y de *Dinorah*, logró que lo contratara para cantar *Fausto* en el citado coliseo durante todo el mes de Septiembre.

Cómo se portó Astillero en aquella linda obra, hasta en las situaciones más difíciles, lo revela el periódico *Corriere de la sera*, al dar cuenta en estos términos de una representación:

«Dos artistas se salvaron del desastre de anoche en el teatro Dal-Verme: uno de ellos fué el señor Astillero, barítono que promete mucho y se hizo digno de la atención con que se le escuchara. El público se entretuvo agradabilísimamente por esta causa hasta el final del cuarto acto.

Astillero es español, cuenta apenas veinte años, y sin embargo se halla más adelantado en el Arte que muchos artistas consumados.

El aspecto de Astillero es muy agradable y su cabeza verdaderamente artística. Su voz de hermoso volúmen, emisión correcta y pura y de simpático acento, sólo necesita adquirir algún más vigor.»

Il Secolo decía á su vez: «Astillero tiene una voz privilegiada de barítono, hermosa y muy bien educada, alcanzando gran efecto con su *mezza voce.* Nadie le creería al principio de su carrera, sino un artista acabado.»

Si con tan buenos auspicios comenzó éste, hoy gran cantante, no ha sido menor su suerte en cuantos escenarios se ha exhibido. En prueba de ello transcribiré algunos recortes de los innumerables periódicos que de él se han ocupado.

El *Elettrico*, diario de Pisa, en 1891 le juzgaba de este modo, en la interpretación de *Il Trovatore:* «Un barítono superlativamente *chi* es el Sr. Astillero. El público entusiasta le obligó á repetir la romanza *Il bala del suo sorriso*, que canta y frasea magníficamente, arrancando aplausos hasta del más indiferente espectador. Astillero reune todas las condicio-

nes necesarias para llegar á la cúspide del Arte.

Tiene una voz preciosa é igual en todas sus notas y un método de canto todo suyo, uniendo á la espontaneidad del sonido, el verdadero sentimiento, sin exageración ni esfuerzo alguno, revelando en todas las obras una facilidad sorprendente.

Astillero ha llegado á ser el ídolo del público, y se explica su fortuna porque es una excepción á la regla general que se observa en todos los barítonos. Mientras la mayoría de ellos todo se vuelve afectación, Astillero busca los efectos en lo que le es natural y en la *floritura*, en el fraseo de esquisito gusto.»

En 1892 escribía en *El Cronista de Madrid* el crítico de este periódico: «Aun contando pocos años de carrera Astillero, es ya un notabilísimo barítono; al oirle noches pasadas en *Favorita*, *Traviatta*, *Fausto* y *Carmen*, sentimos una inmensa alegría.

¡No se han acabado con Gayarre los buenos cantantes españoles! El Sr. Astillero posee excepcionales condiciones para el arte lírico. La Naturaleza se ha mostrado pródiga en concederle cualidades físicas. Su voz es bien timbrada, extensísima, de un registro agudo maravilloso y con unas notas centrales de una pastosidad incomparable. Y en cuanto á lo que por el estudio puede adquirirse, nada le falta al Sr. Astillero: es todo un actor y tiene buena escuela de canto.»

La *Moscovskaia Gazete* de Moscow, le trataba como sigue en la ejecución de *Favorita*, en 1893:

«La *Favorita* fué cantada admirablemente. Había verdadero interés por el barítono Sr. Astillero, de aspecto muy jóven y simpático y el cual sostuvo su parte con tal maestría, que cautivó por completo á todos los espectadores. En el aria de salida mereció tan unánimes y calurosos aplausos, que hasta los adoradores exclusivistas de Massini manifestaron su entusiasmo por el debutante.

La voz fresca, hermosa y espontánea de Astillero, seduce á los oyentes. Su corrección y distinguidas maneras en la escena, su rico traje y esa especie de temor, tan frecuente en los artistas de verdadero mérito al presentarse por primera vez ante un público desconocido, causaban á todos los asistentes fascinación y entusiasmo.»

Il Trovatore de Milán en su número correspondiente al 23 de Marzo del 95, le consagra estas líneas:

«Ecco ciò che dice il *Juinii Krai,* di colà, in merito di questo giovane e valente baritono: «Il baritono Astillero fece ottima impressione tanto per la voce simpaticissima, che adopera con maestrìa e facilità, quanto per il modo di stare in iscena, che dinota la scuola italiana. Egli diede alla parte di *Jago* notevole e riuscita interpretazione, rivelandosi sommo attore-cantante. Rese con giusta misura il carattere di *Jago* e costrinse il pubblico ad applausi, ovazioni e richieste di *bis.*

«Il primo applauso scoppiò al *brindisi*, detto in maniera magistrale; il *Credo* fece apprezzare il talento dell'artista, che seppe renderne tutti i coloriti,

tutte le espressioni, ed a tutti i costi si volle *bissato;* così pure come anche il *Sogno*.

«Le scene con *Otello* e quella *del fazzoletto* furono dall'Astillero rese magnificamente.»

—Nel *Faust,* Astillero ha avuto successo entusiastico. Dovette, tra ovazioni incessanti, *bissare* il «*Dio possente.*» Molti applausi e chiamate dopo la *scena delle croci* e quella *della morte.*»

Interminable sería mi tarea si fuese á reproducir en este sitio la décima parte siquiera de los elogios tributados por la prensa al barítono hispalense, cuya voz, debo decir de propia cuenta, que no me parece muy amplia, pero sí muy bien timbrada y argentina, teniendo una extensión que llega desde el *sol grave* (de bajo) al *si bemol.*

En la escena es de los que se conducen como si el público no existiera, preocupándose poco en éste, y atendiendo sólo á su papel, á la par que cumpliendo con el precepto de la escuela moderna de que el *actor* y el *cantante* no deben separarse jamás.

Para terminar diré que constituyen el repertorio de Astillero hasta hoy, las óperas tituladas: *Fausto*, *Favorita, Cármen*, *Hugonotes*, *Ballo in maschera, Gioconda, Puritani, María de Rohan, Manon Lescaut,* de Massenet, *Lucía*, *Linda*, *Poliuto*, *Guarany, Trovatore*, *Romeo y Julieta*, *Forza dil Destino*, *Roncisnal*, *Francesca de Rimini, Aida*, *L'Amico Fritz*, *Pagliacci*, *Manon Lescaut*, de Puccini, *Traviata*, *Cavallería Rusticana*, *Ruy Blas, Otello*, *Demonio*, de Rubinstein, *Edmea* y *Tanhauser*.

FERNANDO VALERO

He aquí el nombre de un artista que pareciendo (en su infancia) destinado á brillar entre los discípulos de Velázquez, figura hoy á la cabeza de los emuladores de Gayarre.

Hijo del procurador y empleado de Hacienda D. José Valero y Roldán y de D.ª Salvadora Toledano y Repiso (naturales de Córdoba) el insigne D. Fernando, tan notable y aplaudidísimo tenor de ópera italiana, nació en la ciudad de Écija (provincia de Sevilla) en el día 6 de Diciembre de 1856. Pero cuando aún era muy niño se trasladó con sus padres á Granada, en cuya Universidad comenzó los estudios literarios, á la vez que se consagraba al cultivo de la pintura, por la que sentía gran predilección, abrigando las ilusiones de llegar á ser un Villegas.

Sin que le desagradasen las tareas escolares solía coger con más gusto la paleta que los libros, y provisto de su correspondiente caja de apuntes, tan

pronto como salía de las aulas, se encaminaba á los paisajes ó monumentos más artísticos de la ciudad del Genil, utilizando las horas de vagar en la ejecución de bellísimos cuadritos.

Los jardines y patios de la Alhambra eran los sitios más frecuentados por Valero y en este hermoso palacio fué donde cambió de aficiones, contribuyendo á este cambio su mismo amor á las pictóricas.

Ocupábase cierto día, acompañado de otros amigos, en copiar á la acuarela uno de los afiligranados pórticos del moruno Alcázar, cantando mientras pintaba, como sus demás compañeros, entre cuyas buenas ó malas voces sobresalía la del pequeño Fortuny, por lo robusta y bien timbrada. Admirando las riquezas del arábigo edificio se encontraba en aquella ocasión el celebérrimo Tamberlik, á quien sorprendió escuchar en aquellos lugares una preciosa voz de tenor, fresca y argentina, que partía del salón donde se hallaban los pintores, y dirigiéndose á él supo que el poseedor de garganta tan privilegiada era el joven Valerito (de catorce años de edad) al que después de tributarle mil elogios, aconsejó que estudiara solfeo, consagrándose á la música y al canto, seguro de labrarse un brillante porvenir.

Recomendóle también que hiciera todo lo posible por trasladarse á la Corte, donde él (Tamberlik) podría darle algunas lecciones y buenos consejos, en la temporada siguiente que cantaría en el teatro Real.

Valero cumplió, al pie de la letra, las indicaciones del eximio maestro, y el piano sustituyó pronto al caballete, consagrándose el infantil cantante á recibir las primeras nociones musicales del profesor granadino Sr. D. Manuel de Moya, quien no tardó en ponerle en actitud de obtener dos entusiastas ovaciones antes de salir de Granada, en uno de cuyos teatros debutó como miembro de la sociedad de aficionados *Las Delicias*, cantando en las zarzuelas *Una vieja* y *El estreno de un artista.*

Precedido de estos triunfos marchó con su familia á Madrid para desempeñar un destino en la Administración Económica y más tarde en el Ministerio de Hacienda, al mismo tiempo que se dedicaba al estudio bajo la dirección del catedrático de canto D. Mariano Martín Salazar, sufragando los gastos de su enseñanza con su modesta paga de empleado.

Tamberlik le recibió con júbilo cuando se le presentó en la coronada Villa y desarrolló desde entonces las facultades del novel tenor hasta hacerle debutar en el regio coliseo, donde en 1877 obtuvo un éxito envidiable cantando la parte de Lorenzo en la ópera *Fra Diavolo* con el célebre Nandín, la Virginia Ferni, Germano y el bufo Fiorini.

En el tercer acto cantó una preciosa romanza que entusiasmó por completo al auditorio, obligándole á repetirla varias veces, y al otro día celebró su debut la prensa toda, tributándole unánimes aplausos, mientras escuchaba él de su maestro estas

halagadoras palabras: «Caro Valero, debe usted estar orgulloso del triunfo que ha conseguido, porque felizmente ha empezado por donde muy pocos acaban.»

El afortunado tenor quedó escriturado, desde aquella noche, para continuar por dos temporadas más en el teatro de la Plaza de Oriente, donde cantó entre otras óperas *Mignón* y *Fausto* con la encantadora Cristina Nilson y *Don Pasquale*, con Berger; hasta que al acercarse el año 80, deseando el ecijano probar nuevas emociones y conocer otros mundos, marchó á Italia, deteniéndose en Milán, en cuyo teatro Carcano empezó á trabajar desde Noviembre, estrenándose con la ópera *Favorita*, en la que Gayarre había dejado inolvidables recuerdos, no siendo indigno de su compatriota, como lo demostraron los periódicos locales, diciendo al dar cuenta de la interpretación de la obra por Valero, «que la impostación de su voz franca, sonora y vibrante, su manera de frasear y su dicción, por lo tanto, traían necesariamente á la memoria las mismas cualidades del gran tenor español,» por lo que, el famoso crítico Filippo Filippe al escuchar á Fernando le bautizó con el nombre de *piccolo* Gayarre.

Desde aquella fecha las dotes de Valero adquirieron un prestigio universal; su nombre, rodeado de la aureola de la gloria, empezó á ser oído en todas partes, y pronto se vió solicitado por las empresas de los coliseos de mayor importancia, siendo tantos los éxitos que desde entonces ha venido con-

siguiendo, que para citarlos solamente se necesitaría llenar muchas cuartillas.

Cada noche que ha cantado ha sido un acontecimiento para cuantos teatros ha favorecido, encontrándose, entre otros, en el número de estos: en España, el Real, de Madrid; El Liceo, de Barcelona; el de San Fernando, de Sevilla; el Principal, de Valencia, y el de la Ópera, de Granada; y en el extranjero el teatro Krol, de Berlín; el Convent Garden, de Londres; los Imperiales, de San Petersburgo, Varsovia y Viena; el Costanzi, el Apollo y el Argentina, de Roma; el Carlo Felice, de Génova; el Fenice, de Venecia; el Pergola, de Firenze; el San Carlos, de Nápoles, y el Bellini, de Palermo. En América del Norte ha merecido ruidosas ovaciones en Nueva-York, Chicago, Boston, Filadelfia, Luisville, Brooklin, Albany, Montreal y Canadá, y en América del Sur, en el teatro Colón, de Buenos Aires y en el Solís, de Montevideo.

En Milán ha sido admirado, hasta hoy, desde que empezó su carrera, lo menos nueve temporadas en los teatros de Carcano, Dal-Verme, Manzoni y de la Scala, en el último de los cuales creó por primera vez, en su escena, tres tipos diferentes que le valieron bastante oro y muchas palmas; el de Turiddu, en la ópera *Cavalleria Rusticana*, el de Nadiz, en la *Pescatori di Perle* y el de D. José, en la *Carmen*, de Bizet.

Valero ha sido, á la par, el que primeramente hizo la *Gioconda* en italiano y el *Mefistófeles*

de Boito, ambas en el teatro Imperial de Viena.

Aunque relativamente joven, para el nombre que ya tiene, el eximio cantante sevillano posee un vasto repertorio en el que figuran, además de las óperas que he dicho, las tituladas: *Hugonotes, Lohengrin, La Africana, Fausto, Lakmé, Manon Lescaut, Linda, Lucía, Marta, Traviatta, Rigoletto, Los Amantes de Teruel, Donne, Curiose, Puritani, Filemón e Bauci, Sonámbula* y otras.

Mas, de todas ellas, las que le han dado mayor gloria y más dinero desde el principio de su carrera son: *Cavalleria Rusticana, Favorita, Rigoletto, Martha, Carmen*, en la que es fama que Valero hace un D. José clásico y único, por el sentimiento y la dulzura de su voz, no menos que por su temperamento verdaderamente meridional, y últimamente *Los Amantes de Teruel*, en cuya parte de Marsilla se ha distinguido hasta dejar imperecederos recuerdos en los teatros de Madrid, Valencia y Barcelona; en prueba de lo cual me bastará transcribir las opiniones emitidas por los dos periódicos más serios de la última población.

La Publicidad decía en uno de sus números: «El Sr. Valero estuvo admirable en toda la obra, obteniendo en el primer acto, en el aria y final del tercero, y sobre todo en el gran duo del acto cuarto, una ovación inmensa, de esas que mantienen la reputación de un artista y que contados tenores de Europa logran alcanzar.

Uno de los mayores llenos de la temporada procuró anoche la representación del segundo *spartito* de Bretón, que si no tan correcto como *Garín*, en cambio ha logrado popularizarse en España, dado el romanticismo del asunto.

Aplazada varias veces la representación por enfermedad de la señora Arkel, y terminando en breve la contrata del tenor Valero, que ha contribuído, por su magistral interpretación á popularizar dicha ópera, la empresa ha debido aprovechar la coyuntura de hallarse disponible la soprano señorita Muñoz, que dejó grato recuerdo en la parte de Isabella cuando la interpretó en el teatro Gayarre.

. . . . . .

El tenor Valero, que tan buenos recuerdos dejó en nuestro gran teatro, en la parte de Marsilla, que interpreta con verdadero *amore*, los confirmó anoche plenamente, pues hubo de repetir la estrofa de salida y fué llamado á escena al terminar cada acto, especialmente en la escena del árbol y al terminar el duo del tercero, en que obtuvo una verdadera ovación, de la que participaron la Muñoz y el maestro Mugnone.»

La Vanguardia, de Barcelona, daba cuenta, en estos términos, de la misma representación: «El tenor Valero, Marsilla, era el artista deseado del público, que recordaba la magistral galanura con que interpreta el desventurado amante, de cuyo papel ha hecho una verdadera creación. Así, en la trova de salida obtuvo ya una unánime ovación, debiendo

repetirla á ruegos del público, y en todas las escenas recibió iguales muestras de simpatía, especialmente en la del árbol y en el gran duo del acto tercero, en cuya ocasión el entusiasmo no tuvo límites, siendo interrumpido á cada frase y calurosamente aclamado al terminar, teniendo que presentarse gran número de veces en la escena.»

Si muchos laureles le ha valido la popularísima obra del maestro español, las demás que he mencionado no le han conquistado menos, como lo demuestra, entre otros periódicos, *Las Novedades,* de Nueva-York al transcribir las opiniones de los exigentes críticos de la ciudad de Boston, donde se dió á conocer D. Fernando Valero con *Cavalleria Rusticana* y con *Martha.*

Leo en *Las Novedades:* «*El Boston Journal* dice: *Turiddu, el Tenorio de lugar*, fué admirablemente representado y bien cantado por el Sr. Valero. En la siciliana inicial y en la despedida de su madre no dejó que desear, y el brindis fué cantado con un aire fanfarrón que cuadraba perfectamente á su papel.»

El Boston Herald escribe: «El Sr. Valero se estrenó ayer en el papel de Turiddu y ganó un éxito instantáneo por sus buenas cualidades de actor dramático y de vocalista. El solo cantado tras de bastidores le granjeó el favor del auditorio, y al aparecer en escena confirmó la buena impresión que había producido. Su gran duo con Santuza causó verdadero *furore,* y los dos artistas compartieron por igual

los honores que les valió este número. El brindis obtuvo también éxito inmenso y fué repetido.»

«Desde las primeras notas de su aria inicial—dice el *Advertiser*—ganó un triunfo. Como actor y cantante obtuvo grandes aplausos, y en la despedida de su madre no era posible expresar mejor la ansiedad y el dolor.»

Opiniones análogas registran el *Globe*, el *Port* y otros colegas con referencia á los méritos dramáticos y líricos del tenor español, dados á conocer en la obra magistral de Mascagni.

Tambien le elogian esos mismos colegas en su interpretación de Lionello *(Martha)*, ensalzando la manera, por todo extremo magistral, como cantó el aria *M' appari.*»

Hasta aquí lo transcrito por el diario *Las Novedades;* si hubiera de reproducir á continuación cuantos artículos se han escrito acerca de los talentos de Valero, con ellos sólo bastaría para formar un libro no pequeño, más como esto ni debo ni puedo hacerlo, pongo ya fin á este trabajo.

PEDRO DELGADO

(ACTOR)

Aunque alguien dice que Delgado es natural de la Carolina (provincia de Jaen), en la que vino al mnudo por los años de 1834, cuantos periódicos y revistas literarias se han ocupado en el eximio actor, lo consideran hijo de Sevilla, y, moralmente, por lo menos, no cabe duda de que lo es quien, á más de cosechar en ella sus primeros y más gratos laureles, ha vivido casi siempre en las márgenes del Guadalquivir, acrisolando sus exquisitas facultades con el trato de los ingenios hispalenses.

La biografía del ilustre comediante la constituye una serie gloriosísima de no interrumpidos triunfos escénicos, pues aunque sus padres trataron de consagrarle al estudio de las leyes, con el cual objeto lo enviaron á Madrid en 1845, fecha en que comenzó á cursar Filosofía, el joven estudiante se matriculó al mismo tiempo en las clases del Conservatorio, donde fueron sus profesores los eminentes artistas García Luna y Latorre.

Este último supo apreciar desde luego las relevantes dotes del discípulo, y dispensándole toda su protección le puso en condiciones de que á los 19 años de edad, y con motivo de un concurso de notabilidades, obtuviera el primer premio de manos de Isabel II, quien lo colmó de merecidos elogios, considerándolo como un gigante precoz.

Y así era, en efecto, porque de otro modo no se explica que ingresara, tan niño aún, con el cargo de director de escena, en el antiguo Liceo de Vista Hermosa, trabajando después en el teatro de la Cruz y en otros no menos importantes de la Corte, en todos los cuales interpretó con admirable éxito los dramas que entonces se hallaban más en moda, conquistando con ellos tal renombre, que, deseosas de conocerle y admirarle, fué llamado con insistencia por varias capitales de provincia, remitiéndole las escrituras en blanco para que él pusiera las condiciones que quisiese.

Alicante fué la primera población á que marchó desde Madrid, debutando en su coliseo con el *Sancho García*, de Zorrilla, en cuya ejecución entusiasmó tanto al público, que, al terminarse la representación de la obra, fué D. Pedro conducido á su casa entre los aplausos de sus admiradores, quienes en grupos numerosos le rodeaban con hachones encendidos. No queriendo desairar á ninguna de las ciudades que deseaban contemplarle, marchó de Alicante á Valencia, en la que inauguró el teatro de la Princesa, y de allí á Zaragoza y á otras varias, justifi-

cando su creciente fama y conquistando tales simpatías, que en la condal Barcelona le regaló el bello sexo una elegantísima capa de calle, hecha por el sastre de Su Majestad, Caracuel, y llevada al Liceo por una comisión de aristocráticas damas que la entregó en aquel sitio al agraciado.

De Barcelona regresó éste á la coronada Villa para sustituir á Valero en el escenario de Novedades que ya había estrenado él.

Los admirables dramas *El Rey loco, Don Francisco de Quevedo, El excomulgado, Pelayo, Guzmán el Bueno, Los amantes de Teruel, Simón Bocanegra, Otelo, El jugador de manos, Sol de invierno* y muchos más, le habían acreditado siempre de consumado maestro; pero, donde llegó á una altura inconcebible, colocándose al lado de los primeros actores de su época, fué en la magistral interpretación de *La Jura en Santa Gadea*, de Hartzembusch, y de *Deudas pagadas*, de Fernández y González.

Empresario más tarde del teatro Español, estrenó en su escena, entre otras obras, *Un duelo á muerte,* de García Gutiérrez; *El tanto por ciento*, de Ayala; *Sol de invierno*, de Marco, y *Oros, copas, espadas y bastos*, de Larra; al paso que estrenaba en el teatro Circo, *El haz de leña*, de Núñez de Arce y *La expulsión de los moriscos,* de Velilla; figurando en su compañía la inimitable Teodora Lamadrid, Elisa Boldun, Balbina Valverde, Concepción Marín, Gertrudis Castro, Juan Casañer, Antonio Pizarroso y Mariano Fernández; así como también el

inmortal Rafael Calvo, á quien tuvo muchos años de galán joven y el no menos célebre Antonio Vico.

Los gratos recuerdos de su primer viaje por las capitales anteriormente citadas estimularon al señor Delgado á marchar más adelante á la Coruña, á Murcia y á Sevilla, llegando á esta última en 1865 y haciendo su beneficio en el teatro de San Fernando con *La Oración de la tarde* y *La carcajada,* obras que eligió para demostrar su talento después de haberse enterado por los literatos y críticos hispalenses que en ellas era donde más se lucían Valero y Romea, quienes le habían precedido.

Interminable sería mi trabajo si hubiera de seguir los pasos de D. Pedro durante toda su azarosa vida y su brillantísima carrera, de là que se retiró al casarse, por contar con un buen patrimonio que le permitía vivir holgadamente, aun prescindiendo de las utilidades de la escena. Mas no tardó en volver á ésta, ganoso de nuevos triunfos; y en 1882 se embarcó para la isla de Cuba, siendo recibido con música en el puerto de la Habana, en cuyo teatro Tacón dejó imperecederos recuerdos. Despues se dirigió á la República mejicana, dando en su capital cinco funciones; hasta que, impulsado por la nostalgia del país, cuando se hallaba en su mayor apogeo, decidió regresar á la Península, desembarcando en Santander en 1883 y reanudando sus campañas en Barcelona, Sevilla y Zaragoza, en la segunda de las cuales había tenido señaladas ovaciones en 1876, con los estrenos de *La luz del rayo,* de Velilla, *La*

cruz del hábito, de Mas y Prat y *El vencedor de sí mismo*, de la Srta. de Velilla, con motivo de los cuales le consagraba la revista sevillana *El Gran Mundo*, un artículo del que transcribo los párrafos siguientes:

«Desde que hizo su debut en el teatro del Príncipe, de Madrid, con el drama *Un artista*, en el que su genio creador y sus poderosas facultades lograron encadenar á aquel público, hasta hoy que le hemos visto, como siempre, arrebatar al público sevillano, ha pasado por varios períodos en que su carácter, algo espartano é independiente, y como tal, poco á propósito para la vida ceremoniosa de la Corte, ha jugado el principal papel.

D. Pedro Delgado, con el genio acomodaticio de cualquiera de los primeros actores que hoy se reparten la escena en Madrid, hubiera llegado antes que ellos al dominio absoluto de los teatros de la Corte; y si bien en esto hubiéramos perdido, puesto que no podríamos admirarle y aplaudirle con tanta frecuencia, en cambio se conocerían más universalmente sus méritos inimitables . . . . . .

Podríamos aquí aventurar una afirmación, y es que en uno de los géneros que más cultiva no ha tenido ni tiene rival en España; nos referimos al drama caballeresco.

Parece que ha luchado cuerpo á cuerpo, ceñida la cota y calada la visera; que ha tratado familiarmente al Cid y á Pelayo y acompañado en sus aventuras á Pedro I de Castilla.

Las pasiones exaltadas de la edad de hierro, así como los dulces transportes de aquellos galanes que cantaban en el laud las trovas de Juan de Mena y las coplas sediciosas de Mingo Revulgo, parecen tan propiamente suyas, como diría un discípulo de Sanz del Río, que no pueden verse interpretadas por él sin creerse en la casa solariega, bajo el arco ojival ó á la sombra de la torre del Homenaje.

El afecto de D. Pedro Delgado por todo lo que concierne á Sevilla, está patente y probado; y los que han podido verle, no pueden por menos de convenir en que sus esfuerzos han sido coronados por una serie de lisonjeros triunfos.»

Bien quisiera copiar aquí, también, pero completa, la bella *Semblanza íntima* que á este ilustre veterano dedica *El Liberal* de Madrid en su número 4.550, correspondiente al 14 de Diciembre de 1891.

La extensión que ya he dado á este capítulo, me impide el hacerlo. Sin embargo, no puedo resistir á la tentación de reproducir por lo menos lo que dice al hablar de una de sus más señaladas victorias.

«Á D. Pedro Delgado se le debe la resurrección del *D. Juan Tenorio*. Este drama, estrenado por Latorre con mal éxito, no se había vuelto á representar, y fué, no obstante, la obra que salvó los intereses de la empresa en aquella temporada. Para verificar su *reprise* ó su reestreno, como dice un académico, hubo que vencer, entre otros muchos, un gravísimo inconveniente. Teodora Lamadrid se negaba en absoluto á representar la obra, temerosa de

un nuevo fracaso, y necesitó Delgado apelar á todos sus medios de persuasión para conseguir su intento. Por fin se anunció en los carteles; dió 18 entradas, produjo pingües ganancias, y aquella inopinada resurrección ha sido la base de un capital que aumenta fabulosamente todos los años. El capital del propietario de la obra.

Precisamente una noche que se representaba el *Tenorio* á principio de esta temporada, apareció en el saloncillo del Español D. Pedro Delgado. Al entrar en aquel cuarto, tan lleno de gloriosas memorias, nos miraba con gesto de asombro, diciéndonos á todos con tristeza: «¡Qué variado está esto! ¡Apenas si lo conozco!» De los que estábamos allí pocos le conocíamos á él. Ni aún los viejos. D. José Zorrilla se encontró también frente á frente del actor, y hubiera pasado sin saludarle, si él no le hubiese dicho en tono de cariñosa reconvención:

«Pero, Pepe, ¿es posible que no me conozcas? Yo soy tu *D. Juan Tenorio;* el que ha robado más de mil veces á doña Inés; el que ha esclamado una y otra noche:

«Siempre vive con grandeza
quien hecho á grandeza está.»

y hoy ¡ya lo ves! viene á pedir un beneficio á sus compañeros.»

Nada de cuanto yo pudiera decir retrataría mejor que estas líneas el ayer y el hoy de mi biografiado, quien ha sido siempre un actor muy querido y un hombre muy culto y estudioso.

Apéndice

APÉNDICE

Bien quisiera subsanar en este Apéndice cuantas omisiones haya podido cometer, al biografiar á las eminencias sevillanas. Este natural deseo no lo manifiesto por vana palabrería, y así lo comprenderá el lector en cuanto sepa que mi mayor gusto fuera presentar, en este libro, un cuadro completo de la actual cultura de Sevilla, sin ocultar el nombre de una sola persona de las que, en poco ó en mucho, contribuyen á ella.

Pero esta empresa es superior á las fuerzas del investigador más privilegiado, y cuando se carece de auxiliares, como ahora me sucede, no tiene nada de factible.

De aquí, que sólo haya de ocuparme en los escritores y artistas (no biografiados) que personalmente conozco, ó mejor dicho, de los que recuerdo en este momento, por lo que no tendría nada de extraño que cometiese nuevas faltas, las que sería yo el primero en lamentar.

ESCRITORES

D. Luis Herrera y Robles, de quien por razones especialísimas no he tratado antes, (una de ellas el retraso con que he adquirido sus apuntes biográficos), es de los

escritores de Sevilla, (donde nació en 21 de Mayo de 1840) más dignos de ser biografiados, y en prueba de ello lo ha sido ya en obras tan importantes como las tituladas *Figuras y Figurones*, de Angel María Segovia, tomo LIII, pág. 177; *Autores selectos castellanos*, de los Sres. Portillo y Barrera, pág. 255, é *Historia y juicio crítico de la Escuela Poética Sevillana*, de Angel Lasso de la Vega.

El Sr. Herrera, Presbítero, Doctor, Director y Catedrático de Retórica del Instituto de Cabra desde 1867, y hoy del de Sevilla; tiene las carreras de Teología, Filosofía y Letras y Derecho Canónico y el cargo de Predicador y Capellán de honor de S. M., habiendo desempeñado puestos importantísimos, lo mismo en el profesorado que fuera de él, tales como el de Juez de oposiciones á cátedras y el de Catedrático de Literatura General y Literatura Española en la Universidad de Salamanca, cuya cátedra renunció, por vivir en su ciudad natal.

Entre las obras publicadas por el Sr. Herrera deben citarse las tituladas *Oda á Nuestra Señora de la Antigua*, que compuso como tema para el Certámen celebrado en Lérida, en 1867, por la Academia Bibliográfica Mariana, y obtuvo el primer premio; *Poesías líricas originales*, un tomo de 318 páginas en 4.°, precedidas de un estudio crítico del Ilmo. Sr. Dr. D. José Fernández Espino; y *Exámen comparativo entre las Prosodias y Arte métrica griega y latina*, declaradas de mérito por informe favorable del Real Consejo de Instrucción Pública. Por estos trabajos ha merecido los honrosos nombramientos de individuo correspondiente de las Reales Academias Española y de la Historia; de la de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba, y de la Gaditana de Ciencias y Letras y Académico numerario de la Real Hispalense de Santo Tomás de Aquino y de la Sevillana de Buenas Letras. Es además Comendador de Carlos III y Comendador de número de Isabel la Católica y Jefe Superior de Administración Civil.

Este eximio vate es considerado como el más puro representante de la tradicional Escuela poética sevillana; pues como dice Montoto, en el núm. 7130 de *El Universal*: «No se ha salido ni una vez siquiera de los estrechos moldes de esta Escuela; para él han pasado inadvertidos los vientos del romanticismo..... La influencia de Hugo y sus imitadores, y la de Espronceda, el duque de Rivas y Zorrilla en España, no le han llevado á escribir ni una leyenda ni tan siquiera un cuento.»

En la actualidad está publicando su traducción en verso castellano de la Eneida de Virgilio, que ha merecido ser juzgada favorablemente por los eminentes críticos D. Juan Valera y D. Marcelino Menéndez y Pelayo.

Lasso de la Vega en su *Estudio y juicio crítico de la Escuela Poética Sevillana*, transcribe como muestra de las poesías líricas (religiosas en su mayor parte) de Luis Herrera, este fragmento de la *Oda á Nuestra Señora de la Antigua*:

«¿Y quién, oh Madre, que por vez primera
Vió los albores del naciente día
Del Betis en la mágica ribera,
En la reina feliz de Andalucía,
Al escuchar tu nombre,
Símbolo de su dicha y su grandeza,
Humillado no inclina la alta frente,
Y ante tu sacra imágen reverente,
Do se retrata tu sublime alteza,
No dobla entusiasmado la rodilla,
Cual cumple á un hijo de tu fiel Sevilla?»

D. Simón de la Rosa. Ilustre catedrático de la Universidad sevillana, ha confirmado la fama, que tiene entre los que lo conocen, de hombre de privilegiado talento, con su *Discurso de ingreso en la Academia de Buenas Letras*, con el notable *Catálogo de los libros de D. Fernando Colón*, que á él

se debe y, hace poco, con la elocuentísima *Oración inaugural* de este curso académico (de 1895-96).

D. Siro García del Mazo: Es un verdadero sabio, tan modesto como ilustradísimo; y además del servicio dispensado á las Ciencias con sus obras originales, ha hecho otro de capital importancia para la Filosofía y los estudios sociales, vertiendo al castellano con escepcional competencia los mejores trabajos de Spencer.

D. Anselmo R. de Rivas. Alcalde-presidente, en la actualidad, del Ayuntamiento de Sevilla, ha ganado con un sólo libro más títulos de escritor y de sociólogo concienzudo que muchos de los que, por desgracia, dan á luz una obra por semana. La única que conozco del Sr. R. de Rivas se titula *La política económica de España*, un tomo en 8.° de 398 páginas.

Yo, que soy aficionado á esta clase de estudios y he leído la mayoría de los publicados, de algunos años á esta parte, puedo asegurar que á la cabeza de los mejores figura el de R. de Rivas, en el que hay capítulos tan perfectamente escritos como los que tratan de las *Ideas que predominaron entre los filósofos, sobre el origen de la sociedad y el Estado, en el siglo XVIII.—Revolución que en el mundo ocasionó la invención del vapor.—Las crisis económicas obedecen siempre á un desequilibrio entre la producción y el consumo* y *Causas principales que en España han contribuído al estado actual de atraso de la agricultura.*

D. Prudencio Mudarra y Párraga. Consejero de Instrucción pública, orador elocuentísimo, Rector y Catedrático de la Universidad, ha escrito un notable trabajo acerca de la cuestión social, que fué sin duda uno de los mejores que se leyeron en el pasado Congreso Católico de Sevilla, y otra magistral obra en dos tomos, titulada *Lecciones de Literatura general y Literatura española.*

D. Feliciano Candau y Pizarro. Joven abogado y Doctor en Filosofía y Letras, catedrático de la Universidad de Sevilla: no se distingue en el campo de las Letras; pero se

ha hecho notar tan ventajosamente en el de las Ciencias, que su nombre se ha visto ensalzado en artículos críticos de nuestros más concienzudos pensadores. Su primera obra fué una *Memoria acerca de la arquitectura griega y sus precedentes en la egipcia y asiria*; un volúmen en 4.° de 107 páginas, y la última que ha dado á la estampa en 1894 se titula *Prehistoria de la provincia de Sevilla*, acompañando al texto (de 224 páginas en 4.° mayor) gran número de fotograbados y un mapa prehistórico de la provincia de Sevilla.

Ocioso creo decir ni una palabra acerca de la importancia de este trabajo, el primero que se ha hecho de su índole y del que yo mismo he tratado ya en las columnas de *El Globo*.

D. Carlos Cañal. Licenciado en Filosofía y Letras, y creo que en Derecho, ha escrito con gran acierto otro libro parecido al del Sr. Candau; esto es, acerca de la misma materia, y editado también en el año 94, con el título de *Sevilla Prehistórica.—Yacimientos prehistóricos de la provincia de Sevilla, clasificación y descripción de los objetos y monumentos encontrados, inducciones acerca de la Industria, Artes, razas, costumbres y usos de los primitivos habitantes de esta región*, con un prólogo del marqués de Nadaillac (130 fotograbados y un mapa). Al Sr. Cañal se deben, además, un folleto en 4.° de 24 páginas, titulado, *La Escuela cristiana de Sevilla durante la dominación visigoda*; *San Isidoro, estudios arqueológicos*; *Excursión á la provincia de Huelva*; *La Rábida y Niebla*; *Excursión á la Algaba é Itálica*; *Política seguida con los judíos por los Reyes Católicos (Pelayo y Enrique IV)*, y *La Prehistoria en España*, (notas histórico-bibliográficas).

Tanto el Sr. Candau como el Sr. Cañal son aventajados discípulos (y este es el mayor elogio que puede hacerse de ellos) del sabio catedrático de la Universidad hispalense, Sr. D. Manuel Sales y Ferré, concienzudo sociólogo é ilustre publicista, á quien nunca podrá pagar Sevilla la poderosa influencia que en su cultura ha ejer-

cido, no sólo con la fundación del *Ateneo y Sociedad de Excursiones* y del nuevo *Centro de Bellas Artes*, que tantos beneficios reportan, sino porque, reuniendo excepcionalísimas dotes para la enseñanza, sabe apreciar como ninguno las disposiciones de sus alumnos y dirigirlas con el acierto que las de los dos citados.

D. José García Rufino. Dotado de una imaginación de poeta, y de cualidades más naturales que adquiridas, se ha revelado como una esperanza literaria, con varias publicaciones; la primera de las cuales fué una colección de artículos titulados, *Acuarelas de Abril, apuntes de Semana Santa y Feria*, que mereció grandes elogios de la prensa madrileña.

D. Emilio Llach: Joven abogado y concejal del Ayuntamiento de Sevilla, ha sido ya biografiado por el redactor de *La Epoca* Sr. Briones en su libro *Los periodistas españoles*, y *El Resumen*, de Madrid, en el número correspondiente al 25 de Junio de 1890, publicó en su *Galería nacional* una honrosa semblanza de D. Emilio, quien se ha dado á conocer desde muy niño, como abogado experto, político de valer en las filas del posibilismo, periodista fácil y correcto, orador forense y sobre todo parlamentario, y literato fecundo, cual lo demuestran sus trabajos, entre los que se distinguen los siguientes: *Serafín*, *Bonito negocio*, y *Final*, artículos publicados en *El Comercio de Andalucía*; *Señora Camelia*, *Uno de tantos*, *Descripción de Barcelona moderna* y *Notas de viaje*, en *El Globo*; *Semblanza de Castelar*, en *El Progreso*, y otros muchos trabajos que han visto la luz en *La Ilustración Artística* y en diferentes periódicos de Madrid y de Sevilla. Ultimamente ha escrito un libro titulado *Recuerdos del Ampurdán, impresiones de viaje*, que es bastante elogiado.

D. Lorenzo Leal. Muerto hace cuatro años en el choque de trenes ocurrido en Quintanilleja, «joven y afamado novelista, (dice *El Cronista*, periódico que él dirigió), periodista batallador é incansable y delicado poeta.....

Solo, se escribía Lorenzo el periódico más leído en Sevilla, mientras él lo dirigió, y su incansable actividad hallaba, no sé donde, tiempo para escribir obras tan estimadas como *La Soñadora*, *Juan de Dios*, *Viruelas locas*, *Trabajos de Sísifo* y *Frescos de Andalucía*.»

D. Manuel Chaves, ha publicado los trabajos titulados: *Constancia*, novela: un tomo, 1891.—*Bocetos de una época* (1820-1840), con un prólogo de D. Manuel Gómez Ímaz: un tomo, 1892 —*Pro patria, homenaje á los heróicos hijos de Sevilla D. José González Cuadrado* y *D. Bernardo Palacios Malaver*: folleto, 1893.—*Páginas sevillanas, sucesos históricos, personajes célebres, monumentos notables, tradiciones populares, cuentos viejos, leyendas y curiosidades*; con un prólogo de D. José Gestoso y Pérez: un tomo, 1894.—*Pepe-Illo, ensayo biográfico, histórico y bibliográfico*: folleto, 1894.—*Una carta del rey neto y algunas menudencias para ilustrar un capítulo de la historia*: folleto, 1894.—*La Semana Santa y las cofradías de Sevilla de* 1820 *á* 1823, carta al Excmo. Sr. Duque de T'Serclaes, y *Últimos días de un gobierno*, estudio histórico-literario.

D. Alfredo Murga. Abogado, recien salido de las aulas, se había ya dado á conocer durante la vida estudiantil como escritor correcto, literato de esquisito gusto y crítico de alto vuelo, como lo demuestran entre otros de sus trabajos el juicio que emitió acerca de una de las mejores producciones de Blanca de los Ríos; su correspondencia desde las columnas de *Blanco y Negro* con el Dr. Thebussen, sus interesantes *Fruslerías literarías*, infinidad de artículos de otra índole que han merecido el aplauso de los doctos; dos discursos en dos certámenes del Ateneo; la Necrología de Zorrilla leída en el Teatro de San Fernando, en la velada que se celebró en Sevilla en honor de este vate, y un curioso folleto titulado *De periódicos y de periodistas*. Hoy es el Sr. Murga corresponsal de *La Córrespondencia de España* y colaborador de *La Ilustración Artística* de Barcelona y de *El Resumen* de Madrid.

D. M. García Caballero: Conocido por el pseudónimo

de *Arunci* y elogiado por los interesantes artículos que publica en *El Globo*, de Madrid, y otros periódicos de la corte, revela condiciones de escritor poco comunes, en la mayoría de los que hoy presumen serlo. Su estilo es castizo, su dicción fácil y sus pensamientos elevados y no exentos de cierta intención filosófica.

D. Aurelio Gali: Redactor de *El Comercio de Andalucía*, es autor de una obra acerca de las ruinas de Itálica, en la que demuestra conocimientos poco comunes, como poco comun es su competencia en asuntos históricos.

El presbítero D. Manuel Serrano y Ortega: Licenciado en Derecho Civil y Canónico, ha escrito varios libros, siendo los últimos publicados los que se titulan *Rodrigo de Triana* (boceto histórico, que arroja verdadera luz acerca del debatido tema, de si el marinero que en la noche del 12 de Octubre de 1492, al divisar las costas del Nuevo Mundo, gritó ¡Tierra! era de Sevilla ó de Lepe), y *Glorias de Sevilla ó el libro de la Inmaculada*, en el que se muestra el Sr. Serrano como correcto escritor, erudito y crítico á la vez.

D. L. Gómez Solano, es además de buen escritor, sociólogo tan distinguido como muestra con su libro *Apuntes sobre la cuestión social*, con un prólogo de D. Amante Laffón.

D. José Bores. Licenciado en Derecho Civil y Canónico, miembro del Ilustre Colegio de Abogados de Sevilla y ex-diputado de su Junta de Gobierno, ex-teniente de Alcalde del Excmo. Ayuntamiento y actualmente Concejal, Vice-presidente de la Comisión provincial, y Académico de la Hispalense de Santo Tomás de Aquino y de la Real de Buenas Letras, se ha dado á conocer, desde hace tiempo, como orador elocuente en el foro y en el Municipio y como escritor correcto y profundo en *La Revista Católica*, en la que colabora con asiduidad.

D. Estanislao D'Ángelo. Concejal, igualmente, del Ayuntamiento sevillano, se hizo admirar desde muy niño por

su vasta ilustración y raras disposiciones oratorias, habiendo conquistado con su palabra, entusiastas aplausos en la Cátedra del Ateneo y Sociedad de Excursiones, á la vez que como colaborador de *El Posibilista*, adquiría fama de escritor experto y de correcto estilo.

D. Joaquín Alcaide y Zafra. Empieza ahora su carrera literaria, para la que muestra dotes muy felices, cual lo confirman las poesías y los artículos que aparecen con su firma en la revista de Madrid *La Gran Vía*.

D. Amante Laffón. Es de los escritores más ilustrados en materias literarias que tenemos en España; mas sea por las ocupaciones que le proporcione su bufete de abogado, ó por natural apatía, no escribe tantas obras como pudiera, dado su saber; pero los pocos trabajos que ha dado á la estampa lo colocan á envidiable altura.

D. Miguel Angel Conradi. Se halla en el mismo caso que el Sr. Laffón, reuniendo á la par grandes conocimientos en asuntos de Arte.

D. Salvador López. Ilustrado escritor higienista, ha sabido unir la práctica á la teoría, pues á más de haber publicado cuatro hermosos libros sobre educación física é higiene (por los que ha ganado premios en públicos certámenes) tiene abierto, en una de las calles más céntricas de Sevilla, un gimnasio que puede competir con los mejores de Europa, por contener los más perfectos y elegantes aparatos de salón que se han inventado hasta el día.

D. Antonio Megía. Catedrático auxiliar de la Facultad de derecho en la Universidad sevillana, es autor de dos hermosos discursos escritos para la Licenciatura y el Doctorado de su carrera, así como también se le deben un *Proyecto de Reforma del Código Civil* y un *Estudio acerca del Padre Pedro de Quirós*.

D. Domingo Guerra y Mota. Aplaudido autor cómico, de escepcional ingenio, ha estrenado en los teatros de Madrid y de Sevilla con extraordinarios èxitos las com-

posiciones siguientes: *Saturno*, juguete cómico en un acto y en prosa; *Los Monigotes*, id.; *Los Carcamales*, id.; *Los Gemelos*, id., y *Para las ánimas*, comedia en un acto y en prosa.

D. José de Benjumea: jóven abogado del Colegio de Sevilla, es autor de un interesante estudio acerca de *La Novela contemporánea.*

D. Diego Angulo: Abogado igualmente, se ha dado á conocer con preciosos artículos literarios, publicados en la prensa de Sevilla, y no hace mucho mostró sus condiciones de escritor científico con un importante tratado de las *Condiciones jurídicas de los hijos ilegítimos.*

D. Narciso Sentenach, que reside hace años en la Corte, es un hombre de talento privilegiado, de conocimientos vastísimos y de una laboriosidad extraordinaria. Sobresale en la crítica de Arte, habiendo consagrado á su patria un hermoso libro acerca de esta materia, titulado *La Pintura en Sevilla.*

D. Adolfo Lunas. Es un poeta novel que ofrece mucho y ha publicado ya un lindo tomo de *Poesías* y otro de narraciones ó novelas cortas tituladas *Último capítulo* y *La familia de la Estación.*

D. Enrique de la Peña, D. Juan Díaz del Moral y **D. Manuel Portillo**, son autores respectivamente de *La habitación del pobre en Sevilla*, trabajo premiado por el Ateneo; de *Dominicus gundisadvam* y de *Estudios matemáticos.*

D. Federico Chaves y Pérez del Pulgar: Doctor en Ciencias físico-químicas, ha publicado en los *Anales de la Sociedad Española de Historia Natural*, los siguientes trabajos: *Observaciones cristalográficas sobre la teruelita*, t. XX; *Análisis de una magnesita del cortijo de Puertas (Málaga)*, Segunda serie, t. I, (XXI); *Cristal de cuarzo del Cerro del Fruto (Jerez de la Frontera)*, Segunda serie, t. I, (XXI); *Observaciones sobre unos cristales de fuchina*, Segunda serie, t. I, (XXI; *Nota cristalográfica sobre las celestinas de la Península*, Segunda serie, t. II, (XXII); *Nota cristalográfica sobre la anglasita de Guadalcanal*, Segunda serie, t. III, (XXIII); *Orígen de los fosfatos*

naturales, Segunda serie, t. III, (XXIII). En estos momentos tiene en prensa: *Contribuciones al estudio de los minerales de Maró, (Málaga)*; *Una propiedad curiosa de la magnesita de Maró (Málaga)*; *Contribuciones á la síntesis de los silicatos de protóxido de hierro*; *Inducciones en el cuarzo ahumado de Morón*; *Estudios de Fisiología minera*; *Ensayo sobre la pseudomórfosis de proceso químico*, y *Dos notas de micr. química* (en colaboración con el Dr. Relimpio).

D. José Gaspar, D. Fernando Colón, D. Angel Lasso de la Vega y el joven abogado **D. Diego Jiménez Prieto**, quienes han trasladado su residencia á Madrid, contribuyen al fomento de las Letras; el primero y el cuarto como autores cómicos; el segundo como escritor jurídico y el tercero (autor de la *Historia y Juicio crítico de la Escuela Poética Sevillana)*, como poeta y literato fecundo.

Si en el cultivo de la Literatura abundan los escritores, no escasean tampoco en las llamadas Ciencias Médicas, siendo dignos de citarse, entre otros, el fecundo y correcto **D. Pedro Ruiz**, Director de la *Revista Médica de Sevilla*; **D. José Moreno**, Director de la Escuela de Medicina y autor de varias obras médicas y sociales; **D. José Roquero**, hombre de talento y de saber, que tiene pasión por el estudio y escribe con singular competencia; **D. Antonio Salado**, famoso cirujano de gran habilidad operatoria, que ha dado á luz un tratado de *Ovariotomía*; **D. Isidoro Díaz**, acreditado cirujano y partero, que ha publicado un folleto acerca del *Tratamiento de las hernias*; **D. Francisco Laborde**, notable Otólogo, que ha escrito mucho y bueno sobre enfermedades de los oidos, y últimamente un tratado de Higiene para sus discípulos; el **Dr. D. Manuel Medina**, laborioso é ilustrado médico y naturalista, y D. **Javier Lasso de la Vega**, orador correctísimo, literato y poeta inspirado y médico especialista en enfermedades de los niños. El Sr. Lasso ha estudiado y aprendido mucho, piensa hondo y con

gran juicio; lo poco que ha dado á la prensa vale de verdad y él es de los que llevan el peso científico de las asociaciones á que pertenece.

D. Federico Rubio, D. Juan de la Rosa, D. Gumersindo Márquez y los **Sres. Marimón, Pizjuan** y **Reguero,** deben su envidiable reputación al ejercicio práctico de la Medicina; pero no tengo noticia de que sean escritores.

El periodismo sevillano cuenta hoy con pocos campeones: los más antiguos han de ser **D. Carlos Santigosa** y **D. Cayetano Segovia**. Santigosa, que desde hace muchos años tuvo á su cargo la dirección de *El Posibilista*, ya refundido en *La Opinión*, se hizo notar siempre por sus inteligentes campañas y por sus «Plumadas,» llenas de ingenio, que revelaban el privilegiado cerebro del autor, quien ha desempeñado en varias legislaturas el cargo de Diputado provincial. Segovia, redactor durante largo tiempo de *La Andalucía*, hizo brillantes campañas al lado de D. Francisco M.ª Tubino, y posteriormente fundó *La Andalucía Moderna*.

D. Carlos Márquez, redactor político de *El Correo*, de Madrid, empezó á escribir en *La Andalucía*, bajo la dirección de los Tubinos y de Segovia, en 1882, y permaneció unido á ellos hasta el año 91, distinguiéndose por sus campañas municipales (las que le acarrearon serios disgustos) y por haber sido el primero en proponer la candidatura del Sr. Atienza para jefe de los liberales sevillanos. En 1892 se trasladó á Madrid y después de colaborar en *El Resumen*, entró á formar parte de la redacción de *El Correo*, encargándose de la sección municipal cuando tanto ruido dieron los ataques de la prensa al Sr. Bosch, y en 1893 pasó á encargarse de las crónicas parlamentarias, siendo de los periodistas más competentes que ocupan la tribuna del Congreso.

D. Carlos del Río, es de los periodistas y de los abogados jóvenes que tienen más brillante porvenir, por su

talento, por su ilustración y por su actividad incomparable. Como redactor de *El Posibilista* primero y de *El Noticiero Sevillano* después, supo crearse una reputación en la prensa militante y á la moderna, que pocos de más edad han llegado á conquistarse, y como corresponsal de *El Liberal* de Madrid, aún están frescas las favorabilísimas impresiones de su viaje por Andalucía en representación de dicho diario. Posee además profundos conocimientos de las ciencias naturales.

D. Antonio de Lemus. Abogado del Ilustre Colegio de Sevilla, es tan competente en el foro como en las labores de la prensa y en éstas está bien acreditado. Siendo redactor de *El Noticiero Sevillano*, hizo una excursión con el general Chinchilla á las principales plazas fuertes españolas de las provincias andaluzas y del Norte de África, que aumentaron su buen nombre, y como corresponsal del *Heraldo de Madrid*, cuantos conozcan la firma de *Viriato* podrán decir si son acertadas y discretas sus extensas informaciones.

D. Pedro Rodríguez de la Borbolla, el elocuentísimo y popular orador político, Diputado á Cortes por Sevilla y abogado de su Ilustre Colegio, es á la par uno de los periodistas más antiguos. Desde muy niño se dedicó en diferentes periódicos á las rudas labores de la prensa, y últimamente ha honrado con su pluma las columnas de *El Posibilista*. Su fuerte, sin embargo, es la oratoria, tanto forense como parlamentaria y con ella sabe entusiasmar de tal manera á las masas, que este dón unido á sus otras excepcionales condiciones, le hace ser uno de los políticos de más simpatías y de los que más fuerzas suman en la capital andaluza.

D. Emilio Dugi es redactor en jefe de uno de los mejores periódicos del Excmo. Sr. D. Francisco Peris Mencheta, ó sea de *El Noticiero Sevillano*. Esto basta para hacer su apología; pues cuantos conocen las dotes de Mencheta, saben el acierto con que suele selectar, dicho se-

ñor, los talentos más claros de la prensa, para depositar su confianza en ellos. Y, como considero al Sr. Dugi como uno de mis buenos amigos, nada más diré en su elogio, para que no se atribuya á parcialidad.

D. José M. Rey, abogado de Sevilla, es á la vez un periodista muy experto y un notabilísimo escritor taurino, como lo acreditan su libro *El Espartero y Guerrita* y las revistas que firma con el pseudónimo de *Selipe*.

D. Mariano Caso. Aparte de otros trabajos literarios que le dieron justa fama, adquirió gran celebridad por sus campañas políticas desde *El Alabardero*.

El **Sr. Rodríguez La Orden**, director de *El Baluarte*, es autor de un libro de artículos y poesías titulado *El Pañuelo* y de varias piezas cómicas, entre otras, de *Los Licenciados*.

D. Federico Piñal. Antiguo director de *El Porvenir*, se ha hecho admirar siempre, en sus escritos, por su circunspección y su cultura.

D. Federico Barbado, director de *El Tribuno* y catedrático auxiliar del Instituto de Badajoz, ha escrito un interesante libro acerca de *Literatura Latina*.

D. Manuel Aznar, director de *El Universal*, es de los hombres más laboriosos que conozco, uniendo á esta virtud otras muchas, (entre ellas las de hijo ejemplar y de buen amigo). Como prueba de su ilustración y su talento, pueden citarse á más de los trabajos de la prensa, su libro acerca de *El Periodismo en Sevilla*, premiado en un certamen del Ateneo y Sociedad de Excursiones.

D. Torcuato Luca de Tena, es también digno de figurar entre los periodistas y los literatos hispalenses; y, he dejado de hablar de él para este sitio, porque su figura, si no mayor que la de todos, resulta mucho más saliente en el campo de la Literatura nacional. No trato de establecer comparaciones; pero si grande es en la historia de la pintura española la personalidad del sevillano Velázquez, en la historia de las Letras, es evidente la

influencia que ha ejercido y ejerce otro ilustre hijo de Hispalis: el iniciador y director de la revista *Blanco y Negro*, en la que con frecuencia aparece su firma. Torcuato Luca de Tena, pertenece á una familia hispalense, cuyo talento mercantil é industrial, la coloca al lado de las inglesas más inteligentes y activas, y como miembro de ella él tiene el privilegiado cerebro con que contribuye al patrio moviento intelectual.

D. Nicolás Tenorio, abogado y Juez en la actualidad, se ha hecho también notar por lo castizo de su estilo en los artículos titulados *Sevillanos ilustres*, que ha publicado en *El Noticiero* y ahora prepara un libro muy interesante que se titulará *Sevilla; fiestas en honor de la Marquesa de Denia*.

El **Sr. Díaz Martín**, es otro de los periodistas hispalenses de mejor inteligencia y de los más admirados por cuantos leen sus artículos; pudiendo decirse lo mismo de los **Sres. Sánchez Lozano, Gironés, del Vando, García** y **Redondo**.

Donde tanto abundan los excelentes escritores no escasean los oradores escogidos, y en la cátedra del Espíritu-Santo se hacen admirar por su elocuencia los **Sres. Bermúdez Cañas, M. Sanz, Roca, Arboli, Cañamache, Molina, Muñoz, Pabón** y **Ojeda**.

ARTISTAS

La patria por excelencia de los artistas no había de contar únicamente con los que han sido biografiados, sino con muchos más de indiscutible mérito: díganlo si no los cuadros de **D. Nicolás Alperi**, que acaba de obtener medalla de plata en la Exposición de Madrid de 1895; los de **D. Felipe Gil Gallango** (premiados en la Exposición de San Feliu), inteligente paisajista, algunos de cuyos trabajos son comparables á los de **Sánchez Perrier**, los de **López Cabrera**, también premiados en la Exposición de Madrid de 1890 y en la del 95, y los de **D. Manuel Ji-**

ménez Prieto, aplaudidos por la prensa de la Corte y agraciados con mención honorífica y medalla en el Certámen del 90.

Á éstos secundan en mérito los siguientes pintores:

D. Gumersindo Díaz Infante. Sus cuadros son pequeños poemas llenos de dulzura y de poesía. Los pájaros, las frutas y las flores son sus asuntos favoritos y él es con los pinceles algo así como Andersen con la pluma.

El **Sr. Camoyano**, aventajadísimo discípulo de D. Manuel de la Rosa, se distingue en los cuadros de flores y de costumbres andaluzas, habiendo sido premiada con medalla de plata una de sus obras en la famosa Exposición de Chicago.

Del **Sr. D. Miguel Castro**, domiciliado en calle de Génova, número 3, he visto algunos retratos magistralmente ejecutados y un estudio titulado *Un Bibliófilo*, que podía figurar al lado de los más concluidos y bellos.

D. Joaquín Bilbao, hermano del eximio D. Gonzalo, cultiva por afición el arte de Murillo, pero con más acierto que muchos profesores.

Del **Sr. Villalobos**, admiré hace años, en casa del Sr. Rossy, dos cabezas de tipos africanos, á las que no hubiera tenido inconveniente en poner su firma un maestro.

D. Rafael Chaves y Pérez del Pulgar, se distingue en los estudios del natural, siendo muy elogiados por los inteligentes, sus paisajes y sus dibujos realistas, y habiendo merecido los aplausos de la prensa, los cuadros presentados en la Exposición de Cádiz y en la de la Sociedad Económica Sevillana de Amigos del País.

De **D. Domingo Fernández**, sólo conozco el magnífico cuadro de las Santas Justa y Rufina, que en 1892 remitió desde Roma á la Diputación provincial de Sevilla; pero esta sola obra basta para admirarlo y para juzgarlo muy favorablemente,

D. Fernando Tirado, el autor del soberbio cuadro *La*

Comunión de los mártires, en el que hay trozos de dibujo dignos de Velázquez, es de los dibujantes contemporáneos más notables, habiéndose dedicado desde hace varios años al género de retratos que hoy constituye su especialidad.

D. Francisco Peralta, que tiene su residencia en Roma, es otro de los discípulos de la Escuela Sevillana que más dinero y más reputación han ganado con sus excelentes obras.

Entre los artistas que empiezan á formarse, los hay ya tan sobresalientes como entre los viejos. He aquí algunos:

D. José M. Tova Villalba, alumno de la Academia hasta 1894, ha ganado en sus clases diferentes primeros premios y ha presentado ya muy lindos cuadros de paisajes, de género y de asuntos místicos.

D. Emilio García Junco, ha sido en la Academia alumno tan aventajado como Tova y fuera de allí ganó una mención honorífica por un paisaje en la Exposición de Alicante del 94 y justísimos elogios por otros que presentó en la del Círculo de Bellas Artes de Sevilla del 95.

D. José Pedrosa, aprovechado discípulo de Narbona, fué premiado en la clase de Colorido y Composición de la Academia, en 1894, y ha expuesto ya al público algunos estudios y manchas de color muy aceptables y aplaudidos.

D. Manuel G. de los Santos, discípulo como el anterior, de Narbona, es una notabilidad en los cuadros de floreros, y también ha obtenido premios en la Escuela de Pintura.

D. Ramón Sierra, discípulo de Arpa, premiado en la clase de Colorido y Composición del Museo, se ha dado á conocer con unos apuntes que hacen concebir grandes esperanzas en su autor.

D. Diego López, discípulo de García y Ramos, pre-

tende imitar al maestro, dedicándose muy acertadamente á los cuadros de costumbres andaluzas.

D. Nicolás Soro, asíduo asistente á la Academia del Ateneo, y honroso discípulo de Bilbao, aventaja en el dibujo á muchos que son tenidos por maestros y ha presentado con éxito varios trabajos en las Exposiciones de Cádiz, Zaragoza y Sevilla.

D. Antonio G. Lozano, es también discípulo de Bilbao y de los que se distinguen más dibujando en la citada Academia del Ateneo.

D. Javier Winthuyssen, discípulo de Arpa, primero, y de Bilbao actualmente, es una verdadera esperanza del Arte, por su laboriosidad, por su talento y por todas sus raras condiciones, y así lo acreditan unas manchas y apuntes que ha expuesto al público hispalense, mereciendo por ellos repetidos elogios.

D. Aníbal Alvarez, es otro de los discípulos de Bilbao que más adelantan en el camino emprendido. He visto suyos algunos apuntes que demuestran que sabe dibujar y conocer el color con bastante acierto.

De otros pintores que no me son tan conocidos he leido favorables críticas en la prensa y visto preciosos cuadros en casa de Rossy y en otras exposiciones, recordando ahora las firmas de **Manuel Aragón y Romero, Joaquín Tubino Bertendona, Cabral Aguado, J. Chaves, Escribano, Espejo, Rosendo Fernández, Losada, Estrada, J. Gómez, Rico, Eder, F. Ramos, Florido, J. Arias, M. Cañas Martínez, A. Escudero, E. Marín y Oñate.**

Hablando de los escultores viejos, he oido elogiar las obras de algunos que, aunque no me son conocidos, debo hacer constar sus nombres; éstos son: **Angel Alvarez, Manuel Gutiérrez Cano, M. G. de los Ríos, Gumersindo Jiménez, Emilio Pizarro, Manuel Roso** y **M. Soriano.**

De los jóvenes, y sobre todo, de los discípulos de

Susillo puedo tratar mejor, por lo menos de cuatro, que son: **Cuadra**, **Sánchez Dalp**, **Valera** y **Rull**.

D. Fernando de la Cuadra, es autor de una colección de cabezas de estudio, entre las que sobresalen *Un viejo*, *Una señorita* y *Un chico*, estudios de risa las dos últimas. Su primera obra maestra fué también una cabeza de estudio titulada, *Un paje*, la que presentó en 1894 en la Exposición del Círculo de Bellas Artes, y la mejor de todas el hermoso grupo *Míralo*, de tamaño natural y vaciado en yeso, por el cual obtuvo una tercera medalla en la Exposición de Madrid del 95.

D. Miguel Sanchez Dalp, discípulo de Susillo desde 1892, no tardó en empezar á copiar del modelo vivo, haciendo varios estudios de cabezas, los que tituló *Granuja*, *De la playa* y *Vendedor*, y su primer trabajo serio fué *Un fauno*, al que siguió *Un satirillo*.

La Ilustración Española ha publicado una obra de este jóven, titulada *Monaguillos* y consistente en un grupo de dos figuras, mitad del natural, perfectamente ejecutadas. El Ateneo y Sociedad de Excursiones le premió en 1894 otro grupo titulado *Herreros*, y un norte-americano amigo suyo le encargó (por 3.000 ptas.) una hermosa copia (de un metro) hecha en madera, del famoso *Cristo de los Cálices*, de Martínez Montañés.

En el presente año ha enviado á la Exposición de Cádiz dos cabezas tituladas *San Juan Bautista* y *Un ciego*, que habrán merecido premio.

D. Lorenzo Coullat Valera, está recien llegado al estudio, pero ya había aprendido algo en Nantes. Ahora se dedica á los estudios del yeso, prometiendo mucho por ser un buen dibujante.

D. Viriato Rull, apasionado de la escultura, se dió á conocer por vez primera en 1892, mandando á la Exposición Colombina que celebraba la Sociedad Económica de Amigos del País, un celebrado busto de Colón, y en 1893 hizo su primera venta consistente en dos jarrones

decorativos para la escalera de la casa de D. Daniel del Mazo, quien ha vuelto á ocuparlo en estos días, para el decorado de un comedor. En 1894 concurrió á la Exposición del Círculo de Bellas Artes de Sevilla, con una cabeza de estudio á que tituló *Nuño*, y á la de Cádiz con otra de *Un pilluelo*, y en Agosto del 95 obtuvo el premio (donado por la Reina Regente y destinado á la Escultura, en el Certámen Científico, Literario y Artístico que celebró en Huelva la Sociedad Colombina) por un lindísimo *Proyecto de monumento á los hermanos Pinzón.*

Como el más antiguo discípulo de Susillo es de presumir que sea el que más ha producido, y así es por cierto; siendo suyos, además de los citados, los siguientes trabajos: *Alvaro*, grupo; *Apoteosis del Tenorio*, *Muerte de Desdémona*, ó escena final de Otelo; *Consolar al triste*, relieve; *Al ángel del hogar*, grupo, y otros. Entre los bocetos figuran: *Diciembre*; *Una leyenda*; *Magistra Vitæ* y *Retreta*.

La fabricación de azulejos artísticos, que tan floreciente estuvo en otros tiempos ha vuelto á renacer en Sevilla, siendo sus primeros adalides: los **Sres. Mensaque Hermanos y C.ª**, citados en la biografía de Gestoso, los cuales han logrado tras penosos esfuerzos la aplicación del reflejo metálico, siendo sus productos comparables á los elaborados en el siglo XVI. De aquí que hayan ganado los primeros premios en las últimas Exposiciones celebradas en París, Barcelona, Filadelfia y Chicago, y que sean proveedores de S. M. la Reina Regente, de Sus Altesas Reales los Duques de Montpensier y Condes de París, de los Reyes de Portugal y de los Sres. Ibarra, Atienza, González Abreu, D. José Pinal, D. Julio Laffitte, Marqués de la Motilla y otros.

Los Hermanos Mensaque son los socios capitalistas y D. Fernando Soto y González el socio industrial.

Este nació en Triana en 1864. En 1880 era ya Ba-

chiller en Artes y en 1884 obtuvo primeros premios en los estudios superiores de la Escuela de Bellas Artes. En 1885 se encargó de la dirección de la alfarería de su padre D. Manuel Soto y Tello (ilustre fabricante premiado en diez y siete concursos y condecorado por don Alfonso XII), y como sintiera grandes aficiones, á la vez que poseía raras aptitudes para las Artes cerámicas, se consagró con tan buen éxito á resolver los problemas más difíciles, que no tardó en descubrir y aplicar los reflejos metálicos y colores reflejados en platos y azulejos, que se confundian con los del mejor período. En 1889 entró el Sr. Soto á formar sociedad con los citados señores Mensaque, y con las gestiones de los tres han conquistado los triunfos de que dejo hecha mención.

De otros artistas he de tratar, antes de dar fin á este Apéndice, que son el Sr. Busto y el Maestro de Capilla de la Catedral sevillana.

El primero es un pianista que raya á la altura de los primeros de Europa y el segundo un compositor de música, consumado, cuyos trabajos son ponderadísimos por cuantos los conocen.

ÍNDICE

Páginas

Dedicatoria. V
Prólogo.—Origen y plan á que obedece la publicación de esta obra. XI
Carta del Excmo. Sr. D. Marcelino Menéndez y Pelayo. XVII

ESCRITORES

Asensio y Toledo, José M.ª 1
Boutelou, Claudio. 11
Caballero Infante, Francisco. 15
Calderón y Arana, Salvador. 21
Campillo y Correa, Narciso. 27
Cano y Cueto, Manuel 39
Castro, Federico de. 45
Cavestany, Juan Antonio. 49
Cheix y Martínez, Isabel. 53
Chiralt y Selma, Vicente. 59
Díaz de Lamarque, Antonia. 65
Escudero y Peroso, Luis. 73
Fabié, Antonio María. 81
Fernández y Cabello, Cayetano. 87
Funes, Enrique. 95
García Valero, Eloy. 103
Gestoso y Pérez, José. 107
Gómez Imaz, Manuel. 117
Gutiérrez de Alba, José M.ª 127
Guichot y Parodi, Joaquín. 135
Hazañas y La Rúa, Joaquín. 143
Jiménez-Placer, Carlos. 149
Lamarque de Novoa, José. 155
Mateos Gago, Francisco. 163
Mas y Prat, Benito. 169
Montoto y Rautenstrauch, Luis. 175
Pérez y González, Felipe. 185
Pérez de Guzmán y Boza, Juan. 191
Pérez de Guzmán y Boza, Manuel. 197
Peña y Fernández, Manuel de la. 201
Ríos, Blanca de los. 205
Rodríguez Marín, Francisco. 213
Ruiz Estévez, Francisco. 223
Sáenz de Tejada, Victorina. 229
Sánchez Arjona, José. 247
Sánchez Arjona, Francisco. 253

Sota y Lastra, Ramón de la. 259
Torre, Juan Antonio de. 271
Velilla y Rodríguez, Mercedes. 277
Velilla y Rodríguez, José. 285

PINTORES

Cano de la Peña, Eduardo. 305
Arpa y Perea, José. 311
Bilbao, Gonzalo. 317
Cánovas y Gallardo, Andrés. 325
Cañaveral, Alfonso. 331
Cañaveral, José. 339
Clemente, Salvador. 345
García Ramos, José. 351
García Ramos, Juan. 357
García y Rodríguez, Manuel. 361
Garnelo y Alda, José. 367
Jiménez Aranda, José. 375
Jiménez, Luis. 381
Lafita y Blanco, José. 387
Mattoni de la Fuente, Virgilio. 393
Narbona, Francisco. 401
Pando y Fernández, José de 405
Parladé y Heredia, Andrés. 411
Pinelo y Llull, José. 415
Rosa, Manuel de la. 421
Sánchez Perrier, Emilio. 427
Sánchez-Barbudo, Salvador. 431
Senet, Rafael. 435
Villegas y Cordero, José. 441
V. Cordero, Ricardo. 453

ESCULTORES

Domínguez y López, Pedro. 461
López, Adolfo. 465
Susillo, Antonio. 471

MÚSICOS

Cebreros y Bueno, Rafael.. 483
Íñiguez, Buenaventura.. 491
Jiménez, Gerónimo. 499
Mariani, Luis L. 504

CANTANTES

Astillero Rogerio, Antonio. 511
Valero, Fernando. 519

ACTOR

Delgado, Pedro. 531
Apéndice. 375

ERRATAS MÁS IMPORTANTES QUE SE HAN NOTADO

Página	Línea	Dice	Debe decir
7	15	alagador	halagador
10	4	bibliógrafo	bibliográfico
57	18	nuestra biografiada	mi biografiada
70	26	fuéramos	fuera
70	29	transcribiésemos	transcribiese
91	9	exalza	exalta
104	28	fabúla	fabla
125	24	puede	pueden
145	22	Cruz; Poesía	Cruz, poesía
151	22	De 1857	Desde 1857
178	22	cual más	á cual más
217	16	reproducimos	reproduzco
245	22	Dibujarae	Dibujarse
272	2	el núm. 11	en el núm. 11
276	5	nos	me
276	6	nos proponemos	me propongo
276	7	Concluiremos	Concluiré
281	4	que no	el que no
282	28	Fortuni	Fortuny
389	Cabeza	Rafita y Planco	Lafita y Blanco
397	1	Magestad	Majestad
398	12	magestuosa	majestuosa
472	3	algunos	alguno.
542	7	escepcional	excepcional

Se acabó de imprimir este libro en el día I de Diciembre de MDCCCXCV y se puso á la venta en el día I de Enero de MDCCCXCVI.